Søren Kierkegaard



Editorial Trotta

Los lirios del campo y las aves del cielo

Los lirios del campo y las aves del cielo

ÍNDICE GENERAL

TERCERA SERIE
EL LIRIO EN EL CAMPO Y EL PÁJARO BAJO EL CIELO

Søren Kierkegaard (Copenhague, 1813-1855)

Figura entre los grandes de la historia del pensamiento. Su personalidad y su obra han sido calificadas de «tumultuosas, desbordantes e incontenibles» y han estado constantemente sometidas a las más diversas interpretaciones por parte de las corrientes filosóficas y teológicas que le sucedieron.

Hijo menor de un comerciante enriquecido, pronto perdió a su madre y a la mayoría de sus hermanos. Durante diez años cursó estudios en la Universidad de Copenhague hasta que, tras la muerte de su padre, decide presentar su tesis doctoral, que le otorgaría el título de *Magister*. A partir de entonces, y tras la ruptura de su noviazgo con Regina Olsen, se dedicará en exclusiva a su oficio de escritor. No por ello dejó de participar en los avatares de la vida social, política y religiosa de su tiempo, hasta su última polémica contra el obispo Mynster y la cristiandad oficial.

Arrinconado al principio por este enfrentamiento con el cristianismo establecido de su época, fue rescatado por G. Brandes, T. S. Haecker y M. Heidegger. A España llegó tempranamente a través de Høffding y Unamuno, que le llamaba «el hermano Kierkegaard», pero cayó pronto en el olvido, pese al empeño de autores como Aranguren y Valverde. Recientemente se ha recuperado el interés por su magnífica obra y por su inquietante personalidad, fruto del cual son los numerosos estudios y congresos en torno a su pensamiento y la publicación de una nueva edición crítica de su obra en danés.

De Søren Kierkeggard, han sido publicados en esta misma Editorial: *Escritos* 1. *De los papeles de alguien que todavía vive. Sobre el concepto de ironía* (^{2}2006); *Escritos* 2/1. *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida* I (2006), *Migajas filosóficas o un poco de filosofía* (^{5}2007) y *El Instante* (2006).

Desde la publicación en 1843 de sus primeros discursos religiosos —inmediatamente posteriores a *O lo uno o lo otro*—, Kierkegaard se consagró intensamente a la tarea de la predicación escrita del cristianismo auténtico, en consonancia con su propósito de «introducir el cristianismo en la cristiandad». Dicha escritura fue realizada casi siempre en nombre propio, a diferencia de las grandes y más brillantes creaciones de los seudónimos, con las que se fue entreverando. Es en los discursos religiosos y cristianos —ofrecidos, en palabras del escritor, «con la mano derecha, en oposición a la obra de los seudónimos, que se brindó y se brinda con la izquierda»— donde habría que buscar, según Kierkegaard, la veta más honda de su actividad literaria: lo edificante.

Los trece discursos aquí reunidos, seleccionados y traducidos del danés por Demetrio Gutiérrez Rivero, pertenecen a los años 1847-1849, la época más madura y definitiva de la producción de Kierkegaard. Su tema bíblico común es el comentario de la parte del Sermón de la Montaña en que Jesús, a propósito de los lirios del campo y de las aves del cielo, habla del servicio exclusivo divino y de la confianza en la Providencia. Desprovistos de la ironía, el talante combativo y los vericuetos de sus escritos éticos y estéticos, estos discursos brindan una aproximación distinta a conceptos y categorías existenciales nucleares del pensamiento kierkegaardiano, como son las de individuo, espíritu, instante, elección, «delante de Dios», fe o pecado.

Los lirios del campo y las aves del cielo

Søren Kierkegaard

Prólogo y traducción del danés de Demetrio Gutiérrez Rivero

Nota preliminar de Óscar Parcero Oubiña

E D I T O R I A L   T R O T T A

COLECCIÓN ESTRUCTURAS Y PROCESOS
Serie Filosofía

Títulos originales: La primera serie de discursos está tomada de Opbyggelige Taler i forskjellig Aand, 1847; la segunda, de Christelige Taler, 1848; y finalmente, la tercera, de Lilien paa Marken og Fuglen under Himlen. Tre gudelige Taler, 1849.

Ferraz, 55. 28008 Madrid
Teléfono: 91 543 03 61
Fax: 91 543 14 88
E-mail: editorial@trotta.es
http://www.trotta.es

ISBN: 978-84-8164-921-5
Depósito legal: M. 19.820-2007

Impresión
Fernández Ciudad, S.L.

NOTA PRELIMINAR

Óscar Parcero Oubiña

Se presenta aquí por vez primera la reedición de la compilación y traducción realizada por Demetrio Gutiérrez Rivero en 1963 de tres series de discursos de Kierkegaard, reunidas en un único volumen por el nexo del tema bíblico común en ellas tratado, y al que el título puesto por el propio Gutiérrez Rivero hace alusión. Como el mismo traductor aclara en su prólogo, se trata de series de discursos extraídas de diversas obras kierkegaardianas, pertenecientes a distintos momentos de la producción del autor danés: la primera, «Lo que aprendemos de los lirios del campo y de las aves del cielo», extraída de *Discursos edificantes en varios espíritus* [*Opbyggelige Taler i forskjellig Aand*, 1847]; la segunda, «Las preocupaciones de los paganos», perteneciente a la obra *Discursos cristianos* [*Christelige Taler*, 1848]; y finalmente la tercera, *El lirio en el campo y el pájaro bajo el cielo. Tres discursos devocionales*, en este caso traducción íntegra de una breve obra así mismo titulada [*Lilien paa Marken og Fuglen under Himlen. Tre gudelige Taler*, 1849].

La reedición aquí ofrecida respeta escrupulosamente tanto la traducción de Gutiérrez Rivero de los textos kierkegaardianos como la reorganización de los mismos por él realizada para este volumen. No es del todo así, no obstante, en el caso del prólogo del traductor. Para éste se ha llevado a cabo una discreta tarea de «actualización», que consiste exclusivamente en haber omitido algún fragmento del prólogo original por considerar que actualmente su contenido no tiene ya mayor sentido o relevancia, y por tanto tampoco interés para el lector de hoy, al estar estrechamente ligado al contexto histórico del propio Gutiérrez Rivero, esto es, cuatro décadas atrás. Fuera de esta

pequeña intervención, que creemos justificada, no se ha modificado en nada el texto original, permaneciendo éste tal y como el traductor lo concibió. Es necesario señalar que, si bien la omisión de los fragmentos mencionados era importante, no menos lo es conservar, por lo demás, el prólogo del propio traductor. Los textos kierkegaardianos ofrecidos en castellano por Gutiérrez Rivero denotan, sin por ello perder necesariamente rigor o fidelidad a los originales, la marca de una concepción propia de la obra del autor danés, algo por otra parte ineludible en toda labor de traducción. Así, los prólogos redactados por el propio traductor resultan —muy particularmente, dada su naturaleza— una muy pertinente, si es que no ya necesaria, presentación de tal concepción.

A este respecto considero imprescindible, como complemento a esa «actualización» mínima de los textos, aprovechar esta breve nota preliminar para introducir una especie de «advertencia» al lector menos familiarizado con el estudio de la obra de Kierkegaard. En tiempos de Gutiérrez Rivero predominaban casi exclusivamente en España dos líneas de lectura de la obra del danés: de una parte, la existencialista, marcada por la entonces poderosa influencia de autores como Jean-Paul Sartre o Karl Jaspers; frente a ella, la que representa esta concepción de Kierkegaard del propio Gutiérrez Rivero, a saber, una lectura que buscaba entonces romper el poso pesimista dejado por los existencialistas poniendo el mayor énfasis en la dimensión estrictamente religiosa de la obra kierkegaardiana. Siguiendo la poderosa estela del muy influyente intérprete italiano Cornelio Fabro, Gutiérrez Rivero, así como otros contemporáneos suyos, insistía en presentar a Kierkegaard como un autor de una triunfante espiritualidad cristiana e incluso, en un esfuerzo para acercarlo más a nuestro propio contexto, próximo al catolicismo.

La concepción de Kierkegaard de Gutiérrez Rivero tuvo en su momento el muy necesario mérito de dar a conocer al lector hispano un Kierkegaard más optimista, más positivo —y también, en este sentido, más real—, en contraposición al sombrío tragicismo kierkegaardiano que tanto el existencialismo como, tiempo antes, la prematura recepción por Unamuno se habían encargado de consolidar para el mundo hispano. Si bien es cierto que esta beatífica religiosidad kierkegaardiana presentada en su día por Gutiérrez Rivero tiene aún hoy cierta vigencia (no así la existencialista, claramente superada), como así lo demuestra la existencia de estudios recientes que, particularmente desde el ámbito del tomismo y todavía en continuidad con la poderosa influencia de Fabro, siguen ofreciendo una imagen de Kierkegaard muy próxima a aquélla, no menos cierto es

que —y ésta es la «advertencia» que considero de justicia incluir para el lector de hoy día— desde hace ya años la investigación kierkegaardiana internacional viene insistiendo en la necesidad de subrayar el protagonismo de la dimensión estética de la obra del autor danés, esa misma que para intérpretes como el propio Gutiérrez Rivero se debía entender como totalmente supeditada a la religiosa (lo vemos ya en este mismo prólogo en expresiones como ese categórico «aquí [en lo religioso] está él» —y no en lo estético—). Esta perspectiva *estética* supone no sólo una necesaria contraposición sino también un sugerente y no menos necesario debate con la lectura *religiosa* aquí representada por Gutiérrez Rivero. Considero imprescindible que el lector de hoy en día tenga presente este nuevo contexto, que es además el suyo propio, para así, entre otras cosas, poder sacar el mayor partido de estas meritorias traducciones que tienen el valor añadido de continuar siendo, aún hasta la fecha, las únicas existentes en lengua castellana.

Compostela, enero de 2007

PRÓLOGO

Demetrio Gutiérrez Rivero

Comienzo por una simple noticia anecdótica. Cuando emprendía la traducción de estos trece discursos religiosos de Kierkegaard —que ahora presento al público de lengua castellana para que se los «apropie significativamente» en algunos de sus individuos— un colega y amigo mío se quedó muy sorprendido al darle yo cuenta de la empresa, y todavía me sorprendió mucho más a mí mismo con la siguiente exclamación espontánea: ¡Pero escribió Kierkegaard sermones! Pues sí, amigo mío, Kierkegaard escribió muchísimos y muy profundos y muy bellos sermones, aunque —no sé cómo— pueda parecer mentira. El volumen de esa inexplicable apariencia nos lo dará este prólogo ligero.

Así como Kierkegaard escribía sobre lo estético para descansar o tomar carrera en la clarificación de lo ético y, sobre todo, de lo religioso en general, podemos también afirmar que todo lo que escribió sobre los diversos estadios de la existencia no fue más que para tomar carrera o, según él mismo dice, dejar de lado las irregularidades de método para lanzarse seguro y asegurador a su tarea primaria, la de la predicación escrita de lo religioso en concreto, es decir, del cristianismo auténtico. Por eso todo aquello siempre fue apareciendo bajo seudónimos y lo segundo casi siempre en nombre propio. La racha de discursos edificantes, todos en propio nombre, se abre a continuación inmediata de la publicación de *O lo uno o lo otro** —en 1843—, que es su primera gran obra, «editada» por el famoso seudónimo Víctor Eremita y muy bien acogida por todo el mundo circundante, que

* *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida* I, edición y traducción del danés de Begonya Saez y Darío González, Trotta, Madrid, 2006. [*N. del E.*]

vio en este voluminoso libro una nueva estrella que eclipsaba no poco todas las demás del Parnaso escandinavo, desde luego las de aquel pensamiento. Con esto, aquellos dos primeros y humildes discursos pasaron desapercibidos; están, como la mayoría de los siguientes, dedicados a la memoria de su padre, y llevan un breve prólogo fechado en Copenhague el 5 de mayo de 1843, precisamente la fecha del nacimiento de Søren Kierkegaard, treinta años antes. Desde este momento no cesa de escribir discursos y los va entreverando con las grandes creaciones de los seudónimos, hasta que la primera tarea sobrepuja a la última y siempre fue en la que estuvo más interesado. Al principio incluso los discursos son preparatorios hacia el cristianismo, empieza por titularlos «edificantes», después «religiosos», y al fin «cristianos» con frecuencia. Nunca los llama propiamente «sermones», porque para esto se necesita autoridad, es decir, estar debidamente ordenado y así subir al púlpito autoritativamente para anunciar la Palabra. El mismo Kierkegaard titubeó bastante en este sentido y a punto estuvo de ir como pastor a una de las feligresías danesas, pero su actitud y concepción cristianas lo iban también enfrentando y enemistando con los pastores oficiales y especialmente con el primado de la Iglesia patria, el obispo Mynster. Se quedó, pues, en su casa, o mejor dicho en su despacho de solitario meditador y predicador privado del cristianismo, como cumpliendo una gran penitencia, «para poder agradar a Dios y que la verdad sea dicha»[1] y así de nuevo «introducir el cristianismo en la cristiandad»[2] con esa aclaración de «la presencia existencial» de lo religioso y de lo cristiano[3]. Es curioso, como nos cuenta él mismo, por qué se hizo predicador:

> ¿Qué es, en realidad, lo que me ha convertido en un orador religioso? El hecho de que yo soy un oyente. En otras palabras, el hecho de que mi vida estaba tan embrollada y tensa, que verdaderamente experimentaba la *necesidad* de oír una voz que me guiase. Entonces me puse a escuchar más y más sermones, pero si lo que oí era forzosamente el cristianismo, desde luego que mis males no tendrían ya remedio. Por esta razón me hice yo mismo orador. Y por eso tengo la seguridad —cosa que raramente les acontece a nuestros sacerdotes— de que hay uno que saca provecho de estos discursos: ¡yo mismo! Soy exactamente lo contrario de los demás predicadores; ellos se desgañitan hablando a los demás, yo me hablo a mí mismo. Y también otra cosa

1. *Papirer*, edición de P. A. Heiberg, V. Kuhr y E. Torsting, Copenhague, 1909-1948, t. X, 1 A 156.
2. *Ibid.*, A 138.
3. *Ibid.*, A 383.

> es cierta: que si los demás creen que no sacan ningún provecho de mis sermones, ello se debe sin duda a que su vida es demasiado frívola, demasiado poco tensa y fuera de peligros[4].

De esta manera y después de haber desvelado lo que es la existencia desde la interioridad de la propia vida, Kierkegaard intenta ponerse y poner a los lectores en contacto con la interioridad del Evangelio, con el hecho viviente de Cristo que es un acoso humillado de la trascendencia absoluta de Dios. Así se busca la esencia del cristianismo, no al modo abstracto de los tratadistas, sino al modo concreto de los evangelistas y anunciadores originales —que ya no se oyen— que más que sobre el ser nos hablan sobre el hacerse uno cristiano, puesto que la esencia del cristianismo es sobre todo una existencia, la existencia dolorosa, redentora y modélica de Jesucristo, y la existencia imitativa y aproximativa —o en conato de ello— de cada seguidor, de cada cristiano en particular. Que lo religioso sea su tema polar, tema vital por supuesto, jamás puro tema —y en consecuencia que su mejor música, su cuerda más templada, sea la religiosa, la que hace vibrar esa esencia de la existencia cristiana y se rebela atronadora y valiente contra el peligro de la irreligiosidad que se incubaba amplia y hondamente en la Europa que se decía «cristiana»—, lo está repitiendo Kierkegaard incesantemente en sus *Diarios* y de una manera global y asequible puede leerse en su obra *El punto de vista de mi actividad de escritor*.

Por eso cabalmente hay que ir a buscar su do de pecho más profundo en los discursos religiosos y cristianos, que para muchos podrían pasar desapercibidos entre las obras sensacionales de los seudónimos, que por su parte no hacen, intencional y fácticamente, sino desbrozar el camino para la plena comprensión de aquéllos; donde se encierra lo que se predica y lo que «se ofrece con la mano derecha, en oposición a la obra de los seudónimos, que se brindó y se brinda con la izquierda», según se nos reitera en el prologuito, de la tercera serie del presente volumen. También con otra más bella metáfora, recurriendo a un río español, aunque equivocado el nombre del Guadiana por el del Guadalquivir, se nos recalca esta preponderancia de los discursos edificantes, precisamente cuando Kierkegaard hace el balance de sus producciones:

> Conmigo, en cuanto autor, acontece lo que con el río Guadalquivir, que al llegar a cierto lugar se soterra: ése es el trayecto propiamente

4. *Ibid.*, A 483.

mío, es decir, lo edificante; antes y después está el seudonimato inferior o el superior[5].

Por tanto sus discursos son el agua más profunda, soterrada, de su mensaje, de toda su producción. Por ello no carecerá de interés hacer un balance de sus sermones innumerables, con sus títulos y fechas de publicación respectivos. Aquí remito al lector a la tabla cronológica de los mismos que he añadido al final. Oficialmente se recogen, como tales, nada menos que 88, incluyendo los 18 de *Las obras del amor*, libro en que se comentan los principales textos neotestamentarios sobre la caridad y la misericordia, y en cuyo subtítulo se especifica: «meditaciones cristianas en forma de discursos». Además, dentro de algunas de sus obras aparecen nuevos discursos religiosos o es marcada la forma de plática parenética, por ejemplo, en los siete últimos capítulos que constituyen la tercera parte de la *Ejercitación del cristianismo**, o en las tres partes de la titulada *Examen de conciencia*, en las dos del libro *El mismo juez*, la segunda de las cuales por cierto vuelve a comentar el texto que sirve al comentario incansable de estos trece discursos de ahora. De este modo podemos afirmar que los sermones de Kierkegaard son cabalmente un centenar dentro de sus mal llamadas *Obras completas*.

Era natural que el traductor, ante esta riqueza numérica y de contenido, no dejara para muy adelante la traducción de algunos de estos discursos. Para esta ocasión he escogido precisamente los trece que se centran en el comentario del texto del *Evangelio de Mateo* 6, 24-34, la parte del Sermón de la Montaña en que Jesús, a propósito de los lirios del campo y de las aves del cielo, habla del servicio exclusivo divino y de la aparejada confianza en la Providencia. Todo el texto se despliega palabra por palabra, concepto por concepto y sentencia por sentencia, con un dominio en la descripción poética del símbolo que hace sugestiva hasta más no poder su colección concreta y múltiple. Estos discursos se reparten en tres series: la primera, de tres, publicada en 1847; la segunda, de siete, en 1848; y la tercera, de tres, en 1849. Pertenecen, pues, a una época más bien tardía y sin duda la más madura y definitiva de la producción kierkegaardiana. Los he reagrupado en razón de su íntimo nexo y común referencia, y sobre todo como expresión acabada de la maravillosa facundia de este genio religioso.

La primera de estas series corresponde de alguna manera a la

5. *Ibid.*, A 593.
* Trotta, Madrid, próxima publicación.

situación de los tres estadios de la existencia. Kierkegaard nos dice al comenzar el diario del año en que la publicó: «La construcción de los tres discursos de los lirios y de los pájaros es la siguiente: el primero es estético, el segundo es ético y el tercero es religioso»[6]. Más en detalle, el tema del primero es: «Contentarse con ser hombre», a pesar de los cuidados reales o imaginados, que el cotejo con los demás exacerba o inventa; el tema del segundo es: «Qué glorioso es ser hombre», y se explicita en el tema del hombre como «imagen de Dios» y en el del «trabajo»; y el del tercero es: «Qué felicidad está prometida a quien es hombre», y se subdivide en los de «elegir» a un solo Señor y «buscar lo primero el reino de Dios».

En la segunda serie, con el título «Las preocupaciones de los paganos», se desciende con el mismo símbolo al pormenor de los cuidados o diversas circunstancias de la vida, en primer lugar las indiferentes: pobreza o abundancia, pequeñez o encumbramiento, y después las que ya sólo son vicios de los paganos: temeridad, tormento propio, indecisión, inconstancia y desaliento. A la par, con un ritmo ternario admirable se analiza en cada discurso el comportamiento respectivo del lirio o del pájaro, del cristiano y del pagano. Es como si nunca se hubiese logrado una perforación descriptiva tan suficiente como ésta, en siete acosos sucesivos, de la terna fundamental: naturaleza, cristianismo y paganismo.

Los tres temas de la tercera serie son: el silencio en oración, la obediencia al Señor y la inmensa alegría de la fe. Esta serie se relaciona de manera más formal con la primera y va como descorriendo su camino en un plano más hondo. Así el primer discurso de aquélla comienza por donde terminó el último de la primera: «Buscad primeramente el reino de Dios»; y como la religiosidad *A* de la primera serie empezaba con lo «inmediato» estético del contentamiento de ser hombre, así la religiosidad *B*, expuesta en la tercera, termina con lo «inmediato» estético de la alegría de ser cristiano de verdad. Ésta es la nueva «inmediatez» ganada por la fe, la inmediatez elevada a la «segunda potencia», cuando el creyente orante y obediente arroja definitivamente todos sus cuidados en Dios y canta el himno por antonomasia del honor divino, la plegaria de las plegarias: «Tuyos son, Señor, la majestad y el poder y la gloria, por toda la eternidad, amén».

Esta tercera serie es simultáneamente un comentario a las principales peticiones del padrenuestro, aunque alguna ya se había co-

6. *Papirer* VIII, 1 A 1.

mentado antes. A este propósito el propio Kierkegaard anota en su *Diario*:

> En los tres discursos «piadosos» no se ha echado mano de la petición del padrenuestro: «Venga a nosotros tu reino», ya que en relación con el tema del «silencio» se debía acentuar preferentemente: «Santificado sea tu nombre». Y además aquella petición se implica más determinadamente en el discurso segundo que trata de la petición: «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo», la cual corresponde más de cerca al tema de la «obediencia». Tampoco se ha referido la petición: «Perdona nuestras ofensas como también nosotros...», pues en este respecto el lirio y el pájaro no pueden ser nuestros maestros. Finalmente, no se ha empleado la petición: «Danos hoy nuestro pan de cada día», puesto que de esta petición ya se había tratado con bastante detalle en los discursos anteriores[7].

Kierkegaard nos va introduciendo en un paisaje puro, de raíces, de bloques decisivos, de esencial naturalidad y cristianismo, de conciencia insobornable y de seriedad eterna. Dos son las melodías imperantes: no os preocupéis por lo indiferente o accidental, el vestido o la comida, la pobreza o la riqueza, la vida larga o corta, la pequeñez o la distinción, las cuestiones que se llaman vitales y sociales, las posiciones mundanas y «todo eso»; no os preocupéis de lo venidero, del día de mañana, el desdichado día, el día de la desgracia; ni os embauque la confrontación con los demás, que es un mal pájaro charlatán y destructivo; y junto a ésta, que casi se convierte en cantinela, tenemos la segunda melodía fundamental con tres notas: uno mismo, presencia de la eternidad en el tiempo y existir delante de Dios, dependiendo de Él que es la única independencia en la gloria invisible de nuestro espíritu personal divinamente emparentado. Porque tanto el ser como el tener son un verdadero —mejor dicho: falso— galimatías desesperante, si no se es en Dios y si no se tiene en Dios, para Dios y para regalarlo cuando y a quien Dios quiere. Todo el tiempo se esfuma sin la eterna seriedad, si no se lo llena con la alabanza y el trabajo de la adoración. Se puede afirmar plenamente que estos sermones están escritos en la misma pauta y casi con las mismas letras, sólo que mucho más orquestadas, que el «Principio y fundamento» de san Ignacio. Más orquestadas, porque a la callada naturaleza se la convierte en sonora para que nos ayude por metáforas tan bellas como audaces a desvelar el misterio del hombre cristiano. Este antropomorfismo de la naturaleza, al servicio de un mensaje sobre-

7. *Papirer* X, 1 A 252.

natural, es algo que no tiene réplica en la literatura, es algo bíblico o congenial de la Biblia, en cuanto esta congenialidad sea posible a un hombre. A ello colaboran las imágenes, siempre naturales; las analogías, casi siempre tomadas del amor humano en su período más fresco, el de la muchacha enamorada, o más maduro, el de la madre con el hijo; las historietas, como las de érase una vez un lirio o una paloma salvaje, o la hagiográfica del eremita que heredó después de muerto —al mundo— al amigo ricachón; y las caricaturas, cáusticas a veces, como el diagnóstico del pagano acerca de la aportación de la sagrada Escritura a la cuestión vital.

Y todo esto en menester de profundidad, aunque sin ningún afán sabihondo y doctoral; porque estos sermones, aparte de la varia lección descrita al detallar el contenido de las tres series —y que más concisamente puede verse en el índice mismo—, encierran además, sin ninguna extorsión, sino apuntalando lo indicado, un perfecto aterrizaje de los conceptos y categorías existenciales que más cuentan entre las buscadas y halladas por los seudónimos de Kierkegaard, a veces excesivamente complicados en la trama artística de la comunicación indirecta y de la ironía desbrozadora, que aparenta combatir más lo que más en el fondo defiende. Aquí no hay tanta ironía ni tanta lejanía comunicativa, ni tanto combate contra la ganga y lo adventicio; en una palabra, no hay tantos vericuetos. Es como si Kierkegaard hubiese apretado los lirios y estrujado a las aves para sacar la sustancia última de su pensamiento humano y bíblicamente iluminado. Así, por ejemplo, se encontrará aquilatado el sentido de las siguientes categorías: individuo, conciencia, espíritu, tiempo, instante, elección, deber, eternidad, «delante de Dios», religación, fe, pecado, Jesucristo «modelo», el hombre «imagen de Dios», gracia y gloria, etc. Todas estas categorías y revelaciones aparecen de pronto claras como el agua o como en los libros sagrados. Se palpa que detrás de esta sabiduría educativa puesta en acción está la madurez de sus obras, la madurez de su vida de creyente, contrastada en la realidad y en los «diarios»; está la galopada hercúlea del estudio meditativo y de la simultánea coproducción casi milagrosa de los últimos ocho años, de sus luchas a diestro y siniestro, de sus nobles pasiones, especialmente la pasión de lo religioso, que es la suya por excelencia, en medio de un mundo que se enfría o se desvanece tibiamente.

El contrapaisaje que Kierkegaard describe hasta la médula es el del hombre caído, muchos hombres caídos, indiferentes para lo absoluto, en un valle hondo y oscuro, sin soledad y llanto, pero también sin aquella inmensa alegría que es la cristiana; sujetos y sujetándose a lo perecedero como a un clavo ardiente y oscilante, a lo momen-

táneo como «la artificiosa fugacidad llameante» del pirotécnico, a lo que hace jadear como «la espectral cabalgada soñada». Es difícil que llegue hasta aquí la voz penetrante de Kierkegaard, porque él era una voz: «A toda mi actividad literaria se pueden aplicar las palabras de Juan el Precursor: 'Yo soy la voz'»[8]. Y, sin embargo, esta voz no debiera asustar a nadie, porque aquí la traen dos mensajeros inofensivos, el lirio y el ave, los más hermosos colores y los trinos más alegres. Ella misma nos la dice sin cesar en estos discursos, después de tomarnos de la mano, como el Evangelio:

> ¡Anda!, vamos a dar una vuelta hasta el lirio y el pájaro [...] Desde luego es un hombre el que ha hablado, pero se ha apoyado en los lirios y en los pájaros [...] ¡Tan complacientes son estos maestros —antes los había llamado maestros auxiliares del único maestro, Jesucristo— con el discípulo; tan complacientes, tan humanos y tan dignos de su misión divina! Si olvidas algo, están dispuestos inmediatamente a repetirlo para ti, sin cansarse de repetirlo hasta que al fin lo aprendas; y si no aprendes nada de ellos, no te hacen ningún reproche, sino que permanecen con muy raro celo sin interrumpir la enseñanza, entregados a la tarea aleccionadora; y si aprendes algo de ellos, te asignan a ti todo el mérito, como si no tuvieran ninguna parte en ello, como si no les fueses deudor [...] De esta manera, el citado Evangelio conduce al apenado allá al campo, a un contorno que le enlazará al marco de la gran vida común, ganándolo para la enorme comunidad de la existencia.

Y que nadie diga que todo es espeluznante; los lirios y las aves, naturalmente, vienen con la sonrisa, y Kierkegaard por esta vez no se queda manco en aprovechar el lenitivo de esa amplia sonrisa que rebota en la naturaleza entera, en el bosque y el mar llenos de alegría:

> ¡Tú que combates, déjate aliviar! Puede olvidarse la risa, mas ¡Dios ampare a un hombre para que jamás olvide la sonrisa! Un hombre es capaz de olvidar muchas cosas sin perjuicio alguno, y con los años también ha de estar dispuesto a olvidar muchas cosas que desearía recordar; mas ¡no quiera Dios que un hombre hasta su último feliz momento olvide al lirio y al pájaro!

Además de estos textos y otros similares, que fácilmente encontrará el lector de estas páginas, tenemos, espigando los «diarios», otro clarísimo que abunda en la misma idea:

8. *Papirer* X, 2 A 281.

> Para mí una prueba excepcional de que es Dios quien tiene providencia de todas las cosas, es cabalmente el hecho de que los discursos acerca de los lirios y de las aves aparecieran por entonces; eso era precisamente lo que yo necesitaba. ¡Alabado sea Dios! Sin altercar con los hombres y sin hablar de mí mismo, consigo decir mucho de lo que se debe decir, pero de un modo conmovedor, suave y animoso[9].

Con todo, el hombre caído no quiere escuchar, «le parece una insensatez remitir a un hombre cabal al pájaro y al lirio, pues ¿qué habría que ver allí y qué se podría aprender de ellos?»; nada para quien persiste en la indecisión, en la inconstancia y en el desaliento, después de haber «olvidado que es recordado por Dios», y haberlo olvidado de «un modo prohibido, rebelde e impío» por los caminos de la osadía temeraria que desembocan en el tormento más cruel de todos, el del propio atormentarse. «Olvidar a Dios ¿no es acaso como robar toda tu existencia?».

No sé si la voz de Kierkegaard podrá alcanzar a otros contrapaisajes, desde luego no tan indiferentes, ni tan caídos, más bien encimados en unas almenas de beatitud terrestre o de presunta beatitud, pero tan almenados que puede sospecharse de si sus voces interiores no serán huecas. Por otra parte, Kierkegaard no se interesaba por llegar a las multitudes de uno y otro lado, a la tumultuosa multitud que paradójicamente es el desierto o la vana evasión desértica; él quiere y postula llegar al «individuo», a este, ese o aquel individuo, es decir, a uno que otro personalmente; llegar al individuo «a quien llamo con alegría y agradecimiento mi lector». Y este deseo lo repite en todos los prólogos a los discursos edificantes y piadosos, como cosa de primera magnitud, que se había olvidado hasta la saciedad, de la que se había abstraído definitivamente, relegando al inefable individuo, al «hombre único», a un rincón lejos del palacio sistemático, como los que se destinan a los perros. Y no es que se enviase allá a los demás, era el rincón que se reservaba para sí mismo el propio pensador del sistema, en cuanto persona; y «los demás» fue otro recurso para perderse todavía más el hombre, o salvarse falsamente del aislamiento.

Se habla, pues, al individuo, empezando por uno mismo, por el mismo que escribe, según nos dijo. Acostumbrados a generalizar, o a que se nos generalice, muchas veces nos resultará extraño este jaque personal, de tú a tú, de alma en alma. Por esta razón, el propio traductor se ha visto a veces medio obligado a traducir «suponte» por «supongamos», «un hombre» por «el hombre», pero el autor ape-

9. *Papirer* X, 1 A 250.

nas generaliza nunca, ni siquiera con licencia gramatical. Él se sintió llamado a descubrir o desentumecer la categoría del individuo y lo logró tan tozuda y airosamente que revolucionó toda la historia de la filosofía. Y si este hombre individuo que se llamaba Søren, que tenía joroba, que escribía por aquellos años en la capital del pequeño reino de Dinamarca, no se olvidó jamás de su descubrimiento, lo que es ser un individuo, lo que significa existir y la interioridad, y todavía menos perdió, sino que fue creciendo de la mano de Dios en la cristiana fe paternal, ¿cuánto menos podría haberse permitido ahora ese olvido o esa pérdida en la grave ocasión de predicar? ¿Cómo sería capaz de hacer también él consideraciones en el aire? Imposible. Él sabía muy bien el modo auténtico de la predicación, y estaba cansado del extremo acostumbrado y vicioso:

> De esta manera con su favorita consideración de lo cristiano, que no es más que «consideraciones» y más «consideraciones», la predicación ha anulado lo que cristianamente es lo decisivo en la predicación, lo personal, este «tú y yo», el que habla y aquel a quien se habla, esto de que quien habla esté también en movimiento, sea un esforzado, y lo mismo aquel a quien se habla, a quien el primero para eso exhorta, estimula, amonesta, advierte, pero todo confluyendo en el sentido de un esfuerzo, de una vida; esto de que quien habla se empeñe constantemente en no alejarse de sí mismo, sino que retorne a sí mismo y ayude al oyente a que no se aleje de sí mismo, sino a que retorne a sí mismo[10].

Insistiendo, cerraré este prólogo con el que Kierkegaard escribió para los dos primeros discursos edificantes, con los que se abrió la racha en 1843, y que, por cierto, vuelve a tener eco también en los brevísimos prólogos que encabezan la primera y la tercera de las presentes series. Aquel prólogo no podía faltar en el correspondiente a los discursos de su autor primeramente traducidos al castellano, y además dice muy graciosamente lo que quiere:

> Por más que este librito —que se ha titulado «discursos», no sermones, porque su autor carece de la autoridad requerida para *predicar*; y «discursos edificantes», no discursos para instrucción, porque quien habla de ningún modo exige que se le tenga por maestro— solamente desee ser lo que es, una cosa de mero lujo, y sólo quiera permanecer oculto, como si se tratase de una publicación clandestina; sin embargo, no lo he dejado partir de mi vera sin una casi fantástica esperanza. En cuanto, al publicarse, emprendía en sentido impropio un viaje,

10. *Ejercitación del cristianismo*, Guadarrama, Madrid, 1961, p. 315.

permití que mis ojos le siguiesen la pista durante algunos momentos. Entonces vi cómo continuaba su camino por rutas solitarias, o solitario fuera del tráfico concurrido. Después de una que otra incomprensión mientras engañosa y fugazmente se le parangonaba con otros, encontró al fin a ese individuo a quien yo llamo con alegría y agradecimiento *mi* lector; a ese individuo a quien él va buscando, para quien él hace ademán de abrirle los brazos; a ese individuo que es lo bastante voluntarioso como para hacerse encontradizo y voluntarioso para recibirlo, sea que en el momento de la cita aquél lo encuentre alegre y confiado, o «fatigado y pensativo». En cambio, en cuanto con la publicación y en el sentido más apropiado, el libro permanecía en el sosiego, sin moverse del sitio, permití que mis ojos reposasen en él por unos instantes. Y así lo vi como si se tratara de una pequeña flor en lo recóndito del gran bosque, no buscada en virtud de su atavío, o su aroma, o su capacidad nutritiva. No obstante, también vi en aquellos instantes cómo el pájaro, a quien llamo *mi* lector, le puso de repente la vista encima, echó a volar hacia ella abatiéndose, la recogió y se la llevó consigo. Y cuando vi esto, ya no vi más.

Primera serie

LO QUE APRENDEMOS DE LOS LIRIOS DEL CAMPO Y DE LAS AVES DEL CIELO

TRES DISCURSOS

PRÓLOGO

Aunque este librito no goce de autoridad de magisterio y sea como un lujo, *insignificante* como el lirio y el pájaro —¡ojalá que fuese así!—, no obstante, espera encontrar lo único que busca: un buen destino, es decir, que *se lo apropie significativamente* aquel individuo a quien llamo con alegría y agradecimiento mi lector.

S. K.

ORACIÓN

¡Padre, que estás en los cielos! De Ti solamente viene el don bueno y perfecto; es obvio que también ha de ser provechoso ajustarse a las directrices y enseñanzas de aquellos a quienes hayas designado para maestros de los hombres, para guías del afligido. Por eso, ¡sé propicio para que el afligido aprenda de verdad de los maestros divinamente instituidos: de los lirios del campo y de las aves del cielo! Amén.

ESTE SAGRADO EVANGELIO ESTÁ TOMADO DEL EVANGELIO DE SAN MATEO 6, 24-34

«Nadie puede servir a dos señores, pues, o bien, aborreciendo al uno, amará al otro, o bien, adhiriéndose al uno, menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas. Por esto os digo: no os inquietéis por vuestra vida, sobre qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, sobre qué os vestiréis. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad cómo las aves del cielo no siembran, ni siegan, ni encierran en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas?, ¿quién de vosotros con sus preocupaciones puede añadir a su estatura un solo codo? Y del vestido, ¿por qué preocuparos? Mirad a los lirios del campo cómo crecen: no se fatigan ni hilan. Pues yo os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Y si a la hierba del campo, que hoy es y mañana se arroja al fuego, Dios así la viste, ¿no hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe? No os preocupéis, pues, diciendo: ¿qué comeremos, qué beberemos o qué vestiremos? Los gentiles se afanan por todo eso; pero bien sabe vuestro Padre celestial que de todo eso tenéis necesidad. Buscad, pues, primero el reino de Dios y su justicia, y todo eso se os dará por añadidura. No os inquietéis, pues, por el mañana; porque el día de mañana ya tendrá sus propias inquietudes; bástale a cada día su afán».

I

¿Quién no conoce desde su más tierna infancia este sagrado Evangelio y no se ha alegrado muchas veces con este gozoso mensaje? Y, sin embargo, no se trata tan sencillamente de un mensaje gozoso; encierra una peculiaridad esencial que es la que lo convierte propiamente en un Evangelio, a saber, la de estar dirigido a los afligidos. Desde luego, en cada línea de este preocupado Evangelio se evidencia que no se está hablando a los sanos, a los fuertes, a los dichosos, sino a los afligidos; ¡ah!, es tan evidente esto, que el alegre mensaje hace por sí mismo lo que afirma ser obra de Dios: interesarse por los afligidos y cuidarse de ellos *de la manera adecuada*. ¡Ay!, esto es muy necesario, puesto que todo el que tiene una pena —en especial cuanto más honda y duraderamente le penetre en el alma, o cuanto más duraderamente le perfore profunda allá dentro— suele también estar tentado a no desear, por impaciencia, oír discursos humanos sobre el consuelo y la esperanza. Quizá el apenado no tenga razón, quizá sea demasiado impaciente al antojársele que ningún hombre es capaz de disuadirlo de su pena; ya que el dichoso no le comprende; el fuerte aparenta, cabalmente al consolarlo, sobreponérsele; y otro afligido no hace sino aumentarle el pesar con su contribución. Así las cosas, lo mejor es buscarse otros maestros cuyo discurso no sea incomprensión, cuya animación no encierre ningún reproche, cuya mirada no juzgue, cuyo consuelo no exaspere en vez de calmar.

Este preocupado Evangelio remite al afligido a semejantes maestros: a los lirios del campo y a las aves del cielo. Cabe estos maestros baratos, a quienes no hay que pagar con dinero ni con humillaciones, no es posible ninguna incomprensión, puesto que *callan*, por delicadeza para con el apenado. Pues toda incomprensión proviene del

hablar, o más exactamente, de que el discurso, especialmente tratándose de un diálogo, contiene una confrontación; por ejemplo, cuando el dichoso le dice al afligido: ¡Alégrate, hombre!, esta expresión contiene a la par: ¡No ves qué contento estoy yo!; o como cuando el fuerte dice: ¡Sé valeroso!, entonces se sobreentiende: Como yo lo soy. Pero el silencio honra la aflicción y honra al afligido, como los amigos de Job que por respeto se sentaron silenciosos junto al que sufría y con ello le honraban. Mas con todo ¡no le quitaban los ojos de encima! Y esto de que un hombre mire a otro contiene a su vez una confrontación. Los callados amigos no cotejaban a Job consigo mismos, esto lo empezaron a hacer cuando rompieron el respeto (que mientras estuvieron callados le mantenían) y el silencio, atropellando con sus discursos al sufriente; pero su muda presencia provocaba a Job a confrontarse consigo mismo. Porque ningún hombre puede estar presente, aunque calle, sin que su presencia no signifique nada comparativamente. Esto puede acontecer a lo más con un niño, que sin duda guarda cierta semejanza con los lirios del campo y los pájaros del cielo. ¡Cuántas veces no ha comprobado un sufriente, con emoción íntima, que cuando sólo había un niño en su presencia, realmente no había ninguno presente! Y ahora ¡vayamos al lirio del campo! Por muy abundante que sea su sustento, no coteja su bienestar con la pobreza de ninguno; por muy sosegado que esté en toda su hermosura, no se coteja ni con Salomón ni con el más desgraciado de todos. Y aunque el pájaro se remonte ágil hasta las nubes, no compara su ligero vuelo con la pesada marcha del afligido; aunque el pájaro, que ni siquiera amontona un grano en los graneros, sea más rico que quien los tiene repletos, sin embargo, no compara su rica independencia con la situación del menesteroso que en vano intenta hacerse con provisiones. No, allí donde el lirio florece bello: sobre el campo; allí donde el pájaro habita en libertad: bajo el cielo; allí, junto a estas creaturas cuyo consuelo se va buscando, reina un silencio ininterrumpido, no hay nadie presente, todo es incesante persuasión.

Sin embargo, esto solamente sucede así, en el caso de que el apenado preste realmente atención a los lirios y a los pájaros, olvidándose, en la contemplación de ellos y de su vida, de sí mismo, mientras que en este desaparecer en ellos recapacita íntimamente e inadvertido aprende algo acerca de sí mismo; inadvertido, puesto que allí reina un silencio permanente, nadie está presente, y el afligido está liberado de toda notoriedad fuera de la de Dios, la suya propia y la de los lirios.

Consideremos, pues, en este discurso, cómo el afligido, contem-

plando debidamente a los lirios del campo y a las aves del cielo, aprende a:

CONTENTARSE CON SER HOMBRE

Mirad a los lirios del campo, miradlos. Ello quiere decir: préstales cabal atención, conviértelos en objeto no de una furtiva mirada al pasar, sino de tu consideración; por eso se emplea allí la expresión que el sacerdote suele usar en las asociaciones de ideas más serias y solemnes, como por ejemplo cuando dice: Consideremos en esta hora de ejercicio piadoso esto y aquello. Así de solemne es esta exigencia e invitación; muchos viven quizá en la gran ciudad y jamás contemplan los lirios; muchos habitan seguramente en el campo y pasan por delante de ellos todos los días sin regalarles ni una mirada. ¡Ay, cuántos habrá, en realidad, que según la indicación evangélica los contemplen debidamente!

Los lirios del campo. Ya que no se trata de plantas raras, como las que un jardinero cultiva en su huerto, y que sólo son tomadas en consideración por los entendidos; no, sal al campo, allí donde ningún hombre cuida de los lirios abandonados, y donde a pesar de todo se palpa que no están abandonados. ¿No tendría esta exigencia que ser invitadora para el afligido? ¡Ah!, también él de seguro está como el abandonado lirio, abandonado, incomprendido, preterido, sin cuidado de los hombres, hasta que contemplando debidamente al lirio caiga en la cuenta de que no está abandonado.

Así sale el afligido al campo y se para junto a los lirios. No da vueltas, como un niño feliz o un adulto aniñado suelen hacerlo, para encontrar el más hermoso, para satisfacer su curiosidad hallando el más raro. No, los contempla con serena gravedad tal como allí aparecen, innumerables, en abigarrada multitud, el uno tan bueno como el otro, y: *cómo crecen*. En realidad no ve cómo crecen, ya que según dice el adagio no es posible ver germinar la hierba; y no obstante ve *cómo* crecen, o precisamente porque no puede captar cómo crecen, él ve que tiene que haber Alguien que los conoce tan exactamente como el jardinero las plantas raras; Alguien que diariamente mira por ellos, a la mañana y a la tarde, como hace el hortelano con las plantas exóticas; Alguien que les confiere su estatura. Probablemente se trata del mismo que confiere también la estatura a las plantas raras del jardinero, sólo que éstas fácilmente llaman a engaño a causa de la intervención del jardinero. Por el contrario, los abandonados lirios, los lirios comunes, los lirios del campo no provocan ninguna equivocación en el espectador. Pues allí donde el jardinero está a la vista,

donde no se perdona ningún esfuerzo ni ningún gasto para hacer brotar las plantas raras del potentado, parece que se entiende mejor eso de que crezcan; pero allá en medio del campo, donde nadie, absolutamente nadie se preocupa por los lirios, ¿cómo pueden crecer? Y sin embargo crecen.

Pero en este caso ¿los lirios tendrán sin duda que trabajar mucho más duro? No, *no se fatigan*; solamente las flores raras exigen un trabajo ímprobo para lograr que crezcan. Allí donde la alfombra es más preciosa que en un salón del trono, allí no se trabaja. En tanto que los ojos del espectador se divierten y solazan con la contemplación, su alma no tiene que preocuparse con el pensamiento de cómo los pobrecitos lirios habrán tenido que trabajar y afanarse para conseguir un estambre tan bello. Solamente respecto de una obra de artesanía humana es así, que el ojo, mientras queda sorprendido por el primor del trabajo, se llena de lágrimas al pensar en los padecimientos de la pobre bordadora.

Los lirios «no se fatigan ni hilan», en realidad, no hacen otra cosa sino adornarse, o mejor dicho: estar adornados. De la misma manera que en la primera parte de este Evangelio —cuando se hablaba de las aves del cielo y se afirmaba: «no siembran ni siegan, ni encierran en graneros»— se estaba como aludiendo al trabajo que el varón se impone para alimentarse a sí y a los suyos, así también estas palabras sobre los lirios (no se fatigan ni hilan) son como una alusión al trabajo de la mujer. La mujer se queda en casa, no sale fuera para cubrir las necesidades de la vida, permanece en el hogar, cose e hila, procura tenerlo todo tan primoroso como sea posible: su tarea diaria, su diligente trabajo está en la relación más próxima con la elegancia. Esto es lo que acontece también con el lirio: se queda en casa, no se aparta del sitio, pero ni trabaja ni hila, no hace sino adornarse, o, mejor dicho: estar adornado. Si el lirio tuviese alguna preocupación, ésta no sería por el sustento, como podría parecer el caso del pájaro, puesto que vuela de acá para allá para aprovisionarse de alimentos, sino que la preocupación del lirio sería, femeninamente, relativa a si en el momento era también bello y estaba adornado. Mas esto sucede sin preocuparse.

Pues es manifiesto que está adornado; ciertamente el que lo contempla no puede contenerse, se agacha hacia uno de los lirios y coge el primero que topa: *os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos*. Entonces lo contempla con exactitud y de cerca, y aunque su espíritu estuviera inquieto —¡ay, como un espíritu humano es capaz de estarlo!— y su corazón palpitase apresurado —¡ay, como un corazón humano puede hacerlo!—, se tranquilizaría plenamente sólo con el fin de contemplar ese lirio. Cuanto más

exactamente lo mira, tanto más se sorprende de su belleza y sutil contextura; pues, solamente respecto de una obra de artesanía humana, verificamos que, al contemplarla con mayor exactitud, se nos descubren faltas e imperfección; incluso en el más fino tejido que hayan realizado manos humanas, se nos revelan las hiladas bastas al agudizar nuestra mirada valiéndonos de una lupa. ¡Ay!, es como si el hombre hubiese contribuido a su propia humillación con este descubrimiento del que está tan orgulloso: el descubrimiento de la lupa, que aumenta el tamaño de los objetos y, en consecuencia, le lleva al hombre, con ayuda del vidrio aumentativo, a descubrir que incluso el más primoroso trabajo humano es basto e imperfecto. Pero este descubrimiento que humilla al hombre, honra a Dios, pues jamás ha descubierto nadie con ayuda del cristal de aumento que la hermosura y sutileza del lirio fueran menores, al revés, lo que se hacían más patentes eran su excepcional belleza y sutil contextura. Desde luego, este descubrimiento honra a Dios, como es propio de todo descubrimiento; ya que solamente respecto de un artista humano tiene vigencia el principio de que quien lo conozca exactamente, de cerca y en trato diario, verifique que a pesar de todo no es un gran artista; en cambio, respecto del Artista que teje la alfombra de los campos y crea la belleza del lirio, tiene vigencia el hecho de que el asombro crece con la cercanía, que la distancia de la adoración aumenta cuanto más se aproxime uno a Él.

De esta manera tenemos ya al afligido, que con su pena se fue hasta los lirios, allá en el campo en medio de ellos, sorprendido por la hermosura del lirio que está contemplando; ha cogido el primero que topó, sin ninguna elección previa, pues ni siquiera se le ha pasado por las mientes que pudiera haber un único lirio, tan pequeña cosa como el bálago de los campos, respecto del cual no fueran válidas las palabras de que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Supongamos que el lirio pudiese hablar, ¿no tendría que decirle al afligido: «¿Cómo es posible que te admires tanto de mí? ¿Acaso ser hombre no será tan glorioso? ¿No valdrán en este caso las palabras de que ni toda la gloria de Salomón es nada en comparación con ser hombre —lo que todo hombre es—, de suerte que Salomón para ser lo más glorioso que él es y estar convencido de ello tendría que desvestirse de toda su gloria y sólo ser hombre? ¿Lo que es válido acerca de un pobrecito como yo, no lo será respecto de ser hombre, que es indudablemente el milagro de la creación?». Sin embargo, el lirio no puede hablar; y precisamente porque no puede hablar, precisamente porque allá fuera reina un silencio ininterrumpido y nadie está presente, precisamente por eso, el afligido está en situación de

hablar consigo mismo, en el caso de que hable y hable con el lirio; sí, poco a poco va cayendo en la cuenta de que está hablando acerca de sí mismo, que lo que dice sobre el lirio lo está diciendo sobre sí mismo. No es el lirio quien lo dice, éste no puede hablar; ni es ningún otro hombre quien se lo dice, ya que con otro hombre surge con la mayor facilidad y repentinamente la idea inquietante de la confrontación; entre los lirios el afligido es sólo hombre y está *contento con ser hombre*. Puesto que absolutamente en el mismo sentido que el lirio es lirio, él es hombre a pesar de todas sus preocupaciones en cuanto hombre, y absolutamente en el mismo sentido en que el lirio, sin trabajar y sin hilar, es más hermoso que la gloria de Salomón, absolutamente en el mismo sentido es también el hombre, sin trabajar, sin hilar, sin ningún mérito propio, por el solo hecho de ser hombre, más glorioso que la gloria de Salomón. El Evangelio tampoco dice que el lirio sea más glorioso que Salomón, no; lo que dice es que está mejor vestido que Salomón en toda su gloria. ¡Ah!, pero en el constante alternar con los hombres, en la varia gama de las diferencias y sus diversas conmociones, sumergiéndose en la ajetreada o preocupada inventiva de la confrontación, se olvida lo que es ser hombre, queda olvidado a expensas de las diferencias entre uno y otro hombre. Mas en el campo junto a los lirios, donde el cielo tiene la bóveda más alta, como encimado sobre un dominador; donde el cielo es libre, como la respiración lo es allá fuera; donde los grandes pensamientos de las nubes disipan todas las pequeñeces: allí el afligido es el hombre *único*, y aprende de los lirios lo que probablemente no aprendería de ningún otro hombre.

«Mirad a los lirios del campo». Qué corto, qué solemne, qué exacto es este discurso acerca de los lirios; aquí no hay ningún indicio de presentimiento que aluda lo más mínimo a que entre los lirios hubiese alguna diferencia mutua; se habla de todos y de cada uno en particular, se habla igualmente de todos: *los lirios*. Quizá alguno opine que sería extraño y demasiado pedir el que el lenguaje humano se inmiscuyese en las diferencias mutuas entre los lirios, e hiciese sugerencias a propósito de la diferencia; quizá alguien opine: «tales diferencias y tales preocupaciones no son dignas de atención». Entendámonos: una de dos, o se pretende significar que no es digno de los lirios el prestar atención a semejantes preocupaciones, es decir, que los lirios tendrían que ser tan razonables que no atendiesen a cosas semejantes; o se quiere significar que es indecoroso para un hombre el interesarse por las posibles preocupaciones de los lirios, ya que un hombre es concretamente un hombre y no un lirio. Lo que equivaldría a decir: tales preocupaciones son en sí y por sí mismas irrazona-

bles, y por eso no son dignas de prestarles atención, importando un comino que las tengan los sencillos lirios o los hombres razonables; ¿o acaso una preocupación esencialmente idéntica es distinta cuando la tenga un lirio de cuando la tiene un hombre, de suerte que sea un desatino del lirio el preocuparse de cosa semejante, pero no lo es de parte de un hombre? Por eso, si los lirios tuvieran realmente tales preocupaciones y el que hablara fuese de la opinión de que una preocupación esencialmente idéntica tenía mucho mayor significado tratándose de un hombre, entonces no cabría duda que no eran la sabiduría y la compasión sino el egoísmo humano el que impelía a hablar tan expedita y altivamente sobre los pobres lirios; a hablar tan ostentosamente de los pequeños cuidados de los lirios, consistiendo la ostentación en llamarlos pequeños cuidados, indignos de que se les preste atención. Supongamos ahora que es así, que existieran diferencias mutuas entre los lirios, diferencias que en su pequeño mundo correspondiesen a las que existen entre los hombres; supongamos que estas diferencias tuviesen ocupados y preocupados a los lirios tanto como les tienen a los hombres — y en este caso supongamos que era totalmente verdadero lo que se dijo antes: que tales diferencias y tales preocupaciones no son dignas de atención.

Permítasenos considerar esta cosa más de cerca. Y puesto que el afligido, que salió al campo hasta los lirios, cabalmente no deseaba otra cosa que escabullirse de toda confrontación con los demás hombres; puesto que quería evitar a todo trance que ningún otro hombre le hablase de su preocupación, lo más propio será que el discurso honre esta preocupación suya y por ello me abstendré de hablar de ningún hombre, o de ningún hombre preocupado, prefiriendo hablar acerca del preocupado lirio.

Había una vez un lirio en un lugar apartado, junto a un arroyuelo, y era bien conocido de algunas ortigas y un par de otras florecillas de la vecindad. El lirio estaba, según la descripción veraz del Evangelio, vestido más hermosamente que Salomón en toda su gloria; por lo mismo, despreocupado y alegre todo lo que duraba el día. El tiempo pasaba sin darse cuenta y felizmente, como el agua del arroyuelo canturreando y corriendo. Pero aconteció que un buen día vino un pajarillo a visitar al lirio, volvió a venir al día siguiente, estuvo ausente unos cuantos días, hasta que al fin otra vez volvió. Esto le pareció al lirio extraño e incomprensible; incomprensible, que el pájaro no permaneciese en el mismo lugar; extraño, que fuese tan caprichoso. Pero lo que suele acontecer con frecuencia también le aconteció al lirio, que cabalmente por eso se iba enamorando más y más del pájaro, porque era caprichoso.

Este pajarillo era un mal pájaro; en vez de ponerse en el lugar del lirio, en vez de alegrarse de su belleza y regocijarse juntamente con él de su jovialidad inocente, lo que quería es darse importancia, explotando su libertad y haciendo sentir al lirio lo atado que estaba al suelo. Y no solamente esto, el pajarillo era además un charlatán y narraba al tuntún cosas y más cosas, verdaderas y falsas: cómo en otras tierras había, en cantidad enorme, otros lirios completamente maravillosos, junto a los cuales se gozaba una paz y alegría, un aroma, un colorido, un canto de pájaros, que sobrepasaban toda descripción. Esto es lo que contaba el pájaro, y daba fin gustosamente a cada una de sus narraciones con la siguiente acotación que humillaba al lirio: que él, comparado con tanta gloria, aparecía como una nada, desde luego, que era tan insignificante que se podría plantear el problema de que con qué derecho se llamaba propiamente lirio.

Con estas cosas el lirio llegó a preocuparse, y cuanto más escuchaba al pájaro mayores eran sus preocupaciones; no volvió a dormir tranquilo por la noche, ni a despertarse alegre por la mañana; se sentía encarcelado y atado al suelo, el murmullo del agua se le antojó aburrido y los días largos. Empezó definitivamente a ocuparse de sí mismo y de las circunstancias de su vida en la propia preocupación durante todo el largo día. Se decía a sí mismo: «Desde luego, de vez en cuando, para cambiar, puede ser estupendo oír el murmullo del riachuelo, pero es muy aburrido esto de tener que oír eternamente un día tras otro lo mismo». «Puede resultar muy agradable habitar de vez en cuando en un lugar apartado y solitario, pero tener que estar así toda la vida, estar olvidado, sin compañía o en compañía de las ardientes ortigas —lo que sin duda no es ninguna compañía para un lirio— es algo inaguantable». «Y aparecer tan poca cosa como me pasa a mí, ser tan insignificante como el pajarillo dice que soy: ¡ah!, ¿por que no empecé a existir en otra tierra, en otras circunstancias?; ¿por qué no fui una corona real?». Pues eso es lo que le había contado el pajarillo, que la corona real era tenida entre los lirios como el más hermoso, y era el objeto de la envidia de todos los demás lirios. El lirio notaba con creciente malestar cómo la preocupación se apoderaba de él; mas, entonces, se habló razonablemente a sí mismo, pero no tan razonablemente que apartase la preocupación de su ánimo, sino de tal manera que se convencía de que la preocupación era justificada: «Pues —dijo— mi deseo indudablemente no es un deseo irrazonable, yo no aspiro a lo imposible, a convertirme en otra cosa distinta de lo que soy, por ejemplo en un pájaro, mi deseo simplemente es el de llegar a ser un lirio maravilloso, o a lo sumo el más maravilloso de todos».

Mientras tanto el pajarillo iba y venía, pero con cada visita y cada despedida suyas iba creciendo la inquietud del lirio. Por fin se confió completamente al pájaro. Un atardecer decidieron que a la mañana siguiente cambiaría aquello y se daría fin a la preocupación. A la mañana siguiente temprano vino el pajarillo; con su pico echaba a un lado la tierra agarrada a la raíz del lirio para que éste pudiera quedar libre. Terminada felizmente la tarea, el pájaro cogió al lirio bajo sus alas y partió. Lo apalabrado era, concretamente, que el pájaro volaría con el lirio allá donde florecieran los lirios maravillosos; después el pájaro le ayudaría a quedar plantado allí, y gracias al cambio de lugar y al nuevo contorno podría acontecerle muy bien al lirio que llegase a ser un lirio maravilloso en compañía de los demás, o quizá en definitiva una corona real, envidiada de todos los demás.

¡Ay!, el lirio se marchitó por el camino. Si el preocupado lirio se hubiera contentado con ser lirio, no hubiese llegado a preocuparse; si no se hubiera preocupado, entonces se hubiese quedado donde estaba: donde estaba en toda su belleza; si hubiera permanecido en su lugar, entonces hubiese sido precisamente el lirio acerca del cual el sacerdote habló el domingo último, cuando repitió las palabras del Evangelio: «Mirad al lirio, yo os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como él». Pues de otra manera no se puede absolutamente entender el Evangelio; por lo cual es triste y casi una atrocidad, de ser verdad, el caso de aquel intérprete de la sagrada Escritura que a propósito del texto de los lirios y emparejándose con el pajarillo, hacía la siguiente aclaración: que la corona real se daba mucho en aquellos parajes. Con lo que se podría entender mejor que el lirio sobrepujase en hermosura a Salomón, y también se podría entender mejor el Evangelio, que, en consecuencia, no se acomodaba al lirio insignificante.

Por tanto, eso le pasó al preocupado lirio, cuya preocupación consistía en llegar a ser un lirio maravilloso o quizá en definitiva una corona real. El lirio es el hombre. El pajarillo perverso es la idea inquietante de la confrontación, que da vueltas de acá para allá en todo el contorno, inestable y caprichosa, coleccionando el malsano saber acerca de las diferencias; y de la misma manera que el pájaro no se ponía en el lugar del lirio, así la confrontación hace lo mismo, por su culpa el hombre se pone en el lugar de otro, o pone a otro en su lugar. El pajarillo es el poeta, el seductor, o lo poético y engañoso en el hombre. Lo poético es como el discurso del pájaro, verdadero y falso, poesía y verdad; porque realmente es verdad que la diferencia existe y que hay mucho que decir acerca de la misma, pero lo poético consiste en que la diferencia apasionadamente, en desesperación o

en júbilo, sea lo sumo, y esto es eternamente falso. En la preocupación del cotejo el afligido va tan lejos definitivamente, que sobre la diferencia olvida que es hombre; piensa tan desesperadamente que es tan diferente de los demás hombres, que incluso llega a creer que no es hombre, es decir, lo mismo que pensaba el pajarillo: que el lirio era tan insignificante que resultaba cuestionable si realmente se trataba de un lirio. Mas la supuesta respuesta razonable en favor de la preocupación es siempre la siguiente: que, desde luego, no se desea nada que sea irrazonable, por ejemplo, convertirse en un pájaro, sino solamente en esta cosa determinada que no se es, aunque esta cosa determinada a su vez se les antoje a otros preocupados una pura bagatela. De esta manera cuando el cotejo con el movimiento oscilante del pájaro ha aupado la pasión de la preocupación y conseguido desarraigar al afligido de su subsuelo, es decir, de querer ser aquello a lo que determinadamente está destinado: aparece por un momento como si la confrontación lograse llevar al afligido a la deseada meta; es verdad que viene y se lo lleva, pero no de otra manera que la muerte se lleva a un hombre, dejándole fenecer en la oscilación del desaliento.

Si ahora el hombre, mientras piensa que el lirio murió en el camino, es incapaz de pensar sin una cierta sonrisa en su preocupación por llegar a ser una corona real: que medite si por contraste no es para llorar que un hombre se preocupe tan irrazonablemente. Tan irrazonablemente... pero no, ¿cómo me atrevería a dejarlo expresado de este modo, cómo osaría seriamente designar así a los lirios del campo, que son los maestros divinamente instituidos? No, el lirio no se preocupa de esa manera; cabalmente por eso tenemos nosotros que aprender de él. Y por eso cuando un hombre, a semejanza del lirio, se contenta con ser hombre, entonces no cae enfermo de preocupación temporal; y cuando no llega a preocuparse temporalmente, entonces permanece firme en el sitio que se le ha asignado; y si permanece allí, entonces es cierto que por el solo hecho de ser hombre es más glorioso que la gloria de Salomón.

¿Qué aprende, pues, el afligido de los lirios? Aprende a contentarse con ser un hombre y a no preocuparse de las diferencias entre hombre y hombre; aprende a hablar tan brevemente, tan solemnemente, tan elevadamente de eso de ser hombre, como el Evangelio lo hace con toda brevedad acerca de los lirios. Y ésta es sin duda también la costumbre humana precisamente en las grandes ocasiones. Pensemos en Salomón. Si está revestido de la púrpura real, si está sentado majestuosamente en su trono rodeado de toda su gloria: es obvio que también se hable tan solemnemente que el que tiene la

palabra diga: «Su Majestad»; mas cuando se tiene que hablar con una solemnidad suprema, con el lenguaje eterno de la seriedad, entonces hay que decir: ¡Hombre! Y cabalmente lo mismo solemos decirle nosotros al más insignificante cuando, como Lázaro, yace casi desconocido en la pobreza y en la miseria: ¡Hombre! Y en el momento más decisivo de la vida de un hombre, cuando se le ofrece la elección de la diferencia, le decimos: ¡Hombre! Y en el momento decisivo de la muerte, cuando todas las diferencias quedan eliminadas, decimos: ¡Hombre! Y no es que con ello hablemos de una manera empequeñecedora, al revés, afirmamos lo supremo; puesto que ser un hombre no es inferior a las diferencias, sino algo superior a las mismas; pues esta —esencialmente igual— gloria de todos los hombres no es por cierto la triste igualdad de la muerte, como tampoco lo es la esencial igualdad entre todos los lirios, ya que ésta cabalmente lo es en la hermosura.

Toda preocupación mundana se basa en que un hombre no quiere contentarse con ser hombre, en que, mediante el cotejo, su preocupado anhelo le hace chocar con la diferencia. Por el contrario, no se puede afirmar inmediatamente y sin más que la preocupación terrenal y temporal sea invención del cotejo, ya que el que un hombre en el momento real del aprieto necesite alimentos y vestidos es algo que él descubre sin confrontación; también lo hubiese descubierto el habitante solitario entre los lirios del campo. El cuidado del sustento —¡ay, o los cuidados del sustento!, según se acostumbra a decir con más frecuencia en plural inquietante— no es directamente un invento de la confrontación. Son dos cosas distintas, por más que la confrontación trabaje ambiguamente de innumerables maneras por determinar qué es lo que hay que entender por cuidados del sustento: si no serán con todo...; pero no, el afligido quiere evitar a todo trance, precisamente para soslayar el cotejo, que ningún otro hombre le venga a hablar de estas cosas; en buena hora, y permítasenos intervenir con la siguiente cuestión: si a pesar de todo no será posible aprender mucho de los pájaros en lo que respecta a este cuidado.

Ahora quisiéramos considerar *cómo aquel a quien los cuidados del sustento le causan preocupaciones aprenderá, prestando la debida atención a las aves del cielo, a contentarse con ser un hombre.*

Mirad a las aves del cielo. Miradlas, esto es: prestadles exacta atención. De la misma manera que el pescador viene al amanecer y revisa los cepos que puso durante la noche; o como el médico que viene a ver cómo va el enfermo; o como el niño plantado que mira a una persona mayor que está haciendo algo que el niño no ha visto

nunca antes. Así hay que mirar exactamente a los pájaros, no con los sentidos divididos y el pensamiento distraído, sino con la atención reconcentrada y recapacitando, y de ser posible, con asombro. Alguien quizá diga: ¡Bah!, tantas veces se ha visto a los pájaros, que la cosa no tiene nada de considerable. Este tal no ha comprendido la invitación del Evangelio acerca de las aves del cielo.

Las aves del cielo. O, según se dice en otro lugar: «Las aves bajo el cielo». Ciertamente que se ven pájaros a ras de la tierra, que se los ve en tierra, pero si se ha de sacar provecho de su contemplación ha de vérselos bajo el cielo, o nunca dejar de pensar que propiamente habitan bajo el cielo. Si alguien de tanto ver un pájaro en tierra olvidase que era un ave del cielo, entonces se habría impedido a sí mismo la posibilidad de entender el Evangelio de las aves del cielo.

No siembran ni siegan, ni encierran en graneros. ¿Cómo podrían hacerse semejantes cosas allí donde los pájaros tienen su morada *bajo el cielo*? ¿Allí donde ellos viven sin la prevención de la temporalidad, no sabedores del tiempo, en el instante? El hombre prevenido, con los pies sobre la tierra, aprende del tiempo a emplear el tiempo, y cuando en un tiempo *pasado* ha llenado los graneros y está aprovisionado para el tiempo *presente*, se dispone sin embargo nuevamente para la cosecha próxima con el fin de poder volver a tener llenos los graneros para un tiempo *futuro*. Por eso mismo se emplean allí tres palabras para designar el trabajo de la prevención; no se afirma brevemente como de los lirios: no trabajan; con las tres palabras queda aludido el concepto del tiempo, que es la raíz de la prevención.

Y vuestro Padre celestial las alimenta. El Padre celestial; desde luego, es claro que tiene que ser Él, y sólo basta mirar a las aves bajo el cielo. Pues allí donde el labriego viene todas las mañanas, al mediodía y por las tardes, llama a las aves y les echa de comer, es bien fácil que el observador se equivoque y piense que es el labriego el que las alimenta. Pero allí donde no hay ningún labrador —en medio de los campos, donde no existe ninguna despensa— bajo el cielo; allí donde los pájaros despreocupados, sin sembrar ni segar, sin amontonar en los graneros y *sin cuidados del sustento*, se remontan ágiles sobre el bosque y el lago: sí, allí tiene que ser el Padre celestial el que los alimenta. «Él los alimenta». O ¿tendríamos que decir malévolamente lo que sin duda han dicho ya muchos malos labriegos: «Los pájaros roban», de suerte que en realidad serían los labriegos los que alimentan a los pájaros, ya que éstos se lo roban? ¡Ah, si hubiese algún hombre que con su pensamiento estuviera tan profundamente hundido en la ruin miseria de llegar a pensar con malhumorada seriedad semejante cosa: qué bien podría aprender de los pájaros del cielo a elevarse,

cuánto le ayudaría el mirar a las aves del cielo! Ciertamente que le ayudaría el solo *mirarlas* —es decir, prestarles exacta atención— a aprender de nuevo su lección, a olvidar la ruin comprensión que inhumanamente empequeñeció su alma. No, el Padre celestial alimenta a los pájaros, y esto a pesar de que no siembran, ni siegan, ni encierran en los graneros; lo que significa que el Padre celestial alimenta también a aquellas criaturas que siembran, siegan y encierran en los graneros, por lo cual quien se alimenta a sí mismo debe aprender de las aves del cielo que a pesar de todo es el Padre celestial quien lo alimenta. Pero aquel que no posee nada, absolutamente nada sobre la tierra; aquel que al pie de la letra vive también «al cielo raso»; aquel que acongojadamente siente la impresión de estar muy cerca en alegre parentesco con las aves del cielo, ése aprende que el Padre celestial lo alimenta.

«Mirad a las aves del cielo, vuestro Padre celestial las alimenta». ¡Qué breve, qué solemne, qué exacto es este discurso! Se habla de todos los pájaros, ni siquiera uno solo ha quedado olvidado en el discurso; lo que expresa que tampoco el Padre celestial lo olvida, ni siquiera a uno solo. ¡Él, que abre sus manos suaves y sacia con bendición a todo ser viviente! En el discurso evangélico sobre las aves del cielo no se alude lo más mínimo a alguna diferencia. Por ejemplo, la de que uno recibió con abundancia, otro escasamente; el uno quizá recibió provisiones para un período más largo de tiempo, el otro solamente lo necesario en el instante; o que, de vez en cuando, le ocurrió a un individuo tener que esperar totalmente en vano, quizá irse con hambre a la cama. De ninguna manera, simplemente se habla de los pájaros y de que el Padre celestial los alimenta.

Con todo, quizá alguno diga: «En definitiva, no sería tan catastrófico que un pájaro alguna vez consiguiese demasiado poco, o que muriese de hambre». ¿Cómo es posible que se le ocurra a un hombre hablar de semejante manera acerca de los pájaros? Acaso no es y permanece la preocupación por el sustento esencialmente la misma en el caso de que la tenga un pájaro o un hombre? ¿Podría un hombre pasar ostentosamente por alto esta preocupación por el hecho de que la padeciera el pájaro y el hombre estuviese libre de ella? O ¿sería irrazonable de parte del pájaro el preocuparse por tales bagatelas, no siéndolo si los hombres razonables entraran en juego? Supongamos que la vida de los pájaros fuese conocedora de la diferencia respecto del sustento, diferencia que tanto más trágicamente se hace imperativa entre los hombres; supongamos que esta diferencia ocupaba y preocupaba a los pájaros de la misma manera que lo hace con el hombre.

De la misma manera. Esto supuesto, el discurso puede evitar sin duda lo que el afligido desea soslayar a todo trance, que ningún otro hombre le hable de su preocupación. Así el discurso puede permanecer a la intemperie del campo junto a los pájaros y hablar de la preocupación del pájaro.

Había una vez una paloma salvaje; tenía su nido en el bosque cerrado, allí donde el asombro habita junto con el escalofrío entre los esbeltos troncos solitarios. Pero no muy lejos, donde humo asciende desde la casa del labrador, habitaban algunas de sus parientes lejanas: algunas palomas domésticas. Con una pareja de éstas se solía encontrar muy a menudo; ella en concreto se posaba sobre una rama que sobresalía por encima de la tapia del huerto del labriego; la pareja doméstica estaba posada en la cumbre del tejado, pero, con todo, la distancia no era tan grande que no se pudiesen cambiar sus pensamientos en diálogo. Un día hablaron de la situación de los tiempos y del sustento. La paloma salvaje decía: «Hasta la fecha he tenido bien resuelto el problema de mi sustento, dejo a cada día su afán y de esta manera voy cruzando el mundo». Las palomas domésticas no habían perdido ripio, a la par que sentían una placentera conmoción a través de sus cuerpos que se llama «ponerse hueco», respondiendo una de ellas seguidamente: «A nosotras nos sucede algo muy distinto; entre nosotras, es decir, junto al labriego rico con quien vivimos, se tiene el porvenir asegurado. Cuando llega el tiempo de la recolección, entonces nos sentamos yo o mi compañera, por veces, en la cumbre del tejado y llevamos la cuenta. El labriego carretea un saco tras otro de grano hasta el pajar y cuando ya ha carreteado tantos que me hago un lío con la cuenta, entonces sé, lo sé por experiencia, que hay bastantes provisiones para largo tiempo». La que había hablado así se volvió, no sin cierta complacencia, hacia su compañera, que estaba allí cerca sentada, como diciéndole: «¿Verdad, cariño, que lo nuestro está asegurado?».

Cuando la paloma salvaje volvió a su nido, pensaba más de cerca todo este asunto; en seguida se le ocurrió pensar que tenía que ser estupendo eso de saber asegurado su sustento para largo tiempo, y que por contraste era lamentable lo de tener que vivir constantemente en la incertidumbre, sin atreverse jamás a afirmar que se *sabe* que se está provisto. Por eso, lo mejor será que vayas pensando en arreglártelas para lograr reunir un mayor acopio de provisiones, que no sería imposible ocultar en uno que otro lugar muy seguro.

A la mañana siguiente se despertó más temprano que de costumbre y se puso afanosamente a reunir más y más, de suerte que apenas tenía tiempo de comer y mucho menos de comer hasta saciarse.

Pero se cernía como un destino adverso sobre ella que no le permitía reunir las cuantiosas provisiones, pues cada vez que había reunido unas pocas y las había ocultado en uno que otro de los lugares probablemente más seguros: siempre que volvía a echarlas un vistazo ya no estaban allí. Mientras tanto no aconteció ningún cambio sustancial respecto del sustento; todos los días encontraba su alimento lo mismo que antes, aunque ya no comía a sus anchas, tanto porque quería reunir como porque no se daba tiempo para comer, pues de no ser por esto, su alimento hubiese sido tan abundante como anteriormente. ¡Ay!, y sin embargo había intercedido un gran cambio en su vida; estaba muy lejos de padecer una necesidad real, pero se le había metido en la cabeza la idea de una necesidad en el futuro, su sosiego había desaparecido. En una palabra, había descubierto el cuidado del sustento.

De ahora en adelante la paloma salvaje empezó a estar preocupada. Su plumaje perdía colorido y su vuelo ligereza; sus días transcurrían infructuosos en el empeño de amontonar bienestar y sus sueños eran desapoderados planes de la imaginación; ya no volvió a estar contenta, más bien se había convertido en una envidiosa de las palomas ricas; todos los días conseguía su sustento, incluso se saciaba alguna vez, pero era como si no se saciase, puesto que el cuidado del sustento tenía hambre por largo tiempo. Había caído en el cepo en que ningún cazador la podría haber aprisionado, ya que solamente el libre se puede aprisionar a sí mismo *en la fantasía*. «Desde luego —se decía a sí misma—, desde luego que tengo mi sustento, puesto que cada día consigo tanto para comer; las cuantiosas provisiones que deseo reunir no podrían comerse de una sola vez y, en cierto sentido, no se puede comer más de lo que se tiene ganas; pero, con todo, sería estupendo en grado sumo el quedar liberado de esa incertidumbre que le hace a una tan dependiente». «Muy bien puede suceder que las palomas domésticas paguen caro su asegurado sustento; puede ser que en el fondo tengan muchas preocupaciones de las que yo hasta la fecha he estado libre, pero esa seguridad del porvenir es algo que no puedo echar de la cabeza; ¡ay!, ¿por qué llegué a ser una pobre paloma salvaje y no una paloma de las ricas?». Con esto iba notando demasiado que la pena se adueñaba de ella, mas entonces se habló razonablemente a sí misma, pero no tan razonablemente que expulsara la preocupación del pensamiento y volviese el ánimo a la tranquilidad, sino de tal manera que se convencía que la pena estaba en orden. «No deseo ciertamente —se decía— nada fuera de razón o algo imposible, desde luego que no anhelo ser como el labrador rico, sino simplemente como una de las palomas ricas».

Al fin excogitó una treta. Un día voló y se fue a posar en la cumbre del tejado del labrador entre las palomas domésticas. Cuando después se dio cuenta del lugar adonde estas últimas volaron, voló también ella allá dentro, pues tenía que ser el lugar de las provisiones. Pero cuando el labriego vino al atardecer y cerró el palomar, descubrió en seguida a la paloma extraña. Y la puso cuidadosamente en una pequeña jaula para el día siguiente, en que fue decapitada y *liberada del cuidado del sustento*. ¡Ay, la preocupada paloma salvaje no se había aprisionado solamente en la preocupación, sino también en el palomar y *hasta la muerte*!

Si la paloma salvaje se hubiese contentado con lo que era: un pájaro del cielo, entonces habría tenido su sustento; el Padre celestial la habría alimentado; habría permanecido, en situación de incertidumbre, en su propia casa, allí donde los esbeltos y solitarios troncos están sombríamente en buena inteligencia con el zureo arrullador de las palomas salvajes; habría sido aquella sobre la cual habló el sacerdote el último domingo, cuando repitió las palabras del Evangelio: «Mirad al ave del cielo, no siembra ni siega, ni encierra en los graneros, y vuestro Padre celestial la alimenta».

La paloma salvaje es el hombre. Sin embargo, no es así, pues no olvidemos que el discurso solamente por respeto para con el afligido ha permitido destacar como término de comparación a la paloma salvaje. Sí, como cuando se educa a un niño de sangre real, que se castiga a un niño pobre en lugar del pequeño príncipe: así el discurso se ha despachado a sus anchas sobre la paloma salvaje. Y ésta no ha puesto en modo alguno reparos, pues sabe muy bien que es uno de los maestros divinamente instituidos, de los cuales nosotros debemos aprender; y esto es lo que suele hacer a veces un maestro, que muestra en su misma persona lo que no debe hacerse, para advertir en contra de ello. De suyo, la paloma salvaje está descuidada y es realmente aquella de que habla el Evangelio. Por tanto, la paloma salvaje es el hombre. Si éste, como aquélla en su caso, se contenta con ser un hombre, entonces comprende lo que le enseñan las aves del cielo, que el Padre celestial lo alimenta. Y alimentándole el Padre celestial, queda liberado de los cuidados del sustento, y su morada no está meramente junto a la del labrador potentado como la de las palomas domésticas, sino que habita junto a Aquel que es el más rico de todos. Realmente habita junto a Dios, pues el cielo y la tierra son la casa y la propiedad de Dios, con lo que no cabe duda que el hombre habita junto a Él.

A esto equivale el *estar contento con ser hombre*, contentarse con ser una pequeña cosa, es decir, la creatura que es tan incapaz de

mantenerse en la existencia como de crearse a sí misma. Por el contrario, si el hombre se empeña en olvidar a Dios —y en sustentarse a sí mismo— entonces surgen los cuidados del sustento. Desde luego que es elogiable y agradable a Dios que el hombre siembre, siegue y encierre en los graneros, que trabaje por encontrar el alimento; pero si olvida a Dios y opina que se alimenta a sí mismo gracias al sudor de su frente, no puede por menos de padecer el cuidado del sustento. El hombre más rico de los que hayan existido tiene ese cuidado si ha olvidado a Dios y opina que se alimenta a sí mismo. Porque no tenemos derecho a hablar de una manera malévola y pequeñita, diciendo que el rico está libre del cuidado del sustento y el pobre no lo está. En modo alguno, solamente está liberado aquel que contentándose con ser un hombre, entiende que el Padre celestial lo alimenta; y esto está, sin duda, tanto en las manos del pobre como del rico.

Por lo tanto, el cuidado del sustento es la trampa en la que no puede meter a un hombre ningún poder exterior ni ninguna *realidad*, sino en la que él mismo solamente puede cogerse, tanto el rico como el pobre, si se empeña en no contentarse con ser un hombre. Y cuando no se contenta con ello, ¿qué es «lo más» que desea? «Lo más» es: ser su propia providencia para la vida entera o quizá meramente para el día de mañana; y cuando esto es lo que desea, entonces se mete —listamente— en la trampa, tanto el rico como el pobre. Entonces como que se atrinchera en un reducido o extenso predio, que estará fuera del alcance de la divina providencia y del cuidado providente del Padre celestial. Quizá no caiga en la cuenta, antes de que sea demasiado tarde, de que en esta atrincherada seguridad habita *en una cárcel*. Hace exactamente lo mismo que vimos hacer al labrador con la paloma, es decir, pone tapias a su cercado y cree que al fin ya está seguro, cuando en realidad está encarcelado; o, dicho de otra manera, queda concretamente excluido del cuidado de la Providencia y entregado al cuidado del sustento. Ya que sólo queda encarcelado y excluido aquel que se ha encerrado a sí mismo en pocos o en muchos bienes, con la idea de que se alimenta sin ayuda de nadie; y solamente está libre y sin el cuidado del sustento quien en muchos o en pocos bienes, incluso en la pobreza, sabe que el Padre celestial lo alimenta. Y quien con temeraria prudencia, ingeniosamente, se ha encerrado a sí mismo y con ello encarcelado, este tal, como la paloma salvaje y entendiéndolo espiritualmente, se ha encarcelado hasta la muerte.

Así ha quedado demostrado que el cuidado del sustento aparece con la confrontación; aquí en concreto de la manera más tremenda, la de que el hombre no quiera contentarse con ser un hombre, sino cotejarse con Dios, tener una seguridad cabe sí mismo que ningún

hombre ha de osar tener, seguridad que por eso mismo es cabalmente *cuidado del sustento.*

Pero también se demuestra de otras maneras que el cuidado del sustento aparece con la confrontación, a saber, en cuanto que el cuidado del sustento no es una necesidad real del día presente, sino una representación imaginativa sobre la necesidad de un día venidero. El cotejo vuelve a aparecer fundado en que el hombre no quiere contentarse con ser hombre. El pobre pájaro del cielo se cotejaba con los pájaros ricos; mediante este cotejo descubrió el cuidado del sustento. Él sabía, desde mucho tiempo atrás, lo que es tener hambre y encontrar alimentos, pero nunca había tenido antes el cuidado del sustento. El término medio del cotejo puede ser lo más extremosamente vario, ya que estos conceptos de «rico» y «pobre» no están mutuamente separados de un modo abisal, sino que se tocan en un alternar permanente y en una constante lucha fronteriza, y además las diversas perspectivas relativas trasmutan esos conceptos. Por tanto, en el cuidado del sustento el preocupado no quiere contentarse con ser un hombre, sino que quiere ser o poseer la diferencia, ser rico, pudiente, acaudalado, jamás satisfecho, etc. En concreto, no mira a las aves del cielo, alejado de las diferencias de la vida humana, sino que atiende comparativamente a los demás, a la misma diferencia, y su cuidado por el sustento es una circunstancia de la confrontación.

Y aunque el preocupado no aferre de esta manera su atención a las diferencias de grado y llame «cuidado del sustento» a lo que más es preocupación mundana (puesto que indudablemente no es cuidado por el sustento el preocuparse de tener tanto como éste o el de más allá), incluso siendo éste el caso, tenemos que afirmar que siempre es un cotejo el que está a la base del cuidado del sustento, en cuanto éste no es expresión de una necesidad real, sino de una necesidad imaginada. ¿A qué se debe el que el pájaro no conozca el cuidado del sustento? Ello se debe a que no coteja un día con otro, a que según las palabras del Evangelio deja que cada día tenga su afán. Y aunque el afligido no compare sus circunstancias con las de otro hombre, y en este sentido «se mantenga puro del mundo» —¡ah!, comparar es quizá una de las formas más perversas de contaminación—, sin embargo no deja de comparar, pues sigue cotejando angustiosamente un día con otro, y el día que tiene copioso alimento dice: pero ¡mañana!; y el día que lo tiene escaso exclama: mañana será todavía peor. ¡Ojalá que si un tal afligido leyese estas líneas no volcase su impaciencia sobre el que habla! Con gusto me cubriría el rostro, como hacía un sabio pagano, por respeto al tema del discurso; con gusto me lo cubriré por respeto a la preocupación, para no ver

a nadie y solamente hablar de las aves del cielo. Fue mediante esta forma de cotejo como la paloma salvaje, alternando tristemente con la preocupación día tras día, descubrió el cuidado del sustento. Concedía que tenía de qué sustentarse, pero la incertidumbre la afligía, pareciéndole que estaba demasiado a expensas de *Dios*. Le entristecía eso de no poder hablar nunca con seguridad sobre el día siguiente. Mas no olvidemos, con todo, que en sentido divino podría haber hablado con seguridad, afirmando: seguro que el Padre celestial me alimentará mañana. No olvidemos que podría haber hablado con la máxima seguridad sobre el día de mañana de haberse reducido con toda su interioridad a dar gracias por el día de hoy. ¿Acaso no es esto así? Por ejemplo, si una muchacha enamorada, a quien el amado acaba de venir a visitar, le dijera: ¡vendrás también mañana!, ¿no sería esto un indicio de que había alguna preocupación en su amor? Pero si ella, sin nombrar para nada el día de mañana, se arrojaba a su cuello y le decía: ¡gracias, amado, porque has venido hay!, ¿no es esto señal de que estaba completamente tranquila del día de mañana? Desde luego. O digámoslo de otro modo: si se tratara de dos muchachas y la una le preguntaba a su amado: ¿volverás nuevamente mañana?, y la otra le decía: ¡gracias, amado, porque has venido hoy!, ¿quién de estas dos muchachas estaría más convencida de que su amado volvería nuevamente mañana?

En el mundo suele entablarse la inútil y quizá orgullosa batalla en que el pobre le dice al rico: ¡todo lo haces fácilmente, porque estás libre del cuidado del sustento! ¡Quiera Dios que el pobre llegue a comprender debidamente cómo el Evangelio tiene formada de él una opinión mucho mejor, más equilibrada y amorosa! En verdad que el Evangelio no se deja embaucar por la aparente ilusión de la diferencia, no se deja engañar tomando partido en favor de un hombre y en contra de otro, del rico contra el pobre, o del pobre contra el rico. Eso de no tener cuidado del sustento es agradable a los ojos de Dios, ¿tendría el rico sin más esta ventaja y estaría el pobre excluido de ella? No, de ninguna manera. Si el pobre se contentara de veras con ser un hombre y aprendiese de las aves del cielo a vivir sin el cuidado del sustento, podría sencillamente levantar la cabeza sobre todas las diferencias aparienciales e incluso a veces podría sentirse impelido a exclamar: ¡pobre rico, a pesar de todo no puede estar sin el cuidado del sustento! Pues ¿qué hombre con justicia y verdad puede hacer esta afirmación: no tengo ningún cuidado por el sustento? ¡Tendría algún sentido que lo afirmara el rico mientras hace hincapié en sus riquezas! ¿No se está contradiciendo de un modo clamoroso en el mismo instante, ya que los cuidados del sustento le tienen atenazado

en la medida que quiere mantener lejos gracias a su tesoro? ¿El tesoro que el rico cuida y se empeña en aumentar movido por el cuidado del sustento? El lenguaje del rico empezaría a tener sentido en el momento en que estuviese dispuesto a renunciar a todos sus bienes, a arrojar lejos su dinero y con éste el cuidado por el sustento. ¡Ahora ya no tengo ningún cuidado del sustento! Y éste es, indudablemente, el caso del pobre si, no poseyendo nada y por lo tanto no teniendo nada que lanzar lejos, arroja su cuidado del sustento en Dios, diciendo: ¡no tengo ningún cuidado del sustento! Y en este caso, ¿no habrá que echar las riquezas por la borda si se pretende la posibilidad de que el discurso tenga sentido? Si alguien, poseyendo un botiquín lleno de medicinas estupendas, de las cuales todos los días tuviera que tomar algunas, dijera sin dejar de señalar a las medicinas: ¡no estoy enfermo!, ¿no sería ésta una contradicción clamorosa?

En el mundo suele entablarse entre hombre y hombre la inexacta lucha de la confrontación sobre la dependencia y la independencia, sobre lo dichoso que es no depender de nadie y lo pesado que es tener que depender de alguno. Y, sin embargo, jamás el lenguaje humano ni el pensamiento han hallado un símbolo más bello de la independencia que el de los *pobres* pájaros del cielo; y, sin embargo, ningún discurso sería más insensato que el que afirmara que ha de ser muy pesado eso de ser *ágil* como el pájaro. Estar dependiendo de sus tesoros, eso sí que es dependencia y pesada esclavitud; estar dependiente de Dios, completamente dependiente, eso sí que es independencia. La preocupada paloma salvaje temía miserablemente permanecer por completo dependiente de Dios, por eso dejó de ser independiente y símbolo preclaro de la independencia; dejó de ser la pobre ave del cielo, completamente dependiente de Dios. La dependencia de Dios es la única independencia, ya que Dios no encierra ninguna pesantez, ésta es propia de lo terreno y especialmente de los tesoros terrenos, por eso quien depende completamente de Dios, está ágil. De esta manera el pobre, contentándose con ser un hombre, mira al pájaro del cielo, lo mira bajo el cielo, porque ésa es siempre la costumbre del que ora, mirar hacia arriba. Pero no digamos «el que ora», ya que el independiente es, sin duda, «uno que da gracias».

Contentarse con ser hombre. Sobre esto versaba el discurso y sobre cómo el afligido aprende de los lirios del campo y de las aves del cielo esta verdad, y cómo, por el contrario, la confrontación producía la preocupación mundana y ésta engendraba el cuidado de la subsistencia. Desde luego que es un hombre el que ha hablado, pero se ha apoyado en los lirios y en los pájaros, ha hablado de los lirios y

de los pájaros. Y, por lo tanto, el que sea un predicador no contiene ningún cotejo con ningún otro hombre, como si fuese una ventaja lo de ser un predicador; de ninguna manera, también aquí persiste la igualdad frente a los maestros divinamente instituidos: los lirios del campo y las aves del cielo.

II

Si lo que acontece es que la pena y la preocupación se instalan en uno con tanto mayor ahínco cuanto más duradera y hondamente penetran en el alma —o cuanto más duramente acosen profundas allá dentro—, entonces será sin duda lo más conveniente excogitar una distracción para el afligido, aunque no en el mismo sentido en que el mundo, con tanta frecuencia como malicia, suele recomendar la salvaje precipitación o el ruidoso letargo de una vana distracción. Por eso, cuando el afligido se sienta abandonado y, con todo, mediante una contradicción respecto de la pena, no desee ser compadecido —porque la compasión se le impone demasiado de un modo hiriente y opresivo, de suerte que casi tiene que gemir tanto bajo la compasión como bajo los dolores— habrá que llevarlo a un contorno donde nada le recuerde la aflicción, ni tampoco la compasión, aunque en tal contorno es como si la compasión existiera, no existiendo en realidad; es decir, a un contorno en que se dé la cercanía conmovedora de la compasión, puesto que es como si existiera, y a la par se da su lejanía confortante, en cuanto que, en realidad, no es compasión.

De esta manera el citado Evangelio conduce al apenado allá al campo, a un contorno que le enlazará al marco de la gran vida común, ganándolo para la enorme comunidad de la existencia. Mas como la preocupación se ha instalado firmemente en él, lo que procede es hacer algo para apartar su ojo y su espíritu lejos de ella. Para esto pueden ser útiles dos movimientos, recomendados por el Evangelio. O bien el afligido «contempla al lirio» que está a sus pies, mirando hacia abajo; y mirando *hacia abajo* al lirio ya no ve su preocupación. Claro que puede suceder que su pena lo hubiera encorvado tanto, que al mirar hacia abajo viese también su preocupación; pero

si procura seguir mirando hacia abajo para ver el lirio, llegará a ver lejos de su preocupación. O bien, según la prescripción del Evangelio, al contemplar al ave bajo el cielo, mira hacia arriba; y mirando hacia arriba al pájaro ya no ve la preocupación. Claro que puede suceder que ya otras veces en sus penas mirase *hacia arriba*, enviando un quejumbroso suspiro hacia Dios y siguiéndole con la mirada de la preocupación; pero si procura seguir mirando hacia arriba al pájaro bajo el cielo, llegará a ver lejos de su preocupación. El que la preocupación se haya instalado con ahínco en el alma de un hombre, ¿cómo podría designarse mejor que diciendo: es como cuando los ojos se quedan *clavados*? Cuando se clavan los ojos, miran sin pestañear delante de sí, miran ininterrumpidamente a una sola cosa; y, sin embargo, en realidad no ven, ya que, según aclara la ciencia, lo que están viendo es su propio mirar. Pero entonces dice el médico: mueve los ojos. Y del mismo modo afirma el Evangelio: distrae el ánimo, mira hacia abajo al lirio, y deja de mirar de hito en hito a la preocupación; mira hacia arriba al pájaro y déjate de estar mirando fijamente a la preocupación. Y cuando las lágrimas se detienen, al estar los ojos puestos en el lirio, ¿no es como si el lirio secase las lágrimas? Y cuando el aire seca las lágrimas del ojo, ¿no es como si el pájaro enjugase las lágrimas? Incluso si el amante está sentado junto a uno y le seca las lágrimas, pero el apenado no cesa de llorar, ¿es esto propiamente secar las lágrimas? Mas aquel que logra que el afligido deje de llorar, ése sí que seca las lágrimas.

A esto hay que llamarlo una *distracción piadosa*, que no exacerba la impaciencia ni nutre la preocupación como hace la distracción vana y mundana, sino que distrae de veras, tranquiliza, persuade en la medida en que uno se entregue más piadosamente a ella. La prudencia humana ha inventado muchísimas cosas para divertirse y distraer el ánimo, y no obstante, la ley que impera sobre esta forma de invención, burla el vano empeño de un modo contraproducente. El arte mismo está al servicio de la impaciencia; más y más impacientemente condensa la multitud de las distracciones en el instante breve. Ciertamente cuanto más crece la ingeniosidad, más tiene que cercenarse a sí misma, puesto que es cosa manifiesta que la distracción pugna por concentrarse en períodos más y más cortos en la medida en que el arte sea mayor. Pongamos un ejemplo, en el que se muestra lo muy frágil y contradictoria que es toda distracción vana y mundana. El pirotécnico desea de seguro divertir los ojos y distraer los ánimos, encendiendo en la oscuridad de la noche la artificiosa fugacidad llameante. Pero si ésta dura aunque sólo sea una hora, el espectador resultará cansado; y también se cansará si entre cada juego luminoso

interceden algunos instantes. Por lo tanto, la tarea del ingenio consistirá en ejecutarlo con la máxima celeridad; lo sublime, lo perfecto será quemarlo todo en unos pocos minutos. Mas aquí, estando la distracción destinada a matar el tiempo, nos topamos con una flagrante contradicción: la de que la distracción, cuanto más perfectamente artística era, sólo ha podido matar un par de minutos — con lo cual se hace tremendamente claro qué largo es el tiempo. Se paga una entrada cara para esperar, en una tensión impaciente, el comienzo de la diversión, y en el mismo instante ya ha pasado. Como aquella fogata ardiente se ilumina y en el mismo momento desaparece en nada, así le acontece al alma de quien solamente conoce semejantes distracciones: que en el preciso instante de la distracción se desespera de lo largo que es el tiempo.

¡Qué completamente distinta es la divina distracción! ¿Has encontrado alguna vez un espectáculo más sedante que la contemplación del cielo estrellado? No cuesta nada, y así no se da ninguna incitación de la impaciencia; no hay programas en que se diga: esta noche; y todavía menos: a las diez en punto. Claro que no, sino que se te espera, aunque en otro sentido no se te espera; porque las estrellas que lucen resplandecientes esta noche son las mismas estrellas imperturbables a través de los siglos. Como Dios se hace invisible —¡ay, quizá por eso hay muchos que nunca le han prestado la debida atención!—, así el cielo estrellado se hace como insignificante, y, ¡ay!, por eso quizá muchos jamás le contemplaron debidamente. La majestad divina menosprecia la visible, la falsa espectacularidad; la solemnidad del cielo estrellado es infinitamente modesta. ¿Acaso no verificaste nunca cómo la persuasión crecía por momentos cuando, estando tranquilo, saliste quizá sin propósito allá a la intemperie, donde el cielo año tras año, inadvertidamente, se hace visible, y por casualidad te paraste y volviste los ojos hacia arriba? ¿Cómo de una manera intensamente emocionante te evadías gracias a él de lo temporal? Y ¿cómo con cada momento de tu permanencia y contemplación iba cayendo en un olvido más y más profundo lo que ha de olvidarse? ¡Oh, divina distracción!, tú no eres como aquella distracción que de una manera infiel y traidora, mientras unida a las lágrimas vacías y a la impaciencia capciosa pacta con el aburrimiento, va hundiendo más y más al hombre en éste —al distraerlo—; no, tú pactas con lo eterno, y por eso sólo el comienzo es difícil; una vez que se ha empezado, crece el sosiego de la distracción y con él la persuasión.

Esto acontece con todo lo de la naturaleza; parece insignificante, y, sin embargo, todo es infinitamente rico. Por eso, si vas de prisa a un negocio importante y tu camino te lleva por la orilla del mar,

concéntrate y ten cuidado. Ciertamente que nadie te llamará, que no oirás ninguna invitación —ni la voz de un charlatán, ni el tronar de los cañones— que te reclame para la humana diversión; y, con todo, ten cuidado; apresúrate todavía más, no sea que si te paras un instante, descubras quizá en el movimiento de las olas la persuasión de la monotonía. Y haz también lo mismo con el lirio del campo y con el pájaro bajo el cielo; si tienes prisa por ir «a tu campo, a tu compra, a tu esposa», y un pájaro vuela cerca de ti, no lo mires; pues si lo miras es probable que te quedes plantado mucho tiempo para contemplar mucho tiempo al pájaro. Y si es el tiempo del trabajo, en el que cada uno tiene que atender a su faena..., cuando el segador afila la guadaña y la hace vibrar entre los cereales, entonces no le permitáis que mire al lirio que está a sus pies, no sea que tanto el lirio como el segador se queden plantados.

Pero al afligido no se le dan advertencias, al revés, el Evangelio le espolea para que salga al campo y allí se esté tranquilo contemplando al lirio y al pájaro, de suerte que la divina distracción le vuelva a poner en movimiento los ojos fijos y le distraiga el ánimo dominado por la preocupación. ¡Contempla al lirio, mira qué delicioso se yergue a tus plantas, no lo desprecies, pues está seguramente esperando que te regocijes con su hermosura! ¡Mira cómo se balancea y sacude el polvo de sus pétalos para seguir siendo delicioso! ¡Mira cómo se refresca en la brisa, se hace casi movimiento, para de nuevo, quieto, alegrarse con su existencia feliz! ¡Mira qué suave es, siempre dispuesto a las bromas y al juego, mientras que cediendo sale victorioso de la tormenta más violenta que haya tenido que aguantar! ¡Contempla al pájaro bajo el cielo, mira cómo vuela! Quizá acaba de llegar de un largo recorrido, desde inmensamente apartados parajes felices —pero no importa, aquí está; quizá se ponga ahora en vuelo muy largo, hasta lejanísimas regiones—, ¡déjale que se lleve consigo tu preocupación! Lo haría sin notar para nada la carga, sólo con que tú permanecieras mirándolo. ¡Contempla qué quieto está ahora, cómo se solaza en el espacio infinito; se solaza incluso allí donde parece imposible todo solaz! ¡Mira cómo acierta a encontrar su camino!; y ¡qué camino a través de las tribulaciones y calamidades de la vida humana es con todo tan difícil, tan incomprensible como «el enigmático camino del ave a través de los aires»! Donde parece imposible el camino, hay camino y camino halladero.

Sin embargo —ya que toda distracción no ha de servir meramente para pasar el tiempo, sino que principalmente ha de proporcionar al afligido otra cosa en qué pensar— consideraremos ahora cómo el afligido al contemplar al lirio y al pájaro, con ayuda de la divina

distracción que disipa las nieblas, consigue otra cosa en qué pensar fuera de la preocupación; cómo olvidando la preocupación en la distracción llega a meditar:

QUÉ GLORIOSO ES SER HOMBRE

Pues si Dios viste así a la hierba del campo... ¿no hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe? Por tanto, Dios viste a la hierba, o la hierba está vestida; la envoltura bellamente formada del tallo, las finas líneas de las hojas, los preciosos matices del colorido, toda esa riqueza —para decirlo de alguna manera— de cordones, nudos y adornos, todo eso pertenece a la vestidura del lirio, y es Dios quien lo viste así. «¿No hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe?». *Hombres de poca fe.* Éste es el suave reproche de la exhortación; así habla el amor, cuando no se atreve a ser riguroso, a quien no tiene razón; el que reprocha le amenaza con el dedo, diciéndole «hombre de poca fe», pero lo dice tan suave que el reproche no hiere, no contrista, no abate, sino que más bien levanta el ánimo y da confianza. Si un niño entristecido viniera a su padre y le pidiese algo que el niño ya tenía y lo había tenido desde muy atrás, pero sin darse cuenta de ello y, en consecuencia, creyendo que debía pedirlo en vez de dar gracias porque ya lo tenía, ¿acaso no le diría el padre, reprochándole suavemente: sí, hijo, mañana lo conseguirás de seguro, hombre de poca fe? Lo que equivale a decir: cuando tus entendederas no sean tan cortas, reconocerás, desde luego, que ya lo tienes, que nunca has dejado de tenerlo, y que por lo mismo era una especie de ingratitud —aunque perdonable y hasta graciosa en un niño— el que pidieras lo que ya tenías.

Mas si éste es el significado de las palabras, entonces en el Evangelio no se afirma meramente que el hombre está vestido como la hierba, sino de un modo mucho más glorioso. Mediante el reproche adjunto (hombre de poca fe), propiamente se ha dicho: ¿no os habrá vestido Dios mucho mejor a vosotros?, de forma que no se habla de un nuevo vestido, que muy a gusto estrenaría uno el domingo, ni tampoco de un vestido nuevo que se necesita perentoriamente, sino de que la ingratitud está presta a olvidar qué gloriosamente está el hombre vestido de la parte de Dios. ¿No sería también un discurso disparatado si siendo la primera afirmación: el lirio está más gloriosamente vestido que Salomón, y la segunda: no hará Dios mucho más con vosotros, tuviéramos que entender por esta última el par de piezas que un hombre necesita?

Permítasenos considerar debidamente este asunto. Se afirma que

el lirio está vestido, pero esto no hay que entenderlo como si la existencia del lirio y el que tenga vestidos fuesen dos cosas distintas; no, su vestidura es ser lirio. En este sentido, ¿no estará el hombre mucho más gloriosamente vestido? O ¿movido por la preocupación de un par de piezas, sería lícito olvidar por completo la primera vestidura? ¡Oh, hombre de poca fe, a quien la necesidad imaginada hace ingrato! ¡Oh, tú, afligido, y aunque tu necesidad fuera mayor, olvidarás completamente cómo te ha vestido Dios! ¡Aprende de la hormiga a ser prudente; pero, hombre de poca fe, aprende del lirio qué glorioso es ser hombre, qué gloriosamente vestido estás!

La preocupación mundana siempre procura conducir al hombre a la mezquina inquietud de la confrontación, alejándolo del alto reposo de los sencillos pensamientos. Estar vestido significa ser hombre, es decir, tener buenos vestidos encima. La mundana preocupación se ocupa de los trajes y de la diferencia de los trajes. ¿No acontece lo mismo que con el niño que se acerca entristecido y pide lo que ya tiene, y a quien el padre, amenazándolo suavemente, dice: mañana lo conseguirás de seguro, hombre de poca fe? Incluso a un necesitado el Evangelio le recordará, en primer lugar, que no olvide por completo qué gloriosamente le ha vestido Dios. Y, además, no todos somos, ni mucho menos, en un sentido serio y riguroso, auténticos necesitados, sino, al revés, demasiado inclinados a preocuparnos de los trajes y demasiado ingratos para olvidarnos de los primeros pensamientos y de *la primera vestidura*. Pero con la contemplación del lirio se le recuerda al afligido que compare su vestidura con la de aquél, aunque la pobreza lo tenga vestido de harapos.

La invitación a aprender de los lirios debería ser amablemente recibida por todos, en la medida en que la advertencia les es útil. ¡Ay!, en la vida ajetreada y mundana de la confrontación no hacen sino olvidarse más y más, quizá por completo, los pensamientos grandes, sublimes, sencillos; aquellos primeros pensamientos. Cada hombre se coteja con los demás, cada generación o familia se compara con la otra, y así crece la abigarrada multitud de las confrontaciones ahogando plenamente al hombre. Cuanto más avanzan lo artificial y el activismo, más y más son los que en cada generación trabajan como esclavos toda la vida en los bajos y subterráneos parajes de la confrontación, y como los mineros que nunca ven la luz del día, así estos desgraciados jamás llegan a ver la luz: aquellos pensamientos sublimes y sencillos, aquellos primeros pensamientos acerca de lo glorioso que es ser un hombre. Y encaramados en los altos lugares de la confrontación, que impone su falso juego a la sonriente vanidad y engaña a los dichosos, éstos ya no reciben ninguna impresión

de aquellos pensamientos sublimes y sencillos, de aquellos primeros pensamientos. ¡Ser dominador! Sí, ¡qué lucha hay entablada en el mundo por eso! Ya sea que se pretenda dominar sobre reinos y países, sobre millones, o solamente poder dominar a un hombre cualquiera — fuera de sí mismo, porque sobre éste a nadie le importa un comino dominar. Pero allá, en el campo, junto a los lirios, donde todo hombre, que sorbe tranquilamente y a solas la leche de aquellos primeros pensamientos, es lo que cada hombre es según la idea divina: un dominador, desde luego, allí ninguno quiere ser dominador. ¡Ser un prodigio! Sí, ¡qué esfuerzos se hacen en el mundo para alcanzar este envidiado destino, y cómo la envidia se esfuerza para impedirlo! Pero allá, en el campo, junto a los lirios, donde todo hombre es lo que Dios ha hecho de él: un milagro de la creación, desde luego, allí nadie será un prodigio. Los individuos que se tienen por mejores y las rechinantes carcajadas de la plebe se burlarían del loco que se atreviera a hablar en semejante sentido de ser un dominador o un milagro. Y, no obstante, ¿qué puede significar el Eclesiastés con estas palabras: «que Dios aisló al hombre para ver si se consideraría a sí mismo semejante a las bestias»?*. Pues quien no aislado quiera tranquilizarse, alegrarse, edificarse y ser elevado por el valor absoluto de aquellos primeros pensamientos; quien se entregue a sí mismo a la desaparición y la muerte en el servicio inútil de las confrontaciones, ése tal se considerará semejante al bruto, y nada importa que comparativamente sea un distinguido o un insignificante. Por eso aisló Dios al hombre, hizo de cada hombre esa especial creatura segregada que se encierra en lo absoluto de aquellos primeros pensamientos. Las bestias individualmente no están separadas, no son criaturas absolutamente segregadas, cada una de ellas es un número y caen bajo lo que ya el más famoso pensador gentil llamó una categoría animal: *la multitud.* Y el hombre que con desesperación vuelve la espalda a aquellos primeros pensamientos para hundirse en la multitud de las confrontaciones, se convierte a sí mismo en número, se considera semejante al bruto, e importa un comino que comparativamente haya llegado a ser un personaje distinguido o uno insignificante.

Pero el afligido está aislado entre los lirios, muy lejos de todas las humanas o, dicho probablemente con mayor exactitud, inhumanas confrontaciones entre hombre y hombre —ciertamente que quien se

* Kierkegaard ha amañado la primera parte de esta cita del Eclesiastés, de suerte que apenas es verificable. Lo probable es que su memoria esté manejando el versículo 18 del capítulo 3 de dicho libro, pero ni en el contexto de éste ni en las ediciones danesas de la Biblia aparece ningún indicio referente al aislamiento.

aleje de la mayor ciudad del mundo no deja tras de sí una tan abigarrada multitud, una tan desordenada y tremenda diversidad como aquel que dio la espalda a las inhumanas confrontaciones— para cotejar humanamente su vestidura con la del lirio.

Por la vestidura, según queda expuesto, ha de entenderse que se es un hombre. Ya un pagano cayó en la cuenta de esto*. Éste no sabía referirlo todo a Dios, pero opinaba, como él mismo nos lo dice de una manera ingeniosa, que el alma es semejante a un tejedor que hila la envoltura del cuerpo, que es la vestidura del hombre. Y, en definitiva, ensalzaba con bello asombro la sutil contextura del cuerpo humano, su gloria, incomparable con la de ninguna planta o animal. Con el pensamiento hizo como aparecer lo que es característico del hombre: el andar vertical; y mientras pensándolo lo ejecutaba, se le iba alzando su ánimo. Se asombraba de la maravilla de los ojos, y todavía más de la mirada, pues ojos los tienen las bestias, pero mirada solamente el hombre; por eso a éste se le llama también en la lengua maternal de aquel sorprendido *el vertical*, mas de tal manera que se signifiquen dos cosas: primero, que la figura del hombre está levantada como un esbelto tronco, y, después, que este ser enhiesto dirige su mirada hacia arriba; porque por muy esbelto que sea el tronco de este ser enhiesto, propiamente será la mirada la que le ayude a auparse sobre las cumbres. Así de levantado está el hombre — dominante, y por esta razón le pareció tan magnífico a aquel sorprendido que el hombre fuese la única criatura que tenía manos, pues el dominador extiende la mano cuando impera. Y así, en lo sucesivo y de muchas maneras, supo también aquel sorprendido hablar magníficamente acerca de la gloriosa vestidura del hombre. Muchos quizá han acertado a hablar de ello de una forma más erudita, más pericial, e incluso más científica, pero, ¡cosa bastante extraña!, ninguno ha hablado con mayor asombro que aquel noble sabio, que no empezaba dudando de todo, sino que al revés, habiendo llegado a viejo, habiendo visto, oído y revivido muchas cosas, empezó justamente a *asombrarse*; a asombrarse de aquella sencilla *originalidad primera* por la que de ordinario nadie se interesa de este modo, ni siquiera el erudito o el científico, pues a éstos no les tiene ocupados el tema en cuanto objeto de asombro. Con todo, aquel discurso del asombro era imperfecto en cuanto refería la vestidura al alma. Mucho más imperfecto sería el discurso, e incluso un mal discurso, si olvidara

* Este pagano es Cebes, cuya más importante intervención en el *Fedón* platónico es recogida en lo que sigue, magnificándola.

por completo aquella solemne originalidad primera, tomando de una manera expedita e insensata lo de ser hombre, como si fuese nada y profanándolo, para empezar en seguida la loca habladuría sobre las piezas del traje, los pantalones y la chaqueta, la púrpura y el armiño. Sin embargo, tampoco deja de ser imperfecto el discurso que atiende a la primera originalidad, pero no cae en la debida cuenta de Dios. No, para que el hombre pueda cotejarse con el lirio, es preciso que diga: todo lo que soy por el hecho de ser hombre, nada es mérito mío, pero es una gloria.

¿Cómo podríamos hablar ahora de esta gloria? Se podría hablar largo y tendido sin acabar nunca, mas no es este lugar para eso. Por lo tanto, permítasenos más bien hablar brevemente y concentrarlo todo en una sola palabra, que es la que la sagrada Escritura emplea con autoridad: *Dios hizo al hombre a su imagen*. Y entiéndese esta palabra, por razón de brevedad, de un solo individuo.

Dios ha hecho al hombre a su imagen. ¡No será glorioso estar así vestido! El Evangelio afirma, en elogio del lirio, que éste sobrepuja la gloria de Salomón. ¿Acaso no será infinitamente más glorioso asemejarse a Dios? El lirio no se asemeja a Dios, esto es imposible para él; porta una pequeña señal con la que evoca a Dios; comporta un testimonio, ya que de seguro Dios no ha dejado nada de lo creado sin testimonio, pero el lirio no es semejante a Dios.

Cuando el hombre mira su imagen en el espejo del mar, está viendo, sin duda, su propia imagen, pero el mar no es la imagen del hombre, y cuando éste se aleja, desaparece también la imagen; el mar no es la imagen ni puede aprisionarla. Esto no puede atribuirse a otra cosa sino a que la figura visible, cabalmente por la visibilidad, es impotente (exactamente de la misma manera que la presencia corporal hace imposible la omnipresencia), y así es incapaz de rebotarse en otro, de tal suerte que éste contenga la imagen cuando la figura se aleje. Pero Dios es espíritu, es invisible, y la imagen de lo invisible es también invisible. De este modo, el creador invisible se rebota a sí mismo en la invisibilidad, que es la determinación del espíritu, y la imagen de Dios es precisamente la gloria invisible. Si Dios fuese visible, indudablemente que nadie podría asemejarse a Él o ser su imagen, pues *no existe* imagen de todo lo visible, y entre todo esto no hay nada, ni siquiera una hoja, que se asemeje a otra o sea su imagen. En este caso la imagen sería el objeto mismo. Mas siendo Dios invisible, nadie *visiblemente* puede asemejarse a Él; justamente por esto el lirio no se asemeja a Dios, ya que la gloria del lirio es visible; y por eso mismo aquel pagano, aun hablando perfectamente de la gloria del cuerpo humano, se expresaba imperfectamente acerca del

hombre, pues no dijo nada sobre que Dios invisible creó a cada hombre a su imagen.

Ser espíritu es la gloria invisible del hombre. Así, cuando el afligido se halla en medio del campo, rodeado de todos los testigos, cuando cada flor le dice: ¡acuérdate de Dios!, el hombre tiene que responderles: ¡desde luego, hijos míos, mi deber es adorarlo; vosotros, pobres, no podéis! El levantado es, pues, un *adorador*. El andar vertical era una característica, pero todavía es mucho más glorioso el poder arrojarse al suelo en adoración; y la naturaleza entera es como una gran servidumbre que amonesta al hombre, al dominador, para que adore a Dios. Esto es lo que todos esperan de él, no que venga y tome la hegemonía —lo cual también es glorioso y le está destinado—, sino que adorando ensalce al Creador, cosa que no puede hacer la naturaleza, pues ésta solamente puede recordar al hombre que lo haga. Es glorioso estar vestido como el lirio; todavía es más ser el levantado dominador; pero lo más glorioso de todo es no ser nada *en adoración*.

Adorar no es dominar, y, sin embargo, la adoración es aquello por lo que el hombre se asemeja a Dios, y poder adorar es ciertamente la ventaja de la gloria invisible sobre todas las criaturas. El gentil no cayó en la cuenta de Dios, y por eso buscaba la semejanza en el dominio. Pero de esta manera no hay semejanza, sino que así es profanada; ésta en verdad solamente se da dentro de la infinita diferencia, y por eso adorar es la semejanza con Dios que representa la ventaja sobre todas las criaturas. El hombre y Dios no se asemejan mutuamente de un modo directo, sino inverso: sólo cuando Dios se ha convertido en el objeto eterno y omnipresente de la adoración y el hombre permanece siempre un adorador, sólo entonces se asemejan. Si el hombre se empeña en asemejarse a Dios por el dominio, entonces ha olvidado a Dios, Dios se ausenta, y el hombre juega a dominador en su ausencia. Y esto era el paganismo, la vida del hombre en la ausencia de Dios. Por ello el paganismo era, a pesar de todo, como la naturaleza; y lo más doloroso que puede decirse sobre él es que no era capaz de adorar. Incluso aquel sabio noble y sencillo, que era capaz de callar asombrado, no pudo adorar. Mas poder adorar no es ninguna gloria visible, es imposible verla; y, no obstante, la gloria visible de la naturaleza no hace sino suspirar, suplicar al dominador de ella, recordar incesantemente al hombre que en fin de cuentas no se olvide de *adorar*. ¡Oh, qué glorioso es ser hombre!

Y de esta manera el pensamiento del apenado, distraído entre los lirios, quedó embargado por otra cosa distinta de su preocupación, meditando ¡qué glorioso es ser un hombre! No es culpa de los lirios si

él vuelve a olvidarlo mundanamente perdido en el correveidile de los cotejos y en el choque de las diferencias, al revés, porque se olvidó de los lirios, ha olvidado también que tenía algo que aprender de ellos, y algo que en fin de cuentas no debiera olvidar hacer por ellos. Si tuviéramos que designar la preocupación mundana con una sola palabra, diríamos: es una preocupación por los trajes, una preocupación por *las apariencias*; precisamente por eso la edificación que comporta la gloria invisible es la elevación más alta sobre la mundana preocupación: adorar es la gloria y, además, un servicio que se presta al lirio.

Esto es lo que nos ha ofrecido la enseñanza de los lirios. Ahora quisiéramos considerar cómo el afligido *aprende del pájaro qué glorioso es ser hombre.*

El pájaro no siembra, ni siega, ni encierra en los graneros, el pájaro vive sin cuidado del sustento. Pero ¿acaso es esto una perfección? ¿Es una perfección estar sin cuidado en el peligro, porque no se le conoce, ni se sabe que existe? ¿Es una perfección avanzar a paso seguro, porque se va a ciegas y como en sueños? No, antes bien hay que afirmar que una perfección es conocer el peligro, tenerlo delante de los ojos, estar despierto; que es una perfección poder tener el cuidado de la subsistencia, para concretamente superar este temor, dejando que la fe y la confianza lo expulsen, de suerte que en verdad se esté sin el cuidado del sustento gracias al descuido que da la fe. Puesto que solamente el descuido que proporciona la fe es en el sentido divino la suspensión, cuyo bello, pero imperfecto símbolo, es el ligero vuelo del ave. Por esta razón, decimos también que hay que alzarse en alas de la fe, y este batir de alas es el perfecto en el sentido divino de la palabra, y el del pájaro solamente una débil indicación metafórica; sí, como cuando el pájaro cansado se abate lentamente con un lánguido batir de alas hacia la tierra, de la misma manera el más soberbio vuelo del pájaro más audaz es solamente terrenal y temporal languidez en comparación con la elevada suspensión de la fe, un lento abatimiento comparado con la ágil ascensión de la fe.

Vamos a considerar esto más de cerca. ¿Por qué no padece el pájaro el cuidado del sustento? Porque sólo vive en el instante, por lo tanto no hay nada de eterno en el pájaro. ¿Será ésta una perfección? Por el contrario, ¿cómo aparece la posibilidad del cuidado de la subsistencia? Mediante el contacto mutuo de lo eterno y lo temporal en una conciencia, o mejor dicho, en cuanto el hombre tiene conciencia. Por la conciencia se sitúa el hombre eternamente lejos, muy lejos del instante —ningún pájaro voló nunca tan lejos—, y sin embargo gracias a ello precisamente permanece atento al peligro que el pájaro

no atisba. A la par que la eternidad, empezó también a existir para el hombre el día de mañana. Mediante la conciencia, el hombre descubre un mundo que ni siquiera el ave más viajera conoce: el porvenir, y cuando este porvenir se retrotrae al instante mediante la conciencia, entonces se descubre la preocupación, que el pájaro no conoce, porque por muy lejos que haya volado y de muy lejos que venga retrocediendo, jamás voló hasta el porvenir ni nunca retornó de tal destino.

Puesto que el hombre es conciencia, él es el lugar donde lo eterno y lo temporal se tocan constantemente, donde lo eterno se quiebra en lo temporal. Por eso el tiempo puede antojársele largo a un hombre, porque tiene lo eterno en la conciencia y con ello mide los instantes; pero al pájaro jamás le pareció largo el tiempo. Por eso el hombre tiene un enemigo peligroso que el pájaro desconoce: el *tiempo*; un enemigo, sí, un enemigo o un amigo, a cuyas asechanzas o relación el hombre no puede sustraerse porque tiene lo eterno en la conciencia y, en consecuencia, ha de medir el tiempo. De muchas maneras pueden lo temporal y lo eterno tocarse dolorosamente en la conciencia humana, mas uno de los contactos que especialmente hace gemir al hombre es el del cuidado de la subsistencia. ¡La distancia de lo eterno aparece tan infinita! No se trata de llenar el tiempo con una hazaña magnífica, con un gran pensamiento, con algún sentimiento exaltado, como en aquellas horas en que se afirma vivir para la eternidad; ¡ah, de ninguna manera!, sólo se trata del pobre trabajo en unas horas en que se vive rigurosamente para la temporalidad, del pobre trabajo que impone la condición de la existencia temporal. Pero, con todo, eso de poder padecer el cuidado de la subsistencia es una perfección, y sólo es una expresión del abatimiento ante la elevación del hombre, pues tan alto como Dios lo eleva, así se abate él tan profundamente; mas, por consiguiente, estar profundamente abatido significa también que se está altamente elevado. Y Dios levantó alto al hombre sobre el ave gracias a lo eterno en la conciencia, pero lo volvió a abatir, por así decirlo, bajo el pájaro mediante el conocimiento del cuidado, el cuidado terrenal e insignificante que ni siquiera el pájaro conoce. ¡Oh, qué estupendo parece que el ave no tenga el cuidado del sustento, y, a pesar de todo, cuánto más glorioso es poder tenerlo!

Por este motivo el hombre puede aprender del pájaro, también lo puede llamar su maestro, pero no en el sentido más elevado. Un niño, en el fondo, está también sin el cuidado del sustento, como el pájaro. ¿Quién no aprendería gustosamente de un niño? Y cuando, en la preocupación, la necesidad imaginada o real hace a un hombre desalentado, malhumorado y abatido, ¡ah, cómo desea entonces que lo apacigüen, con qué gusto quiere aprender de un niño, con qué

gusto en su ánimo tranquilo y agradecido llamará al niño su maestro! Pero en cuanto el niño quisiera tomar la palabra y enseñarlo, de seguro que el adulto le diría con suavidad: ¡no cabe duda, querido niño, que ésta es una cosa de la que tú no tienes ni idea! Y de no callarse el niño, el adulto le diría que era un maleducado y quizá le propinase raudo unos cachetes —al maestro—, haciéndolo probablemente con razón. ¿Por qué? Porque sólo el adulto, en el sentido serio, es el maestro del niño, y el niño solamente es el maestro del adulto en el bello sentido de la seriedad bromista. Pero en este caso es con todo una perfección el poder padecer el cuidado de la subsistencia, y el hombre está muy por encima de todo, por más que gustosamente, según la indicación del Evangelio, esté dispuesto a aprender del pájaro y a llamarlo en su ánimo tranquilo y agradecido su maestro.

El pájaro que está sin el cuidado del sustento es, pues, el *modelo* del hombre, y, no obstante, el hombre, por poder tener el cuidado de la subsistencia, es mucho más perfecto que el modelo. Por eso el hombre no ha de olvidar jamás que Aquel que le remitió a las aves del cielo, como a una enseñanza primaria e infantil, que Él cabalmente con toda seriedad y verdad es el propio modelo, el modelo esencial de la perfección humana. Pues cuando se dice: «Las raposas tienen cuevas, y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza», se está hablando de una situación mucho más precaria que la del pájaro, y de una situación de la que se es consciente. Pero en esa situación, con conciencia de ello, estar sin morada, sin refugio en que guarecerse, y *estar sin cuidado*..., sí, ése es el modelo divino del hombre, de la creatura levantada. Este modelo no existe para el pájaro, ni tampoco para el niño; y, en consecuencia, el poder padecer cuidado de la subsistencia es una perfección. ¿No es así? ¿Decimos acaso que es una perfección de la mujer el que ella, como el débil, no vaya a la guerra? ¿Que es una perfección del prisionero el que no pueda evadirse y arriesgar la vida? ¿Que es una perfección del durmiente el que sueñe que está fuera del peligro? O ¿acaso diremos que es una perfección el quedar excluido de poder llamar al elevado Jesucristo nuestro modelo? ¿Por qué se hablará entonces de una manera diferente acerca del cuidado de la subsistencia, como si la mujer fuese más dichosa porque la tarea adquisitiva le toca más de cerca al hombre; como si el prisionero fuera más feliz porque es el Estado quien tiene que alimentarlo; como si fuese más agraciado el que se soñaba rico; o el más dichoso de todos fuese quizá aquel que por sus riquezas había sido excluido de llamar al Dios-hombre su modelo?

Pero allá, fuera, junto a los pájaros, el afligido no puede hablar de esta manera; mirando al pájaro olvida completamente la necesidad

imaginada, incluso olvida por momentos la necesidad real, queda apaciguado, sí, edificado. Pero si un pájaro aterrizase para decirle unas palabras adoctrinadoras, él le respondería: «¡Amiguito mío, ésta es una cosa de la que tú no tienes ni idea!»; es decir, llegaría a ser consciente de que es una perfección el poder padecer el cuidado de la subsistencia.

El pájaro no siembra, ni siega, ni encierra en los graneros, lo que significa que el pájaro *no trabaja.*

Pero ¿es acaso una perfección eso de no trabajar nada? ¿Es una perfección escamotear el tiempo del día en el mismo sentido en que el sueño escamotea el de la noche? Pues seguramente que el pájaro se despierta temprano para cantar, e incluso después de haber dormido se despierta para soñar; el más bello de sus cantos es, sin duda, un sueño sobre un amor desgraciado; y de esta manera duerme y sueña toda la vida una fantasmagoría feliz o desgraciada. ¿Acaso es una perfección todo esto? ¿Es una perfección del niño el que siempre esté jugando, hasta caer rendido —como lo hace el hombre después de su trabajo— en la cama, para volver a jugar al día siguiente? ¡Esto hace amable a un niño!, ¡ah, quién no aprendería gustosamente de un niño! Y cuando el adulto a veces hace su trabajo sin ninguna alegría, incluso a disgusto, ¡cómo desea entonces ser apaciguado por el niño, con qué gusto quiere aprender de él, con qué gusto en su ánimo tranquilizado y agradecido llamará al niño su maestro! Pero sin mucha dilación, de hacerse necesario, reprendería *al maestro*, y no sin razón. ¿Por qué? Porque el adulto es el maestro del niño en el sentido serio de la palabra, y el niño solamente es el maestro del adulto en el bello sentido de la seriedad bromista.

El pájaro no trabaja. Su vida es, en el sentido inocente de la palabra, vanidad; y en el sentido inocente profana la misma vida. ¿Es ésta una perfección? En ese caso es una imperfección de Dios el que trabaje, y trabaje sin cesar. ¿Acaso es una perfección en el pájaro que en los tiempos difíciles se asele en el nido y muera de hambre y no sepa hacer absolutamente nada, hasta que aturdido cae definitivamente en tierra y se muere? Ordinariamente no solemos hablar de este modo. No decimos que es un dechado el marinero que se acomoda en su bote y con la mar mala se cruza de brazos, sin acertar a hacer nada. Mas admiramos al intrépido marinero que sabe maniobrar, que con maña, vigor y aguante hace frente a la tormenta y al mal tiempo y se afana por salir del peligro. ¿Acaso elogiamos la conducta de quien se levanta tarde y casi al mediodía, indolente y hambriento, está esperando conseguir el alimento por una contingencia? En cambio cuando vemos madrugar al diligente trabajador, o no le vemos siquiera,

pero muy temprano podemos verificar que él ha estado ya en el lugar, que el pescador ya ha girado una visita a los artes, que el vaquero ya ha echado las reses a pacer, entonces ensalzamos al pescador y al vaquero. Trabajar es la perfección del hombre. Por el trabajo el hombre se asemeja a Dios, que seguramente también trabaja. Y cuando un hombre trabaja por el alimento, no podemos decir malamente que se alimenta a sí mismo; más bien diremos —precisamente para evocar qué glorioso es ser hombre—: trabaja con Dios para el alimento. Trabaja con Dios, es decir, *es colaborador de Dios*. Mira, el pájaro no es esto, el pájaro consigue alimento suficiente, pero no es colaborador de Dios. El pájaro consigue su alimento de la misma manera que allá en el campo el nómada logra su sustento, pero al criado que trabaja por el alimento el amo lo llama su colaborador.

El pájaro no trabaja — y, sin embargo, consigue el alimento. ¿Es ésta una perfección en el pájaro? En otras ocasiones afirmamos que quien no trabaja que no coma; y esto es también lo que Dios afirma. Si Dios hace una excepción con el ave, es porque la pobre no puede trabajar. El pobre pájaro no puede trabajar. ¿Habrá que llamar a esto una perfección? La perfección consiste en trabajar. No es como suele exponerse de la manera más mezquina, que es una dura necesidad eso de tener que trabajar para vivir; de ninguna manera, es precisamente una perfección eso de no ser toda la vida un niño, siempre a la zaga de los padres que tienen cuidado de uno, tanto mientras viven como después de muertos. La dura necesidad —que, sin embargo, cabalmente refrenda lo perfecto en el hombre— se hace precisa sólo para obligar, a quien no quiere reconocerlo por las buenas, a que comprenda que el trabajo es una perfección y no sea recalcitrante en no ir alegre al trabajo. Por eso, aunque no se diese la así llamada dura necesidad, sería con todo una imperfección el que un hombre dejase de trabajar.

Se ha dicho de las condecoraciones que un monarca suele repartir, que algunos las llevan para su honor, y que otros las honran llevándolas. Aquí queremos traer a la consideración un gran modelo, del cual se puede afirmar con toda propiedad que ha honrado el trabajo: el apóstol Pablo. Si hay alguien, por otra parte, que hubiese deseado que el día tuviera doble duración, ése de seguro es Pablo; si alguno hubiera sido capaz de hacer que cada hora encerrase un gran significado para muchos, ése de seguro es Pablo; si alguien pudo fácilmente haberse dejado sustentar por las comunidades, ése es seguramente Pablo. Y no obstante ¡prefirió trabajar con sus propias manos! De la misma manera que humildemente ha dado gracias a Dios de habérsele deparado el honor de ser azotado, perseguido, es-

carnecido; como humilde delante de Dios dice de sus cadenas que son una cuestión de honor, así también consideró que era un honor trabajar con las propias manos; tal honor, que con el bello pudor de una mujer, pero con el sagrado pudor de un apóstol, podría decir con relación al Evangelio: yo no he ganado ni siquiera un céntimo con la predicación evangélica, no me he casado con el dinero por el hecho de haber llegado a ser un apóstol; tal honor, que en relación con el hombre más insignificante podría decir: yo no he sido liberado de ninguna de las molestias de la vida, ni por favor he quedado excluido de ninguna de sus ventajas, ¡porque yo también he tenido el honor de trabajar con mis propias manos!

Desde luego, en la miseria espléndida o lamentable de las mundanas confrontaciones desesperadas —en la que a partes iguales se sabe tan poco lo que es honor como lo que es perfección— se habla, cobarde o traidoramente, de otra manera. Pero allá fuera, junto al pájaro, el apenado comprende cuán glorioso es trabajar y con ello qué glorioso es ser hombre. Pues la diferencia no la hace el que uno trabaje por un reino y otro por el pan, uno para amontonar lo superfluo y otro para defenderse de la pobreza; no, lo que hace la diferencia es que el pájaro no puede trabajar.

Mas de este modo, sin duda, el afligido, en la distracción junto al pájaro, logró pensar en otra cosa distinta de la preocupación; llegó a meditar debidamente cuán glorioso es trabajar, qué glorioso es ser hombre. Si lo vuelve a olvidar mientras trabaja, ¡ah!, entonces quizá aquel maestro amable, el pájaro, vuele a su vera para recordarle lo olvidado. ¡Con sólo mirar al pájaro lo recordará!

III

Si lo que acontece es que la pena y la preocupación se fortifican, en especial a medida que más duradera y hondamente penetran en el alma —o cuanto más duraderamente acosen profundas allá dentro—, entonces es muy probable que el amigo que venga a consolar tenga que batirse en retirada. Pues en concreto se trata como de una batalla entablada entre la preocupación y el consuelo, que se miran mutuamente como enemigos en el mismo sentido que la enfermedad y la medicina, que no se toleran y aguantan entre sí, al menos de repente. ¿Quién no ha verificado la enorme fortaleza que la preocupación puede conferir a un hombre; cómo éste de un modo tanto ingenioso como enérgico acierta a defenderse contra el consuelo; cómo es capaz —lo que ordinariamente ningún caudillo es capaz de hacer— en el mismo momento en que la defensa de la preocupación queda desarmada, cómo es capaz en ese mismo momento de reanudar la defensa con el vigor renovado en la lucha? ¿Quién no tiene experiencia de cómo la pasión en las penas es capaz de conferir a un hombre una fuerza en los pensamientos y expresiones, que el mismo que viene a consolar casi queda amedrentado? ¿Quién no ha experimentado que el ardiente deseoso apenas puede hablar de un modo tan insinuante con el fin de conquistar a otro, como lo hace de manera fascinadora el afligido para convencerse una vez más a sí mismo, y al que viene a consolarlo, de que no hay ningún consuelo? Mas si es esto lo que acontece, si el afligido ha quedado en el campo de batalla como lo más fuerte, a veces quizá sólo mediante una terquedad aparente, otras, ¡ay!, realmente el más fuerte mediante la grandeza de la pena, entonces ¿no hay nada que hacer? Seguramente. Entonces se procu-

ra la ocasión de que el afligido se meta en el sufrimiento de otro; y quien en su persona no quiere hacer caso del consuelo que otro le trae, ése suele estar con frecuencia dispuesto a tomar parte en la pena de otro, preocupándose con el otro y a cuenta del otro. Con esto ha quedado olvidada la lucha; el ánimo del primer afligido, mientras sufre lleno de melancolía con el segundo, queda apaciguado; quien estaba armado contra el consuelo, está ahora desarmado; quien era como una ciudad amurallada, es ahora una ciudad que capitula: apenándose con el otro, él mismo encuentra el consuelo.

Así nuestro Evangelio conduce al afligido en medio del campo, y quien, débil y fuerte a la par, se creía vencedor sobre todo humano consuelo, queda instalado en un contorno completamente distinto. ¡Mira a la hierba!, *que hoy es y mañana se arroja al fuego*. ¡Ay, qué vida ésta, qué vanidad de vanidades! Y aunque no se eche al fuego, «se levantó el sol con sus ardores, secose el heno, se marchitó la flor y desapareció su belleza». Así se marchita la hierba y ya nadie conoce su sitio. No, nadie, nadie conoce el sitio de nuevo, nadie se pregunta por él; y si alguien lo preguntara sería igual, porque es imposible encontrarlo. ¡Pobre existencia: existir, haber existido, y así haber caído en el olvido! — ¡Mira al pájaro! ¿«No se venden dos pajaritos por un as»? ¡Ay!, un pajarito no vale nada, tienen que ser dos para que el comprador dé un ochavo. ¡Qué transmutación: tan contento, tan dichoso, y ahora ni siquiera vale un ochavo! Así muere el pájaro. ¡Qué triste es morir así! Y cuando la primera golondrina vuelve nuevamente con la primavera, todos saludan a la dichosa, pero nadie sabe si es la misma del año pasado. ¡Nadie la conoce, ni tampoco ninguno es capaz de reconocerla!

¡Ah!, desde luego que hay belleza, que hay juventud y esplendor en la naturaleza; desde luego que hay una vida varia y pululante, que hay alegría y júbilo; pero también hay como una profunda e insondable pena, pena que ninguna de aquellas criaturas presiente; y cabalmente esto, que ninguna la presienta, es la melancolía en el hombre. ¡Ser así de delicioso, florecer así, revolotear así, construir así el nido con la amada, *vivir así*; — y tener que morir de esta manera! ¿Es esto vida o es muerte? Ésta es la pregunta cuando el enfermo yace en el momento decisivo de la enfermedad: ¿es esto vida o es la muerte? Pero entonces se está viendo también la peligrosidad, se la tiene delante de los ojos, y se la mira con escalofrío. Mas en la naturaleza, ¿donde todo sonríe invitante y parece seguridad? Y, sin embargo, la naturaleza siempre está en esta tensión: ¿vida o muerte? ¿Es la vida que eternamente joven se renueva, o es la corruptibilidad, que insidiosamente se oculta para no ser vista como lo que es; la

corruptibilidad que precisamente llama a engaño con el encanto del lirio y del campo, con el descuido del pájaro, mientras agazapada insidiosamente sólo espera cosechar el engaño? Tal es la vida de la naturaleza: breve, canora, floreciente, pero en cada instante presa de la muerte, y la muerte la más fuerte.

De esta manera el afligido se sume en la melancolía, sus ojos chocan con lo negro, la belleza natural palidece, el canto del ave se apaga como en una agonía, la corrupción lo engullirá todo y, no obstante, el afligido no puede olvidar al pájaro y al lirio, es como si con su recuerdo los quisiera salvar de la muerte, salvarlos con su memoria para una vida más duradera. Cabalmente aquí radica la melancolía. Pero ¿acaso es la seria advertencia de la muerte, acerca de la muerte, más opresiva que la de la melancolía contenida en estas palabras: es esto vida o muerte? Lo que dice la muerte es lo más espantoso: todo se acabó; pero lo que afirma la melancolía es más opresivo: ¡es esto vida o muerte! La figura de la muerte es más horrorosa: la del pálido segador; pero es más opresivo si la muerte está vestida como el lirio en su hermosura. De esta manera el afligido, oprimiéndole la melancolía, queda débil como una mujer, apaciguado como una ciudad entregada — y el consuelo tiene libre acceso.

Meditemos ahora cómo el afligido, mediante la melancolía cabe el lirio y el ave, alcanza en el sentido de la seriedad otra cosa distinta en qué pensar fuera de la preocupación; cómo es conducido a considerar debidamente:

QUÉ FELICIDAD ESTÁ PROMETIDA A QUIEN ES HOMBRE

Nadie puede servir a dos señores, pues, o bien, aborreciendo al uno amará al otro, o bien, adhiriéndose al uno menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas. Pero ¿son éstas también palabras evangélicas? Claro que sí, de este modo empieza nuestro Evangelio acerca de los lirios del campo y de las aves del cielo. ¿Pero se habla entonces aquí a un afligido? Desde luego, se habla a un afligido a quien se tiene en gran estima, y por ello precisamente el discurso es riguroso. Cuanto más rigurosamente hable quien está revestido de autoridad a un afligido, más le estará concediendo a la par; sin duda que cuanto más le exija al afligido, más le concederá: el rigor y la exigencia son cabalmente la concesión. ¿Acaso no es esto así? Por ejemplo, cuando el médico ve que ya no hay nada que hacer con el enfermo, no hay que ser un lince para notárselo en la voz, habla de pasada, a media voz, con evasivas. Por el contrario, cuando el médico ve que todavía hay mucho que hacer, especialmente que el mismo

enfermo puede hacer muchísimo, entonces le habla con dureza: la dureza es cabalmente la concesión. Por eso no hay que rechazar en modo alguno el caso, del que se ha oído hablar alguna vez, de un hombre que en lugar de rogar suavidad, pidió: ¡por favor, habladme duramente! Y las duras palabras del Evangelio ¿no son semejantes a las del padre serio que le dice al hijo: no quiero oír ningún llanto? Con esto el padre serio no está sin compasión para con la aflicción del hijito, ni mucho menos, lo que aquél desea es que la preocupación no sea desmedida, siendo él como un fuego devorador contra la dañosa preocupación. Y lo mismo acontece con el Evangelio. Puede hablarse de muchas maneras acerca de los lirios y de las aves; puede hablarse suavemente, de un modo conmovedor e insinuante, mimadamente casi como habla un poeta; y un hombre osa también hablar así, osa hablar seductoramente al afligido. Mas cuando el Evangelio habla autoritativo, entonces se expresa con la seriedad de la eternidad, entonces no hay ya tiempo para estar pendiente del lirio de una manera soñadora o para mirar con los ojos en blanco al pájaro. ¡Sólo una breve y aleccionadora alusión al lirio y al pájaro, y en seguida la exigencia eterna de la seriedad! Y como la distracción, en el sentido de la suavidad, da al afligido otra cosa en qué pensar, así el discurso duro de la seriedad, seriamente y de verdad, proporciona al apenado otra cosa en qué pensar fuera de la preocupación.

Nadie puede servir a dos señores. Y aquí no puede caber ninguna duda acerca de qué dos se habla; para eso el afligido fue conducido al campo, donde el discurso no puede referirse a una relación interhumana, por ejemplo, la de servir a un amo como criado o a un sabio como prosélito, sino sólo de servir a Dios o al mundo. La naturaleza no sirve a dos señores, en ella no hay ninguna indecisión o titubeo. La pobre ave del cielo y el humilde lirio del campo no sirven a dos señores. Por más que el lirio no sirva a Dios, sin embargo sólo sirve para dar gloria a Dios; no hila ni trabaja, tampoco quiere ser algo en sí mismo ni tener algo para sí mismo, tenerlo como de rapiña. El ave no sirve a dos señores; por más que el ave no sirva a Dios, sólo existe para la gloria de Dios, canta para su honor y no desea ser algo por sí misma. Así es todo en la naturaleza, ésta es su perfección, pero también su imperfección, pues por eso no hay en ella libertad. El lirio plantado al aire libre y el pájaro libre bajo el cielo están con todo ligados a la necesidad y no tienen ninguna posibilidad de elección.

Pues, o bien, aborreciendo al uno amará al otro, o bien, adhiriéndose al uno menospreciará al otro. Por lo tanto, el amor a Dios es odio al mundo, y el amor al mundo es odio a Dios; por lo tanto, éste es el tremendo punto de litigio: o amar u odiar, por lo tanto, éste es el

lugar donde ha de entablarse la pavorosa batalla que ha sido introducida en el mundo. Y ¿dónde está ese lugar? En el interior de un hombre. Por eso quien presintió el batallar en su propia interioridad se fue quizá muchas veces a buscar una distracción contemplando el furor de los elementos y la lucha de la naturaleza, porque experimentaba que esta batalla a pesar de todo era como un juego, siendo indiferente que venza la tormenta o el mar. ¿Por qué y sobre qué luchan en definitiva la tormenta y el mar? Muy distinta es la terrible lucha entablada en el interior de un hombre; ya se luche por millones, ya por un solo maravedí, se lucha por ello de modo que un hombre, queriéndolo, lo antepondrá a Dios. Es la lucha más encarnizada de todas, porque se combate en torno a lo supremo. Aquel maravedí parece que no es nada, parece que se lucha por nada, por un maravedí, y, sin embargo, se combate en torno a lo supremo, y todo está en juego. ¿Acaso es más doloroso para la muchacha que el amado prefiera cien doblones en vez de un maravedí antes que poseerla a ella misma?

Seguramente que ahora la melancolía ha quedado olvidada sobre el pavor de la batalla, con lo que nos acercamos a lo magnífico de que *al hombre se le concede una elección*. ¡Qué felicidad no le estará prometida con ello a aquel que elija rectamente!

Una elección: ¿acertarías tú, querido oyente, a expresar en una sola palabra algo que sea tan magnífico? ¿Acertarías, aunque estuvieses hablando años seguidos, a nombrar algo más magnífico que una elección, que hacer una elección? Pues es verdad que lo único feliz es con todo el elegir rectamente, pero no cabe duda que, sin embargo, la elección misma es la magnífica condición. ¿Qué le importa a la muchacha, cuando no es ella misma la que elige, el inventario de todas las excelentes cualidades de su novio? Y de otra parte, ¿podrá ella afirmar algo más magnífico que cuando dice —mientras los demás se dedican ya al elogio de las muchas perfecciones del amado, ya a la retahíla de sus faltas—: ¡él es la elección de mi corazón!? Una elección; ciertamente que es la joya magnífica, pero no destinada a enterrarla y guardarla; pues nada hay peor que una elección que no se usa, es un cepo en el que cayó esclavizado quien no llegó a la libertad mediante la elección; es un don del que nunca podrás deshacerte, siempre estará a tu lado y si no lo usas será como una maldición. Una elección; no entre lo rojo y lo verde, ni entre la plata y el oro, no, una elección entre Dios y el mundo. ¿Sabes conjugar algo más grande en una elección? ¿Conoces una expresión más abrumadora y humillante de la deferencia y complacencia de Dios para con el hombre, que ésta de colocarse a una con el mundo, en cierto sentido, en el fiel de la elección, con el solo fin de que el hombre pueda elegir? Es como

si Dios, si está permitido decirlo, pretendiera al hombre; Él, el eternamente fuerte, pretende al hombre débil, pues siempre es el fuerte el que pretende al más débil. La elección de la muchacha entre sus pretendientes es, a pesar de todo, muy insignificante en comparación con esta elección entre Dios y el mundo. Una elección; o ¿acaso se da una imperfección en esta elección, de la que se está hablando, en que el hombre no solamente *puede* elegir, sino que *tiene* que elegir? ¿No le sería muy favorable a la jovencita el que tuviese un padre serio que le dijera: «Hija querida, desde luego que eres libre, que puedes elegir por ti misma, pero tienes que elegir»? ¿Acaso sería más provechoso para ella tener en sus manos la elección, pero, melindrosa, estar siempre eligiendo y sin llegar jamás a decidirse?

No, el hombre tiene que elegir; pues así Dios se mantiene a sí mismo en honor, mientras que a la par cuida paternalmente del hombre. Si Dios se ha abajado hasta ser lo que *puede elegirse*, es justo que el hombre *tenga* que elegir — Dios no permite mofarse de Él. Y es de tal forma que si el hombre deja de elegir, esta dejación equivale a la osadía de elegir el mundo.

El hombre tiene que elegir *entre Dios y las riquezas*. Ésta es la eternamente inmutable circunstancia de la elección, no hay ninguna escapatoria, ni la habrá en toda la eternidad. Nadie podrá decir: «Dios y las riquezas no son tan incondicionalmente diversos, en la elección será posible unir ambas partes» —pues esto es lo mismo que dejar de elegir—. Si urge una elección entre dos, entonces pretender elegir ambas partes equivale precisamente a «substraerse para propia perdición» a la elección. Nadie podrá decir: «se pueden elegir unas pocas riquezas y luego también a Dios». No, de ninguna manera, sería una osada blasfemia el que alguien opinara que sólo quien desea mucho dinero, elige a «Mammón». ¡Ay!, quien desea un maravedí sin Dios, un maravedí que quiere apuñar para sí mismo, ése tal elige a «Mammón». Un maravedí basta, la elección está hecha, ha elegido a «Mammón»; el que sea poca cosa no quita ni pone. Si uno menosprecia a una muchacha y elige a otra, y esta segunda es una birria en comparación con la primera, que era como una reina oriental: ¿ha dejado por eso de menospreciar a la muchacha? Y ¿no ha despreciado lo más alto quien compra una bagatela con el dinero con que podría comprar lo más alto? ¿Acaso es una disculpa el que él en vez de comprar lo más alto, ha comprado lo que en el sentido de la nada ni siquiera es una nadería? Si hay alguno que no quiera comprenderlo, ello se debe a que no quiere comprender que Dios está presente en el momento de la elección, no para ver lo que pasa, sino para ser elegido. Por eso es un hablar engañoso el de quien di-

jera que Dios está tan elevado que no se pueda abajar a ser elegido, pues en este caso la elección queda descartada. Y cuando la elección queda descartada, porque Dios no está presente como objeto de la misma, entonces tampoco «Mammón» está elegible. Precisamente es la presencia de Dios en la elección la que pone la elección: entre Dios y las riquezas. Y la presencia de Dios para ser elegido es la que confiere seriedad eterna a la decisión de la elección; pues jamás se olvidará lo que le ha sido concedido a un hombre, ni tampoco cómo eligió. Mas aquel hablar, que mediante la exaltación pretendía impedir que Dios entrase en la elección, es una blasfemia —blasfemia que como de una manera cortés procura descartar a Dios, y en vez de humildemente tomar con agradecimiento lo que Dios quiere, lo que pretende es caer en la cuenta de una manera distinguida de la dificultad que, por así decirlo, ha de comportar eso de ser Dios—. Un escarnio de Dios es ponerle una corona de espinas sobre su cabeza y escupirlo; pero también es una blasfemia el levantar a Dios de tal suerte que su presencia se convierta en una fantasmagoría, en algo que no dice nada.

Por lo tanto, el hombre tiene que elegir. Terrible es la lucha, la lucha en el interior de un hombre entre Dios y el mundo; la magnífica peligrosidad de la condición consiste en que esté en poder de uno la elección. Mas en este caso, ¿cuál no es la felicidad prometida al elegir rectamente, o lo que es lo mismo, qué es lo que el hombre tiene que elegir? Tiene que elegir el reino de Dios y su justicia. Por eso tiene que renunciar a todo, y es indiferente por completo que se trate de millones o de un maravedí; pues también escoge las riquezas quien elige un maravedí antes que a Dios. Sólo cuando el hombre, aunque trabaje e hile, sea completamente como el lirio que no trabaja ni hila; sólo cuando el hombre, aunque siembre, siegue y recoja en los graneros, sea completamente como el pájaro que no siembra ni siega, ni encierra en los graneros: sólo entonces no sirve a las riquezas.

Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura.

El reino de Dios; éste es, pues, el nombre dado a la felicidad que está prometida al hombre. Ante este nombre y la gloria de este nombre palidece y desaparece toda la hermosura y la paz de la naturaleza. Mientras la melancolía inclinada contempla que la naturaleza se hunde en la corrupción, el ojo de la fe está puesto en la gloria invisible; como Noé, liberado, contempló el ocaso de un mundo, así ve la melancolía el ocaso del mundo visible, mientras la fe, salvada, mira lo eterno y lo invisible.

Buscad primero el reino de Dios — *que está allá arriba en el cielo*. El pájaro no busca nada; por muy lejos que vuele, no busca nada, es traído y llevado, su más largo vuelo es un tirón. Pero aquel en cuya alma está posado lo eterno, ése sí que busca y anhela. Si la visibilidad no le engaña, como es engañado quien toma la sombra por la figura; si lo transitorio no le engaña, como es engañado quien se retrasa por el camino; si esto no sucede, entonces el mundo no acalla su nostalgia, sino que de rebote lo ayuda para seguir buscando, para buscar lo eterno, el reino de Dios que está allá arriba en el cielo —tan alto jamás voló el pájaro, pues incluso el que vuela más alto, vuela bajo el cielo.

Buscad el reino de Dios — *que está dentro de vosotros*. La flor no busca nada; si tiene que conseguir algo, es preciso que esto venga hasta ella, y todo acontece sin nostalgia. Pero aquel a quien lo visible no engañó aletargándolo; aquel a quien la temporalidad no amodorró con la monotonía; aquel a quien lo transitorio no embaucó fantasmagóricamente, a ése no le satisface el mundo, no hace —manteniéndolo penosamente alerta y esperando— sino ayudarle a buscar, a buscar lo eterno, el reino de Dios que está en el interior del hombre. La flor desconoce semejante gloria invisible e interna, lo que posee ha de darlo pronto al viento: el capullo rompe en seguida el silencio, da al aire la gloria pasajera.

Buscad *primero* el reino de Dios. Éste es el orden, pero es un orden de inversión, puesto que lo que primeramente se ofrece al hombre es cabalmente lo visible y lo perecedero, tentando y atrayendo, queriéndole aprisionar de tal manera que busque el reino de Dios al final o quizá nunca. Pero el justo comienzo empieza primeramente con buscar el reino de Dios, y por eso mismo empieza dejando que todo un mundo se hunda. ¡Qué comienzo difícil! No acertamos a esclarecer de una manera concreta cómo empieza para un hombre esta vida temporal; ha comenzado de una manera imprevista, sin que el hombre conociese la dificultad del comienzo. Mas la vida para lo eterno empieza con buscar lo primero el reino de Dios. No hay tiempo para amontonar riquezas de antemano, no hay tiempo para sopesar esta cuestión, no hay tiempo para ahorrar un maravedí de antemano, ya que el comienzo consiste en buscar primeramente el reino de Dios. Si un hombre tiene entre manos algo que sabe que ha de hacerse lo primero cada mañana, sabe también que no cabe pensar otra cosa que pudiera hacerse de antemano; sabe que, aunque hiciese lo prescrito en otra hora del día, cometería un disparate, pues eso tenía que hacerse lo primero. Y con todo sería muy posible que semejante tarea terrenal también fuese realizable en cualquier otra

hora del día, pero en lo relativo a buscar el reino de Dios sólo vale que se haga lo primero de todo, ésta es absolutamente la única manera de hacerlo. Quien tenga la intención de hacerlo más adelante, en otra hora del día, ni siquiera ha llegado al comienzo, que sin duda consiste en buscarlo primeramente. Quien no lo busca lo primero, no lo busca en absoluto, importando un comino que haya ido a buscar un maravedí o millones.

El reino de Dios y su justicia. Con la última palabra se describe la primera, pues el reino de Dios es «justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo». Por eso aquí no se habla de tener que ponerse a hacer descubrimientos para encontrar el reino de Dios, pues el reino de Dios es justicia. Aunque lograses, mediante la descripción, calmar el ansia de todos los deseos y dejar como paralizados el mundo y la ajetreada capital, porque todos estaban pendientes de tus discursos, con ello ni siquiera te has aproximado un solo paso al reino de Dios, pues el reino de Dios es justicia. Aunque vivas entre la gran masa del pueblo, tan oculto que ni las mismas autoridades saben tu nombre y tu escondrijo; aunque seas el único, el señor absoluto de reinos y países, con ello ni siquiera te has aproximado un solo paso al reino de Dios, pues el reino de Dios es justicia. Mas ¿qué cosa es la justicia? La justicia es buscar primero el reino de Dios. La justicia no son las cualidades extraordinarias, pues precisamente por ellas la justicia te llamará a cuentas, cuando éstas exijan justicia de ti; tampoco es el ser una pequeña cosa en la tierra, pues ningún hombre es tan insignificante que no sea capaz de cometer injusticia, y de la misma manera que no hay ninguna moneda tan pequeña que no lleve la imagen del César, así tampoco existe ningún hombre tan insignificante que no porte la imagen de Dios; ni tampoco es la fuerza y el poderío, pues ningún hombre hay tan encumbrado que esté más alto que la justicia, de suerte que tuviera que quitarse la corona y ponerla en el suelo para alcanzar la oportunidad de ejercer la justicia. Justicia es buscar primero el reino de Dios. Pero si tú dieses a los hombres lo suyo, olvidándote de Dios, ¿ejercerías la justicia? Ejercer la justicia de esta manera, ¿no es acaso como cuando el ladrón ajusta sus cuentas retrasadas con el dinero que acaba de robar? Olvidar a Dios ¿no es acaso como robar toda tu existencia? Mas si tú primeramente, antes de cualquier otra cosa que emprendas, buscas el reino de Dios, entonces no cometerás injusticia contra ningún hombre, ni tampoco olvidarás a Dios; pues ¡cómo podría olvidarse aquello que constantemente es lo primero que se busca!

El comienzo es buscar primero el reino de Dios, y justicia es buscar primero el reino de Dios. Por eso decíamos que no era cosa de

salirse a hacer descubrimientos para encontrar el reino de Dios, al revés, tú permaneces en el sitio, en el sitio donde estás y que te ha sido destinado, cualquier búsqueda lejos de este sitio es ya una injusticia. Y si fuese así, que tuvieras que buscar primeramente otro sitio adonde ir antes de comenzar a buscar el reino de Dios, entonces, de seguro que sería una falsedad el que tuvieses que buscar primero el reino de Dios. Por lo tanto, mientras el mundo de lo visible y de la corrupción se va hundiendo, tú permaneces firme en el sitio, y el comienzo es primeramente buscar el reino de Dios. El hombre huye de un temblor de tierra hacia los lugares más seguros, de un incendio forestal a los parajes despoblados, de una inundación a los puntos más elevados; pero si lo que acontece es que el mundo de lo visible se hundió entero en la corrupción, entonces el hombre no encuentra en él ningún otro lugar al que poder huir, y cabalmente por eso permanece en el sitio y busca primero el reino de Dios. Y si el mundo de todo lo visible no desaparece, entonces se le antojará al hombre que el reino de Dios es como otro lugar de la tierra, y se pondrá a hacer descubrimientos para encontrarlo, y una de dos: o llega a descubrir en medio de su búsqueda infructuosa y contradictoria que no lo encuentra; o quedará engañado si opina que lo ha encontrado.

Pero si un hombre busca primero el reino de Dios — *todo eso se le dará por añadidura;* se le daría por añadidura, pues solamente hay una cosa que ha de buscarse: el reino de Dios; no han de buscarse ni los millones de la riqueza, ni el maravedí de la pobreza, esto se os dará por añadidura.

Todo eso, o, como se dice en otro texto evangélico: «lo restante». ¡Ah, qué felicidad no será el reino de Dios! Pues si tomas todas las cosas, lo que el pájaro y el lirio tienen, todo lo que de magnífico contiene la naturaleza, y piensas todo esto junto, lo tienes que incluir en esta palabra: lo restante, todo eso.

Tan altamente ha de ser estimado el reino de Dios, que en su comparación hay que hablar de todo lo demás de ese modo tan poco apreciativo, depreciativo, exaltado. Cuando un hombre ha reunido toda su fortuna, aunque todavía le queden algunas pequeñas propiedades dispersas que podría reclamar, suele decir: «no, de lo restante no me importa un bledo». Y cuando un hombre ha sido llamado a un cargo muy importante en una nación extranjera, se pone en viaje y toma consigo todo lo que posee de más querido e importante, diciendo de las otras varias cosas que se quedan atrás: «no, con todo eso no quiero cargarme». ¡Ay!, todo lo que tiene el ave es eso «restante»; toda la gloria del lirio es «todo eso»: ¡qué felicidad no será, pues, el reino de Dios!

Mas de esta manera, el afligido, movido por la melancolía junto

al lirio y al ave, consiguió otra cosa en qué pensar fuera de la preocupación; llegó a meditar qué felicidad le está prometida a quien es hombre. ¡Dejemos que el lirio se marchite y que su belleza permanezca ignota, que las hojas caigan al suelo y que el pájaro vuele lejos, que anochezca sobre los campos: el reino de Dios no se trasmuta con las estaciones del año! ¡No os importe que lo restante sea necesario en una vida breve o larga, que os llegue abundante o escaso; ni que todo eso tenga sus momentos, momentos de renuncia y de posesión, momentos en que ocupe el diálogo, hasta que en la muerte queden eternamente olvidados: pues el reino de Dios es lo que ha de buscarse primero, y también lo que ha de durar a través de todas las eternidades hasta lo último; y «si lo transitorio fue glorioso, ¿cuánto más no lo será lo que permanece?»; y si era cosa pesada vivir en indigencia, ¿cuánto más ligera no será la separación de la indigencia en la muerte?

Segunda serie

LAS PREOCUPACIONES DE LOS PAGANOS

SIETE DISCURSOS CRISTIANOS

ORACIÓN

*¡Padre celestial! Con la primavera todo retorna en la naturaleza con nueva frescura y belleza; el pájaro y el lirio no han perdido nada desde la última vez. ¡Que también nosotros, así de inmutables, retornemos a las enseñanzas de estos maestros! Pero si en el tiempo transcurrido ha quedado dañada nuestra salud, ¡oh, que podamos recobrarla volviendo a aprender de los lirios del campo y de las aves del cielo!**.

* A continuación de esta breve plegaria, el autor transcribe de nuevo el texto íntegro del Evangelio de san Mateo 6, 24-34, que encabezaba la primera serie y sirve de base de comentario incansable a las tres reunidas en este volumen.

PREÁMBULO

Fue en la cumbre del Sinaí, bajó el temblor celeste de los truenos, donde se dio la ley; todo animal, ¡ay!, que inocente e inadvertidamente se acercase a la montaña sagrada, tenía que ser muerto —según la ley—. Es en la falda del monte donde se pronuncia el Sermón de la Montaña. De esta manera se relaciona la ley al Evangelio, que es lo celestial a ras de la tierra. En la falda del monte: así de suave es el Evangelio, así de cerca está ahora lo celestial, descendiendo, junto a la tierra, y, no obstante, más celestial todavía. En la falda del monte: sí —lo que es aún más—, el pájaro y el lirio entran también en escena, casi se podría llamar a esto como una especie de jocosa participación... en el juego; puesto que si la seriedad se hace tanto más sagrada precisamente con la presencia del pájaro y del lirio, se lo debe a una broma, y en todo caso no deja de ser una broma el que el lirio y el pájaro estén presentes. Están copresentes, sí —lo que es aún más—, no solamente están copresentes, sino que están allí participando en la enseñanza; ya que indudablemente el Evangelio es en propiedad el maestro —Cristo es «el maestro»— y el camino y la verdad y la vida en la enseñanza, pero el pájaro y el lirio participan también como una especie de maestros auxiliares.

¿Cómo es esto posible? No es muy difícil de explicar el intríngulis. Concretamente ni el lirio ni el pájaro son *paganos*, pero tampoco son *cristianos*; por eso cabalmente pueden participar con éxito, como auxiliares, en la enseñanza del cristianismo. Prestando atención al lirio y al pájaro, descubres la manera de vivir de los paganos, pues, en efecto, no viven como el pájaro y el lirio; y si tú vives como el lirio y el pájaro, entonces eres un cristiano —cosa que el lirio y el pájaro ni lo son, ni lo pueden llegar a ser—. El paganismo constituye

la oposición al cristianismo, mas el lirio y el pájaro no constituyen oposición a ninguna de estas dos partes litigantes; ellos, por así decirlo, juegan a otra cosa y se mantienen prudentemente fuera de todas las oposiciones. Y el Evangelio, para no juzgar ni condenar, emplea al lirio y al pájaro para dejar al descubierto el paganismo, pero revelando a la par lo que se le exige al cristiano. El lirio y el pájaro han sido intercalados para impedir el juicio; pues ellos no juzgan a nadie — y tú, tú no debes juzgar a nadie, sino aprender del lirio y del pájaro. Ciertamente que éstos tienen una tarea difícil, una posición difícil en la enseñanza; no habría absolutamente ninguno, fuera de ellos, que pudiese ejecutar esa tarea; cualquier otro con la mayor facilidad se pondría a acusar y juzgar al pagano, a ensalzar al cristiano —en lugar de enseñar— o a juzgar en son de mofa al así llamado cristiano que no viviera como tal. Pero el lirio y el pájaro están exclusivamente ocupados en adentrarse en la enseñanza, no se distraen con ninguna otra cosa, ni a la derecha ni a la izquierda, ni ensalzan ni ultrajan, como suelen hacer otros maestros; no les da cuidado de nadie, sólo se inquietan por sí mismos, como «el maestro», de quien se dice: «no le da cuidado de nadie» (Marcos 12, 14). Y, a pesar de todo, es casi una imposibilidad no aprender nada de ellos, en el caso de que se les preste atención. ¡Ah!, un hombre puede hacer todo lo que está en su poder, y, no obstante, es frecuentemente dudoso que el discípulo haya aprendido algo de aquél; mas el pájaro y el lirio no hacen nada, y sin embargo es casi una imposibilidad que no se aprenda algo de ellos. ¿No será, en definitiva, posible que aprendamos de ellos lo que es enseñar, enseñar cristianamente, aprender el gran arte de la enseñanza: ninguna ínfula, sólo inquieto por sí mismo, y con todo, hacerlo de una manera tan alentadora, tan conmovedora, tan persuasiva y además, respecto del costo, tan barata y con ello tan sugestiva que sea imposible no sacar nada en limpio? Pues verdaderamente un maestro humano que ha hecho todo lo que podía, sin que el discípulo haya aprendido nada, tiene razón para afirmar: «no ha sido culpa mía»; ¡ah!, pero cuando tú hayas aprendido muchísimo del lirio y del pájaro, ¿no es verdad como si éstos dijeran: «no ha sido culpa nuestra»? ¡Tan complacientes son estos maestros con el discípulo; tan complacientes, tan humanos y tan dignos de su misión divina! Si olvidas algo, están dispuestos inmediatamente a repetirlo para ti, sin cansarse de repetirlo hasta que al fin lo aprendas; y si no aprendes nada de ellos, no te hacen ningún reproche, sino que permanecen con muy raro celo sin interrumpir la enseñanza, entregados a la tarea aleccionadora; y si aprendes algo de ellos, te asignan a ti todo el mérito, como si no tuvieran ninguna parte en ello, como si no les fueses

deudor. No rechazan a nadie, por muy díscolo que sea para aprender; ni reclaman sumisión alguna, ni siquiera la de quien más aprendió de ellos. ¡Cuantísimo habríamos aprendido de vosotros, maestros maravillosos, aunque no hubiéramos aprendido otra cosa que la lección de enseñar! Ya es mucho que un maestro humano haga lo que dice, pues lo más corriente es que lo haga de palabra bien abundante, pero apenas en la práctica — ¡ah, mas esta acotación acerca de los demás, nunca la han hecho ni el pájaro ni el lirio! Y éstos, en cierto sentido, desde luego, ni siquiera hacen lo que dicen; *lo hacen*, sin decirlo. ¡Qué gran maestría en enseñar es este vuestro escueto silencio, esta fidelidad para con vosotros mismos en hacer lo mismo —atendidos o desatendidos, comprendidos o incomprendidos, vistos o no vistos— de la mañana a la noche y año tras año!

Con la ayuda, pues, del lirio y del pájaro aprendemos a conocer las preocupaciones de los paganos, las cuales son las que concretamente no tienen ni el pájaro ni el lirio, aunque tengan necesidades análogas. Sin embargo, también podrían llegarse a conocer aquellas preocupaciones de otro modo: viajando a un país pagano y viendo cómo viven allí los hombres, qué es lo que les preocupa. Y, finalmente, de una tercera manera: viajando —pero ¿qué estoy diciendo: viajando?—, no, sin salir de casa, en un país cristiano, donde no hay más que cristianos, se podría concluir con toda consecuencia: las preocupaciones que aquí no se encuentran, aunque se padezcan necesidades y presiones análogas, tienen que ser preocupaciones de los paganos*. Esto es lo que se podría concluir, si otro modo, ¡ay!, de ver la cosa no impidiese sacar conclusión semejante de tales premisas, llevándonos a otra consecuencia distinta: los hombres de este país tienen estas preocupaciones, *ergo* este cristiano país es pagano. Con lo que el discurso acerca de las preocupaciones de los paganos llegaría a sonar como una broma pesada. Mas no nos permitiremos tomar semejante perspectiva de rigor sobre la cristiandad, ni tampoco nos entregaremos a una broma casi cruel, cuya crueldad indudablemente alcanzaría al mismo que está hablando, porque, desde luego, tampoco él es un cristiano tan perfecto.

Pero no olvidemos que el discurso podría tener tras de la oreja lo siguiente: que si un ángel hablara, podría de ese modo enfilar su mofa contra nosotros que nos llamamos cristianos; en vez de poner

* Aquí se prepara la misma ironía a que el autor nos tiene acostumbrados, principal y certeramente, por la *Ejercitación del cristianismo*. [Véase asimismo la obra de Kierkegaard *El Instante*, trad. del danés y presentación de A. R. Albertsen *et al.*, Trotta, Madrid, 2006. (*N. del E.*)]

en la picota la mediocridad de nuestro cristianismo, presentaría las preocupaciones de los paganos y añadiría a renglón seguido: «mas como en este país no se da, naturalmente, ninguna de tales preocupaciones», concluyamos que dichas preocupaciones son de seguro las de los paganos, o a la inversa, del hecho de que el país es cristiano concluiría que esas preocupaciones han sido falsamente atribuidas a los paganos, o, por último, representándose un país cristiano, donde todos son cristianos, e imaginándose que ese país era el nuestro, el ángel podría concluir: puesto que esas preocupaciones no aparecen en tal país, es cosa obvia que tienen que ser las de los paganos. Pero no echemos en saco roto, ni ahora ni nunca, que los paganos que se dan en la cristiandad son los más profundamente hundidos: aquellos de los países paganos no fueron todavía elevados al cristianismo, los últimos se han hundido por debajo del paganismo; aquéllos pertenecen a la generación caída, éstos, una vez elevados, cayeron de nuevo y todavía mucho más profundamente.

Así el discurso edificante lucha de muchas maneras para que lo eterno venza en un hombre, pero aquél tampoco olvida, en el momento preciso, de aportar, sobre todo, el lenitivo de la sonrisa con el recurso al lirio y al pájaro. ¡Tú que combates, déjate aliviar! Puede olvidarse la risa, mas ¡Dios ampare a un hombre para que jamás olvide la sonrisa! Un hombre es capaz de olvidar muchas cosas sin perjuicio alguno, y con los años también ha de estar dispuesto a olvidar muchas cosas que desearía recordar; mas ¡no quiera Dios que un hombre hasta su último feliz momento olvide al lirio y al pájaro!

I

LA PREOCUPACIÓN DE LA POBREZA

No os preocupéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos?, o ¿qué beberemos? Los paganos se afanan por todo eso.

El pájaro no tiene esta preocupación. ¿De qué vive el pájaro? No queremos plantear aquí la misma pregunta acerca del lirio, pues para él no encierra ninguna dificultad, ya que vive del aire. Pero ¿de qué vive el pájaro? Es sabido que la autoridad civil tiene mucho de qué preocuparse; por lo pronto tiene la preocupación de que hay algunos que no tienen de qué vivir, pero a su vez, en otras ocasiones, no se contenta con eso, con que un hombre no tenga de qué vivir, sino que lo llama a juicio y le pregunta de qué vive. Mas ¿de qué vive el pájaro? Desde luego que no vive de lo que haya encerrado en los graneros, pues él no amontona nada en el granero — y propiamente jamás se vive de lo que hay amontonado en los graneros. ¿De qué vive el pájaro? Ni él mismo lo sabe; por eso, si fuese llamado al tribunal, tendría que responder como el ciego de nacimiento a quien se le preguntó por Aquel que le había devuelto la vista: «no lo sé; lo que sé es que, siendo ciego, ahora veo». Así tendría también que responder el pájaro: «no lo sé, lo que sé es que vivo». Entonces ¿de qué vive? El pájaro vive del *pan de cada día*, ese celestial alimento que jamás está bajo llave, esa inmensa provisión que a pesar de todo está tan bien defendida que ninguno la puede robar, ya que sólo «lo que se guarda para la noche» puede ser robado, pero lo que se emplea por el día nadie lo puede robar.

Por lo tanto, el pan cotidiano es la subsistencia del pájaro. El pan cotidiano es la provisión más parcamente distribuida, es cabalmente

lo bastante, es lo poco que la pobreza necesita. ¿Es, pues, pobre el pájaro? En lugar de responder preferimos preguntar: ¿El pájaro, pobre? No, el pájaro no es pobre. En esto se muestra maravillosamente que es maestro; está en una situación que a juzgar por las circunstancias externas tendría que llamarse pobre, y con todo no lo es; a ninguno le entraría en la cabeza llamar pobre al pájaro. Y ¿qué es lo que significa todo esto? Significa que sus circunstancias son las de la pobreza, mas que no padece la preocupación de la pobreza. Por eso si fuese llamado a juicio —de ello no puede caber ninguna duda— la autoridad constataría que en el sentido riguroso se trataba de un caso pertinente a la asistencia pública de la caridad; pero en cuanto se le soltase a volar de nuevo, ya no sería pobre. Desde luego, si a la asistencia pública se le permitiera mezclarse en este asunto, el pájaro sería lo bastante pobre; puesto que se le llevaría por la calle de la amargura con tantas preguntas acerca del sustento, que caería en la cuenta de que era un pobre de solemnidad.

«No os preocupéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos?, o ¿qué beberemos? Los paganos se afanan por todo eso»; *el cristiano, en efecto, no tiene esta preocupación.* ¿Es, pues, rico el cristiano? Evidentemente puede darse muy bien el caso de que un cristiano sea rico; mas no hablamos de este caso, sino que hablamos del cristiano que está en la pobreza, del cristiano pobre. Es pobre, pero no tiene esta preocupación de la pobreza; por lo tanto, es pobre y, con todo, no lo es. Porque cuando se está en la pobreza sin la preocupación de la misma, se es pobre y sin embargo no se es pobre, y así se es —de no ser un pájaro sino un hombre y con todo como un pájaro—, así se es un cristiano.

¿De qué vive, pues, el cristiano pobre? Del *pan cotidiano*. En eso se asemeja al pájaro. Mas el pájaro, que ciertamente no es pagano, tampoco es cristiano — porque el cristiano *ruega* por el pan de cada día. Mas entonces ¿no es el cristiano todavía más pobre que el pájaro, ya que aquél tiene que pedirlo, y éste lo consigue sin eso? Ésta es la opinión del pagano. El cristiano ruega por el pan de cada día; pidiéndolo, lo consigue, y sin tener nada que ocultar para la noche; lo ruega, y rogándolo mantiene lejos, por la noche, toda preocupación, en tanto que duerme a pierna suelta para despertarse al día siguiente ante el pan cotidiano que pidió. Por tanto, el cristiano no vive del pan de cada día como el ave o el vagabundo que lo toman donde lo encuentran, pues el cristiano lo encuentra donde lo busca, y lo busca rogándolo. Pero con esto, por muy pobre que sea, tiene también una cosa más de qué vivir, fuera del pan de cada día, que encierra para

él como un suplemento, un valor y una capacidad saciativa que no tiene para el pájaro, ya que el cristiano al rogarlo sabe también que el pan cotidiano *viene de Dios*. ¿Acaso un pequeño regalo, una insignificancia no tiene también un valor infinito para la amada, cuando viene de parte del amado? Por eso el cristiano no afirma solamente que el pan de cada día le basta para cubrir sus necesidades y apuros temporales, sino que habla además de algo diferente (y ningún ave ni ningún gentil saben de lo que está hablando) cuando dice: «me basta que venga de Él», a saber, de Dios. Como aquel sabio sencillo de la Antigüedad, aunque hablase sin cesar de la comida y de la bebida, hablaba, sin embargo, profundamente de lo supremo*; de la misma manera el cristiano, al hablar de la comida, habla sencillamente de lo más alto que hay; pues cuando dice «el pan de cada día», está pensando no tanto en el alimento como en el hecho de que lo consigue de la mesa de Dios. El ave no vive así del pan cotidiano. Ciertamente que no vive como el pagano para comer, sino que come para vivir — pero ¿es la suya propiamente *vida*?

El cristiano vive del pan cotidiano; para él esto no es ningún problema, ni tampoco, en general, qué comerá o qué beberá. A este respecto, se sabe bien comprendido del Padre celestial, que sabe que él tiene necesidad de estas cosas; el cristiano pobre no se pregunta por ninguna de semejantes cosas, que son las que el pagano va buscando. Por el contrario, es algo muy distinto lo que aquél va buscando, y ésa es la razón de su *vida* (puesto que era dudoso hasta qué punto se puede afirmar del pájaro que «vive»); por eso vive, o es para eso por lo que vive, y ésta es la razón de que se pueda afirmar que vive. Él cree que tiene un Padre en los cielos, que todos los días extiende sus manos suaves para saciar a todo ser viviente —también a él— con bendición; no obstante, él no va buscando quedar saciado, lo que busca es al Padre celestial. Él no piensa que un hombre se diferencia del pájaro en que no pueda vivir de tan poca cosa, sino en que no pueda vivir «sólo de pan»; él cree que es la bendición la que sacia; por eso no busca ser saciado, sino la bendición. Él cree (cosa de la que ningún gorrión tiene noticia, y ¡qué le ayuda propiamente al pájaro el que eso sea así!) que ningún gorrión cae a tierra sin la voluntad del Padre que está en los cielos. Él cree que de la misma manera que mientras dure su vida acá en la tierra nunca le faltará el pan cotidiano, así un día vivirá feliz allá arriba. De este modo interpreta

* «Aquel sabio sencillo» o «... de la Antigüedad» es la fórmula, mil veces repetida en las obras de Kierkegaard, con la que se refiere a Sócrates. [Véase *Sobre el concepto de ironía en constante referencia a Sócrates*, en S. Kierkegaard, *Escritos* I, Trotta, Madrid, [2]2006, pp. 67 ss. (*N. del E.*)].

él el texto «que la vida es más que el alimento»; pues si de seguro la misma vida temporal es más que el alimento, ¿cuánto más no será la vida eterna de incomparable con la comida y la bebida, en las que no consiste una vida humana, como tampoco el reino de Dios? Él no deja de la cabeza el pensamiento de que la vida del Santo fue llevada en pobreza sobre la tierra, que Él pasó hambre en el desierto y tuvo sed en la cruz; de suerte que no sólo se puede vivir en la pobreza, sino que en la pobreza puede *vivirse*. Por eso el cristiano pide el pan de cada día y lo agradece, cosa que el pájaro no hace; mas eso de pedir y de agradecer es para él más importante que la comida; pues es, con todo, su alimento, de la misma manera que para Cristo su «alimento era hacer la voluntad del Padre».

Pero así las cosas, ¿el cristiano pobre no es acaso rico? Desde luego que es rico. Ya que el pájaro, que en la pobreza está sin la preocupación de la misma, en cuanto pobre pájaro no es ciertamente ningún pagano y por lo mismo tampoco es pobre, pues aunque pobre, no es pobre; mas tampoco es ningún cristiano y por lo mismo es pobre — ¡oh, el pobre pájaro, qué pobreza tan indescriptible! —. ¡Qué pobreza no poder rezar, qué pobreza no poder dar gracias, qué pobreza tener que tomarlo todo como con ingratitud, qué pobreza eso de como no existir para su bienhechor, al que se le debe la vida! Pues eso de poder rezar y dar las gracias equivale de seguro a existir para Él; y hacer eso es *vivir*. La riqueza del cristiano pobre es cabalmente esa de existir para Dios, que ciertamente no le dio de una vez la riqueza terrestre, ¡ah, eso no!, sino que le da cada día el pan cotidiano. ¡Cada día! Sí, cada día se le ofrece al cristiano pobre la ocasión de caer en la cuenta de su bienhechor, de pedir y dar gracias. Y su riqueza crece cada vez que pide y da gracias, porque cada vez es más claro que existe para Dios y Dios para él; en tanto que la riqueza terrestre va disminuyendo a medida que el rico se olvida de pedir y agradecer. ¡Qué pobreza tan grande ésa de haber obtenido una vez por todas lo suyo para la vida entera! En cambió, ¡qué riqueza conseguir lo suyo «cada día»! ¡Qué precario eso de hallar casi todos los días la ocasión de olvidar que se ha recibido lo que se tiene! Por el contrario, ¡qué felicidad acordarse cada día de ello, es decir, tener en la memoria a su bienhechor, es decir, a su Dios, a su Creador, a su Proveedor, a su Padre en los cielos, por lo tanto al amor que es el único por el que vale la pena vivir, el único digno de que se le consagre la vida!

Pero así las cosas, ¿el cristiano pobre no es acaso rico? Desde luego, es evidente que es rico, y también caerás en la cuenta de ello atendiendo a que él no desea hablar acerca de su pobreza terrestre, sino seguramente sobre su riqueza celeste. Y ésta es la razón de que

sus discursos aparezcan a veces tan extraños. Pues habla de su riqueza cuando todo en su rededor recuerda su pobreza. ¡Ah!, por eso no puede comprenderle nadie que no sea cristiano. Se cuenta de un piadoso eremita, muchísimos años ya muerto al mundo y riguroso cumplidor del voto de pobreza, que se había conquistado la amistad y el afecto de un hombre rico. Entonces murió este rico y dejó oficialmente heredero de toda su fortuna al eremita, que venía viviendo desde muchísimos años atrás del pan cotidiano. Mas cuando se le fue a contar al eremita todo esto, respondió: «Seguro que es un error, ¿cómo ha podido constituirme su heredero si yo he muerto mucho primero que él»? ¡Oh, qué pobre aparece la riqueza de la tierra comparada con la otra! Relacionada con la muerte siempre aparece pobre la riqueza terrestre. Mas el cristiano, que en la pobreza está sin la preocupación de la misma, también está muerto al mundo y a los ojos del mundo. Por eso *vive*. Pues el pájaro deja de vivir cuando muere, pero el cristiano vive al morir. Y por este motivo toda la riqueza del mundo, que puede emplearse todo lo que dura la vida, aparece tan pobre comparada con su *pobreza*, sí, con su riqueza. Todos sabemos que un muerto no necesita dinero; pero el que vive, para que no tenga ninguna necesidad del dinero, tiene que ser o muy rico —y en ese caso es muy posible que necesite más todavía— o un cristiano pobre.

Por lo tanto, el cristiano pobre en cuanto es rico no se asemeja al pájaro. Pues el ave es pobre y, con todo, no pobre; mas aquél es pobre, no siendo pobre, sino rico. El pájaro está sin preocupación por lo más bajo, que no lo busca, pero tampoco busca lo más alto; el pájaro está sin preocupación, pero su vida tampoco tiene para él el aspecto de ser objeto de la preocupación de algún otro. En cambio, el cristiano es como copartícipe de Dios; deja que Dios se cuide de la comida, de la bebida y de todo eso, mientras que él busca el reino de Dios y su justicia. El pobre pájaro se remonta sobre las nubes sin estar apesadumbrado por la preocupación de la pobreza, pero el cristiano se eleva todavía más; es como si el pájaro buscase a Dios en su vuelo hacia el cielo, mas el cristiano Le encuentra; parece como si el pájaro volara más y más lejos en pos de Dios, pero el cristiano Le encuentra, y Le encuentra, ¡oh, celeste felicidad! — Le encuentra junto a la tierra; parece como si el pájaro penetrase con su vuelo en el cielo, que, no obstante, permanece cerrado para él, ¡sólo para el cristiano está abierto!

«No os preocupéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos?, o ¿qué beberemos? Los paganos se afanan por todo eso». *Sí, los paganos se preocupan de esas cosas.*

El ave está en la pobreza sin la preocupación de la misma —se calla—; el cristiano vive en la pobreza sin la preocupación de la misma, mas no habla de su pobreza, sino de su riqueza. El pagano padece la preocupación de la pobreza. En vez de estar sin preocupación en la pobreza, él vive —lo uno corresponde plenamente a lo otro— «sin Dios en el mundo». He aquí la razón de que padezca preocupaciones. No se calla como el pájaro descuidado; no habla como un cristiano, que sólo habla de su riqueza; aquél propiamente no sabe otra cosa que hablar de su pobreza y de la preocupación correspondiente. Pregunta: ¿qué comeré?, y ¿qué beberé?, ¿hoy?, ¿mañana?, ¿pasado mañana?, ¿este invierno?, ¿la primavera próxima?, ¿cuando llegue a viejo?, ¿yo y los míos? y ¿toda la nación?; ¿qué comeremos y beberemos? No se hace esta pregunta solamente en un momento de preocupación, arrepintiéndose en seguida de ello; o en un período de tribulaciones, para luego pedir perdón a Dios. No, está sin Dios en el mundo y se da importancia planteando esta cuestión, que él llama la cuestión vital por antonomasia; estima que ocupa un puesto significativo en el cosmos porque se ocupa exclusivamente de esta cuestión vital; opina que no se puede admitir por parte del Estado —pues con Dios no tiene nada que hacer— que a él le llegase a faltar algo, a él que solamente se ocupa de esta cuestión vital. Considera que es un soñador quien no se ocupe de semejante cosa, ni siquiera cuando se le está hablando de ello; incluso considera que son fruslerías y quimeras lo más alto y más sagrado en comparación con esta profundísima cuestión vital de la realidad. Le parece una insensatez remitir a un hombre cabal al pájaro y al lirio, pues ¿qué habría que ver allí y qué se podría aprender de ellos?

Cuando se es, como él, todo un hombre que ha aprendido lo que es la seriedad de la vida —se es esposo, ciudadano y padre de familia—, entonces es una patochada y una ocurrencia pueril eso de invitar a contemplar los lirios y las aves, como si no se tuviera otra cosa a la que prestar atención. Suele decir: «Si no fuese cosa de mal tono y por mis hijos, a los que en definitiva hay que dejar educar en la religión según los usos y costumbres, no me pararía ni un minuto en hacer la siguiente afirmación: que en respuesta a la cuestión más importante de todas sólo se encuentra muy poco en la sagrada Escritura y en general poquísimo favorable, a excepción de una que otra sentencia espléndida. Se leen muchas cosas acerca de Jesucristo y los Apóstoles; pero en respuesta a la cuestión vital por antonomasia no se encuentra allí la más mínima contribución, absolutamente nada acerca de la cuestión más vital de todas: ¿de qué vivieron, cómo se las arreglaron para pagar las deudas y cubrir los tributos? Porque lo

de resolver el problema de la carestía de la vida recurriendo a un milagro es una respuesta muy insignificante respecto del problema —y aunque fuese verdad, ¿qué es lo que demuestra?—. Y eso de no premeditar ninguna salida del apuro y cuando llega el tiempo límite y el tributo es exigido, hacer que un discípulo saque un pez del agua y pagarlo con la estatera que aquél trae en la boca, si es verdad, ¿qué es lo que demuestra? En general lo que echo de menos en la sagrada Escritura es la seriedad, una respuesta seria al problema serio; un hombre serio no quiere que jueguen con él a lo loco, como si se tratara de una comedia. Dejemos que los predicadores hablen de esas cosas a las mujeres y a los niños; todo hombre serio e ilustrado estará íntimamente de acuerdo conmigo, y allí donde se juntan los serios, en las reuniones públicas, allí se honra la prudencia que tiene entendederas para lo que es real».

Así piensa el pagano; ya que el paganismo estaba sin Dios en el mundo, pero el cristianismo ha hecho manifiesto que el paganismo es impiedad. La impiedad no consiste en el mero hecho de preocuparse, aunque de seguro no es cristiano estarlo; la impiedad consiste en que no se pretenda saber de otras cosas, en querer ignorar que esa preocupación es culpable; por eso la sagrada Escritura afirma que un hombre puede embotar el corazón a causa de los cuidados de la subsistencia, exactamente en el mismo sentido que le acontece con la glotonería y la embriaguez (Lucas 21, 34). La vida está llena de encrucijadas. Todo hombre está una vez, al comienzo, plantado en la encrucijada — ésta es su perfección y no su mérito; donde esté al final (pues al final es imposible que esté plantado en la encrucijada): ésa es su elección y su responsabilidad. Para quien esté en la pobreza y, en consecuencia, no pueda evadirse de la misma, la encrucijada consiste: o en sustraerse cristianamente a la preocupación, remontándose a «el camino»; o impíamente abandonarse a la preocupación, tirándose por la desviación. Pues en el sentido de la eternidad jamás hay dos caminos; no obstante la encrucijada sólo hay un camino, el otro camino es la desviación. De esta manera, cuanto más se hunda uno en la preocupación, más se irá alejando de Dios y de lo cristiano; y estará uno al final del hundimiento cuando ya no quiera saber nada de lo supremo, convirtiéndosele tal preocupación no sólo en lo más pesado —cosa que en el fondo no es verdad, ya que esa palma se la llevan los dolores del arrepentimiento—, sino necesariamente en lo supremo.

Mas el que intenta ser rico, cae en muchas tentaciones y cepos. ¿Cuál es la preocupación de la pobreza si no la de querer ser rico? Quizá la preocupación no reclame inmediatamente la riqueza; impelida por la dura necesidad y lo imposible, se contenta, probablemente

hasta nueva orden, con lo menos. Pero esta misma preocupación, en cuanto viese sus deseos actuales satisfechos y ante nuevas perspectivas de abundancia, desearía incesantemente más y más. Porque es una ilusión creer que la preocupación de la pobreza cuando rehúsa la curación divina (y si no la rehúsa, la curación puede empezar tan bonitamente con un poco menos como con un poco más), llegará a darse por satisfecha con una situación previa a la de la riqueza, cuando ni siquiera ésta la satisfaría. ¡Oh, qué camino tan largo está abierto a la preocupación de la pobreza y, lo que es todavía más espantoso, qué surcado de tentaciones está este camino! Es verdad que todos encontramos peligros por dondequiera que vayamos, pero quien desea ser rico, pisa por todas partes en tentación y es inevitable que caiga en la tentación en que Dios no le ha metido, sino a la que él mismo se ha lanzado. Quien está en la pobreza tiene de suyo un equilibrio inestable, pero en modo alguno está abandonado de Dios; la salvación *es un imperativo*: no os preocupéis. Esta salvación prometida por Dios es la única verdadera, porque es la única que existe, y cabalmente existe porque es la «imperada». Estar sin preocupaciones es una marcha difícil, casi como la de andar sobre el mar; pero si eres capaz de creerlo, entonces también es hacedero. Con respecto a cada uno de los peligros, es especialmente válido el consejo de que se lo aparte de la cabeza. Si no puedes evadirte en definitiva de la pobreza, en cambio te es muy posible sustraerte a la idea de la misma con el pensamiento incesante de Dios: ésta es la marcha del cristiano; levantando los ojos al cielo, los tiene puestos fuera del peligro; en la pobreza está sin la preocupación de la pobreza. Mas quien intenta hacerse rico, tiene puesto el pensamiento a ras de la tierra, cosido a la tierra juntamente con su preocupación; marcha encorvado y no hace sino mirar hacia adelante — por si podría encontrar riquezas. «No hace sino mirar hacia adelante»: ¡ah!, éste es de ordinario el mejor medio para evitar las tentaciones; pero él no lo sabe, cabalmente para él ese mirar fijo hacia adelante es caer en el garlito, es el camino del descubrimiento de la turgencia de las tentaciones, y de la caída más y más honda en las mismas. Ya está bajo el poder de la tentación, pues la preocupación es el más astuto servidor de la tentación; y la tentación está agazapada a ras de tierra, allí donde «los paganos se afanan por todo eso»; y la tentación está agazapada a ras de tierra —cuanto más logre que el hombre mire hacia abajo, más segura es su ruina—. ¿Cuál es, pues, *la tentación*, en sí misma tan múltiple? No es como la del glotón, que vive para comer, sino —¡oh, qué rebeldía contra el orden establecido por Dios!— la de vivir *para* afanarse como un esclavo; la tentación

consiste en perderse a sí mismo, perder su alma, cesar de ser hombre y de vivir como un hombre para, en vez de ser más libre que el ave, quedar abandonado de Dios y ser un esclavo más miserable que el bruto. Sí, ¡esclavizarse! En lugar de *trabajar*, como está mandado a todo hombre, por el pan de cada día, afanarse como un esclavo por obtenerlo, y, sin embargo, no saciarse jamás, pues se tiene la preocupación de llegar a ser rico. En lugar de *rogar* a Dios por el pan de cada día, *afanarse como un esclavo* por obtenerlo, porque uno se ha convertido en un esclavo de los hombres y de su propia preocupación, olvidando que hay que pedírselo a Dios. En lugar de aceptar lo que se es —pobre— pero además amado de Dios —lo que también se es—, nunca se está contento en sí mismo, nunca contento en Dios, metiendo la personalidad y la vida propias en esa maldita esclavitud que se va tejiendo de abatido enfado día y noche, de sombrío e incubado malhumor, de ajetreo desespiritualizado, con el corazón sobrecargado por el cuidado de la subsistencia y contaminado de avaricia a pesar de la pobreza en que se está.

Para terminar, piensa en el pájaro, que ha de intervenir en nuestro discurso, puesto que intervenía en el Evangelio. En comparación con la impía melancolía del pagano, el pájaro es, estando en la pobreza sin la preocupación de la misma, puro descuido; comparado con la fe piadosa del cristiano, el descuido del pájaro es mera ligereza. En comparación con la ligereza del pájaro, el pagano está pesadamente cargado como un bloque de piedra; comparado con la libertad del cristiano, incluso el pájaro está sometido a la ley de la gravedad. En comparación con el pájaro que vive, el pagano está muerto; comparándolo con el cristiano, no se puede afirmar propiamente que el pájaro vive. En comparación del pájaro que calla, el pagano es un charlatán; comparándolo con el cristiano, el pagano es a pesar de todo un mudo: no reza ni da gracias, que es lo que en el sentido más profundo constituye el lenguaje humano; y todo lo demás, todo eso que el pagano dice, con respecto al lenguaje humano, es como un pájaro que ha aprendido a hablar en relación con un hombre. El pájaro es pobre y con todo no es pobre; el cristiano es pobre, no siendo sin embargo pobre, sino rico; el pagano es tres veces pobre, más pobre que el más pobre de todos los pájaros. ¿Quién es el *pobre*, tan pobre que eso es lo único que se puede afirmar de él, de la misma manera que ésa es la única cosa de la que él no acierta a despegar los labios? Éste es el pagano. Según la enseñanza del cristianismo ningún otro es pobre, absolutamente ninguno, ni el pájaro, ni el cristiano. Es muy largo el camino de quien en la pobreza desea ser rico; el atajo del ave es el más corto; el más feliz, el del cristiano.

II

LA PREOCUPACIÓN DE LA ABUNDANCIA

No os preocupéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos?, o ¿qué beberemos? Los paganos se afanan por todo eso.

El pájaro no tiene esta preocupación. Pero ¿acaso la abundancia es una preocupación? Quizá no sea más que un sarcasmo insidioso eso de hablar, como lo hace el Evangelio, de la pobreza y de la abundancia, tan diversas, en un plano de tanta igualdad; o todavía peor, como si la abundancia fuera cabalmente la superabundancia de la preocupación. Lo propio del hombre es pensar que la riqueza y la abundancia tendrían que liberarlo de las preocupaciones. ¿Acaso no le liberarán también de la preocupación de la riqueza? Mas la riqueza y la abundancia vienen revestidas de piel de oveja so pretexto de asegurar contra todas las preocupaciones, convirtiéndose así ellas mismas en objeto de preocupación, en *la preocupación*; ellas aseguran al hombre contra las preocupaciones aproximadamente de la misma manera que el lobo encargado de custodiar el rebaño lo preserva — contra el lobo.

Sin embargo, el pájaro no tiene esta preocupación. ¿Es pobre el pájaro? No; esto ya lo hemos esclarecido en el discurso precedente. Entonces ¿es rico el pájaro? Desde luego que lo es, pero no ha de tener noticia ni ser sabedor de ello. O ¿dónde tiene el pájaro encerradas sus provisiones? Si todos los propietarios y labriegos estuvieran cada uno a la puerta de sus graneros y gritasen: «¡Párate, éste es el mío!», ¿dónde estaría entonces el granero del pájaro? Por eso el pájaro no tiene la preocupación de poseer riquezas, no tiene la preocupación de la abundancia: que otros posean más; ni tampoco, por supuesto: que otros posean menos o absolutamente nada.

En este caso, ¿cómo vive el pájaro? Sí, Dios le distribuye cada día la ración justa: lo *suficiente*; mas al pájaro no se le pasa por las mientes la idea de que tenga o quiera tener más, hasta llegar a la abundancia. Lo que Dios le da cada día: ¡eso es bastante!; y el pájaro tampoco desea tener ni más ni menos que lo bastante. La medida exacta —para hablar de una manera atrevida— de la porción que Dios le distribuye todos los días, la lleva el pájaro en la boca; éste mide con la misma medida que Dios: dándole Dios «lo suficiente», el pájaro lo mide y exclama: «eso es bastante». Si el pajarillo apaga su sed en una gota de todo, eso es lo suficiente; si bebe en el lago más grande, toma la misma cantidad, no desea tener todo lo que sus ojos alcanzan, el lago entero; ya que él no bebe del lago para tomárselo consigo y estar asegurado para toda la vida. Si en el tiempo de la recolección cae sobre los montones más ingentes, él no sabe lo que es la abundancia, ignora este saber superfluo; aunque en el bosque, donde el pájaro hace su nido y habita con los suyos, se dé la mayor abundancia posible y tenga lo que él y los suyos necesitan por muchísimos años que viviesen, con todo ni él, ni su pareja, ni sus crías saben nada de la abundancia — mas cuando no se sabe nada de la abundancia, aunque se tenga, es imposible que ella se le convierta a uno en preocupación. Al pájaro, una vez que ha comido y bebido, jamás se le ocurre pensar dónde conseguirá algo para la próxima. Por eso el pájaro, siendo pobre, sin embargo no lo es. Pero tampoco se le ocurre jamás qué hará con lo que sobra, con el lago entero, con las ingentes provisiones de trigo que están disponibles, pues él ya engulló los tres granos que eran «suficiente». El pájaro no tiene ni posee la abundancia, ni tampoco la preocupación correspondiente. Y cuando llega el período en que se despierta en él la nostalgia, entonces emigra, dejando el país, todas sus posesiones, el nido construido con tanta diligencia y arte, quizá el estupendo rincón tan felizmente escogido que ya nunca encontrará otro igual; pero piensa: ¿para qué preocuparse?, y emprende raudo el vuelo hacia el país lejano. Pues el pájaro es viajero, incluso el que no viaja es un viajero, por eso no desea componendas con la abundancia y la preocupación correspondiente.

Seguramente que radica en la naturaleza del pájaro el que no tenga la abundancia ni su preocupación. Los financieros afirman que lo más difícil es hacerse con el primer millón de pesetas; una vez que se ha adquirido, lo demás cae de su peso. Mas el primer céntimo, a sabiendas de que está empezando el montón de la abundancia, es también como las arras de la misma. El pájaro no quiere tener nada, ni siquiera un céntimo para la abundancia; con lo cual evita el resto (cosa que se cae de su peso): la preocupación. Con la más

precisa exactitud toma siempre cada vez cabalmente «lo bastante», ni siquiera un grano más, no sea que le vaya a rozar de lejos la ambigua sabiduría sobre lo que es la abundancia. En la pobreza el pájaro está sin la preocupación de la pobreza; ha tomado todas las precauciones contra la preocupación de la abundancia.

Mas ¿cómo es maestro el pájaro?, ¿dónde está el punto de referencia de su enseñanza? ¡Ah!, naturalmente, el pájaro nos enseña el camino más seguro para evitar la preocupación de la riqueza y de la abundancia, a saber, el de no amontonar riqueza ni abundancia: pensando que se es un viajero; y además nos enseña —cosa que se refiere especialmente a este discurso— si se está en la abundancia, a no ser sabedores de que se la tiene: pensando que se es un viajero. Pues el pájaro, al igual que aquel sabio sencillo de la Antigüedad, es maestro en ignorancia. ¡Oh qué difícil es, si se tiene la belleza, ignorarla (cosa que hacen tanto el pájaro como el lirio), pero es todavía más difícil ignorar la abundancia cuando se tiene! Mas el pájaro en la abundancia está tan desconocedor de poseerla, que es como si no la tuviera.

El cristiano no tiene la preocupación de la abundancia. ¿Es, por eso, pobre el cristiano? ¿Es todo cristiano pobre? Ciertamente que hay cristianos que son pobres; pero ahora no hablamos de éstos, sino que hablamos del cristiano rico, que posee riquezas y abundancia; y hablamos de que él, sin embargo, no tiene la preocupación correspondiente. Porque cuando se está en la abundancia sin la preocupación de la misma, no siendo sabedor de ella, entonces o se es pájaro, o de ser hombre y con todo como un pájaro, se es un cristiano.

Por tanto, el cristiano rico tiene la abundancia, pero no es sabedor de ella y es necesario que se *haya hecho* ignorante de la misma. Ser ignorante no es ningún arte, pero *hacerse* ignorante, y después de haberse hecho permanecer siéndolo, eso sí que es arte. El cristiano es diferente, en este sentido, del pájaro, en cuanto éste *es* ignorante, mas el cristiano *se hace* tal; el pájaro empieza y termina con la ignorancia, el cristiano termina no siendo sabedor —y cristianamente jamás se pregunta acerca de lo que un hombre era, sino de lo que llegó a ser—; no se pregunta cómo era, sino cómo se hizo; no sobre el principio, sino sobre el fin. Sin embargo, hacerse ignorante de esa manera cuesta mucho tiempo, y es una tarea difícil la de ir progresando poco a poco hasta llegar al fin a ser auténticamente no sabedor de lo que se sabe y permanecer siéndolo una vez que se ha llegado a ser, sin volver a recular aprisionado en los cepos del saber. El cristiano que tiene abundancia es como aquel que no la tiene; de esa manera es no sabedor y así tampoco la tiene seguramente, dado el caso de que,

por otra parte, sea como aquel que no la tiene. Pero el cristiano, por naturaleza, es hombre, y en cuanto tal no está en esa ignorancia; la va adquiriendo en cuanto cristiano, y cuanto más cristiano se haga, tanto más será el que tiene como aquel que no tiene.

¿Qué es efectivamente lo que puede quitar a un hombre la riqueza y la abundancia? Eso lo puede la necesidad y la penuria, o también Dios que lo dio lo puede quitar. Si acontece esto, el hasta ahora rico se convierte realmente en un pobre. Mas tampoco hablamos de este caso, ni siquiera de que el rico abandone toda su riqueza y abundancia, pues de ese modo sólo sería un antiguo rico. Pero ¿no hay algo capaz de quitarle a un hombre la riqueza y la abundancia de tal suerte que se le sustraiga sin que haya tenido que convertirse en un antiguo rico, sino permaneciéndolo? Ciertamente que existe algo por el estilo. ¿Qué poder es, pues, ése? Es el pensamiento y la fuerza del pensamiento. ¿Es acaso el pensamiento capaz de sustraerle a un rico la abundancia de una manera exterior? No, el pensamiento no puede hacer eso. Lo que puede hacer, en relación con la abundancia, es quitarle al rico *la idea de la posesión*, la idea de que tiene y posee esa riqueza y abundancia como *suyas*. Mas el pensamiento le permite en el sentido externo poseerlo todo; su riqueza y abundancia no pasa a las manos de otro hombre, sino que cualquier otro hombre ha de decir que pertenecen a aquel rico. Así se comporta el pensamiento; si tiene éxito en la empresa y si el rico se presta voluntario a ello, entonces éste se entrega por completo a sí mismo con toda su riqueza bajo el poder de aquél, con lo que, teniendo, es lo mismo que el que no tiene. Y esto es lo que hace el cristiano.

Desde luego, ¡qué fuerza tan astuta es la fuerza del pensamiento! Ningún ladrón es capaz de robar de esta manera, ni ningún agresor salteante, ni Dios puede quitarlo así, ni siquiera cuando le quita al rico la fuerza del pensamiento y de la razón; y sin embargo, ningún ladrón ni ningún salteador son capaces de quitarle tan absolutamente todo al rico como lo hace el pensamiento, en el caso de que se le permita tomar baza. En definitiva, ¿cómo acontece esto? Cuando yo no sé de qué viviré mañana, ¿acaso no es verdad que entonces no poseo nada? Cuando pienso que quizá puedo morir por la noche, «esta misma noche», entonces tampoco poseo nada, por muy rico que sea. Para ser rico tengo que poseer algo para el día de mañana, etc.; estar asegurado *para* el día de mañana; mas para ser rico también tengo que estar seguro *del* día de mañana. Ya no puedo llamarme rico si se me quita la riqueza, pero tampoco puedo llamármelo si se me quita el día de mañana. Para ser rico es preciso que posea algo, mas también lo es que exista. Y el cristiano rico no sabe si existirá

el día de mañana, o lo que sabe es que no lo sabe. Y esto es lo que en el fondo le pasa a todo hombre; pero el cristiano piensa en el «hoy mismo», y cada día que no lo sabe, ignora si quizá morirá «esta misma noche».

Continuemos. Por lo tanto, no soy rico cuando no poseo nada y en consecuencia no puedo perder nada. Mas, si por desgracia poseo lo que se puede perder y en cada instante es perecedero, ¿soy entonces rico? Cuando no tengo nada en las manos, tampoco sostengo nada; mas si tengo en las manos lo que se escurre entre los dedos, lo perecedero, ¿qué es lo que sostengo? La riqueza es seguramente posesión; pero en realidad, o esencialmente, poseer aquello cuya peculiaridad esencial es la posibilidad de perderse o la misma interinidad, es tan imposible como estar sentado y caminar. Al pensamiento no se le puede ocurrir otra cosa que pensar que eso tiene que ser una fantasmagoría. Porque si en concreto el poder perderse es una peculiaridad esencial de la riqueza, entonces no cabe duda que el que se pierda de hecho, o se haya perdido, no representa ningún cambio esencial de la cosa; es esencialmente lo mismo; sin que, por consiguiente, cambie nada esencialmente el hecho de que todavía la posea: está ya perdida — pues lo esencialmente idéntico tiene que serlo de seguro en cada momento. Perdida o poseída son esencialmente la misma cosa: perdida, es decir, que en el sentido hondo no es posible poseer, que eso de la posesión es una fantasmagoría. Cuando se trata de bienes ilegales, el pensamiento de la justicia puede desalojar a su manera la idea de la posesión, arrancándola por las buenas o por las malas; mas tratándose de la riqueza y de la abundancia, aun poseídas legalmente, es el pensamiento de la eternidad el que arranca la idea de la posesión: por las buenas, sin emplear otra fuerza que la del pensamiento y en cuanto el hombre consiente en entregarse a la fuerza del pensamiento, o quiere su propio bien.

Sí, es una fuerza astuta la del pensamiento; si los hombres no estuvieran o no se hubieran asegurado de muchas maneras contra esta fuerza, tendrían que conceder que era una fuerza astuta, pero verdadera a la par, porque es puesta al servicio de la verdad como es tan astuta. El pensamiento salutífero descubre el objeto sobre el que se va a arrojar con mucha mayor seguridad y perspicacia que lo hace la mirada del ave de presa sobre su víctima. Aquél no equivoca su perspectiva con la disputa verbal sobre qué deba llamarse riqueza, o bienestar, o hacienda, etc., sino que se enfoca entero a la idea de posesión. Y el cristiano no se escabulle para que no se le enfoque en esta perspectiva única, sino que colabora a que la herida saludable le perfore todo lo más posible.

El pensamiento puede también enfocar de otra manera la idea de la posesión. Para ser rico tengo que poseer algo y esto que poseo es, en consecuencia, mío. Pero ¿qué sucedería si poseyera alguna cosa que no fuera mía? He aquí una contradicción; y esta batalla contradictoria no puede resolverse dentro de la relación interhumana. En cuanto que no es mío, seguramente que no lo poseo; mas como hablando humanamente, no hay ningún otro hombre que lo posea, resulta que es mío; pero siendo mío, no cabe duda que soy el dueño. Sin embargo, todo esto no tiene ni pies ni cabeza. Por lo tanto, para que haya sentido y congruencia en ello, tiene que haber un tercero que esté presente cuando dentro de las innumerables relaciones interhumanas se habla de lo «mío»; un tercero que diga: «esto es mío». Es como un eco. Cada vez que un hombre dice «mío», resuena el eco: «mío». Si tú dices: «esto es mío», «esto es mío», dice aquél, el tercero; «todo es mío», dice Aquel que es todo. En realidad, cada uno sabe de sobra que ningún hombre posee, en el sentido hondo de la palabra, nada; que ninguno tiene sino lo que se le ha dado. En el fondo todos tienen que estar de acuerdo. Mas el cristiano rico piensa que lo sabe; todos los días se da cuenta de que lo sabe y reconoce la responsabilidad que le incumbe si deja de saberlo; todo esto forma parte de su contabilidad sobre lo mío y lo tuyo. Piensa que no tiene nada fuera de lo que le ha sido dado, y solamente lo posee como dado no para guardarlo, sino a título de préstamo y depósito. En definitiva, todos los hombres están íntimamente convencidos de que nadie puede guardar la riqueza que tiene; mas el cristiano rico no deja de pensar que no la ha alcanzado *para* guardarla, sino como un depósito. Así lo administra también de la mejor manera, por cuenta del propietario, y le entran escalofríos con la sola idea de que haya la menor falsedad en el balance del mío y tuyo. Pero el propietario es Dios. Y Dios no desea, como si fuese un financiero, que su fortuna se engrose con hábiles transacciones; por el contrario, ha de ser administrada de muy distinta manera, si Él ha de estar contento. Que él es un administrador, lo sabe muy bien el cristiano rico — y por eso no acierta a comprender por qué encuentran tantas dificultades los intérpretes en el esclarecimiento de la parábola del mayordomo infiel. Pues, según él dice, supongamos que se hubiese tratado de la propiedad legal de aquel mayordomo; en este supuesto, Dios no tiene nada que objetar a que te sientes y escribas facturas falsas, escribas cauciones en una mitad falsas, o perdones la mitad de la deuda a *tus* deudores; lo que debes hacer es perdonárselo gustosamente todo, y de esta manera conquistarte amigos que puedan recibirte allá arriba. La infidelidad consistió en que el mayordomo operaba así con la propiedad de otro.

Por eso obró prudentemente y los hijos de este siglo, que conocen muy bien las cosas de este siglo, le ensalzan su prudencia. Si no hubiese sido el mayordomo sino el dueño, y hubiera hecho con sus posesiones lo que el mayordomo hizo con las del dueño, entonces habría obrado con nobleza, con magnanimidad, en cristiano; y entonces a los hijos de este siglo no les hubiera parecido meramente prudente, sino la cosa más tonta y más absurda, y se habrían mofado de él. Lo que la parábola quiere propiamente enseñar es que la nobleza es tenida en este mundo por necedad, y la maldad por prudencia. Ya que, ¡qué tontería más grande ésa de perdonar la deuda, robándose a su propio bolsillo!; pero ¡qué prudencia tan grande eso de robar diestramente del bolsillo de otro! No obstante, la parábola elogia la nobleza de obrar como lo hizo el mayordomo —pero, claro está, de hacerlo con sus propios bienes—. Mas ¿qué es lo que estoy diciendo?: «con sus propios bienes»; el cristiano rico sabe cabalmente que la riqueza, en el sentido más profundo, no es propiedad suya. ¿Habrá que volver a las andadas? No, de ninguna manera, puesto que el propietario es Dios, que precisamente desea que se administren así los bienes. Por eso el cristiano rico ni lejanamente puede llamar mías las riquezas terrenales, porque son propiedad de Dios; y según los deseos del propietario, todo lo que sea posible, han de ser administradas con la indiferencia característica que el propietario tiene respecto del dinero y de sus valores; administradas, regalándolas a tiempo y lugar oportunos.

Mas, si ésa es la manera de administrar los bienes terrestres, lo mejor será que sean administrados por *un viajero*. Aquel mayordomo una vez que había hecho lo más prudente, pensó también otra cosa igualmente prudente: la de hacer las maletas. Aunque no tengamos que imitarlo, que su ejemplo nos instruya. Pues todo cristiano es, como el pájaro, un viajero; y del mismo modo lo es el cristiano rico; y, en cuanto cristiano, un viajero que sabe concretamente qué es lo que tiene que llevar consigo y qué lo que no debe llevar; qué es suyo y qué no lo es. En la vida corriente se tienen a veces en casa objetos prestados; mas cuando se piensa en viajar, se miran con cuidado todas las cosas, las que son de uno mismo y las prestadas. Por eso el cristiano rico, que en todo instante es un viajero, no piensa ni habla, en ningún instante, de manera diferente acerca de su riqueza terrenal; teniendo otra cosa muy distinta que le embarga el pensamiento, no desea precisamente ahora, en el último momento, que se le recuerde lo que no tiene que llevar consigo, ni lo que no es suyo. ¿Te es difícil comprender su conducta? Mas él sabe lo que hace y se comprende a sí mismo. También es probable que a veces ni la mujer ni los hijos del

cristiano rico le comprendan, preferirían forzarle a que se diese cuenta de su riqueza, meterle en la imaginación lo de su abundancia; mas él les reprende entonces, diciéndoles: «De todo eso no me importa un comino hablar, ni tampoco quiero oíros ni una palabra más, sobre todo ahora, en el último momento». ¡Ay!, y no hay nadie, fuera de un cristiano, que pueda comprenderle, puesto que ni está enfermo, ni tendrá que emprender viaje mañana, según consta en la sección de pasaportes. Así está él de ignorante acerca de su riqueza terrestre, a esa ignorancia llegó y va creciendo en ella en la medida en que se hace sabedor de cosas completamente distintas —ya que mientras se llega a ser sabedor de algo distinto, se hace uno ignorante de lo que sabía—, es decir, de que podría morir esta misma noche; de que la riqueza terrena esencialmente no se deja poseer, sino que son bienes confiados; de que él mismo es un viajero. ¡Así de ignorante está el cristiano rico de su riqueza terrena, sí, como un distraído!

En este caso, ignorando de esa manera el cristiano rico la abundancia que posee, le es imposible sin duda que pueda tener la preocupación de la misma. Ni tampoco la tiene; está en la abundancia sin la preocupación correspondiente; no tiene ninguna preocupación por aquello que ordinariamente, según una bella expresión, se amontona, posee, pierde y abandona con inquietud, y, sin embargo, tiene la abundancia. No tiene ninguna preocupación de la abundancia amontonada, porque no se desgañita por amontonarla; no tiene ninguna preocupación por defenderla, pues es muy fácil la defensa de lo que no se posee y él de seguro es igual que aquel que no posee nada; no tiene ninguna preocupación de perderla, es decir, de perder lo que no se tiene, puesto que él es como el que no tiene; no tiene la preocupación de que otros posean más, ya que él es igual a aquel que no posee nada; ni tampoco se preocupa por lo que ha de dejar a los suyos. De este modo él no tiene ninguna preocupación de su abundancia; al revés, él se queda asombrado cada vez que emplea una parte de su abundancia para hacer el bien con ella, asombrado como quien encuentra una cosa; pues si el que tiene es igual a aquel que no tiene, no cabe duda que está como encontrando lo que no tiene.

Mas de esta manera, ¿acaso no es en el fondo el cristiano rico *exactamente tan pobre* como el cristiano pobre? Sí, también lo es. Tan ignorante como el cristiano pobre está de su pobreza terrena, lo está él de su riqueza terrestre; de la misma manera que aquél no habla de su pobreza terrena, tampoco él habla de su riqueza terrestre; ambos hablan acerca de una y la misma cosa, sobre la riqueza celestial, sobre lo de existir para Dios como quien ruega y agradece el pan cotidiano, y como quien es el administrador de Dios.

Y así entendido, sólo así entendido, puede el cristiano rico alegrarse de su riqueza terrena. Pero, no obstante, cosa que no deja de ser curiosa, ¡cuánto más rápidamente, sin comparación, se dio el salto de la pobreza a la alegría, y por el contrario, cuántas más dificultades entraña ese mismo salto desde la riqueza terrena, hasta poder afirmar sin exageración que nos hemos metido en un cúmulo de dificultades innecesarias! Mas el cristiano rico, en cuanto cristiano, se alegra de su riqueza terrestre. Como cristiano cree que tiene un Padre en los cielos, y que es este Padre quien le da la riqueza terrestre; sin embargo, para él el dador es infinitamente más que el don, por eso no busca el don, sino al dador; no coge el don sin más, sino que lo toma de las manos divinas. Él cree —cosa que todo cristiano cree, pero que le es especialmente necesaria al cristiano rico— que la riqueza de un cristiano está en el cielo; por eso su corazón busca allá donde está su tesoro. Nunca deja de pensar que «Aquel» que poseía todas las riquezas del mundo renunció a todo lo que poseía y vivió en la pobreza, y que, por consiguiente, la vida del Santo fue llevada en pobreza y a su vez en la ignorancia de toda la riqueza que poseía. Por esto el cristiano rico puede tener alegría de su riqueza terrestre; alegría cada vez que se le ofrece la ocasión de hacer algún bien con su riqueza, de prestar algún servicio a algún otro hombre, sirviendo así a Dios. ¡Oh, qué difícil hacer dos cosas a la par; pero difícilmente se encuentra también una doble cosa que hacer a la par, tan dichosa como la de prestar un servicio a otro ser humano y con ello servir a Dios! Tiene que ser difícil recordar dos cosas a la vez, bastante difícil para la mayoría de los hombres recordar las palabras: «De la beneficencia y de la mutua asistencia no os olvidéis»; mas el cristiano rico se acuerda también de otra cosa: «No olvides a Dios en tanto te entregas a la beneficencia y a la asistencia mutua». Por eso el cristiano rico encuentra una doble alegría en el ejercicio de la beneficencia, porque además se para a pensar en Dios. Él cree —aunque esto parece afectar al que recibe, pero cristianamente afecta lo mismo al que da— que todo don bueno y perfecto desciende de arriba, de suerte que para que el don que él da sea bueno y perfecto, es preciso que Dios lo dé con él. Por eso se alegra de su riqueza, porque le depara la ocasión y la oportunidad de dar a conocer a Dios, quien es propiamente, ocultamente, el benefactor; y el cristiano, su hombre de confianza, el que se utiliza en estos benditos negocios. Y por eso se alegra de su riqueza terrestre, porque ayuda a los demás en el nacimiento de gracias y alabanzas a Dios, al mismo tiempo que se gana amigos que, si bien no le podrán pagar el beneficio hecho, con todo —¡oh, casi una usura!— en recompensa le podrán recibir allá arriba.

De este modo el cristiano rico está en la abundancia sin la preocupación de la abundancia, ignorándola con el pájaro; además, pobre como el cristiano pobre y rico como el cristiano; teniendo también, finalmente, alegría de su riqueza terrena. Aventaja al ave en que es rico en cuanto cristiano, y, así entendido, *a la par* también tiene la ventaja de la alegría por su riqueza terrena; no está meramente sin preocupación como el pájaro.

«No os preocupéis, pues, preguntando: ¿Qué comeremos?, o ¿qué beberemos? Los paganos se afanan por todo eso». *Ya que el pagano rico tiene esta preocupación.*

El pagano rico está muy lejos, todo lo que es posible, de ser ignorante de su riqueza y abundancia. Pues entre los que poseen la riqueza y la abundancia, solamente puede *hacerse* ignorante de las mismas quien llegue a ser sabedor de otra cosa; pero el pagano rico no sabe ni quiere saber nada distinto. Ciertamente que es difícil para un hombre que nada en la riqueza y en la abundancia hacerse ignorante de lo que día tras día y de tan diversas maneras, todas ellas seductoras, se le impone. Sin embargo, hay una manera de lograrlo, haciéndose, cristianamente, sabedor acerca de Dios. Pues esta sabiduría embarga completamente el ánimo y el pensamiento del cristiano, le borra todas las demás cosas de su memoria, le aprisiona su corazón para la eternidad, de suerte que se queda completamente en ignorancia. Por el contrario, el pagano rico no tiene más que una sola idea: la riqueza, en torno de la cual giran todos sus pensamientos, por más que sea cualquier cosa menos un pensador. No sólo está sin Dios en el mundo, sino que la riqueza es su Dios, lo único que le embarga. Para él solamente una cosa es necesaria: la riqueza, de manera que no tiene ninguna necesidad de Dios. Mas donde está el tesoro de uno, allí está también su corazón, y el del rico pagano está junto a su riqueza, a ras de tierra; no es ningún viajero, está como un forzado atado a la tierra. Si el cristiano rico es en su fortuna como quien no la tiene, el pagano rico es igual que aquel que no tiene otra cosa: ninguna otra cosa en que pensar, ninguna otra cosa de que alegrarse y regocijarse, ninguna otra cosa por la que preocuparse, ninguna otra cosa de que hablar. Está en condición de poder hacer abstracción de todo lo demás, de todo lo que es elevado y noble y santo y amable, pero le es absolutamente imposible hacer abstracción de su riqueza en ningún momento.

Sí, el pagano rico es sabedor de su riqueza y abundancia, y cuanto más crece su saber más crece su preocupación. Es sabedor de lo que causa preocupaciones, y puesto que eso es lo único que sabe, no tiene

más que preocupación. Lo puedes verificar con sólo mirarlo a él, el pálido avariento, que amontona y amontona: la preocupación en persona; a él, el glotón insaciable que tiene hambre en la abundancia, que también grita: ¿qué comeré?, ¿qué beberé?, ¿cómo me las arreglaré mañana —pues por hoy no está mal— para encontrar unos manjares exquisitos que me satisfagan?; a él, el avaro insomne a quien el dinero quita el sueño intensamente y de modo más cruel que lo hace el verdugo más cruel de todos con el más abominable de los criminales; a él, esta esquelética alma mercenaria que jamás aparta los ojos de su dinero sino para ver con envidia si alguien tiene más; a él, este agarrado marchito que —cosa que por otra parte jamás se ha oído decir que haya hecho nadie por el dinero— para ahorrar se deja morir de hambre. Míralos y oye lo que dicen, todos dicen lo mismo y eso es de lo único que hablan: ¿qué comeremos y qué beberemos? Ya que cuanto mayores son su riqueza y abundancia, mayor es también el saber que adquieren; y este saber, que es la preocupación, no sacia el hambre, no apaga la sed, no, lo que hace es acuciar el hambre y exacerbar la sed.

Verdaderamente los que buscan la riqueza caen en muchas tentaciones y trampas que corrompen al hombre; y ¿cuál es la preocupación de la riqueza sin esa búsqueda ansiosa de la misma que consiste en querer ser rico y permanecer tal a toda costa, en querer ser todavía más rico? Porque es una ilusión creer que la preocupación de la riqueza que no se haya curado divinamente —y en este caso el principio de la curación puede acontecer tan bonitamente con que se posea un poco menos o un poco más— alcanzaría una situación con la que se diera por satisfecha; así como jamás ha habido un pájaro que haya tomado nunca más de «lo suficiente», de la misma manera jamás ha existido un pagano rico que haya conseguido «lo bastante». No, no hay ningún hambre tan insaciable como la acuciada por el apetito innatural de la abundancia, ningún saber tan descontentadizo como el infeccioso saber acerca de las riquezas y la abundancia.

Y ¿cuál es, pues, *la tentación*, en sí misma tan múltiple? Esa tentación es, una vez que se ha abolido a Dios, la de cesar de ser hombre: en lugar de ser más puro que el ave más inocente, y dejado de la mano de Dios, hundirse más que bestialmente corrompido por debajo del nivel de los brutos; más pobremente que el más pobre de todos los esclavos paganos, vivir como un forzado sujeto a la miserable esclavitud de la locura que consiste en afanarse, dentro de la abundancia, como una víctima humana por la comida y la bebida; dentro de la riqueza, vivir esclavizado por el dinero y siendo una maldición para sí mismo, una náusea para la naturaleza y un contagio para el género humano.

Para terminar, piensa en el pájaro, que también ha de intervenir en nuestro discurso, puesto que intervenía en el Evangelio. El pájaro, desde luego, si es rico, lo ignora; el cristiano rico *se hizo* no sabedor de su riqueza: él es rico, pobre, rico; el pagano rico es pobre, pobre, pobre. El pájaro se calla; es natural, se calla lo que no sabe; el cristiano rico no habla absolutamente nada acerca de su riqueza terrestre, sino sólo sobre la riqueza; el pagano rico no hace más que hablar de sus riquezas. En comparación con el pájaro ignorante, el cristiano rico es un sabio en ignorancia; pero el pagano es un insensato, un sabedor muy versado en el saber que es locura. El pájaro ignorante, en comparación con el cristiano, es un tontuelo; comparado con el pagano, es como un sabio. El pájaro inocentemente no sabe nada de nada, el pagano rico es sabedor culpable y sólo sabedor de lo contaminado. El pájaro ignorante vive como un sonámbulo, dominado por el sueño no ve nada; el cristiano rico llegó a ignorar su riqueza terrena y con ello a ser incapaz, como en un juego, de ver nada —porque la eternidad lo ha deslumbrado y no es capaz de ver a la luz de este sol terrestre—; el pagano rico sólo ve tétricamente en la oscuridad, no es capaz de ver a la luz de la eternidad. El pájaro es el viajero ágil y fugitivo; el cristiano rico, que se hizo ignorante, ha partido para siempre y mucho más lejos; el pagano rico se agarra pesadamente, como una piedra, a la tierra; todavía más pesadamente a causa de la contaminación. Para quien es rico no hay más que un camino para llegar a serlo de veras: tornarse no sabedor de su riqueza, hacerse pobre; el camino del pájaro es el más corto, el del cristiano, el más feliz. Según la doctrina del cristianismo, solamente hay un rico: el cristiano; quien no lo sea, es pobre, tanto el pobre como el rico. Un hombre nunca está más sano que cuando ni siquiera nota que tiene cuerpo, y un rico también está sano cuando, sano como el pájaro, no sabe absolutamente nada de su riqueza terrena; mas si es sabedor de ella, si es lo único que sabe, entonces está perdido. Cuando el cristiano rico se tornó no sabedor de su riqueza terrena, ganó mucho más que el pájaro que se remonta ligero hacia el cielo, aquél ganó el cielo; cuando el pagano rico se hizo completa y exclusivamente sabedor de sus riquezas, perdió lo que ningún pájaro puede perder al caer a tierra, ¡aquél perdió el cielo!

III

LA PREOCUPACIÓN DE LA PEQUEÑEZ

No os preocupéis, pues, diciendo: ¿Qué vestiremos? Los paganos se afanan por todo eso.

El pájaro no tiene esta preocupación. Los gorriones se clasifican en pardos y amarillos, o si prefieres, dorados; pero esa diferencia, esa clasificación de insignificantes-distinguidos, no existe ni siquiera para uno solo de ellos. También cuando van en bandada todos los pájaros siguen a uno que vuela delante, o a la derecha, habiendo diferencia entre la delantera y la trasera de la bandada, entre la derecha y la izquierda; pero no existe esa otra diferencia: insignificantes-distinguidos; en el audaz vuelo de la retirada, al remontarse el grupo deliciosamente libre en formaciones aéreas, se van cambiando el primero con el último y el que está a la derecha con el de la izquierda. Y cuando cantan las mil voces a coro, es verdad que también hay uno que da el tono, que existe esta diferencia, pero no se da la de insignificantes y distinguidos, y la alegría brota espontánea con el intercambio de las voces. «El individuo» encuentra una satisfacción indescriptible en cantar a coro con todos los demás; sin embargo, no canta para agradar a los demás, sino que se agrada a sí mismo con su canto y el canto de los otros, por eso se interrumpe muy arbitrariamente y toma aliento unos instantes, hasta que de nuevo le arrebata el gozo de participar en el coro y oírse a sí mismo.

Por lo tanto, el pájaro no tiene esta preocupación. ¿Por qué? Porque el pájaro es lo que es, sí mismo, contento con ser sí mismo, satisfecho consigo mismo; apenas sabe lo que es, ni tiene una idea exacta de sí mismo, y mucho menos le importa saber algo de los demás. Sino que está contento consigo mismo y con su condición, sea la que sea;

pues no tiene tiempo de pensar en otra cosa, ni siquiera se le ha pasado por la imaginación el empezar otras investigaciones, ¡tan contento está de ser lo que es! Para ser, para tener la alegría de que se es, no es preciso emprender el largo camino de primeramente lograr saber algo acerca de los demás, logrando de esa manera llegar a saber lo que es uno mismo. No, él tiene su peculio de primera mano, arranca raudo por el atajo más atrayente; es lo que es; para él no existe ningún problema de ser o no ser; valiéndose del atajo se evade de todas las preocupaciones que provoca esa diferencia. No piensa para nada en si es un pájaro como todos los demás pájaros, «tan buen pájaro» como los otros de la misma especie, o al menos como su pareja; todas estas cuestiones le tienen sin cuidado, ¡tan impaciente está en su alegría de ser! Ninguna muchacha está tan impaciente al borde de la pista en que va a bailar en seguida, como lo está el pájaro por disponerse a ser lo que es. Porque éste no tiene ni el más corto momento que perder, que le retenga de ser; el más corto instante, en que no pudiese ser lo que es, sería para él una larga duración mortal; se moriría de impaciencia con la más mínima contrariedad que le impidiese ser sin más. Él es lo que es, pero es; lo demás no le importa un bledo y así es él. No cabe duda. Aunque no hayas contemplado nunca el vuelo soberbio del águila real, basta que contemples al pajarillo que está meciéndose en la rama y gozándose con el canto: ¿acaso hay en él el mínimo rastro de preocupación por la pequeñez? Pues no creo que objetarás —y esto es lo que instruye— que él tiene vara alta. Si fueses de este parecer, bastaría que le quitases al pájaro la vara en que se encima. Más vivo que el lirio en la alegría de ser, es, sin embargo, el pájaro tan completamente inocente como el lirio en la satisfacción de sí mismo. Y aunque no hayas visto nunca el lirio maravilloso que se yergue humilde en toda su hermosura, basta que contemples al lirio insignificante que está situado en una cuneta jugando con la brisa como si fuesen dos camaradas; si lo contemplas después que la tormenta hizo todo lo posible por hacerle sentir su insignificancia, si lo contemplas atentamente mientras vuelve a levantar la cabeza para ver si el buen tiempo está por llegar inmediatamente de nuevo, ¿te parece que hay en él la mínima huella de preocupación por la pequeñez? O si está situado al pie del árbol corpulento y mira con asombro hacia arriba, ¿crees acaso que hay el mínimo rastro de preocupación por la pequeñez en este asombrado lirio? O ¿crees que se sentiría empequeñecido en el caso de que el árbol fuese dos veces mayor? ¿No acontece más bien como si en toda su inocencia se hiciera la idea de que todo estaba allí por su culpa?

Ésta es la enorme facilidad de ser que tienen el pájaro y el lirio,

la enorme facilidad de entregarse a vivir, la enorme naturalidad de estar embarcados de golpe pronto en esa empresa. Pues ésta es la afortunada suerte del lirio y del pájaro, la de que se les ha hecho tan fácil el comenzar a existir, ya que, tan pronto como han aparecido, han empezado de repente a estar en plena forma de ser, sin necesitar ningún presupuesto para comenzar y sin pararse lo más mínimo en pesquisas acerca de esa dificultad tan cacareada entre los hombres y con tanta peligrosidad descrita: la dificultad del comienzo*.

Ahora preguntemos: ¿cómo es maestro el pájaro?, ¿dónde está el punto de referencia de su enseñanza? ¿Acaso no está en ese hacernos el rodeo en pos del comienzo —este rodeo por encontrar el comienzo, que puede ser infinitamente largo— lo más corto posible, de suerte que con la mayor rapidez vengamos a nosotros mismos, a ser nosotros mismos?

El cristiano de humilde condición no tiene esta preocupación. Sin embargo, se diferencia del pájaro en cuanto que ha de ser probado en esta dificultad del comienzo, ya que es sabedor de la diferencia: insignificante-distinguido. Él sabe —y sabe que los demás saben la misma cosa respecto de él— que es un hombre insignificante; y sabe lo que esto quiere decir. También conoce lo que significan las ventajas de la vida terrestre, cuán varias son éstas y ¡ay! cómo le han sido negadas, de suerte que mientras de ordinario ellas sirven para destacar lo que los demás han llegado a ser con las mismas, en su caso sólo ayudan a hacer más evidente la expresión de cuán insignificante es. Puesto que el distinguido crece en distinción con cada ventaja que se suma en su haber, en tanto que el insignificante con cada ventaja que ha de admitir como negada, más insignificante se hace en cierta manera; lo que sirve para señalar cuán grande es el distinguido, parece contribuir por contraste para destacar qué poca cosa es el insignificante. ¡Oh, qué difícil comienzo el de la existencia, o la venida a la existencia: primero, existir, y luego hacerse, para de esta manera, llegar de verdad a existir! ¡Oh, qué cepo más astutamente ocultado, que jamás fue tendido para ningún pájaro! Pues la primera impresión es como si un hombre, para empezar a ser sí mismo, tuviese primero que es-

* La existencia auténtica, fáctica y temporal —que Kierkegaard ha descrito el primero y como nadie— arranca prontamente, de un «salto», y no se pierde en el interminable comienzo, por muy absoluto que se afirme, de un sistema lógico o en el del cotejo multitudinoso con los demás. La ironía aquí incluida también contra Hegel puede aclararse más *ex professo* leyendo, como ejemplo o cita más aleccionadora, las conclusiones al capítulo II, 1.ª sección, 2.ª parte del *Post-scriptum final no científico a «Migajas filosóficas»*.

tar al corriente de lo que los demás son, para de esa manera lograr saber lo que él mismo es y serlo. Sin embargo, cayendo en este cepo de ilusiones, jamás llegará a ser sí mismo. Está avanzando sin cesar como aquel viajero a quien los transeúntes dijeran que el camino que llevaba conducía a la ciudad, pero olvidaron decirle que si quería llegar a la ciudad tenía que tomarlo en sentido contrario; pues él lleva el camino que conduce a la ciudad, por ese camino está avanzando, pero lejos de la ciudad.

Mas el cristiano de condición humilde no cae en este cepo de ilusiones; mira con los ojos de la fe y con la rapidez de la fe, que busca a Dios, se encuentra en el comienzo; en sí mismo delante de Dios, contento con ser sí mismo. El mundo y los demás le han enseñado que él es un hombre insignificante, pero esta lección no le sorbe el seso, no se pierde mundanamente en ella, fuera de sí mismo; sino que, con el recato que confiere lo eterno, se mantiene en Dios, llegando a ser sí mismo. Él es como quien tuviera dos nombres, uno para todos los demás y otro para sus más próximos; en el mundo, en sus relaciones con los demás es el hombre insignificante, sin dárselas ni tomárselas de otra cosa, pero delante de Dios es sí mismo. En el constante trato social aparece como si él tuviese que esperar a que los demás le enseñaran quién es él definitivamente en este momento preciso. Pero él no espera, se apresura a ser delante de Dios, satisfecho con ser sí mismo delante de Dios. Es insignificante en medio de la masa, y esto que es así depende de las circunstancias; pero siendo sí mismo no depende de la masa, sino que es sí mismo delante de Dios. Porque un hombre solamente puede aprender de «los demás», naturalmente, a saber lo que los demás son, y es de esta manera como el mundo pretende engañar al hombre para que no llegue a ser sí mismo. «Los demás», a su vez, tampoco saben lo que ellos mismos son, sino que sólo están al corriente de lo que son «los demás». Exclusivamente hay uno solo que se conoce por completo, que en sí y por sí mismo sabe lo que es, y éste es Dios; y Él también sabe lo que cada hombre es en sí mismo, ya que el hombre precisamente es sí mismo delante de Dios. El hombre que no lo sea delante de Dios, tampoco lo será en sí mismo, pues no se puede ser esto sino siéndolo en Aquel que es en sí y por sí mismo. Y siendo sí mismo en cuanto se es en Aquel que es en sí y por sí mismo, se puede también ser en o para los demás; pero no se puede ser sí mismo si solamente se es para los otros.

El cristiano de condición humilde es sí mismo *delante de Dios*. Ésta no es la mismidad del pájaro, porque él *es* lo que es. Gracias a su modo de ser soslaya en cada momento la dificultad del comienzo; mas así tampoco puede alcanzar el glorioso final del comienzo difícil:

ser sí mismo reduplicativamente. El pájaro es como una unidad, el hombre que es sí mismo, es más que diez. El pájaro elude felizmente la dificultad del comienzo, por eso no tiene ninguna idea de lo insignificante que es; pero de este modo es cabalmente sin comparación mucho más insignificante que quien sabe cuán insignificante es. *La idea de la pequeñez no existe para el pájaro*; mas el cristiano insignificante *no existe esencialmente para esta idea* ni lo quiere, puesto que esencialmente es y quiere ser sí mismo delante de Dios. El insignificante, pues, es propiamente el pájaro. El cristiano insignificante es sí mismo en contraste con su pequeñez, sin que por ello pretenda disparatadamente dejar de ser el hombre insignificante que es en relación con los demás; él es sí mismo *en la pequeñez*. Y de este modo el cristiano insignificante está en la pequeñez sin la preocupación de la misma. Pues ¿en qué radica la pequeñez? En la relación a «los demás». Y ¿en qué consiste la preocupación de la pequeñez? En existir exclusivamente para los demás, en no saber nada fuera de la relación a los demás. El pájaro tampoco es sabedor de la relación a los demás, y en este sentido no es insignificante, ni en consecuencia padece la preocupación de la pequeñez; pero, naturalmente, tampoco sabe nada de que exista una relación más alta.

¿Qué es, entonces, el cristiano insignificante que delante de Dios es sí mismo? Es *hombre*. En cuanto que es hombre en cierto sentido es como el pájaro, que es lo que es. Mas aquí no nos demoraremos estudiando este aspecto.

Pero él es además *cristiano*, cosa implícita en la cuestión sobre qué es *el cristiano* de condición humilde. En cuanto tal no es como el pájaro; pues el pájaro es lo que es. Cosa que no puede ser el cristiano; si uno es cristiano, ha tenido que *haberse hecho* tal. Por lo tanto el cristiano insignificante ha llegado a ser algo en el mundo; ¡ay!, el pájaro no puede llegar a ser nada, es lo que es. El cristiano insignificante era hombre en el sentido que el pájaro es pájaro, mas entonces se hizo cristiano; llegó a ser algo en el mundo. Y puede llegar a ser constantemente más y más, en la medida en que constantemente puede hacerse más y más cristiano. En cuanto *hombre* fue creado a *la imagen de Dios*; pero en cuanto *cristiano* tiene a Dios como *modelo*. El pájaro desconoce este inquietante pensamiento que es una llamada incesante, desconoce el modelo; es lo que es; nada, absolutamente nada le perturba esta su esencia; desde luego, nada le perturba — ni siquiera el pensamiento dichoso de tener a Dios por su modelo. Un modelo es ciertamente una reclamación, mas también ¡qué felicidad! Nosotros solemos hablar de la dicha cuando afirmamos que dentro del poeta hay algo que lo reclama al canto; pero el modelo entraña

una exigencia todavía más fuerte, estimula más vigorosamente todavía a todos los que lo contemplan y para quienes existe. El modelo es la promesa más segura de todas, ya que el modelo es, sin duda, el cumplimiento. Para el pájaro no existe ningún modelo, pero sí existe para el cristiano insignificante y él existe para el modelo, al cual puede ir asemejándose constantemente más y más.

El cristiano insignificante que es sí mismo delante de Dios, *existe* en cuanto cristiano *para su modelo*. Él cree que Dios ha vivido en la tierra, se ha dignado nacer en circunstancias insignificantes y pobres, incluso en el oprobio, y que después, en cuanto niño, ha convivido con el hombre sencillo a quien llamaban su padre, y con la despreciada Virgen que era su madre. Cree que Él después peregrinó en la figura insignificante de un siervo, siendo imposible distinguirlo de los demás hombres insignificantes por muy clamorosa que fuese su pequeñez, hasta que terminó en la miseria más extrema, crucificado como un criminal — dejando, desde luego, un nombre; mas el deseo ardiente del cristiano insignificante solamente es el de apropiarse, en la vida y en la muerte, su nombre, o el nombre que Él dejó. El cristiano de condición humilde cree, según se le ha revelado, que Él escogió para discípulos suyos a unos cuantos hombres insignificantes de la más humilde condición, y que alternaba preferentemente con los que el mundo rechazaba y despreciaba; cree que Él, a través de las varias vicisitudes de su vida —cuando los hombres le querían exaltar y cuando pretendían abatirlo todavía por debajo de la misma humillación que Él había elegido—, se mantuvo fiel a los hombres insignificantes con los que entabló estrechas relaciones, fiel a los hombres insignificantes que ligó estrechamente a su vida, fiel a los hombres despreciados a quienes se les había excluido de la sinagoga por el solo motivo de que Él los había ayudado. El cristiano de humilde condición cree que este hombre insignificante, o esta su vida en la pequeñez, ha patentizado lo que significa un hombre insignificante. iAh, por mucho que, en términos humanos, tenga propiamente que significar un hombre distinguido, cuán infinitamente más no significará ser un hombre insignificante, y cuán infinitamente poco ser un hombre distinguido, si eso es lo único que se es! El cristiano insignificante cree que este modelo existe cabalmente para él, para él que sin duda ninguna es un hombre insignificante, quizá debatiéndose con la pobreza y la miseria, o lo que es todavía más insignificante: despreciado y reprobado. Ciertamente que el cristiano de humilde condición admite que él no está en el mismo caso de haber elegido esa desdeñada y despreciada pequeñez, y en este sentido no se asemeja al modelo; pero a pesar de

todo se consuela pensando que el modelo existe para él, y que este modelo, que con ayuda de la pequeñez se le impone misericordiosamente, le está como diciendo: «¡Hombre de poca cosa, no ves que tal modelo es para ti!». Es verdad que él no ha visto el modelo con sus propios ojos; mas cree que Él ha existido. Y, por otra parte, no había *nada que ver* fuera de la pequeñez —puesto que la gloria ha de *ser creída*—; y de la pequeñez puede él hacerse bastante bien una idea. No ha visto con sus propios ojos el modelo, ni tampoco hace ningún intento que permita a los sentidos representarse esa imagen. Con todo, él ve muchas veces el modelo. Pues siempre que en la alegría de la fe la gloria de este modelo le hace olvidar su pobreza, su pequeñez, sus oprobios, ve él el modelo —y él mismo aparece de una manera aproximativa como el modelo—. Y si en estos momentos felices, en que está embargado en el modelo, fuese objeto de la contemplación de otro hombre, entonces éste no vería delante de sí sino un hombre insignificante: es lo que acontecía también con el modelo, no vieron más que al hombre insignificante. Él cree y espera sin cesar ir asemejándose más y más a este modelo que sólo allá arriba se mostrará en toda su gloria; pues en esta vida solamente puede estar en la pequeñez y sólo es visto en la pequeñez. Cree que este modelo, en el caso de que luche incesantemente por asemejarlo, le vincula por segunda vez y con un parentesco todavía más directo con Dios, de suerte que no tiene meramente a Dios como creador, lo que es propio de todas las creaturas, sino como hermano.

Pero así las cosas, ¿no es acaso el cristiano insignificante algo muy elevado? Desde luego que lo es, algo tan elevado que se pierde al pájaro de vista. Él es, como el pájaro, insignificante sin la preocupación de la pequeñez, aunque en cierto sentido está oprimido, como lo está el pájaro, por la conciencia de su pequeñez — estando no obstante sumamente elevado. Nunca habla de la pequeñez, y por eso jamás está afligido; la pequeñez solamente le recuerda al modelo, mientras piensa en la elevación del mismo, y cuando hace esto, él mismo es una evocación aproximada del modelo.

Por el contrario, el pagano insignificante tiene esta preocupación. El pagano de humilde condición está sin Dios en el mundo y, consiguientemente, nunca es sí mismo —lo que solamente se puede ser delante de Dios—, ni nunca tampoco está contento de ser sí mismo, cosa que ciertamente no se puede ser cuando no se es uno mismo. No es él mismo, ni contento con ser sí mismo, y ni siquiera está contento, como el pájaro lo está, con lo que es: está descontento de lo que es; siendo un tormento para sí mismo, gime bajo la suerte de su destino y lo acusa.

Entonces ¿qué es él? Es el insignificante y nada más que el insignificante, es decir, es lo que «los demás» hacen de él, y lo que él se hace a sí mismo al ser sólo para los demás. Su preocupación consiste en *no ser nada*, en no ser en absoluto. Está muy lejos de ser como el pájaro que es lo que es. Y por eso su preocupación vuelve a ser *la de hacerse algo en el mundo*. Opina que existir delante de Dios no es nada. Y esta misma opinión es la que se cotiza en el mundo mediante la oposición y el cotejo con los demás. También opina que ser hombre no es nada, absolutamente nada; pues ello no confiere ninguna distinción o ventaja delante de todos los demás hombres. Opina igualmente que ser cristiano es no ser nada: pues no cabe duda que todos lo somos. Pero ser asesor del tribunal de justicia: eso sí que es ser algo; y por encima de todo él tiene que llegar a ser algo en el mundo, pues eso de no ser nada es algo como para desesperarse.

«Es algo como para desesperarse», habla como si ya no estuviese desesperado; sin embargo, está desesperado y la desesperación es su preocupación. Es cosa concedida que en cada Estado los insignificantes quedan de ordinario dispensados de las cargas que incumben a los más favorecidos; pero el insignificante desesperado, el pagano, no quiere, por más que lo esté, que le dispensen de llevar la carga más pesada de todas. Se dice que el rey lleva el peso de la corona, los altos cargos el de la responsabilidad de la jurisdicción, los cargos inferiores el de la administración de los muchos que se les han confiado, pero sin dejar por eso de ser el rey, rey; los altos cargos, altos cargos; y los administrativos, confidentes; mas el insignificante desesperado, el pagano, se desgañita mortalmente bajo el peso de lo que no es, sí, ¡qué insensatez!, se hernia con lo que no lleva. No nos toca decidir ahora la cuestión de si es el rey, como fundamento de la sociedad, el que porta sobre sus hombros a todos los demás, o son todos los demás los que tienen que llevar al rey, como superior que es, sobre sus débiles espaldas; pero el insignificante desesperado, el pagano, porta encima a todos los demás. Este tremendo fardo —«todos los demás»— le apisona, y con el redoblado peso de la desesperación; ya que no le apisona a través de la idea de que él es algo, no, le apisona mediante la idea de que no es nada. Verdaderamente que ningún Estado ni ninguna sociedad han tratado jamás de una manera tan inhumana a ningún hombre, de suerte que tuviera que llevar la carga de todos en las circunstancias de no ser nada; solamente el insignificante desesperado, el pagano, se maltrata de manera tan inhumana a sí mismo. Se va hundiendo incesantemente en la preocupación desesperada, sin encontrar ningún terreno firme en que hacer hincapié para llevar la carga: pues no es nada en sí mismo

y para mayor tormento propio se convence de ello a través de la idea acerca de lo que son los demás. Se va tornando cada vez más y más ridículo, o mejor dicho, más y más lamentable, más y más inhumano en su insensato esfuerzo por llegar a ser algo, por muy poca cosa que sea, pero algo que según su parecer valiese la pena de ser.

De este modo se hunde el insignificante desesperado, el pagano, bajo el terrible peso de la confrontación, peso que él mismo se impone. Esto de ser un hombre insignificante —lo que para el cristiano insignificante se vincula al hecho de ser cristiano como el pequeño soplo, apenas perceptible, delante de una letra viene unido a esta misma letra, que es la que se oye propiamente; y, de este mismo modo, el cristiano insignificante habla de su pequeñez terrestre al hacer expresión de su cristianismo—, esto es para el pagano su preocupación día y noche, todas sus cavilaciones y esfuerzos no se ocupan de otra cosa. Vive desesperado, ya que está sin la perspectiva de la eternidad, nunca apoyado por la esperanza celeste, nunca sí mismo, dejado de la mano de Dios, como si estuviese castigado a vivir estos setenta años martirizándose con la idea de no ser nada, martirizándose en lo infructuoso de su esfuerzo por llegar a ser algo. Para él ni el pájaro significa nada consolador, ni el cielo encierra ningún consuelo, ni tampoco, se comprende, la misma vida temporal.

No se puede afirmar de él que esté esclavizado a la tierra, seducido por los encantos de esta vida, capaces de hacerle olvidar el cielo; no, lo que parece es que la temporalidad se empeña denodadamente por rechazarlo, reduciéndolo a nada. Y, sin embargo, quiere pertenecer a esta temporalidad en la circunstancia más miserable de todas, no quiere evadirse de ella, cada vez se aferra con mayor vigor a su nada en la medida en que vanamente intenta llegar a ser algo en el mundo; cada vez se agarra, en su desesperación, con mayor firmeza a aquello que desesperadamente no quiere ser. Así vive, no sobre la tierra, sino como arrojado en el infierno. Hubo un rey, castigado por los dioses, que tuvo que sufrir una pena terrible: siempre que tenía hambre aparecían a sus ojos los frutos más apetitosos, pero cuando los iba a coger, desaparecían; el insignificante desesperado, el pagano, sufre contradictoriamente tormentos mucho mayores. Ya que mientras, martirizado por no ser nada, intenta vanamente llegar a ser algo, lo que en realidad resulta es que no es meramente nada, sino mucho; no son los frutos los que se le escamotean, sino que él mismo se impide incluso ser lo que es. Pues no es hombre y no puede hacerse cristiano.

Para terminar, pensemos en el pájaro, que también ha de intervenir en nuestro discurso, puesto que intervenía en el Evangelio.

El pájaro insignificante vive sin la preocupación de la pequeñez; el cristiano insignificante está en la pequeñez sin la preocupación de la misma, y así sumamente elevado sobre toda grandeza terrestre; el pagano insignificante en la preocupación está infinitamente por debajo de sí mismo, aunque fuese el más insignificante de todos. El pájaro no ve exactamente lo que es; el cristiano insignificante ve con exactitud lo que es como cristiano; el pagano insignificante ve fijamente, hasta la desesperación, la poca cosa que es. «¿Yo poca cosa? —dice el pájaro—. *¡Dejémonos de pensar nada semejante, batamos alas!*». «¿Yo poca cosa? —dice el cristiano—. ¡Yo que soy cristiano!». «¡Ay qué poca cosa soy!», afirma el pagano. El pájaro dice: «Soy lo que soy»; el cristiano insignificante: «Todavía está por ver lo que llegaré a ser»; y el pagano insignificante afirma: «No soy nada, y nunca llegaré a ser algo». Y el pájaro dice: «Existo»; el cristiano de condición humilde: «En la muerte comienza la vida»; y el pagano de humilde condición exclama: «No soy nada y en la muerte ingresaré en la nada». El pájaro, comparado con el cristiano insignificante, es un niño; en comparación con el pagano insignificante, es un niño feliz. El cristiano de humilde condición se eleva todavía más alto que lo hace el pájaro libre en el brinco más sublime de su alegría por existir; el pagano de condición humilde se desalma en la prisión de la nada de una manera todavía más lamentable que lo hace el pájaro aprisionado cuando lleno de miedo y angustia forcejea denodadamente contra los barrotes de la jaula. Según la doctrina del cristianismo, no hay más que una elevación, la de ser cristiano; todo lo demás es insignificante, tanto la pequeñez como la grandeza. Cuando se es insignificante sólo queda un camino hacia la grandeza, el de hacerse cristiano. El pájaro no conoce este camino, permanece lo que es; pero hay otro camino que también el pájaro desconoce, el camino que lleva el pagano. El camino del pájaro en el ser es enigmático, jamás le ha encontrado nadie; el camino del cristiano lo encontró Aquel que es «el camino», y es una felicidad encontrarlo; el camino del pagano termina en la oscuridad, ninguno encontró el retorno por este camino. El pájaro elude aquel rodeo y soslaya felizmente todos los peligros; el cristiano insignificante no se pierde en los rodeos y es salvado felizmente para la gloria; y el pagano insignificante elige el rodeo y «sigue así su camino» hasta la perdición.

IV

LA PREOCUPACIÓN DE LA GRANDEZA

No os preocupéis, pues, diciendo: ¿Qué vestiremos? Los paganos se afanan por todo eso.

El pájaro no tiene esta preocupación. Pero ¿acaso la grandeza es una preocupación? Habría que pensar que cuanto más encumbrado estuviese un hombre, tanto más libre estaría también de todas las preocupaciones, tantos más serían los lacayos sólo preocupados y ocupados en mantenerle lejos todas las preocupaciones. Mas de seguro no es un falso sarcasmo eso de hablar, como lo hace el Evangelio, de una manera completamente igual sobre la preocupación de la grandeza y la de la pequeñez. Ya que la grandeza y el poderío, el honor y el prestigio ofrecen sus fieles servicios a la manera de guardianes que protegen al encumbrado contra el acercamiento de cualquier preocupación, no sin antes haberle prestado, como de rodillas, fidelidad. ¡Ay!, pero precisamente esta guardia de honor que el encumbrado no se atreve a mandar a paseo, precisamente esta guardia de honor que le cubre las espaldas tan de cerca, precisamente es la que le quita el sueño todas las noches. No es la primera vez que se ha visto —lo que puede servir de ejemplo— a un emperador, que dominaba el mundo entero, rodeado de una guardia de honor fidelísima que dominaba al emperador; a un emperador que hacía estremecer toda la tierra, rodeado de sus pretorianos, tras y ante los cuales se estremecía el emperador.

Mas el pájaro, que siempre está en las altas esferas, no tiene esta preocupación de la grandeza; ni aquella, de la cual aquí no puede hablarse, que es como un honor para el encumbrado que cuida del bienestar de sus súbditos —ya que en este librito siempre se habla

solamente de la preocupación de la cual un hombre puede y debe estar libre, y no de aquella sin la cual le es imposible a un hombre hacerse cristiano—, ni tampoco la preocupación de la grandeza de que hablamos. Al pájaro no se le pasa por las mientes el que tenga que preocuparse por sí mismo, y mucho menos que se le hubiese encomendado el preocuparse por los demás. El pájaro, inocentemente del todo, dice a propósito de su relación con los demás: «¿Soy acaso el guarda de mi hermano?». A ningún pájaro se le ocurre pensar, ni siquiera al que vuele más alto, que él esté tan encumbrado que le tocase dominar sobre los demás; pero de esta manera tampoco tiene ninguna preocupación, por ejemplo, la de si los otros le muestran el acatamiento más responsable, o si se lo niegan, o si quizá están confabulándose para derrocarlo: tan altamente instalado no está ningún pájaro.

Y, no obstante, todos los pájaros están en la altura; mas acontece como si cada pájaro esencialmente estuviese instalado a igual altura. Esta celeste igualdad entre los pájaros, o su igual elevación bajo el cielo, tiene algo de común con la exaltación de la vida eterna, donde no hay altos ni bajos, sino solamente elevación. Todos los pájaros están elevados, pero respectivamente entre ellos no hay ninguno que destaque. Bajo la bóveda del cielo hay mucho lugar, para todos, para que se lancen todo lo alto que quieran; incluso también el pájaro que vuela a ras de tierra está fundamentalmente en la altura. Y éstas son las ideas del pájaro. Si alguien le dijera: «en fin de cuentas no estás elevado, pues no estás levantado ni siquiera un palmo sobre los demás», el pájaro le respondería: «¿cómo que no estoy elevado?», y con las mismas se echaría a volar más alto, o se quedaría junto a la tierra, en donde él, a pesar de todo, está en la altura y convencido de su grandeza. Por eso está en la grandeza sin la preocupación de la misma; está en la grandeza sin estar encumbrado sobre ninguno: bajo la bóveda del firmamento hay mucho sitio, o no hay sitio para las pequeñeces.

Contempla una vez al pájaro solitario que está quieto, sumamente elevado en las nubes, en calma total, pleno de gallardía, sin hacer ni un solo movimiento, sin que siquiera se ayude con un aleteo. Y si pasadas unas horas vuelves quizá otra vez al mismo sitio para gestionar tus negocios, contémplalo de nuevo, sigue inmutable en el aire, descansa gallardo sobre las alas extendidas, sin moverlas, mientras domina la tierra con la mirada. Ciertamente que para el ojo inexperto es difícil medir las distancias en el aire y en el mar, pero es probable que el pájaro no se haya movido medio metro de su sitio. Allí está fijo sin tener en qué apoyar las patas, pues está en el aire, elevado con cal-

ma total. ¿Diré que está como un soberano? O ¿habrá existido algún soberano con tanta calma? No teme nada, no ve ningún peligro, ningún abismo por debajo de sí, sus ojos jamás sintieron vértigo en esa grandeza, ni nunca se oscureció su mirada; ¡ah!, y ningún hombre, ni siquiera quien en la pequeñez es envidioso de la grandeza, tiene una mirada tan clara, tan perforadora. Mas ¿qué es lo que le mantiene tan tranquilo en la elevación? La elevación misma. Ya que en la elevación no hay de suyo ningún peligro, ni ningún abismo debajo de ella. Solamente cuando existe otra elevación menor debajo de aquélla y así sucesivamente, en una palabra, cuando hay alguien debajo de uno, entonces también el abismo está en acecho. Mas el pájaro no tiene a nadie inferior, por eso mismo está en la elevación sin tener el abismo acechando debajo, y también por eso está sin preocupación, la preocupación que viene del abismo y con el abismo.

El pájaro está encumbrado sin ser más alto que nadie, por eso está sin la preocupación de la grandeza. De este modo es maestro, en esto radica la secuencia de su enseñanza. Sólo se puede estar sin preocupación si se está encumbrado de esa manera. Alguien quizá diga: «estar encumbrado de esa manera es no estar encumbrado en absoluto, eso de hablar de la elevación del pájaro no es más que un juego de palabras». Este tal daría a entender con ello que es un díscolo para aprender, un niño mal educado que no es capaz de estar tranquilamente sentado durante la hora de clase, sino que perturba la enseñanza. Ciertamente que le será imposible aprender nada del pájaro a quien no quiera tomarse la pena de comprenderlo, sino que en vez de cambiar sus ideas conforme a la enseñanza del pájaro, pretenderá llevarlo a la escuela e imponerle sus propias ideas, descartándolo consiguientemente como maestro. Pero habrá que afirmar, para honor del pájaro, que ésa es la única manera de la cual no se puede aprender nada de él. Mas quien esté deseoso de instruirse, aprenderá, en lo que concierne al encumbramiento, que la única manera de estar de verdad sin preocupación consiste en ser encumbrado sin ser superior a nadie.

El cristiano distinguido no tiene esta preocupación. ¿Qué es, pues, el cristiano distinguido? Desde luego que será posible responder en general a esta pregunta si de un modo mundano la haces respecto de si es rey o emperador, príncipe o duque, etc. Pero la respuesta es fácil si preguntas cristianamente: él es cristiano. Y en cuanto cristiano sabe cerrar sus puertas a la hora de hablar con Dios, no cerrándolas para que nadie pueda saber que está hablando con Dios, sino para que nada ni nadie venga a interrumpirlo; puesto que cuando habla con

Dios se despoja de todo lo terrestre, de toda gloria y lujo ilegítimos, mas también de todo engaño iluso.

Cree que en el cielo hay un Dios que no tiene acepción de personas, y que a los ojos divinos el hombre más grande que nos podamos imaginar, por ejemplo, el soberano de toda la humanidad, no es en lo más mínimo más importante que el más insignificante de todos —ni siquiera que el gorrión caído en tierra—. Él comprende que sería una ilusión creer que su vida ha de ser más importante para Dios so pretexto de que en cada momento y de innumerables maneras experimenta que su alegría vital se fortalece por el hecho de la importancia que tiene para muchísimos hombres, si no para todos, importancia que es todavía mayor para la vida de muchos, tan grande que le hace gozar vivamente el encarecimiento de su vida imprescindible, y también le hace gozar el rico presentimiento de lo mucho que le echarán de menos cuando muera. Comprende que todo esto es ilusión, pues para Dios él no es más importante que el gorrión que cae a tierra, bien sea el más poderoso de todos los que han existido, o el más sabio de los sabios, o un hombre cualquiera. En vez de pregonar en largos discursos la retahíla de todos los que no pueden vivir sin él, lo que cree es que él mismo en cada momento y en cada minuto necesita, para vivir, a Dios, sin cuya voluntad ciertamente que ningún gorrión cae a tierra, pero sin la cual tampoco ninguno nace o subsiste. Y si todos los demás lo comprendemos de modo distinto, de suerte que recemos por él porque le necesitamos, necesitamos que siga viviendo, él, sin embargo, lo entiende con Dios de otra manera, pensando que precisamente por eso necesita más que ningún otro hombre que se rece por él. Él cree que allá en el cielo habita un Dios inmutable que quiere que su voluntad se haga, y contra la que chocan pobremente todas las rebeldías; un Dios inmutable que quiere obediencia, la misma de parte del más grande que del más pequeño, la misma en el menor detalle de la empresa más vasta de la historia universal como en la más banal de cada día, la misma del más poderoso de todos los que han existido como del más insignificante de los mortales, y la misma de parte de toda la naturaleza que no se permite nada, absolutamente nada, en contra de su voluntad. Por eso comprende que es un engaño si alguien pretende hacerle creer que también Dios tendría que portarse con él, el potentado, de muy distinta manera a como lo hace con no importa qué otro hombre, y esto so pretexto de que una orden suya sería suficiente para poner en movimiento multitudes de hombres, sí, casi suficiente para transformar la faz de la tierra; y también so pretexto de que multitudes de hombres lo necesitan y buscan solícitos una sonrisa de sus poderosos labios. El cristiano distinguido

comprende que todo esto es un embaucamiento, como si el Dios del cielo tuviera que dejar de ser el inmutable que es, inmutable en cuanto eterno, más inmutable que la roca — de seguro todopoderosamente capaz de trasmutar, de un modo tremendo, con una sola palabra omnipotente todas las cosas, tanto los tronos como los gobiernos, el cielo y la tierra. Cree que él delante de este Dios es un pecador, y que este Dios está siempre celoso ante el pecado, sea quien sea el pecador. Por eso comprende que es un engaño si alguien pretende hacerle creer que también el justo Dios —para quien el pecado del mayor potentado no es menos grave que el del más insignificante de los hombres, por muy diversa que sea, hablando humanamente, la magnitud de las consecuencias; ni tampoco más perdonable—, asombrado del poderío humano no podría, o no se atrevería a juzgarlo según el rigor de la ley; y esto so pretexto de que apenas existe entre los hombres ninguno que pueda echar una mirada requisitoria sobre su administración, sobre los crímenes u omisiones de su vida; ni ningún hombre que se atreva a juzgarlo. Él cree que en cada momento está necesitando el perdón gracioso de Dios. Por eso cree que Dios ha peregrinado en la pequeñez cuando vivió en la tierra, juzgando de este modo todo el poderío mundano como una nada. Cree que así como ninguno entrará en el reino de los cielos si no se hace de nuevo *como* un niño, de la misma manera tampoco nadie alcanzará a Cristo sino *en cuanto* humilde, como quien no es nada por sí mismo y en lo que es por sí mismo. Cree que aunque Jesucristo no hubiese escogido a unos hombres insignificantes para discípulos suyos, sino a unos distinguidos, éstos tendrían que haber empezado por hacerse insignificantes para poder ser sus discípulos. Cree que para Cristo no hay acepción de personas, porque para Él sólo cuenta la humildad; cree que tan cierto como es que nunca un sano fue salvado, ni lo podrá ser jamás, por la mediación de Jesucristo, así tampoco lo será ningún distinguido en cuanto tal, sino solamente en cuanto humilde. Puesto que nadie puede hacerse ni ser cristiano sino en calidad de hombre insignificante.

«Pero así las cosas, ¿no es acaso el cristiano distinguido tan insignificante como el cristiano de humilde condición?». Desde luego que también lo es. «Pero entonces ¿no está acaso el cristiano distinguido ignorante en realidad de cuán distinguido es?». Sí, en el fondo lo está. «¡Entonces, en el fondo, este discurso no hace propiamente sino engañar al lector, no hablándole de la grandeza terrestre, ni de los títulos y dignidades, con sus preocupaciones correspondientes!». Sí y no, y sin embargo no, el discurso no engaña, ya que el cristiano distinguido no tiene esta preocupación — y cabalmente se habla de

que no la tiene. Y ¿qué discurso expresará esto de una manera más verdadera, el que asegure y asegure que no tiene esta preocupación, o el que hablando de lo que en realidad embarga el ánimo del cristianismo distinguido, es decir, de la *humildad*, da a entender cabalmente con el silencio que aquél no tiene la preocupación de la *grandeza*?

Uno solamente puede hacerse y ser cristiano en calidad de hombre de humilde condición. Hacerse —y lo mismo acontece también con serlo— cristiano es una sola idea, pero doble, y en consecuencia sujeta a una doble perspectiva. Por eso es una y la misma idea la que permite comprender su grandeza al cristiano insignificante y su pequeñez al cristiano distinguido. Este último deja que la idea cristiana le desentienda del poderío y grandeza terrestres, o, dicho de otro modo, se entrega al poderío de esa idea; así se torna como un hombre insignificante, cosa que hay que ser para hacerse y ser cristiano. Si un actor deambulando por las calles pretendiese ser rey por la sencilla razón de que ése fue su papel en la representación teatral de la noche anterior, todos sin duda nos mofaríamos de él. Como nos reiríamos del niño que, después de haber jugado con los compañeros a ser emperador, viniese a casa diciéndoles con toda seriedad a sus padres que están delante de un emperador. Y ¿por qué? Porque el teatro y el juego de niños no son la realidad. Pero ser distinguido en la realidad tampoco es, entendido cristianamente, una realidad; la realidad es lo eterno, es lo cristiano. La auténtica grandeza es la cristiana; mas en la auténtica grandeza cristiana nadie hay más grande que los demás. Por lo tanto, ser distinguido es una no-realidad en comparación con la auténtica distinción. Y por eso desde el punto de vista cristiano está bien que el cristiano encumbrado *mismo* se sonría de su grandeza terrena, de su grandeza llamada real; puesto que solamente la cristiana es grandeza real. Decimos que *él mismo* se sonría de ella, pues el que otros la tomen a risa es algo que no tiene justificación ni apoyo dentro del cristianismo, sino sólo dentro del repugnante descaro de la impía mundanidad.

Pero, en este caso, ¿no ha sido más difícil hacerse cristiano para el cristiano distinguido —pues sin lugar a dudas estamos hablando del cristiano distinguido— que lo fue para el de humilde condición? La sagrada Escritura responde a esta pregunta de un modo afirmativo. Se piensa con toda razón que hacerse cristiano ha de ser igualmente fácil y difícil para ambos, puesto que se afirma que la pequeñez en cuestión no es la exterior, sino la interior, es decir, un sentimiento de la propia pequeñez que el distinguido puede abrigar tan bien como el insignificante; lo cristiano es una potencia demasiado espiritual como para que se hable de pequeñez exterior. Todo

esto es en definitiva verdadero. Sin embargo la sagrada Escritura, quizá por precaución y conocedora del corazón humano, habla de manera distinta de ser literalmente un hombre insignificante, y del mismo modo habla también el «modelo», que testifica con mucha mayor fuerza que todas las palabras y expresiones. Ya que Él vivió en la fáctica pequeñez terrestre; y al determinar ser modelo tampoco escogió ser un distinguido, y solamente en su interioridad el hombre de humilde condición. No, Él fue un hombre insignificante al pie de la letra y con una seriedad absoluta, no como cuando un rey depone su dignidad por unos momentos, sin que por eso deje de ser conocido de sus cortesanos, sino todavía más ensalzado en virtud de la humildad manifestada.

Considera que respecto de la vida del espíritu hay algo que equivale a lo que es deletrear con relación a la lectura seguida. Se silabea, se va lentamente, se separan los detalles con claridad y precisión para no convertir todo el contenido de la vida en «momentos suprimidos», de suerte que la vida entera sea una supresión vacía. Lo mismo acontece con la posesión de las ventajas terrenas respecto de hacerse uno cristiano. El cristianismo jamás ha enseñado que ser hombre insignificante al pie de la letra equivalga sin más a ser cristiano, ni tampoco que haya una transición inmediata de la literalidad de la pequeñez al hacerse cristiano; ni tampoco enseñó nunca que bastara que un distinguido mundano depusiese todo su poder para ser *ipso facto* cristiano. Mas de la pequeñez literal a hacerse cristiano no hay con todo más que un paso. Ser un hombre insignificante al pie de la letra no es ninguna desdichada introducción al hacerse cristiano; en cambio, estar en posesión de todas las ventajas de la exterioridad es un rodeo que para el más escrupuloso hace necesaria una doble introducción. En la ciencia exacta de la geometría se suele tirar una línea que se llama auxiliar; indudablemente que se puede probar el teorema sin recurrir a esa línea, pero de hecho se recurre a ella, no como argumento, sino para ayudarse uno mismo; no es el argumento el que la necesita, sino uno mismo. Esto acontece también con quien posee todas las ventajas de la exterioridad, se suele ayudar haciéndose materialmente pobre, despreciado e insignificante. Si no lo hace, entonces tendrá, interiormente preocupado, que estar muy sobre aviso de sí mismo para no fiarse de que sabe a conciencia que nada, absolutamente nada de toda esta distinción y grandeza le haya cegado, de suerte que sin mayor esfuerzo pudiese aclimatarse a ser un hombre cualquiera en medio de la gente.

Es innegable que también se puede conducir uno de esta segunda manera. El cristianismo jamás ha exigido incondicionalmente de

nadie que renunciase materialmente a las ventajas externas, más bien lo que ha hecho es proponerle una pequeña señal de precaución. Quizá el que obre de esta última manera piense que no necesita esa precaución —en contra de lo que se pensaba en los primeros siglos del cristianismo, cuando casi de manera angustiosa se iba deletreando: ¡oh qué vida más dura ésta de estar así encumbrado, rodeado de tantas seducciones y tener que estar seguro íntimamente de que sin el mayor esfuerzo uno podría aclimatarse a ser un simple obrero!— porque lo de ser cristiano es para él tan infinitamente importante, que ha llegado a convencerse, mediante la insoslayable abnegación más rigurosa, de que nada de todo eso le embaucará en lo más mínimo. ¡Qué tremenda precaución hay que tener con el fuego cuando se habita un polvorín; qué precauciones tan grandes para ser cristiano en ese contorno!

¡Oh qué vida difícil vivir así! Sólo tendrás una leve indicación de la dificultad cotidiana de tal vida con que pienses cuán infinitamente más fácil fue en el discurso anterior alcanzar desde la pequeñez la grandeza cristiana que ahora desde la grandeza terrestre alcanzar, a través de la pequeñez, aquella grandeza. No obstante, el cristiano distinguido vive de esta manera. Tiene poder, honor y prestigio, y está en posesión de las ventajas de la vida temporal, pero siendo como aquel que no tiene nada. Está viendo todo lo que le rodea, cómo todo el mundo, como por encantamiento, no hace sino esperar un guiño suyo para verificar lo que desea, pero él no lo mira, sujeto como está a un encantamiento todavía más alto; lo está oyendo todo, casi siempre lisonjas, pero sus oídos están cerrados: para él todo eso equivale a ser rey en una pieza teatral o emperador como el niño en el juego, ya que él es cristiano.

Y en cuanto cristiano está en la grandeza auténtica. Pues, cristianamente entendido, en el reino de Dios se está cabalmente como bajo el cielo: todos elevados, pero ninguno más que otro. El pájaro está en la altura sin ser más alto que ningún otro; el cristiano distinguido está —por más que levantado sobre los demás en la grandeza terrena— encumbrado sin ser más alto que nadie. Por eso mismo está sin la preocupación de la grandeza; y de esa manera, según queda dicho, se puede estar despreocupado. Y cuando se está en la grandeza de esa manera, o se es un pájaro, o de ser hombre y con todo como un pájaro, se es un cristiano; importando un bledo que por lo demás y mundanamente se sea un encumbrado o el último mono.

Por el contrario, el pagano distinguido tiene esta preocupación. El pagano distinguido está sin Dios en el mundo; así como el cristia-

no encumbrado está ignorante de su grandeza terrena, el pagano lo está de la auténtica grandeza. No conoce otra grandeza fuera de esta terrenal. En verdad, es imposible llegar a saber lo que esta grandeza sea, ya que no es más que la falsedad en sí misma, humo y quimera de la cual no se puede sacar ningún testimonio verdadero fuera de lo que aparece. El pagano se asesora a fondo acerca de lo que es grande, más grande, muy grande, grandioso sobre toda ponderación, pero no sabe que todo eso en la raíz es nada y, en consecuencia, que todo lo que sabe es nada. Esta nada es su lugar habitual. Determina lo que son las cosas mediante un patrón sacado de la nada. Hemos oído hablar de una espectral cabalgada soñada: el durmiente gemía y resollaba, pero no se movía del sitio; esto mismo es lo que le pasa al pagano distinguido. Tan pronto asciende en la grandeza como se hunde, tan pronto está jubiloso como gimiendo, resuella, jadea, pero no se mueve del sitio; ora es un segundo quien le aventaja en grandeza, ora uno mismo quien se hunde, pero nada, absolutamente nada, ni siquiera esto último es capaz de despertarlo de sus sueños, de arrancarle las quimeras, de abrirle los ojos para que vea que todo es nada. Pero ¿será todo esto nada? O ¿no bastará como prueba de excepción de que todo eso es nada con que sólo le mires? ¡Cómo lucha y se debate en medio de sus aspiraciones y deseos, sin encontrar jamás un momento de reposo! ¡A cuántos incorpora a su servicio con soborno, con cuántos se asocia para que le ayuden a obtener lo que anhela! ¿Acaso será todo esto nada, será «la nada» capaz de tantos forcejeos? Desde luego que es nada; de la misma manera que era falso que tuviese mucho que hacer aquel «ajetreado»*, por el simple hecho de tener cuatro secretarios a su servicio y ni un minuto para comer o beber.

Así vive el pagano distinguido en la grandeza. Sabe muy bien que hay muchos, menos encumbrados que él; mas lo que no sabe es que él está encumbrado precisamente sobre el abismo. Porque ya hemos dicho que cuando en la grandeza uno está encumbrado sobre los demás, o los demás por debajo de él, entonces éste también tiene el abismo acechándole debajo; ésta es la única manera de poder alzarse en la grandeza terrestre. Y el pagano distinguido que no sabe ni piensa en otra cosa fuera de su grandeza terrena, tampoco tiene, consiguientemente, el saber de la auténtica grandeza que podría mantenerlo aupado en la ignorancia de la grandeza terrenal. Inevitablemente tiene el abismo a sus pies; y desde el fondo del abismo asciende el acoso de la preocupación, o es él quien se hunde en ella.

* Personaje principal de una comedia de Holberg, *Den Stundeslöse* (el ajetreado, o el activista).

Y ¿en qué consiste su preocupación? Es un afán de llegar a ser más y más *la nada*, puesto que todo lo que busca es de seguro nada; un afán de ascender más y más en la grandeza, es decir, de hundirse más y más en la preocupación abisal; puesto que la preocupación de la grandeza terrena ¿qué otra cosa es sino la preocupación del abismo? Y ¿cuál es su preocupación? Que nadie le haga desentenderse de su ensueño ni por la astucia, ni por la fuerza, ni por la mentira, ni por la verdad. Para eso se asegura de todos los modos posibles, ya que ve peligros por todas partes, persecuciones, envidias y fantasmas. Y lo peor del caso es que todo esto es una cosa natural, pues ni siquiera en la noche más oscura existe tanto que pueda espantar la fantasía del más miedoso como espantos hay en un ensueño.

Al final la preocupación devora a su presa. Como la yesca baldía encendida en la oscuridad, como la zarabanda de un fuego fatuo en la niebla, así es él para los demás en el resplandor de esta su grandeza terrestre. Pero él mismo no existe, su íntima esencia está consumida y desustanciada en el servicio de la nada; esclavo de la vanidad, voluble, a merced de la mundanidad vertiginosa, dejado de la mano de Dios, ha cesado de ser hombre; en su interioridad está como muerto, pero su grandeza pulula fantasmática entre nosotros: y es la que vive. Cuando hablas con él, no estás hablando con ningún hombre; en su codicia por la grandeza se ha convertido en el objeto de la codicia: en cuanto hombre no es más que un título. En su interior no hay más que vacío y frivolidad, sí, nada; pero hay la apariencia, la apariencia vana que comportan las distinciones de la grandeza mundanal, ante las cuales inclinan los transeúntes todos los respetos: mientras él porta toda esta grandeza aproximadamente como los almohadones de sus honras fúnebres portarán todas sus condecoraciones. Puede ser una cosa tremenda el espectáculo de un hombre casi incognoscible en tanta pequeñez y miseria, de suerte que el espectáculo de la miseria apenas permita que se discierna al hombre; pero es una cosa cruel contemplar la humana grandeza y ver que en ella no hay ningún hombre. Puede ser tremendo el espectáculo de un hombre que divaga como una sombra de su grandeza pasada; pero es cruel contemplar la mundana grandeza y no ver dentro de ella ni siquiera la sombra de un hombre. No necesita que la muerte lo aniquile; no necesita que lo entierren; en tanto que vive ya se puede afirmar de él lo que se suele decir al borde de la tumba: ¡así pasa la gloria del mundo!

Para terminar, pensemos en el pájaro, que también ha de intervenir en nuestro discurso, puesto que intervenía en el Evangelio. El pájaro está en la altura sin la preocupación de la elevación; el cristiano

distinguido, aunque levantado en la grandeza terrena sobre los demás, está en la elevación sin la preocupación de la misma; el pagano distinguido pertenece con la preocupación al abismo, propiamente no está encumbrado, sino en el abismo. El pájaro está en la altura; el cristiano distinguido está en la altura; y el pagano distinguido está en el abismo. La altura del pájaro es un símbolo de la del cristiano, que a su vez es una réplica de la del pájaro —supuesta una diferencia infinita, son dos alturas que se corresponden en buena inteligencia, entendiendo la del pájaro entiendes la del cristiano, y viceversa—; la altura del pagano no tiene domicilio en ninguna parte, ni bajo el cielo, ni en el cielo. La altura del pájaro es sombra, la del cristiano realidad y la del pagano es nada. El pájaro tiene aire en las alas, por eso se mantiene en la altura; el pagano distinguido está vacío por dentro, por eso su altura es un ensueño; el cristiano distinguido está lleno de fe, por eso se remonta en las alturas sobre el abismo de la grandeza terrestre. El cristiano, en su grandeza, jamás se olvida del pájaro, porque éste es para él mucho más que una boya para los marineros, es el maestro y también, ¡ay!, es aquel que le está clamando al discípulo que le dejó muy atrás: «¡acuérdate de mí en tu gloria!»; el pagano nunca vio al pájaro. El pájaro está en la altura y, sin embargo, propiamente de camino hacia ella —si lo pudiese comprender, caería a tierra—; el cristiano lo comprende y cabalmente esta comprensión le sitúa en la altura. Con todo, según la enseñanza del cristianismo, no hay más que una elevación, la del ser cristiano —y un solo abismo: el paganismo—. El pájaro jamás alcanzó aquella elevación, ni nunca voló sobre este abismo. Ningún pájaro puede volar sobre este abismo, en este rumbo moriría antes; aquella altura no la puede alcanzar, está de camino. De esta manera, el pájaro está dichoso con su altura, no sabiendo nada del abismo, pero tampoco de la felicidad; el cristiano está feliz en su altura; el pagano distinguido, desdichadamente perdido en el abismo.

V

LA PREOCUPACIÓN DE LA TEMERIDAD

Nadie puede añadir un solo codo a su estatura. Los paganos se afanan por todo eso.

El lirio y el pájaro no tienen esta preocupación. Ni el uno ni el otro son temerarios. Con la temeridad no ocurre lo mismo que con la pobreza y la abundancia, con la pequeñez y la grandeza. Entonces —pongamos uno de esos casos— lo supuesto era que se estaba en la pobreza, y la tarea: estar en la pobreza sin la preocupación de la misma. No así ahora, de suerte que la suposición fuera ser realmente temerario, y la tarea serlo sin la preocupación de la temeridad. No, ésta no es ninguna premisa, y la tarea consiste en no ser temerario; y ésta es la única manera de la cual se puede estar sin la preocupación de la temeridad. La pobreza y la abundancia, la pequeñez y la grandeza son efectivamente indiferentes en sí mismas, cosas inocentes que uno mismo no se ha dado ni inventado, cosas que, cristianamente, ni quitan ni ponen. Por eso en estos casos el discurso empezaba prontamente con la preocupación; no hemos hablado contra la pobreza o la abundancia, la pequeñez o la grandeza, sino contra la preocupación correspondiente. Ser temerario es algo distinto; jamás se da uno que lo sea sin culpa, y por eso cabalmente se dirige el discurso contra la temeridad y no tanto contra la preocupación. Ciertamente que este discurso estaría de más si por un imposible pudiese eliminarse la preocupación sin dejar de ser temerario; aquí la preocupación será precisamente como la maldición del temerario.

Sin embargo, el lirio y el pájaro no tienen esta preocupación. Aunque un lirio singular, esbelto en su tallo, se dispare casi hasta la altura humana: no desea añadir ni un codo ni una pulgada a su estatura,

no anhela absolutamente nada más. No hay ni el mínimo atisbo de temeridad en esta su altura comparada con la de los demás lirios, que tampoco la anhelan: eso sería una temeridad. Y aunque el gorrión amarillo luzca todas sus galas junto al pardal pobremente vestido, no por eso se envalentona, ni tampoco el gorrión pardo anhela su atavío: eso sería seguramente una temeridad. Ni hay nada de temerario en el hecho de lanzarse el pájaro en picado desde la altura vertiginosa, con ello tampoco tienta a Dios, pues sin duda hay también Alguien que le lleva con mayor seguridad que si todos los ángeles le portasen para que no chocara con ninguna piedra. Ni hay nada de temerario en el caso de que él tenga una mirada tan de lince que viera crecer la hierba, pues su mirada perspicaz no le introduce en lo prohibido, ni siquiera cuando ve claramente en la oscuridad de la noche, ya que no emplea medios ilícitos. Y su misma ignorancia de Dios no encierra ninguna temeridad; puesto que el pájaro está inocentemente en la ignorancia, no es un ignorante desalmado.

Por lo tanto, no se puede inculpar de temerarios ni al pájaro ni al lirio que, naturalmente, están sin la preocupación de la temeridad. ¿Por qué? Porque el pájaro y el lirio *quieren siempre lo que Dios quiere y siempre hacen la voluntad de Dios*. Y el pájaro goza de su entera libertad sin preocupación, precisamente porque siempre quiere y hace la voluntad de Dios. Por eso, cuando en lo más arrebatado de su vuelo se le ocurre la idea de lo placentero que sería reposar, y ni corto ni perezoso viene a posarse en una rama verde, entonces —¡cosa bien extraña!— era cabalmente eso lo que Dios quería que hiciese. Y cuando una mañana, mientras se despierta, toma la resolución: «hoy mismo levanto el vuelo», y viaja cientos y cientos de kilómetros, entonces —¡cosa bien extraña!— era cabalmente eso lo que Dios quería que hiciese. Y aunque la cigüeña haga tan a menudo el largo viaje de ida y vuelta, jamás lo hace por una ruta distinta de la de la primera vez; sólo sabe el camino entonces emprendido; no pone ninguna señal en la ruta para la próxima vez, ni ninguna señal en el tiempo; no medita nada ni antes ni después. Pero así, al despertar una buena mañana, se pone de camino esa misma mañana, y cabalmente eso era lo que Dios quería que hiciese. Un hombre se mete a gusto en largas meditaciones y preparaciones antes de emprender un viaje, y con todo quizá nunca haya emprendido un viaje con tanta seguridad de que tal viaje era la voluntad de Dios como cuando lo hace el pájaro. ¡Buen viaje, alado viajero, aunque tú no necesites que se te desee tal cosa! ¡Cuántas veces se te ha envidiado tu fácil trayectoria a través de los aires; pero si yo te tuviera que envidiar, te envidiaría la seguridad con que cabalmente haces siempre la voluntad de Dios para contigo!

¡Ciertamente que respecto al sustento sólo tienes lo que te llevas a la boca, pero eres todavía más expedito del pensar a la ejecución, de la resolución a la obra!

Y lo mismo le pasa al lirio; goza sin preocupación de una existencia feliz, porque siempre quiere y hace la voluntad de Dios. La felicidad de su existencia consiste en ser hermoso sin el saber que tanto afea la hermosura. Por eso, cuando comprende que ya ha estado demasiado tiempo encapullado como una pequeña cosa rara, llega un buen día y tira por la borda su cobertura, apareciendo en toda su belleza, y —¡cosa bien extraña!— eso era cabalmente lo que Dios quería que hiciese. Al lirio no se le pasa por la cabeza el adornarse un día o una hora que no sean precisamente los queridos por Dios.

Atendiendo a este comportamiento del lirio y del pájaro, parece como que Dios, puesto a hablar de ellos, tendría que decir: «El lirio y el pájaro son con todo los hijos que más me llenan de alegría y los más fáciles de educar; tienen un natural bueno a carta cabal y jamás le enojan a uno con una descortesía; quieren siempre lo que yo quiero y hacen siempre mi voluntad; me llenan continuamente de gozo». Y no necesitaría añadir nunca, como suelen hacer los padres de ordinario: «No eches en saco roto lo que te he dicho».

Y ahora, ¿cómo son maestros el pájaro y el lirio? Es fácil de ver. Es evidente a todas luces que ni uno ni otro se permiten la más mínima temeridad; sé, pues, como son ellos. Puesto que el pájaro y el lirio, en relación con Dios, son semejantes al niño de pecho que todavía no es más que como una sola cosa con la madre. Sin embargo, cuando el niño es mayor y aunque siga viviendo en la casa paterna, cerca de ellos y de su vista siempre, ya intercede con todo una distancia infinita entre él y sus padres; y en esta distancia radica la posibilidad de envalentonarse. Aunque la madre tome al hijo y lo estreche entre sus brazos para ampararle de cerca contra todos los peligros, no obstante el hijo, en la posibilidad de envalentonarse, ya está infinitamente alejado de ella. Es una distancia tremenda, una enorme lejanía. ¿No es verdad que vive en la lejanía, por más que no haya dejado de vivir en el sitio de siempre, quien está alejado de su único amor? De la misma manera también el hijo está, aunque siga en la casa, alejado en virtud de la posibilidad de envalentonamiento. Y de la misma manera está el hombre, en la posibilidad de la osadía temeraria, infinitamente alejado de Dios, en el cual, no obstante, vive, se mueve y es. Pero si, retornando de esta lejanía o en esta misma lejanía, está tan cerca de Dios como el pájaro y el lirio, en cuanto siempre no quieren y hacen otra cosa sino la voluntad divina, entonces aquél ha llegado a ser cristiano.

El cristiano no tiene esta preocupación. Puesto que estamos hablando sin lugar a dudas de que no hay que ser temerario, cabe preguntar: ¿Qué es la temeridad? Lo que ésta sea y cuáles sus principales modos de manifestarse lo sabremos mejor al tratar de los paganos, que de seguro tienen esta preocupación. Mas provisionalmente debemos saber lo que la temeridad sea, para verificar que el cristiano no es temerario, o mejor dicho, para verificar que es cristiano precisamente porque nunca se insolenta, ni siquiera en las cosas más insignificantes. La temeridad está esencialmente vinculada con la relación del hombre a Dios; y por esta razón importa poco que el hombre se insolente en las cosas pequeñas o en las grandes, pues incluso la mínima insolencia es máxima, ya que es contra Dios. La temeridad se enfrenta esencialmente a Dios y sólo por derivación se dice rectamente que un niño se envalentona contra sus padres, un súbdito con el rey, un discípulo contra el maestro. Entre Dios y el hombre hay la eternamente esencial diferencia de la infinitud, y en el momento en que nos entrometamos lo más mínimo en esta diferencia, estamos siendo temerarios. Por lo tanto, la temeridad consiste en *pretender conseguir la ayuda divina, o sustraerse a ella*, de un modo prohibido, rebelde e impío.

Por eso la temeridad es sobre todo una ignorancia desalmada de cómo un hombre necesita en cada instante la ayuda de Dios, de que él sin Dios no es nada. Probablemente son muchos los hombres que viven de esta manera, perdidos en la mundanidad y en la sensibilidad. Creen que se conocen a sí mismos y que conocen la vida, pero han dado a Dios completamente de lado. En recompensa están bastante seguros de que son completamente como los demás; son, por decirlo así, falsas reimpresiones, ya que todo hombre es una edición original en cuanto sale de las manos de Dios. Si se les echase en cara que se están insolentando contra Dios, no cabe duda de que responderían: «Jamás se nos ha pasado por la cabeza tal cosa». Mas precisamente esto es lo temerario, que nunca se les haya pasado por la cabeza pensar en Dios; o si en su juventud se les enseñó a pensar en el Creador, la temeridad suya ha sido el haberlo olvidado después totalmente. Lo que no hacen ni siquiera las bestias, pues éstas no han olvidado nada.

Pero el cristiano sabe que tener necesidad de Dios es la perfección del hombre. Así el cristiano está atento a Dios para siempre y liberado de la temeridad, que podría llamarse la impía desatención. El cristiano no está atento a Dios una sola vez en su vida, por ejemplo en las grandes ocasiones y semejantes, no, el cristiano no deja de pensar ni siquiera un minuto del día en que en ningún momento pue-

de prescindir de Dios. De este modo el cristiano vigila, cosa que no hacen ni el pájaro, que está inocentemente ignorante, ni el ignorante desalmado; aquél está vigilante, despierto para Dios.

El cristiano vigila, y vigila sin cesar la voluntad de Dios, sólo desea *contentarse con la gracia divina*. No desea ayudarse a sí mismo, sino que pide la gracia de Dios. Tampoco desea que Dios le ampare de modo distinto al querido por Él, sólo pide contentarse con su gracia. El cristiano no tiene voluntad propia; se entrega sin reservas a la gracia. Y en relación a la gracia divina tampoco tiene voluntad propia, se contenta con la gracia divina. Todo lo toma de la gracia divina, empezando por la gracia; sabe que no puede prescindir de la gracia ni siquiera en el mismo momento de pedirla. Tan débil es la propia voluntad del cristiano, que respecto de la gracia de Dios es más débil que el pájaro que está entregado por completo, débil y fuertemente, al poder del instinto.

Pero así las cosas, ¿no está acaso el cristiano mucho más lejos que el pájaro de la temeridad contra Dios? Desde luego que lo está, aunque por otra parte, en la posibilidad de insolentarse, esté infinitamente más cerca que el pájaro. Por eso mismo el cristiano ha de ir aprendiendo lentamente lo que el pájaro no necesita aprender, pues éste con toda facilidad no hace sino querer siempre lo que Dios quiere. El cristiano tiene que aprender a contentarse con la gracia divina, para lo cual puede precisarse de vez en cuando la presencia de un ángel de Satanás para que le tape la boca y no se envalentone nunca. Pues lo primero que tiene que aprender es a contentarse con la gracia divina; pero en este aprendizaje se tropieza con la peor dificultad. Porque eso de contentarse con la gracia divina aparece por lo pronto como algo muy humillante y modesto, aunque de seguro es lo más alto y dichoso de todo. O ¿acaso existe algún bien mayor que la gracia divina? Por eso tiene que aprender el cristiano a no envalentonarse, a no ser temerario, sino a contentarse con la gracia de Dios.

Instruido a fondo de esta manera, el cristiano se aleja mucho más que el pájaro de la temeridad antidivina. ¿Cómo sería posible envalentonarse contra Aquel cuya voluntad es gracia? Pero solamente el cristiano sabe que la voluntad de Dios es gracia. El pájaro lo más que sabe es que su voluntad es voluntad. Así se aleja mucho más el cristiano de la temeridad y con ello cabalmente se sitúa mucho más cerca de Dios que el pájaro. También le afecta al gorrión el que haya un Dios en los cielos sin cuya voluntad ningún gorrión cae a tierra; mas que haya también allá arriba un Dios gracioso, esto solamente le afecta al cristiano. El pájaro se relaciona próximamente a Dios al querer lo que Dios quiere, pero el cristiano se relaciona todavía de una manera

más próxima en la relación a su gracia. Es como un niño grande, pero obediente y deseoso de complacer a sus padres; lo que hace que su amor para con ellos sea en sí y para sí mucho más profundo que el que pueda tener el niño de corta edad para con su madre. El ave, en su necesidad de Dios, está todo lo cercana a Dios que puede, y le es imposible sustraerse a Él; pero el cristiano está todavía más necesitado, él sabe que no puede prescindir de Dios. El ave está todo lo cercana a Dios que puede, y tampoco puede prescindir de Él; pero el cristiano está todavía más cercano, no puede prescindir de su gracia. Dios rodea al pájaro de su solicitud, mas retrayéndose; al cristiano le abre Dios el pecho y la gracia divina le rodea solícita para que no se envalentone en nada, para que no quiera, ni ahora ni nunca, otra cosa fuera de esa gracia. Así ampara, en dichosa proximidad, la gracia de Dios al cristiano, y mantiene lejos cualquier indicio, incluso el más pequeño, de temeridad. «La gracia de Dios *preservará* al cristiano» (Salmo 59, 11) para que busque el contento de la gracia; y le *acompañará* (Salmo 23, 6) para que no lo haya buscado en vano y nunca se arrepienta, en la felicidad, de haberse contentado con la gracia divina.

Por el contrario, el pagano tiene esta preocupación, ya que el paganismo es propiamente temeridad y rebeldía contra Dios.

En primer lugar nombremos la osadía de *la desespiritualización*, que consiste en no saber nada acerca de Dios. Esta forma de temeridad sólo se da propiamente en la cristiandad. Es muy posible que semejante pagano, perdido en la mundanidad sensible, se crea precisamente por ello fuera de la preocupación, sobre todo fuera de ese cúmulo de preocupaciones inútiles con que se complican la vida los que temen a Dios. Pero está en un error. Muy bien puede acontecer que esté libre de ese cúmulo de preocupaciones que embargan al hombre piadoso, y de las que éste sacará tanta utilidad, no sólo en la vida presente, sino también en la venidera; pero no es verdad que el pagano en su seguridad facilona esté sin preocupación. Al revés, está a merced de *la angustia*, angustiado en la vida y angustiado en la muerte. Cada vez que un suceso distinto o la ausencia del éxito le despierta de su estado de animalización, entonces brota hasta la superficie la angustia que le habita en lo más íntimo y lo arroja en la desesperación, en la que por lo demás ya estaba.

Por lo tanto, la temeridad es ignorancia desalmada acerca de Dios. A semejante pagano le va muy bien lo que se cuenta en la parábola de los viñadores que se apoderaron de la viña como si no tuviera dueño; y puesto que semejante pagano ha sido instruido en el cristianismo, también le va muy bien lo que, según la Escritura, aquéllos dijeron:

«matemos al hijo y la viña será definitivamente nuestra». Toda vida humana es propiedad de Dios, el hombre es su siervo. Pero, desde luego, tú no puedes matar a Dios; eso sí, según se suele afirmar, lo que puedes hacer es matar el pensamiento de Dios en ti. El ignorante desalmado, que antaño fue sabedor, ha roto —como también se suele afirmar con especial empaque— con ese pensamiento, lo ha matado. Y cuando se ha conseguido matar el pensamiento de Dios en uno y con aquél todos los sentimientos y emociones que como mensajeros de Dios nos lo evocan, entonces se echa uno a vivir como si fuese su propio señor, el propio artífice de su dicha, que se tiene que cuidar de todo y también de quien todo depende, es decir, que se estafa a Dios lo que depende de Él. ¿Acaso no es esto también pretender añadir un codo a su estatura? ¿Convertirse en su propio señor, en lugar de siervo; en propietario, una vez que se ha matado al verdadero dueño o el pensamiento que de Él se tenía? De esta manera el pagano se hunde por debajo del nivel de las bestias, en su ignorancia desalmada acerca de Dios y en su sabiduría mundana. Matar a Dios es el suicidio más terrible de todos, olvidarlo por completo es la caída más profunda de un hombre, tan abajo no pueden caer las bestias.

La segunda forma de temeridad es aquella que pretende prescindir de Dios de una manera prohibida, rebelde e impía. Esto es, *la incredulidad*. La incredulidad no es la ignorancia desalmada de Dios, sino la pretendida negación de Dios; algo, pues, que en cierto modo tiene que habérselas con Dios.

Es bien probable que semejante pagano afirme que él está sin preocupación. Mas esto no es así, de la misma manera que en general es imposible ser temerario sin sufrir la preocupación correspondiente. Por mucho que se endurezca, en lo más íntimo de sí mismo siempre lleva una marca de que Dios es el más fuerte, una marca de que él *quiere* enfrentarse a Dios. Si el hombre piadoso siempre queda derrengado después de haber combatido con Dios, verdaderamente el incrédulo queda aniquilado en su interioridad más profunda. Y su preocupación es cabalmente la de añadir un codo a su estatura; porque no cabe duda que sería añadir un enorme codo a su estatura si fuese posible al hombre enfrentarse a Dios, negándolo; o presentar las cosas de tal manera que fuese Dios quien tuviera necesidad del hombre, aunque —como lo ha entendido la sabiduría de nuestro tiempo; cosa que no tiene pies ni cabeza— no fuera más que para comprenderse a sí mismo. Pero como seguramente no se encuentra ninguna paz ni ninguna prescripción sobre un bien robado, así tampoco el temerario puede gozar ni un momento sin la preocupación de que Dios se lo arrebatará todo nuevamente. Si es

fácil trabajar cuando se cuenta con la ayuda divina, verdaderamente no hay trabajo más pesado sobre las espaldas del hombre que lo escoge que el trabajo de *querer* prescindir de Dios.

Por eso el pagano está con todo derecho a merced de la angustia; porque en realidad nunca sabe exactamente a merced de quién está. ¿No es esto angustioso? Aunque incrédulo, apenas sabe si está a merced de la incredulidad o de la superstición; y en verdad es difícil incluso que lo pueda saber un tercero. Dejado de la mano de Dios, a quien quiere negar; abrumado por Dios, de quien quiere prescindir, el pagano está sin apoyo tanto por parte de Dios como por la suya propia —pues un hombre no puede apoyarse a sí mismo sin el contrafuerte divino—, a merced de las potencias del mal, como una pelota que la incredulidad y la superstición les pasan. ¡Ningún pájaro fue jamás tan vapuleado, ni siquiera por la tempestad más espantosa!

Finalmente hay otra tercera forma de temeridad que consiste en pretender conseguir la ayuda divina de un modo prohibido, rebelde e impío. Ésta es la *superstición*.

El pagano temerario quiere así insensatamente añadirse un codo a su estatura, quiere desapoderadamente lo negado, ciegamente quiere dar un golpe de audacia, lanzarse de cabeza desde el pináculo del templo, y —lo que todavía es más temerario— lo que quiere es que Dios le ayude en esta empresa insensata; quiere, entregándose más y más a este desdichado juego, perforar por medios ilícitos hasta el fondo de lo prohibido, descubrir lo oculto, prever lo venidero, incluso quiere probablemente, como aquel Simón de quien habla la sagrada Escritura, comprar disparatadamente por dinero al Espíritu Santo, o hacerse de dinero con la ayuda del Espíritu Santo; él, el no llamado, quiere imponérsele a Dios, exigirle su ayuda y apoyo, hacerse lo que sólo una vocación divina puede hacer de un hombre. Ya que el incrédulo pretende insolentemente prescindir de Dios, que Dios no le ayude y que se dé por enterado de su decisión; pero el supersticioso quiere que Dios se le ponga a su servicio. ¿Qué otra cosa hace sino querer que Dios le sirva, por más que diga que desea alcanzar la ayuda de Dios, que tan arbitrariamente pretende arrogarse? Verdaderamente sería también añadir un codo a su estatura si el hombre se sintiese tan extraordinario que tuviese a Dios como servidor suyo. Mas Dios no permite que nos burlemos de Él. Por eso, ¿dónde tienen su morada preferida la preocupación y la angustia, el pálido temor y el horrible espanto, si no es en el sombrío reino de la superstición? Esta angustia jamás la conoció ningún pájaro, ni siquiera el que haya sido más angustiosamente amedrentado.

Esto es lo que ocurre con el pagano temerario. No quiere la voluntad de Dios —como lo hace el pájaro—; mucho menos quiere contentarse con la gracia divina —como hace el cristiano—; y «la cólera de Dios se cierne sobre él». El ave no tiene la gracia de Dios como el cristiano, pero tampoco tiene, desde luego, la cólera divina que sólo se cierne sobre el pagano. El ave nunca pierde su relación con Dios por muy lejos que vuele, pero por más que volase el pagano, nunca podría sustraerse a la cólera divina; por más que volase, en el caso de no volar hacia la gracia. Si la tribulación y la congoja han de abatirse sobre quien hizo el mal, a nadie cogerán primero y más fuertemente que al envalentonado. Porque de la misma manera que Dios hace descender su gracia sobre todo el que como cristiano se aproxime a Él, así la angustia se apodera de quien prescinde de Dios temerariamente, o se le acerca temerariamente.

Para terminar, pensemos en el pájaro, que también ha de intervenir en nuestro discurso, puesto que intervenía en el Evangelio. Que la alegría se derrame aquí en la tierra sobre el lirio y el pájaro que quieren y hacen la voluntad de Dios; en el cielo hay alegría sobre el cristiano que se contenta con la gracia de Dios; pero la angustia, aquí y allá arriba, se posa sobre el pagano insolente. Como el cristiano está mucho más cerca de Dios que el pájaro, así el pagano está mucho más lejos. No hay distancia mayor, ni siquiera desde la estrella más lejana hasta la tierra, tan grande que ningún invento de los hombres es capaz de medirla, como la que va desde la gracia a la cólera de Dios, del cristiano al pagano, de la felicidad de la salvación por la gracia a «la eterna ruina, lejos de la faz del Señor», de ver a Dios a ver desde el abismo que se ha perdido a Dios. Naturalmente que sería una broma absurda valerse de la posición del pájaro para medir esta distancia. Sólo respecto del cristiano puede emplearse el pájaro como símbolo, pero él no sirve para determinar nada respecto de la distancia que intercede entre el cristiano y el pagano; ya que aquí no se trata de la pobreza y la abundancia, de la pequeñez y la grandeza, sino de la temeridad.

VI

LA PREOCUPACIÓN DEL ATORMENTARSE

No os preocupéis, pues, por el día de mañana. Los paganos se afanan por todo eso.

El pájaro no tiene esta preocupación. Por muy alto que haya contemplado el mundo y después de todas sus correrías, el pájaro nunca ha visto todavía «el día de mañana». Y del lirio «que hoy es y mañana se arroja al fuego», de este noble sabio sencillo a quien todo eso no le afecta para nada, aunque al parecer tendría que afectarle muchísimo y muy de cerca lo del día de mañana, ¿no diremos acaso que está exclusivamente ocupado con algo que le afecta mucho más de cerca, lo de ser en el día de hoy? Por muchos que fuesen los amaneceres y puestas del sol que el pájaro contemplara, jamás ha visto todavía «el día de mañana». El día de mañana es solamente una visión en el espíritu, pero el pájaro no tiene visiones; el día de mañana es un sueño terco que nunca cesa de volver, pero el pájaro no se atormenta con los sueños; el día de mañana es la inquietud de todos los días, pero el pájaro jamás está inquieto. Y cuando vuelve a batir alas hacia los países lejanos, le parece que llega a su destino el mismo día que partió. Por ferrocarril se viaja tan rápido que en el mismo día se llega a un lugar lejano, pero el pájaro es mucho más ingenioso o rápido, porque está viajando muchísimos días y llega el mismo día. Un trayecto tan largo seguramente que no se puede recorrer con tanta rapidez por ferrocarril. Desde luego que no, nadie como el pájaro puede lograr que el tiempo transcurra tan raudo, y nadie puede ir tan lejos como el pájaro en tan corto espacio de tiempo. Para el pájaro no hay ningún ayer ni ningún mañana, vive solamente un día; y el lirio florece solamente un día.

Naturalmente que el pájaro no tiene ninguna preocupación por el día de mañana. Y precisamente esta preocupación es el atormentarse, y por eso el pájaro está sin la preocupación del atormentarse. ¿Qué es el atormentarse? Es un afán que no tiene el día de hoy — que ya tiene bastante con su propio afán. ¿Qué es el atormentarse? Forzar en uno mismo ese afán. No cabe duda que el pájaro también puede afanarse por el día en que vive, este día también puede encerrar para él bastante afán; pero no tiene el afán por el día siguiente, porque solamente vive un día; o expresado de otra manera: porque no tiene ningún «yo». El tormento y el día de hoy son correspondientes; lo mismo les pasa al atormentarse y al día de mañana.

Ahora nos preguntamos: ¿en qué consiste el magisterio del pájaro? Muy sencillamente. Es manifiesto que el pájaro vive sin «el día de mañana»; por lo tanto, sé como el pájaro, elimina el día de mañana, y así también tú estarás despreocupado del propio tormento, pues el día de mañana cabalmente hace hincapié en el propio «yo». Por el contrario, si tú casi olvidas el afán del día de hoy embargado por la perspectiva del afán del día de mañana, entonces te hundes en lo más profundo del propio tormento. Todo se reduce a la diferencia de un día, y sin embargo ¡qué enorme diferencia! El pájaro no tiene mayores dificultades, porque *está* solvente respecto del día de mañana; pero ¡tener que *hacerse* solvente! ¡Ah, entre todos los enemigos que por la fuerza o por la astucia asaltan al hombre, quizá no haya ninguno tan molesto como este del día siguiente, pues siempre es *este* el día siguiente. Tener dominio de sí mismo es algo mucho más grande que tomar una ciudad, mas ningún hombre tendrá dominio de sí mismo si no empieza por *desembarazarse* del día de mañana. Sí, el día de mañana es capaz, como un ogro, de revestirse de mil formas tremendamente diversas, pero vístase como se vista, siempre es el día de mañana.

El cristiano no tiene esta preocupación. La preocupación por el día de mañana suele por lo general emparejarse con la preocupación por el sustento. Ésta es una manera muy superficial de mirar las cosas. En el fondo todas las preocupaciones terrenas y mundanas lo son por el día siguiente. Todas esas preocupaciones son cabalmente posibles en cuanto el hombre, que es una síntesis de lo temporal y lo eterno, llegó a ser un «yo»; mas en cuanto llegó a ser un «yo», empezó también a existir el día siguiente para él. Y aquí es en realidad donde está entablada la batalla. ¡Oh, basta con nombrar las preocupaciones terrenas y mundanas: qué enorme resumen de diferencias, qué abigarrada multitud de pasiones, qué mezcolanza de contrastes! Y sin

embargo, todo ello no es más que una sola batalla, ¡la batalla entablada por el día de mañana! Y el día de mañana es como la pequeña cota que se hizo y permanece famosa; pues en ella se desarrolló y se está desarrollando la mayor batalla de todas, la más decisiva: la que decide entre la temporalidad y la eternidad. El día de mañana es el garfio enastado de que se sirve el tropel enorme de las preocupaciones para abordar el ligero navío de «el individuo». Si aquéllas tienen éxito, éste queda a su merced. El día de mañana es el primer eslabón de la cadena que sujeta al hombre y a miles de hombres a esa maldita pleamar de las preocupaciones. Quien se condena a la preocupación por el día siguiente —¡qué cosa más extraña con este día siguiente!, puesto que de ordinario, a quien se le condena por toda la vida, también se le declara en el juicio: condenado a cadena perpetua— se condena a sí mismo a cadena perpetua. ¿No tendrá que haber en el cielo ninguna salvación para el día siguiente, ya que no la podemos encontrar en la tierra? Porque no la encontrarás ni siquiera muriendo el día siguiente, pues viviste de seguro hasta ese día. Si dejase de existir para ti el día siguiente, entonces todas las preocupaciones terrenas quedarían aniquiladas, no solamente la del sustento; puesto que todas las preocupaciones terrenas y mundanas sólo son seductoras por culpa del día siguiente, son inseguras por culpa del día de mañana. Al otro día ya han perdido todo su encanto y su angustiosa inseguridad. Y si no existe para ti ningún día siguiente: o es que eres un moribundo, o que muriendo a la temporalidad te has agarrado a la eternidad; es decir, o uno que realmente está muriendo, o uno que *realmente* vive.

El Evangelio dice: «bástale a cada día su afán». Pero ¿acaso es esto una buena nueva? ¿No parecería más bien que está sacado del Libro de las Lamentaciones? Pues si se afirma que cada día tiene bastante afán, se admite de seguro y se hace de la vida entera un puro tormento. Del Evangelio cabría esperar que anunciase que todos los días estaban exentos de afán o que, a lo más, solamente había unos cuantos días desgraciados. Sin embargo se trata de un Evangelio, y el Evangelio ni siquiera deja pasar un mosquito so pretexto de engullirse un camello; se dirige indudablemente contra el monstruo del atormentarse y supone que el hombre puede medírselas bastante bien con los cuidados cotidianos. Por eso propiamente dice: cada día *debe* tener su cuidado. Y aunque estas palabras no son expresadamente evangélicas, en cambio sí lo son «el día de mañana *debe* preocuparse por lo que le afecta»; y en este caso tú has de estar sin la preocupación del día de mañana, dejándole que se cuide de lo suyo. Y por lo tanto, una vez que tienes que dejar que el día siguiente se cuide de

lo suyo, *debes*, en cuanto al cuidado, darte por contento con el que se le asigna a cada día. Y no puede caber duda de que esto hay que interpretarlo así. Cuando el maestro le dice a un alumno: «¡Haz el favor de no molestar al compañero de al lado, déjale que se cuide de lo suyo!», implícitamente le está diciendo: «Preocúpate de lo tuyo, esta tarea *debe* bastarte». Cada día ha de tener su afán, es decir, procura desembarazarte del afán por el día de mañana; confiada y alegremente date por contento con el afán de cada día y saldrás airoso adelante, quedando liberado del afán del día siguiente. Por ello sé parco, manifiesta que temes a Dios contentándote con poco; ya que cada día tiene *bastante* con su afán. Tampoco Dios se desentiende a este respecto. Él mide el afán que *basta* para cada día; no tomes, pues, más de lo medido, que es cabalmente *bastante*, en tanto que la preocupación por el día de mañana es avaricia.

En todas las cosas de la vida, lo que importa es estar correctamente instalado, ocupar una posición exacta. Ésta es la posición que toma el cristiano respecto del día de mañana, a saber, que no existe para él. Es bien sabido que frente al actor teatral, gracias a las candilejas, se cierne la más profunda oscuridad, la noche más negra. ¿Quién sería capaz de pensar que eso molesta al actor y lo torna inquieto? De ninguna manera; si le preguntas a él mismo, te dirá que precisamente es eso lo que le defiende, lo que le tranquiliza y mantiene en el iluso encantamiento de la pieza. En cambio, le sería muy molesto que pudiese ver a alguien, ni siquiera divisar a un solo espectador. Esto mismo es lo que acontece con el día de mañana. Los hombres se suelen lamentar de lo oscuro que se avecina el futuro. ¡Ay, la pena es que no se presenta todo lo oscuro que debiera, porque el temor y el presentimiento y la espera y la impaciencia terrenal se empeñan divisando el día de mañana! Al hombre que gracias a lo eterno vive sumido en el día de hoy, volviendo la espalda al día siguiente, le ocurre como al que rema en un bote que se va acercando, pero de espaldas, a la meta. Cuanto más eternamente hundido esté en el día presente, más decididamente vuelve la espalda al día de mañana, sin verlo para nada. Si retorna la vista, se le embrolla la mirada de lo eterno y aparece el día siguiente. Mas si trabaja debidamente hacia la meta —la eternidad— volviendo las espaldas, entonces no ve para nada el día siguiente, sino que, gracias a lo eterno, ve con claridad el día en que está y todas sus tareas. Así tiene que estar el hombre, vuelto de espaldas, si desea trabajar debidamente en el día de hoy. Quien pretenda impacientemente mirar a cada momento hacia la meta, para ver si se va aproximando más y más, no hace sino contribuir al propio abatimiento y distracción. Tú no quieras ser así,

sé eterna y seriamente decidido, entregado por completo al trabajo, vuelto de espaldas a la meta. Así va el que rema en un bote, pero ésta es también la posición del creyente. A un espectador plantado e inquisitivo le podría parecer que el creyente estaba muy lejos de lo eterno, ya que estaba vuelto totalmente de espaldas y viviendo al día. Y, sin embargo, el creyente está más cerca que nadie de la eternidad, mientras un espectador apocalíptico tiene lo eterno más alejado que ninguno. La fe vuelve la espalda a lo eterno precisamente para tenerlo por completo a su vera en el día de hoy. En cambio, si un hombre vuelve la vista atrás hacia el futuro, especialmente encandilado por las pasiones terrenas, entonces se sitúa lo más lejos de la eternidad y el día siguiente se le convierte en una tremenda figura abigarrada, como la de los cuentos de hadas. De la misma manera que aquellos demonios, de los cuales se habla en el Génesis, concebían hijos con mujeres terrestres, así también el futuro es un demonio enorme que, junto con la imaginación afeminada del hombre, engendra el día de mañana.

Pero el cristiano cree, y cabalmente por eso se exime del día de mañana. El cristiano, en comparación con el que se atormenta a sí mismo, ocupa una posición diametralmente opuesta, ya que el último tiene olvidado completamente el día de hoy, preocupado y ocupado con el día de mañana. El creyente es un «presente» y además —según lo indica esta misma palabra en el idioma original*— un «poderoso». El que se atormenta a sí mismo es un ausente, un impotente. Muchas veces en el mundo se suele expresar el deseo de ser contemporáneo con uno que otro de los grandes acontecimientos mundiales, con una que otra celebridad; se piensa que esa contemporaneidad le haría a uno mismo célebre. ¡Puede ser! Pero ¿acaso no sería más deseable ser contemporáneo con uno mismo? Porque ¡cuán raros son los hombres realmente contemporáneos consigo mismos! La mayoría están a cientos de miles de kilómetros por delante de sí mismos, gustosamente precipitados en los sentimientos, la fantasía, los designios, las resoluciones, los deseos y ansias, y espectacularmente en el encantamiento iluso del teatro; o están varias generaciones adelantados a sí mismos. Mas el creyente —el presente— es contemporáneo consigo mismo en el sentido más profundo de la palabra. Y esto de ser, con ayuda de lo eterno, plenamente contemporáneo consigo mismo en el día de hoy es también lo que más forma y perfecciona la vida humana, es el

* Presente se dice en danés *naervaerende*, y el autor evoca el *praesens* latino, que también significa «eficaz» o que produce el efecto deseado.

beneficio de la eternidad. Jamás ha existido ningún acontecimiento contemporáneo, ni ninguna celebridad contemporánea, tan grandes como la eternidad. Y esta contemporaneidad hoy es cabalmente la tarea; su solución es la fe. Por esta razón el cristiano, a ejemplo de uno de los más rigurosos Padres de la Iglesia, ensalza unas palabras de Sirac, y las ensalza no como regla de prudencia, sino del temor de Dios: «Anímate y alegra tu corazón, y echa lejos de ti la tristeza»*. Pues ¿quién hay más cruel que aquel que atormentándose es cruel consigo mismo? Y todas sus torturas, todos sus cruelmente inventados y cruelmente acrecidos tormentos martirizadores están incluidos en esta sola palabra: el día de mañana. ¿Hay algún recurso contra esto? Se cuenta que en una biblioteca de España se encontró un libro en cuyos lomos se decía: «el mejor medio contra los herejes». Cuando se abría el libro, o mejor dicho, cuando se le intentaba abrir, he aquí que no aparecía tal libro, sino solamente un estuche dentro del cual había un látigo. Si tuviéramos que escribir un libro titulado «el mejor medio contra el atormentarse», sería suficiente con escribir: «bástale a cada día su afán». Por eso el cristiano, cuando trabaja y cuando reza, solamente menciona el día de hoy: danos «hoy» nuestro pan de cada día; la bendición de su trabajo, «hoy»; la liberación de las acechanzas del mal, «hoy»; la aproximación del reino de Dios, «hoy». Si alguien, precisamente por haber conocido el espanto, rogase con toda la pasión de su alma: Sálvame, Señor, sálvame de mí mismo y del día de mañana; entonces ése tal no ruega cristianamente y el día de mañana ya ha tomado demasiado dominio sobre él. Pues el cristiano pide: «líbrame hoy del mal». Ésta es la manera mejor de quedar liberado del día de mañana, con tal de que se rece esta petición todos los días; ya que en cuanto la olvides un solo día, en seguida aparece a la vista el día de mañana. Pero el cristiano no se olvida ningún día de rezar, y así se salva a través de toda la vida, la fe salva su entusiasmo, su alegría, su esperanza. El terrible enemigo, el día de mañana, está ahí; pero el cristiano no pinta al diablo por las paredes, no conjura al mal y las tentaciones, ni siquiera menciona el día de mañana, sino que solamente habla del día de hoy; y habla con Dios acerca de este día.

A vivir de esta manera, llenando el día de hoy con lo eterno y no con el día de mañana, el cristiano lo ha aprendido o lo aprende —porque el cristiano es siempre un aprendiz— del «modelo», Jesucristo. ¿Cómo pudo Él arreglárselas para vivir sin preocupación por el día de mañana, Él, que sabía ya desde el primer momento de su vida y

* Eclesiático 30, 24.

de su magisterio cómo terminaría su vida, que el día de mañana sería el de su crucifixión? ¡Y lo sabía mientras el pueblo jubiloso lo quería proclamar rey! — ¡qué amargo saber justamente en aquel momento!: ¡mientras se le gritaba «Hosanna» en la entrada triunfal, Él sabía que se le gritaría «Crucifícalo», y que hasta aquí le conducía la entrada triunfal! En consecuencia, ¡todos los días portaba sobre sus hombros el tremendo peso de este saber inhumano! ¿Cómo pudo arreglárselas para vivir sin preocupación por el día de mañana? Él no sufría como sufren los hombres, que por mucho que les asalten la oposición y las contrariedades, siempre tienen, sin embargo, delante de sí la posibilidad de que las cosas vayan mejorando hasta salir plenamente victoriosos; no, Él sabía que aquello era inevitable. Sabía que cada nuevo sacrificio que hacía en favor de la verdad precipitaba la persecución y su muerte. Él, pues, tenía su destino en sus manos y podía haberse asegurado el esplendor del poder y la adoración admirativa de la raza con sólo decidirse a abandonar la verdad; aunque todavía era más segura su ruina —¡qué camino siempre indefectible hacia la ruina!— de persistir en no querer quitar ni una jota de la verdad. ¿Cómo pudo arreglárselas para vivir sin preocupación por el día de mañana? ¿Él, que no era desconocedor de esta angustia, como tampoco lo era de ningún otro sufrimiento humano? ¿Él, que en la explosión solitaria de sus dolores suspiraba: «Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz»? En el lenguaje militar se habla de cubrir la retaguardia al jefe que entra al ataque de las posiciones enemigas, cubrirlo para que nadie pueda atacarlo a él por la espalda; y nos podemos preguntar: ¿cómo Él, mientras vivía en el día presente, pudo arreglárselas para cubrirse contra el enemigo que le atacaría por la espalda: el día de mañana, dado el caso de que precisamente porque tenía lo eterno a su vera en el día de hoy —en un sentido por completo distinto a como lo tenga cualquier simple hombre—, precisamente por eso estaba vuelto de espaldas al día de mañana? ¿Cómo se las arregló? Dios nos libre del temerario intento de pretender lograr la admiración de los hombres por habernos entregado a sondear lo que es insondable; no creemos que Él haya venido al mundo para darnos materia de eruditas investigaciones. Sino que vino al mundo para establecer la tarea y dejar una huella. Lo que quiere decir que tenemos que aprender de Él. Por eso, ya hemos insinuado también la respuesta a estas preguntas; al recordar cómo se las arregló, recordamos también lo que tenemos que aprender: que Él tenía lo eterno a su vera en el día de hoy y por lo mismo el día de mañana había perdido todo su poderío y no existía para Él. Antes de sobrevenir no tenía ningún poderío sobre Él; y cuando vino y se hizo el día presente, éste no tenía más poder sobre

Él que aquel que estaba señalado por la voluntad del Padre, a la cual Él había asentido libremente desde toda la eternidad y a la que ahora se sometía obediente.

Por el contrario, el pagano tiene esta preocupación; pues el paganismo es cabalmente atormentarse. En vez de arrojar todo su cuidado en Dios, el pagano acapara todos los cuidados; está sin Dios en el mundo y, precisamente por eso, es el hombre atormentado, el verdugo de sí mismo. Puesto que está sin Dios, de seguro que no puede ser Dios quien le eche encima ningún cuidado. Claro que la ecuación no es ésta: sin Dios igual a sin cuidado, con Dios igual a con cuidado; sino ésta: con Dios igual a sin cuidado, sin Dios igual a con cuidado.

«Comamos y bebamos, que mañana moriremos». Siendo esto así, parece evidente que el pagano no tiene preocupación por el día de mañana; él mismo afirma que no hay ningún mañana. Pero esto es falso, y el pagano, desde luego, no engaña al cristiano, ni tampoco logra engañarse a sí mismo. Cabalmente este modo de hablar no hace sino rebotar la angustia por el día de mañana, el día de la aniquilación. Rebota la angustia, la cual, a pesar de ser un grito surgido del abismo, pretende significar locamente la alegría. Está tan angustiado por el día de mañana, que se hunde en un letargo salvaje para poder olvidarlo en lo posible y olvidar toda su angustia. ¿Es esto acaso estar sin preocupación por el día de mañana? Si esto significa estar sin algo, lo que falta es la razón o lo que sobra es la insensatez. Y mañana es el estribillo en la alegría de todos los días, el estribillo que siempre termina con el mismo verso: «pues mañana». Con harta frecuencia se habla de la alegría de vivir propia de la desesperación, que precisamente porque no cuenta con el día de mañana, vive, según se afirma, por completo al día. Pero esto no es más que una ilusión, ya que de ese modo es imposible vivir al día, al menos *totalmente*. Un hombre encierra en sí mismo lo eterno, y por lo mismo le es imposible vivir *totalmente* en lo momentáneo. Cuanto más se empeñe en la pretensión de sustraerse a lo eterno, tanto más lejos estará en efecto de vivir al día. Por lo pronto no nos toca decidir ahora si el pagano morirá el día de mañana, pero de lo que no puede caber duda es de que no *vive* en el día de hoy.

«Pero ¿y mañana?». Pues de la misma manera que el cristiano siempre habla solamente del hoy, así el pagano no hace sino hablar solamente del mañana. Para éste, lo que sea el día de hoy, si alegre o triste, dichoso o desgraciado, propiamente, no hace al caso, porque es incapaz tanto de gozarlo como de emplearlo debidamente, ya que

no puede echar de la imaginación la misteriosa escritura que se destaca en sus paredes: «¡Mañana!». Quizá tenga que pasar hambre mañana, aunque por hoy no me pueda quejar. Mañana quizá vengan los ladrones a robarme mis riquezas, los calumniadores mi fama, la corrupción mi belleza, la existencia celosa mi dicha. ¡Mañana, mañana! Hoy estoy en la cúspide de la dicha —¡ah, contadme todavía hoy una desgracia, pronto, pronto!—, pues de lo contrario se perderá todo mañana irremediablemente. ¿Qué es la angustia? La angustia es el día de mañana. Y ¿por qué precisamente cuando era más dichoso le invadía más que nunca la angustia al pagano? Porque probablemente la adversidad y la desgracia contribuyen en parte a apagar el fuego de su preocupación terrena. Ya que la terrena preocupación da a luz, engendrándola, a la angustia, y ésta, a su vez, alimentándola, da a luz a la preocupación. Para que las ascuas vuelvan a llamear es necesaria una corriente de aire. Pero el ansia y la inseguridad terrenales son cabalmente las dos ráfagas que forman la corriente que hace llameante el fuego de la pasión en que arde la angustia.

¿Con quién lucha el pagano en la angustia? Consigo mismo, con un ensueño; puesto que el día de mañana es una nada desarmada si tú mismo no le das fuerza. Y dándole fuerza con todos tus arrestos, como lo hace el pagano, consigues saber, de una espantosa manera, cuán fuerte eres: ¡qué fuerza enorme encierra en efecto el día de mañana! ¡Este día siguiente que el pagano afronta con el alma llena de pavor, recalcitrante como el condenado a quien se arrastra al patíbulo, braceando en vano como el náufrago que desde una tabla extiende los brazos hacia la orilla, desconsolado como quien ve que toda su fortuna se está hundiendo en el mar!

Así se consume el pagano, o es el día de mañana el que lo está consumiendo. ¡Ay, se nos evaporó un alma humana, el pagano ha perdido su personalidad! Nadie sabe cómo pasó; no fue ni la necesidad, ni la desgracia, ni la adversidad; nadie vio el pavoroso poder que consumía a este hombre, pero se estaba consumiendo. Como un alma en pena que no encontrara descanso entre las tumbas, así el pagano vive semejando a un espectro, es decir, que no vive. Como se habla sin pies ni cabeza de hacer noche del día, así el pagano pretende desesperadamente hacer del hoy el día de mañana. Por eso no vive en el día de hoy, ni tampoco vive para el día de mañana. Mañana ya no vive, esto es lo que solemos decir del enfermo a quien el médico ha desahuciado; pero el enfermo, a pesar de todo, vive en el día de hoy. En cambio, el verdugo de sí mismo no vive —entendiendo la palabra en un sentido todavía más exacto— hasta el día de mañana, está desahuciado desde el momento en que ha cancelado lo eterno;

ni siquiera vive en el día de hoy, aunque viva, y mucho menos hasta mañana, ya que para vivir mañana es preciso haber vivido hoy. El verdugo de sí mismo se desalma enteramente al pretender vivir hoy el día de mañana, así como el pájaro que vuela hacia una pared pintada de árboles y vuela hasta el cansancio, quizá hasta la muerte, pretendiendo posarse en uno de aquellos árboles. El verdugo de sí mismo se fatiga a medio camino en la distancia entre el hoy y el mañana, como el pájaro que quedó rendido a la mitad del vuelo sobre el océano, hundiéndose hacia el mar con las alas abatidas, sin poder ya vivir ni morir. Vivir es estar al día; cuando se muere ya no hay más día. Mas aunque el verdugo de sí mismo viva, sin embargo, no vive al día, ni tampoco para mañana, sino que vive día tras día; Nuestro Señor no puede despejarle las cosas, pues le rodean, vivo o muerto, las tinieblas más sombrías y nefastas, a él que ni vive ni muere y, sin embargo, vive —sí— como en un infierno.

Para terminar, pensemos en el pájaro, que también ha de intervenir en nuestro discurso, puesto que intervenía en el Evangelio. El pájaro llega en el mismo día a su lejano destino; el cristiano el mismo día, «hoy mismo», al cielo, donde está su vida; el pagano jamás se separa del sitio. El pájaro es en el buen sentido un egoísta que se ama razonablemente a sí mismo, por eso no es ningún atormentado; el cristiano ama a Dios, por eso no es ningún atormentado; y el pagano —cosa que Dios prohíbe absolutamente— se odia a sí mismo, es un verdugo de sí mismo. El pájaro vive solamente un día, de este modo el día de mañana no existe para él; el cristiano vive eternamente, así el día de mañana no existe para él; y el pagano nunca vive, siempre se lo impide el día de mañana. El pájaro está libre de toda angustia; la bendición extendida sobre el cristiano lo salva de toda angustia; y la preocupación del pagano es el castigo que pesa sobre él: el propio martirio — ningún pecado se castiga a sí mismo tanto como lo hace el del propio atormentarse.

VII

LA PREOCUPACIÓN DE LA INDECISIÓN, DE LA INCONSTANCIA Y DEL DESALIENTO

Nadie puede servir a dos señores. Los paganos se afanan por todo eso.

El pájaro no tiene esta preocupación. Si los ángeles son mensajeros de Dios, obedientes a cada uno de sus guiños, y Dios emplea los vientos como ángeles suyos, no menos obedientes son el pájaro y el lirio, aunque Dios no los emplee como mensajeros y ni siquiera le sirvan para nada. El pájaro y el lirio no tienen ninguna ocasión de darse importancia en virtud del empleo que de ellos se haga, se sienten humildes como si estuviesen de sobra. Pero por eso no son menos queridos de Dios, ni tampoco es una dicha de las más pequeñas estar de sobra de esa manera. Como en nuestra vida ajetreada no suele ser raro toparse con un hombre excepcionalmente dotado, a quien se le considera casi de sobra porque se desentiende de todas esas ocupaciones que el activismo le quiere asignar, ponerle entre manos o emplearle en ellas — y, sin embargo, cabalmente su superfluidad contribuye mucho más a la gloria del Creador que todas las importantes gestiones del activismo; como María a los pies de Jesús le honraba mejor que la febril actividad de Marta: así también el lirio y el pájaro son un lujo de la belleza y de la alegría prodigadas por Dios con la creación. Mas precisamente porque son así un lujo, se les exige también la más perfecta obediencia. Ciertamente que todo lo que existe es por la gracia de Dios; pero aquel que se lo debe todo a la gracia, de tal suerte que está ahí para lujo, está tanto más obligado a la obediencia. Ciertamente que todo lo que existe es nada en las manos omnipotentes que lo sacaron de la nada; pero aquello que al empezar a existir ha venido a ser solamente un lujo, tiene que comprender más profundamente que lo demás que no es nada. Cuando

los padres organizan una fiesta para sus propios hijos, de seguro que les exigen la obediencia alegre, o la alegría que es obediencia; pero si la organizan para los niños pobres y todo lo ponen a su disposición, exactamente como si se tratara de sus propios hijos, entonces les exigen de una manera todavía más formal la alegría cuyo secreto es la obediencia absoluta.

El lirio y el pájaro definitivamente son así, sirven sólo al «Señor», sin pensar para nada en ningún otro señor y sin que ninguno de sus pensamientos no sea para Aquél; más obedientes en sus manos que la rama flexible en las del jardinero, más obedientes a cualquiera de sus guiños que la paloma doméstica a los de su amo. Todos los lirios y los pájaros pertenecen a un solo Señor y sólo a Él le sirven.

Por eso el pájaro jamás está perplejo. El que vuele de acá para allá no es un signo de *indecisión*, aunque podría parecerlo, sino exactamente todo lo contrario, lo hace evidentemente movido por la alegría; no es el vuelo inseguro de la indecisión, sino el brinco ligero de la obediencia total. Es verdad que el pájaro en seguida se aburre en un sitio permanente y se aleja volando, pero esto no lo hace por *inconstancia*, sino exactamente todo lo contrario, es el fruto de una decisión firme y determinada de la obediencia perfecta; pocas veces habrá habido una decisión humana tan determinada y tan firmemente mantenida. Es cierto que con frecuencia se ve a un pájaro estar alicaído en una rama, apenado quizá, pero eso no es el *desaliento*; el pájaro obediente nunca está desanimado y su vida es esencialmente descuido, precisamente porque sólo sirve a un señor. Esta conducta es provechosa tanto para los pájaros como para los hombres, y sirve para liberarlos de preocuparse desalentadamente.

Ahora nos preguntamos: ¿Cómo son maestros el lirio y el pájaro? Muy sencillamente. Ellos sólo sirven a un señor, o lo que es lo mismo, le sirven totalmente. Por lo tanto, sé como el lirio y el pájaro, sirve tú también solamente a un señor, sírvelo con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, y entonces tú también estarás sin preocupación. Más favorecido que el pájaro y el lirio, tú estás emparentado con aquel Señor —el lirio y el pájaro son como los niños pobres—, pero obedeciendo sirves al mismo Señor, si como el lirio y el pájaro le sirves totalmente.

El cristiano no tiene esta preocupación. «Nadie puede servir a dos señores», o dicho de otro modo, no hay más que un solo señor a quien se pueda servir *totalmente*. Porque, por ejemplo, no se sirve a un solo señor cuando ha mediado una elección entre dos señores y uno escoge el servicio de uno de ellos, pudiendo muy bien haber

escogido el del otro. No, solamente hay Uno que de tal manera es señor, «el Señor», que sirviéndole se sirve a un solo señor; también es evidente que cuando solamente «existe un solo Señor», no se está sirviendo a un solo señor si no se le sirve a Él. Por eso no es verdad que sirva a un solo señor quien escogió servir por entero a «Mammón»; ése tal, no obstante, está contra su voluntad al servicio del otro señor, «el Señor». Si el hombre elige un otro señor fuera de Dios, tiene que odiar a Dios —«pues o bien aborreciendo al uno amará al otro...»—, es decir, cuando ama al uno tiene que odiar al otro; pero por mucho que odie a Dios, no podrá substraerse con todo a su servicio y, consiguientemente, no estará sirviendo a un solo señor. Con la servidumbre humana respecto de Dios no ocurre como con la que se tiene respecto de otro hombre, que puede uno mandarla a paseo o irse muy lejos, de suerte que su primer señor no pueda atraparlo o tenga que deponer toda reclamación sobre aquél, puesto que ya se ha situado en una circunstancia plenamente distinta. No, el hombre que desesperadamente, con voluntad decidida, ha escogido servir a otro señor fuera del «Señor», permanece sin embargo al servicio de dos señores. Y precisamente esta contradicción es su castigo; la contradicción de querer lo imposible, ya que es una imposibilidad servir a dos señores. Por lo tanto no hay otra posibilidad de servir a un solo señor que la de elegir el servicio *total* del «Señor». El modo de expresarse del Evangelio aparece casi tentador, casi como pretendiendo desatar la arbitrariedad humana: tú tienes que escoger a *uno de los dos*. Pero cabalmente aquí interviene la tremenda seriedad de la eternidad para sujetar las riendas de nuevo; puesto que solamente puedes escoger a uno de tal suerte que, escogiéndole, sirvas a un solo señor. Por esta razón no es verdad que quien se pone de acuerdo pleno consigo mismo para dudar, sirva a un solo señor: la duda; ya que dudar, como lo indica la palabra, es cabalmente estar en desacuerdo consigo mismo y partido en dos. Ni tampoco es verdad, por muy abominable que sea, que quien se puso plenamente de acuerdo consigo mismo en hacer una vida malvada, no es verdad que él sirva a un solo señor: el diablo; ya que de la misma manera que es imposible que reine el acuerdo en una guarida de ladrones, tampoco lo puede haber en un corazón que es una guarida de ladrones. Y entonces, ¿cómo sería posible servir en el desacuerdo a un solo Señor?

El cristiano no sirve más que a un solo señor, al «Señor»; y no meramente le sirve, sino que le *ama*, ama al Señor su Dios con toda su alma, con todo su corazón y con todas sus fuerzas. Cabalmente por esto le sirve totalmente, pues sólo el amor une por completo, une lo diverso en el amor y aquí une al hombre enteramente con Dios que

es amor. El amor es el más firme de todos los lazos, porque hace al amante una misma cosa con lo que ama; ningún otro lazo puede atar con más fuerza o tan firmemente. Y el amor que ama a Dios es el lazo de la perfección, el lazo que en perfecta obediencia hace del hombre una misma cosa con Dios, el amado. Y el amor que ama a Dios es el lazo más propicio de todos, el lazo que manteniendo al hombre íntegro en el servicio de Dios, lo salva de las preocupaciones. Este amor unifica al hombre, lo pone eternamente de acuerdo consigo mismo y con el Señor, que es Uno solo; y unifica al hombre a semejanza de Dios. ¡Oh qué dichosa servidumbre, servir solamente a Dios de esta manera! Por eso también suena tan solemne su escueta expresión, pues esta servidumbre es claramente «el culto de Dios», y toda la vida del cristiano es incesante culto divino. El pájaro jamás voló tan alto que su vida pudiese ser llamada culto divino; a pesar de toda su obediencia, nunca llegó a ser tan *perfecto* en la obediencia.

¿Es, pues, el cristiano todavía más obediente que el pájaro? Desde luego que lo es. Ya que el pájaro no tiene ninguna otra voluntad fuera de la de Dios, pero el cristiano tiene otra voluntad, y la ofrece constantemente en la obediencia a Dios; con lo que se hace mucho más obediente. ¡Qué ofrenda tan pesada, pero agradable a Dios y así, con todo, tan dichosa! Se habla de las muchas *cosas diversas* que un hombre es capaz de amar sumamente: una mujer, su hijo, su padre, su patria, su arte, su ciencia; pero lo que, en el fondo, *cada* hombre más ama, más que a su único hijo, el hijo de las promesas, más que a su amada única tanto en el cielo como en la tierra, lo que más ama, sin embargo, es su propia voluntad. Por eso no tienes que poner la mano encima de ese hijo tuyo —¡Dios no es cruel!—; ni tienes que abandonar a tu amada —¡Dios no es duro de corazón!—. Se trata de otra cosa, algo todavía más profundamente interior, que para tu propia salvación ha de serte sustraído y que, para tu daño, está arraigado como nada en ti y tú aferrado a ello con la fuerza máxima (pues un hijo a pesar de todo aceptaría ser sacrificado, y una muchacha en ser la víctima): esa otra cosa es la voluntad propia. ¡He aquí que el pájaro está pronto a cumplir la voluntad de Dios, pero el cristiano, que, sin embargo, es más obediente que el pájaro, ha tenido que recorrer en cierto sentido un largo camino hasta la obediencia! ¿Qué prontitud es mayor, la de quien estando a tu lado se vuelve en el mismo instante, o la de aquel que viniendo de lejos en el mismo instante está al pie? ¡Loado sea el pájaro que llega todo lo raudo que puede a la llamada divina! ¡Qué gusto da verlo! Pero el cristiano llega infinitamente más rápido, pues con la misma rapidez acaba de renunciar a la voluntad propia.

Por esta razón el cristiano está también libre de las preocupaciones; jamás *indeciso*: él es creyente; jamás *inconstante*: está eternamente decidido; jamás *desalentado*: siempre alegre, siempre agradecido. El cristiano ha aprendido, y aprende que éstos son los frutos de la obediencia, de Aquel que es «el camino» y aprendió por sí mismo la obediencia, que fue obediente, obediente en todo, obediente en abandonarlo todo —la gloria que tenía antes de haber sido puestos los fundamentos del mundo—, obediente en la renuncia de todo —incluso aquello donde poder reposar la cabeza—, obediente en la aceptación de todo —el pecado del género humano—, obediente en el sufrimiento de todo —la culpa del género humano—, obediente y sometiéndose a todo en la vida, y obediente en la muerte.

De esta manera sirve el cristiano a un solo señor en total obediencia. Como el pájaro que ininterrumpidamente canta la gloria del Creador, así es la vida del cristiano, o al menos comprende y reconoce que así debiera ser, y esta comprensión y reconocimiento son ya una declaración gloriosa. Así es la vida del cristiano, como un cántico a la gloria del «Señor», porque esa vida está sumisa a Dios todavía con mayor voluntariedad y armonía que la de las esferas celestes. Esa vida es un cántico de alabanza, ya que Dios solamente puede ser alabado por un hombre mediante la obediencia, sobre todo si es perfecta. Y si los tonos de este cántico de alabanza son tan alta y profundamente sobrecogedores, es porque la humilde y alegre obediencia está ensalzando no lo que un hombre comprende, sino lo que le es incomprensible. Y por eso mismo el instrumento de este himno de gloria no es la trompeta infantil de la razón humana, sino el clarín celestial de la fe. El cristiano solamente glorifica una cosa con su obediencia: que Dios lo hace todo, y que todo lo hecho por Dios no es más que gracia y sabiduría. El cristiano no se podrá nunca permitir esa que propiamente sería una especie de insolencia e insumisión, a saber, la de agradecer simplemente a Dios algo que le acontezca a uno, por la sencilla razón de creer entender que ello contribuye a su provecho y gozo. Si al cristiano le acontece algo semejante, da sin duda gracias a Dios como es su costumbre inveterada, pero precisamente entonces le invade cierta perplejidad y desconfianza de sí mismo, pidiendo perdón a Dios si se excedió muy vehementemente en la acción de gracias porque lo que le sucedió, según su infantil juicio, le pareció favorable y como para saltar de gozo. Ya que el auténtico himno de alabanza, el cántico de los cánticos, consiste en dar gloria a Dios con una obediencia alegre y absoluta cuando no se le puede comprender. Alabarlo en el día en que todo sale torcido, cuando tus ojos todo lo ven oscuro, cuando los demás se sientan quizá fácilmente inclinados a demostrarte que

Dios no existe, mientras que tú, en lugar de darte importancia *demostrando* la existencia de Dios, humildemente demuestras que *crees* que Dios existe, lo demuestras con la obediencia alegre y absoluta. ¡Éste sí que es un cántico de alabanza! El cántico de alabanza no es algo más elevado que la obediencia, sino que la obediencia es el solo auténtico cántico de alabanza; en la obediencia se incluye el cántico de alabanza y la verdad de este cántico es la obediencia. Para ganar la voluntad de cualquier otro hombre, puedes hacer algo que realmente te perjudique; mas por mínimo que sea el daño que te infieras, siempre representará una bendición para ti el haberte sacrificado por otro. En cambio, ¿será posible que me perjudique de alguna manera por ser obediente a la voluntad de Dios, dado que su voluntad es mi único provecho verdadero? Desde luego que no. Por lo tanto, ¿no tendría la obediencia que estar siempre alegre, estarlo sin circunloquios en ningún instante, ya que sola y exclusivamente es mi propio provecho lo que se exige?

La creación entera alaba a Dios obedeciendo sus guiños, pero la vida del cristiano lo alaba con una obediencia todavía más perfecta, con una obediencia alegre, incluso cuando comprende que Dios es incomprensible. ¿Cómo iba a ser posible que quedase abierta la puerta de entrada, o desguarnecida la puerta trasera, las puertas por donde se colasen en el alma del cristiano la indecisión o la inconstancia, por no decir el desaliento? No, ¡ninguna fortificación es tan segura como la de la fe! Toda otra fortaleza —aunque el enemigo no tenga ningún portillo abierto, ni ningún sendero que suba a la montaña, ni ninguna posibilidad de abrir un sendero—, si a pesar de eso le cortas por completo todas las comunicaciones con el mundo exterior y todos los aprovisionamientos, tendrá al fin que reducirse por el hambre y capitular sin condiciones. Pero cuanto más cortes a la fe todos los aprovisionamientos provenientes del exterior (los de la indecisión, la inconstancia y el desaliento —puesto que indudablemente no hay ninguna otra cosa fuera de éstas que corresponda a los aprovisionamientos que una fortaleza necesita de fuera—), tanto más segura estará la posición; te equivocas si crees que así la estás atacando, lo que haces es fortalecerla. No es más que un error pomposo ese de llamar a una ciudadela un pequeño mundo aparte. Pero la fortaleza de la fe es todo un mundo en sí misma; hay vida dentro de sus murallas; y los que más la pueden perjudicar sin duda alguna son los aprovisionamientos foráneos. Si le cortas a la fe todas las comunicaciones con el mundo exterior, si le haces pasar hambre, entonces crecerá su inexpugnabilidad y su vida será mucho más rica. Y junto a la fe, en esta fortaleza, habita la obediencia.

Por el contrario, el pagano tiene esta preocupación. Pues el paganismo es cabalmente duplicidad, dos voluntades, estar sin señor o, lo que es lo mismo, esclavitud. El paganismo es un reino que está dividido en sí mismo, un reino en continua rebeldía, donde un tirano sucede a otro tirano, sin que nunca jamás haya un señor. El paganismo es un espíritu en rebeldía; con ayuda del demonio se desaloja al demonio del momento, y se introducen siete peores en el puesto vacío. En fin de cuentas el paganismo, por muy varias que sean sus formas expresivas, no es más que desobediencia, el intento inútil y contradictorio de querer servir a dos señores. Pero en ello encuentra su castigo: «¡Ay del pecador que va por doble camino!». ¡Qué bien se conoce cuando una comunidad lleva ya muchos años sin «ningún sacerdote», aunque haya habido allí muchos sacerdotes viviendo! Así se conoce con sólo mirar al pagano que allí hay muchos señores, o que han sido muchos los amos, pero que «ningún señor» ha dominado sobre su espíritu. Todos los paganos se asemejan en una cosa, en la desobediencia para con «el Señor»; y hay una cosa que ningún pagano hace, a saber, la de servir a un solo señor. Probablemente intenta todas las demás cosas: querer servir a un señor, que, sin embargo, no es señor; querer estar sin señor; querer servir a muchos señores. Y a medida que aumentan semejantes intentos, va siendo peor su postrera situación que la primera.

Por lo pronto el pagano está *indeciso*. En tanto que está indeciso, parece que todavía no se ha hecho culpable de ninguna falta, como si todavía existiese la posibilidad de que eligiese a un solo señor, como si estuviera sin preocupación y su perplejidad equivaliese a una seria deliberación. Quizá sea de la opinión de que cuanto un hombre más delibere tanto más seria será su resolución. ¡Quizá!, en el caso de que no se la desaloje por completo. Y, sobre todo, nunca ha de olvidarse que hay algunas cosas que no necesitan de largas deliberaciones. Esto ocurre siempre que se trate de una bagatela; en estos casos una larga deliberación sería una señal muy sospechosa. De estas cosas, desde luego, hay muchas en la vida; pero también existe una especialmente, que deliberarla mucho sería una señal muy sospechosa: esa cosa es Dios, o lo de elegir a Dios. La bagatela no guarda ninguna relación con una larga deliberación; pero tampoco la sublimidad de Dios guarda ninguna relación con largas deliberaciones y consideraciones. Aquí están muy lejos de significar seriedad las largas deliberaciones, lo que cabalmente muestran es falta de seriedad; la están demostrando precisamente al manifestarse perplejos. No es verdad, ni mucho menos, que cuanto un hombre más y más delibera, tanto más se aproxima a Dios, al revés, cuanto más largas son las deliberaciones,

mientras se aplaza la elección, tanto más se aleja uno de Dios. Elegir a Dios es de seguro la más decisiva y sublime de las elecciones; y ¡ay de aquel hombre que aquí necesite deliberar largo!, ¡ay de aquél en la medida en que más lo necesite! Porque precisamente la impaciente prontitud de la fe, su infinita necesidad que no quiere oír nada de otra cosa, no es solamente la más próxima a la elección, sino también la mejor dispuesta. Quien, haciéndose culpable, pretenda calcular con toda tranquilidad si elegir de hecho a Dios o a otro señor se tornará seguramente indeciso, y hasta tal grado que jamás llegará a salir de la perplejidad. ¡Es curioso!, de ordinario se habla de que una pobre familia se las ve y se las desea para salir de su precaria situación, pero quien, perplejo, se hizo rico en deliberaciones, se las verá mucho peor que aquella familia para salir del paso. Ya que Dios no es algo que se compra en una buhonería, ni como un producto que después de haberlo palpado, pesado y medido con mucha prudencia y precauciones, se manifiesta como una compra estupenda. Cabalmente la calma impía con que el indeciso quiere empezar respecto de Dios —efectivamente quiere empezar con la duda— no es más que la insubordinación; pues de esa manera Dios queda destronado, sin el rango de «Señor». Y cuando se ha hecho esto, ya se ha escogido propiamente a otro señor, la terquedad, y uno se torna esclavo de la indecisión.

Y así, cuando la indecisión ya ha reinado un período bastante largo, aparece la ansiosa *inconstancia* (Lucas 12, 29) ocupando el puesto de mando. Quizá pudo parecer por un cierto tiempo que la indecisión celaba en sí la fuerza elástica, la posibilidad de la elección. Mas esa fuerza, si es que la hubo, ha quedado definitivamente consumida, el alma del pagano está relajada y se hace patente lo que la perplejidad ocultaba propiamente en sí misma. Sin embargo, la indecisión tiene todavía poder para hacer nueva resistencia a todo pensamiento y se empeña por su parte en ser la dueña de la casa, coordinadora de los pensamientos. Pero ahora la anarquía del pensar ha venido a ocupar el mando, o es el capricho del instante quien lo ocupa. El que reina es el antojo, también respecto del problema de la elección de Dios. Al pagano momentáneamente antojadizo le pareció de perlas elegir a Dios, para en seguida escoger otra cosa y luego otra tercera. Mas todos estos movimientos no significan nada, no alcanzan ninguna importancia ni dejan ninguna huella, sino que sólo crecen la indolencia y la relajación. De la misma manera que una burbuja asciende perezosamente en la indolencia de las aguas quietas para estallar vacía, así la inconstancia burbujea una y otra vez en el capricho.

Y así, cuando la inconstancia ya ha reinado un período bastante largo —y naturalmente, como todos los dominadores impíos, ha chu-

pado toda la sangre y lo ha extenuado todo— aparece *el desaliento* ocupando el puesto de mando. Lo que el pagano preferiría era que el pensamiento acerca de Dios quedase liquidado; lo que desea ahora es hundirse en la vacuidad mundana, procurando olvidarse del pensamiento más peligroso de todos los pensamientos, precisamente porque es el que más eleva: olvidarse de que es recordado por Dios, que se existe delante de Dios. ¿Acaso hay nada más peligroso para quien *quiere* hundirse que todo lo que eleva? Sin embargo el pagano opina que ha superado su dolor, disipado todas las fantasmagorías y aprendido a consolarse. Sí, sí, poco más o menos como cuando el hombre profundamente caído, para consolarse —¡oh cruel desolación!—, le dice a otro cuya presencia le evoca algo más elevado: ¡déjame ser donde estoy! Así se extingue la luz del espíritu, una niebla soñolienta se extiende delante de sus ojos, no tiene ganas absolutamente de nada; sin embargo, no desea morir, vive a su manera. ¡Qué terrible descomposición, peor que la de la muerte; estar pudriéndose vivo, sin ni siquiera tener fuerzas para dudar de sí mismo y de su propia situación! Pero la luz del espíritu se ha extinguido y el desalentado se agita insensatamente en toda clase de ocupaciones con el solo fin de que nada le recuerde a Dios; se afana como un esclavo de la mañana a la noche, amontona y ahorra dinero, hace transacciones y, si hablas con él, no hará, desde luego, sino hablarte sin cesar de la seriedad de la vida. ¡Oh estremecedora seriedad, casi sería mucho mejor volverse loco!

¿Qué cosa es el desaliento? El grito más violento del dolor y la osadía de la desesperación no son, por muy terribles que sean, lo mismo que el desaliento. Sino que éste consiste en ese acuerdo consigo mismo tomado en el mortal silencio, según el cual todo lo más elevado se da por perdido, y sólo se puede vivir en la medida en que nada se lo evoque a uno. El desaliento ni siquiera es lo mismo que el preocuparse desalentado, sino la cesación de todo preocuparse y el haber perdido a Dios de tal manera que uno se quede tan campante y sin encontrar inaguantable la vida. Además, es la forma más tremenda de desobediencia, más tremenda que cualquier obstinación. Odiar a Dios, maldecirlo, no es una cosa tan terrible como el perderlo de ese modo, o, lo que es lo mismo, perderse así a uno mismo. Quizá esté legitimado el que se pierda así una bagatela, sin que importe un comino recuperarla; pero perder su propia personalidad —perder a Dios— de tal modo que uno ni siquiera haga ademán de agacharse a recogerlo, o de tal modo que no le importe un bledo la pérdida: ¡oh qué terrible perdición! Porque no solamente existe una diferencia infinita entre las cosas que se pierden, sino también entre *cómo* se

pierden. Se puede concebir el que se pierda a Dios de suerte que el arrepentimiento del corazón hecho pedazos se apresure a recuperar lo perdido; el que se pierda a Dios porque uno se escandaliza de Él, se le rebela o le está suspirando; pero ¿qué diremos de perder a Dios como si Dios fuese nada, o lo fuese el perderlo?

Para terminar, pensemos en el pájaro, que también ha de intervenir en nuestro discurso, puesto que intervenía en el Evangelio. La obediencia del pájaro a Dios es de tal peculiaridad que cabría preguntar si no equivale a ser terco; el cristiano se niega a sí mismo de tal manera que esto equivale a obedecer a Dios; la terquedad del pagano es tanta que evidencia hasta la saciedad que él no obedece a Dios. El pájaro no tiene ninguna voluntad propia que renunciar; el cristiano renuncia a la propia voluntad; y el pagano renuncia a Dios. El pájaro ni ganó ni perdió a Dios; el cristiano ganó a Dios y es como si lo hubiera ganado todo; el pagano perdió a Dios como si no hubiese perdido nada. El pájaro sirve a un solo señor, a quien no conoce; el cristiano sirve a un solo señor, a quien ama; y el pagano sirve al señor que es enemigo de Dios. El pájaro obedece en seguida a la llamada de Dios; el cristiano es todavía más obediente; al pagano ni siquiera puede llamarlo Dios, porque es como si no hubiera nadie a quien llamar. La obediencia del pájaro contribuye a la gloria de Dios; la del cristiano, que es más perfecta, contribuye todavía más a la gloria de Dios; y la desobediencia del pagano deshonra a Dios, no sirve más que para ser arrojado como la sal que se desvirtuó.

Tercera serie

EL LIRIO EN EL CAMPO
Y EL PÁJARO BAJO EL CIELO

TRES DISCURSOS PIADOSOS

PRÓLOGO

Espero que este librito —que en la circunstancia concreta en que aparece me recuerda algo de lo primero que escribí, y especialmente lo primero de aquellas mis primicias, es decir, el prólogo a los dos discursos edificantes de 1843, que vieron la luz inmediatamente después de *O lo uno o lo otro*— le hará recordar lo mismo a «aquel individuo a quien con alegría y gratitud llamo *mi* lector», a saber: «que él desea permanecer oculto, como si se tratara de una publicación clandestina; de una pequeña flor en lo recóndito del gran bosque». Eso es, aprovechando la ocasión, lo que pretende recordarle; y además, también lo espero, le recordará, como me pasa a mí mismo, el prólogo a los dos discursos edificantes de 1844: «que esto se ofrece con la mano derecha, en oposición a la obra de los seudónimos, que se brindó y se brinda con la izquierda».

5 de mayo de 1849

S. K.

ORACIÓN

*¡Padre celestial! Que aprendamos aquello que es tan difícil de aprender en medio de la sociedad humana, especialmente si se está en su tumulto; y que si se ha llegado a aprender en otra parte, tan fácilmente se olvida en medio de la sociedad humana, especialmente si se está en su tumulto: qué significa ser hombre, y qué piadosamente se da la exigencia de serlo. ¡Que lo aprendamos, o si lo hemos olvidado, que lo volvamos a aprender del lirio y del pájaro! ¡Que lo aprendamos, si no de una sola vez y por completo, al menos una parte de ello y poco a poco! ¡Que aprendamos ahora del lirio y del pájaro: silencio, obediencia y alegría!**.

* Aquí se vuelve a verificar igualmente el contenido de la nota de la página 80.

I

MIRAD A LAS AVES DEL CIELO; CONTEMPLAD AL LIRIO DEL CAMPO

Pero quizá digas con «el poeta» —y te atrae muchísimo oír hablar así al poeta—: «¡Ojalá fuera un pájaro, o quién me diera ser como un pájaro, como el pájaro libre que con alegría viajera vuela lejos, muy lejos sobre el mar y la tierra, tan cerca del cielo, hasta el más lejano rincón del planeta! ¡Ay si yo pudiera hacer lo mismo, yo que solamente me siento ligado y religado y clavado en el sitio de siempre, en el lugar que me asignan como morada los diarios cuidados, sufrimientos y calamidades, y esto por toda la vida! ¡Ojalá fuera un pájaro, o quién me diera ser como un pájaro, como el pájaro que se levanta más ligero que toda la gravedad de la tierra hacia el cielo, más ligero que el mismo aire! ¡Quién me diera ser ágil como el pájaro que, al buscar donde afincarse, incluso edifica su nido en los árboles altos sobre el nivel del mar! ¡Ay, a mí, a quien todo movimiento, incluso el más mínimo, el solo intento de levantarme, me hace experimentar la pesadez que gravita sobre mis hombros! ¡Ojalá fuera un pájaro, o quién me diera ser como un pájaro, libre a todos los respectos, como el pajarillo cantor, que canta humildemente aunque nadie le oiga, o como aquel que canta soberbiamente aunque nadie le oiga! ¡Ay si yo pudiera hacer lo mismo, yo que no tengo ni siquiera un momento ni nada para mí, siempre dividido en el obligado servicio a mil ocupaciones! ¡Ojalá fuera como una flor, o quién me diera ser como una flor de la pradera, dichosamente enamorado de mí mismo y nada más! ¡Ay, de mí, que siento en lo más íntimo de mi corazón esa discordia del corazón humano, que ni puede egoístamente romper con todo, ni es capaz de ofrecerlo todo con amabilidad!».

Así habla el poeta. Si se le escucha por encima, parece que casi está diciendo lo que el Evangelio afirma, ya que sin duda alguna el

poeta ensalza con las más vivas expresiones la fortuna del pájaro y del lirio. Pero ¡sigue oyéndole!: «Por eso no dista mucho de ser como una crueldad por parte del Evangelio el que, ensalzando al lirio y al pájaro, llegue a la afirmación: tú tienes que ser así —¡ah, decírmelo a mí, en quien ese anhelo es tan sincero, tan sincero, tan sincero; el anhelo de ser como un pájaro bajo el cielo, o como un lirio en el campo!—. Pero llegar a ser así en realidad es una imposibilidad absoluta, por eso precisamente brota en mí aquel anhelo tan íntimo, tan nostálgico y a la par tan abrasador. En tal caso, ¿no es una crueldad del Evangelio el que me hable a mí de esa manera? Es indudablemente como si pretendiera forzarme a perder la razón: que yo tenga que ser aquello que experimento, con una hondura desgarradora en demasía —como la del deseo correspondiente—, que no soy, ni puedo serlo. Me es imposible comprender el Evangelio; hay entre nosotros tanta diferencia de lenguaje que, si tuviera que comprenderlo, me mataría».

Y así le acontece constantemente al poeta en relación con el Evangelio; le ocurre lo mismo que respecto al discurso evangélico acerca de hacerse uno niño. ¡Ojalá fuese como un niño, dice el poeta, o quién me diera ser como un niño, «ah, un niño inocente y alegre»! ¡Ay, yo que pronto me hice viejo y culpable y melancólico!

¡Cosa extraña!; pues cabalmente se suele afirmar que el poeta es un niño. Y, sin embargo, no acierta a entender el Evangelio. La razón de todo esto no es otra sino que la vida del poeta radica propiamente en la desesperación de poder llegar a ser lo anhelado; y esta desesperación engendra el «anhelo». Mas el anhelo es el hallazgo del desaliento. Pues es verdad que el anhelo consuela por un momento, pero en seguida se ve que en el fondo no consuela; y por eso afirmamos que el anhelo es el consuelo que descubre la desolación. ¡Singular contradicción! Desde luego, mas esta contradicción es también el poeta. El poeta es el hijo del dolor, a quien su padre llama, no obstante, hijo de la alegría. Con los dolores surge el anhelo en el poeta; y este anhelo, este abrasador anhelo, alegra el corazón del hombre todavía más que lo hace el vino, más que los capullos primeros de la primavera, más que las primeras estrellas, cuando uno, cansado del día, saluda gozoso y con ansia la noche, más que las últimas estrellas en el cielo, de las que uno se despide al amanecer. El poeta es hijo de la eternidad, pero le falta la seriedad de lo eterno. Cuando piensa en el pájaro y en el lirio, se pone a llorar; por mucho que llore, encuentra alivio en el llanto, entonces brota el anhelo y con la elocuencia de éste exclama: ¡Ojalá fuera un pájaro, como aquel pájaro cuyas aventuras leí cuando niño en el libro de imágenes! ¡Ojalá fuera una flor campestre, como

aquella flor que había en el jardín de mi madre! Pero si se le dijera con el Evangelio: se trata de una cosa seria, es cabalmente la seriedad la que hace que el pájaro sea seriamente maestro; entonces el poeta se reiría, y guaseándose del pájaro y del lirio de un modo ingeniosísimo, conseguiría que todos soltasen la carcajada, incluso el hombre más serio que haya existido. Mas el Evangelio no se inmuta. El Evangelio es tan serio que toda la nostalgia del poeta no es capaz de cambiarlo, como cambia incluso al hombre más serio de todos, que en seguida se ablanda, se introduce en el pensamiento del poeta, suspira junto con él y le dice: ¡Querido!, si realmente es para ti una imposibilidad, entonces yo tampoco me atreveré a afirmar que «tú debes»; pero el Evangelio osa imperar al poeta que él *tiene* que ser como el pájaro. Y tan serio es el Evangelio, que la más irresistible invención poética no logra sacarle una sonrisa.

Debes hacerte niño de nuevo; y por eso, o para llegar a ese resultado, has de empezar por poder y querer comprender estas palabras que están como destinadas al niño y que cualquier niño comprende; estas palabras: *tú debes*, las tienes que comprender como el niño las comprende. El niño no pregunta jamás los motivos de la acción, no se atreve a preguntarlos, ni tampoco lo necesita en justa correspondencia: precisamente porque no osa preguntar los motivos, precisamente por eso no los necesita para obrar; puesto que al niño le basta el motivo de que ello *debe* hacerse, pudiendo estar seguros de que todos los demás motivos juntos no serían en tal medida motivo suficiente para el niño. Y éste nunca dice: no puedo. No se atreve a decirlo, ni tampoco es verdad. Ambas cosas se corresponden por completo: precisamente porque el niño no osa decir: «no puedo», precisamente por eso tampoco es verdad que no pueda, y por eso se manifiesta que la verdad es que puede; ya que, si no se osa otra cosa, es imposible que no pueda hacer aquella de que se trata. Ésta es una verdad clarísima de la experiencia. Lo único que hace falta es que sea cierto que no se osa otra cosa. Por eso el niño nunca busca escapatorias o disculpas; porque sabe muy bien, con la certeza que trae el pavor, que no tiene ninguna escapatoria ni disculpa, que no hay para él ningún escondrijo, ni en el cielo ni en la tierra, ni en el cuarto de estar ni en el jardín, donde pudiera ocultarse de ese «tú debes». Y cuando uno está plenamente convencido de que no existe semejante escondrijo, entonces tampoco hay ninguna escapatoria ni disculpa. Y cuando, con la certeza que da pavor, se sabe que no hay ninguna escapatoria ni disculpa, entonces, naturalmente, no las encuentra uno a todas horas, ya que lo que no es, no se puede encontrar; mas también se deja uno de andar buscándolas; y así se hace lo que se

debe. El niño tampoco necesita nunca de largas deliberaciones; pues cuando ha de hacerse algo, y quizá inmediatamente, no hay, desde luego, oportunidad alguna para deliberar. Y aunque la hubiese, aunque el niño tuviera una eternidad por delante para deliberar, no la emplearía cuando hay un deber por medio, sino que diría: ¿Para qué todo ese tiempo si, con todo, tengo que hacerlo? De emplear ese tiempo, el niño lo aprovecharía para algo muy distinto, para jugar, alegrarse y cosas por el estilo; pues el niño hará sin más lo que tiene que hacer, ésta es cosa fija, y no tiene absolutamente nada que ver con las deliberaciones.

Consideremos ahora con toda seriedad, según la indicación evangélica, al lirio y al pájaro como maestros. Con toda seriedad, puesto que el Evangelio no es tan exageradamente espiritual que no pueda echar mano del lirio y del pájaro; pero tampoco es tan terreno que sólo pueda contemplarlos con nostalgia o, a lo más, con una cierta sonrisa.

Del lirio y del pájaro, en cuanto maestros, aprendamos

SILENCIO, o aprendamos a CALLAR.

Pues de seguro que es el lenguaje el que hace que el hombre se destaque sobre el bruto, y en este caso, si alguien gusta de recalcarlo, muchísimo más sobre el lirio. Pero de que el poder hablar sea una ventaja no se sigue que no sea un arte, un arte maravilloso, el poder callar; al revés, precisamente porque el hombre puede hablar, precisamente por eso, es un arte poder callar, y precisamente porque su ventaja le pierde con facilidad, precisamente por eso es un arte maravilloso el poder callarse. Y ésta es la lección de los silenciosos maestros: el lirio y el pájaro.

Buscad primero el reino de Dios y su justicia. Mas ¿qué significa esto?, ¿qué tengo que hacer?, o ¿qué empeño es aquel del que se pueda afirmar que busca, que aspira al reino de Dios? ¿Tendré que buscarme un empleo, que corresponda a mis aptitudes y fuerzas, para actuar en esa dirección? No, tú debes buscar *lo primero* el reino de Dios. ¿Tendré que dar toda mi fortuna a los pobres? No, *primeramente* buscarás el reino de Dios. ¿Tendré que irme por el mundo y anunciar esta doctrina a los cuatro vientos? No, tú debes buscar *lo primero* el reino de Dios. Pero así las cosas, ¿no es nada, en cierto sentido, lo que tengo que hacer? Desde luego, completamente de acuerdo, en cierto sentido es nada; tienes que hacerte, en el más

profundo sentido de la palabra, a ti mismo nada, tornarte nada delante de Dios, aprender a callar; en este silencio está el comienzo que consiste en buscar *primeramente* el reino de Dios.

De esta manera, piadosamente, se llega al comienzo en cierto sentido hacia atrás. El comienzo no es aquello con lo que se empieza, sino aquello a lo que se llega; y se llega de espaldas a ello. El comienzo es ese arte de *hacerse* callado; puesto que *ser* callado como lo es la naturaleza, no es ningún arte. Y este hacerse así profundamente silencioso, silencioso frente a Dios, constituye el comienzo del temor de Dios; pues como el temor de Dios es el comienzo de la sabiduría, así el silencio es el comienzo del temor de Dios. Y de la misma manera que el temor de Dios es más que el comienzo de la sabiduría, es sabiduría, así también el silencio es más que el comienzo del temor de Dios, es el temor de Dios mismo. En este silencio, divinamente atemorizados, enmudecen los muchos pensamientos del anhelo y del ansia; en este silencio enmudece temerosa de Dios la locuacidad de la acción de gracias.

La ventaja del hombre sobre el bruto es la de poder hablar, pero respecto de Dios, al hombre capaz de hablar se le puede convertir fácilmente en una ruina el pretender hablar. Dios está en los cielos, el hombre sobre la tierra: por eso no es cosa fácil que puedan dialogar. Dios es omnisciencia, lo que el hombre sabe son unas cuantas garrulerías: por eso no es cosa fácil que puedan dialogar. Dios es amor, el hombre incluso en lo que respecta a su propio bien es, como suele afirmarse de un niño, un tontuelo: por eso no es cosa fácil que puedan dialogar. Sólo con mucho temor y temblor puede el hombre hablar con Dios; con mucho temor y temblor. Mas hablar con mucho temor y temblor es por otra razón difícil; pues de la misma manera que la angustia ahoga físicamente la voz, así también el mucho temor y temblor hacen que el lenguaje enmudezca silencioso. Esto lo sabe muy bien quien ora de un modo auténtico; y quien no oró auténticamente, quizá fue esto precisamente lo que aprendió al rezar. Había algo que tenía muy metido en la cabeza, una cosa muy importante para él, que le forzaba muchísimo a hacerse comprender de Dios; y le daba miedo el que se le hubiera olvidado algo en la creación, y de habérsele olvidado, ¡ay!, estaba temeroso de que Dios por su parte lo echase en saco roto. Todo esto le impelía a concentrar su espíritu para rezar de un modo auténticamente interior. Y ¿qué le sucedió entonces, si de veras rezó interiormente? Le aconteció una cosa extraña; que a medida en que más y más se interiorizaba en la plegaria, tenía cada vez menos cosas que decir, hasta que al fin se tornó completamente callado. Se hizo silencioso, o lo

que posiblemente es todavía más opuesto a la facultad de hablar que el mismo silencio: se convirtió en *oyente*. Antes opinaba que rezar era hablar; ahora había aprendido que rezar no es solamente callar, sino oír. Y ésta es la pura verdad; rezar no es oírse hablar a sí mismo, sino llegar a callarse y, permaneciendo callado, aguardar: hasta que el orante oiga a Dios.

Por esta razón, las palabras del Evangelio: buscad *lo primero* el reino de Dios, educan al hombre, como haciéndole un nudo en la garganta, respondiéndole siempre a toda pregunta sobre si es esto o aquello lo que tiene que hacer: no, debes buscar *primeramente* el reino de Dios. Y por eso podríamos parafrasear las palabras evangélicas de la siguiente manera: tienes que empezar por orar; no como si —cosa que ya hemos explicado— la oración empezase siempre por el silencio, sino porque cuando la oración se ha convertido auténticamente en plegaria, entonces se ha hecho silencio. Buscad primero el reino de Dios, es decir: ¡orad! Si tú preguntas —por más que en la pregunta registrases todo lo particular de uno y otro tipo, inquiriendo—: ¿es esto lo que tengo que hacer?, y ¿si lo hago, es esto buscar el reino de Dios?; se te ha de responder: no, debes buscar primeramente el reino de Dios. Mas rezar, rezar auténticamente, es tornarse silencioso, y es buscar lo primero el reino de Dios.

Este silencio lo puedes aprender junto al lirio y al pájaro. Esto quiere decir que su silencio no es ningún arte, pero si tú te *tornas* callado como el lirio y el pájaro, es que estás cabe el comienzo, que consiste en buscar *lo primero* el reino de Dios.

¡Qué solemne es todo allá fuera, junto al lirio y al pájaro, bajo el cielo de Dios! Y ¿por qué? Pregúntaselo al poeta, que te responderá: porque reina el silencio: y este silencio solemne le atrae irresistiblemente, lejos de la mundanidad del mundo de los hombres en que no se hace más que hablar, lejos de la totalidad de la mundana vida humana, que no hace sino demostrar de una manera lamentable que el hombre mediante el lenguaje se destaca sobre los brutos. «Pues —se preguntará el poeta— ¿es esto acaso destacarse? ¡Que venga Dios y lo vea! Yo prefiero muchísimo más el silencio que reina allá fuera. ¿Lo prefiero? No, no hay comparación, ese silencio se destaca infinitamente sobre los hombres capaces de hablar». Porque el poeta cree captar la voz de la divinidad en el silencio de la naturaleza; en cambio, piensa que en el hablar agitado de la gente no sólo no se capta la voz divina, pero ni siquiera una vez se puede barruntar que el hombre está emparentado con la divinidad. Ésta es la afirmación del poeta: el lenguaje hace que el hombre se destaque sobre el bruto, desde luego, con tal de que sea capaz de *callarse*.

Pero a callar puedes aprender allá fuera junto al lirio y al pájaro, donde reina el silencio, y también algo divino en este silencio. Allá fuera hay silencio; no solamente cuando todo calla en la noche silenciosa, sino también durante el día entero cuando miles de cuerdas están vibrando y todo es como un mar de sonido. Cada una en particular lo hace tan bien, que ninguna de ellas ni todas juntas quebrantan lo más mínimo el silencio solemne. Allá fuera hay silencio. El bosque está callado; aunque susurre, está callado. Pues los árboles, incluso donde se apiñen más multitudinosamente, mantienen la palabra —cosa que los hombres raramente hacen a pesar de las promesas dadas—: que esto quede entre nosotros. El mar está callado; aunque se enfurezca ruidoso, está, no obstante, callado.

En el primer instante quizá te equivoques al oírlo, y oigas que mete ruido. Y si te marchas en seguida, llevándote la impresión de que es ruidoso, le haces injusticia al mar. En cambio, si te quedas un poco más junto al mar y lo escuchas con mayor exactitud, entonces —¡cosa extraña!— estás oyendo el silencio; ya que la monotonía es también silencio. Y cuando el silencio reina al atardecer sobre el paisaje, y tú desde la pradera oyes un mugido lejano, o alejado del caserío oyes la voz doméstica del perro, entonces no debes afirmar que ese mugido o esta voz perturban el silencio, porque no lo perturban, sino que forman parte del silencio mismo y, en cuanto vuelven a estar de acuerdo tácito con él, misteriosamente lo aumentan.

Contemplemos ahora más de cerca al lirio y al pájaro de los que tenemos que aprender. El *pájaro calla y aguarda.* Sabe, o, mejor dicho, lo cree a machamartillo, que todas las cosas ocurren a su debido tiempo, y por eso está aguardando; sabe que a él no le compete tener noticia del día o de la hora, y por eso se calla. El pájaro dice: indudablemente que acontecerá en el tiempo oportuno; pero no, el pájaro ni siquiera dice eso, se calla. Mas este silencio suyo es elocuente; su silencio está diciendo que lo *cree* así, y porque lo cree, por eso se calla y espera. Y cuando luego llega el *instante*, el pájaro silencioso comprende que ése es el instante; lo aprovecha, y se puede afirmar que nunca ha quedado defraudado. Y lo mismo sucede con el lirio, que se calla y aguarda. No se pregunta impaciente: «¿Cuándo vendrá la primavera?». Pues sabe que vendrá en el tiempo oportuno, y sabe que no sacaría el menor provecho de que le dejasen a él determinar las estaciones del año. Tampoco dice: «¿Cuándo nos lloverá?», o «¿cuándo saldrá el sol?», o «¡ya estamos bien de lluvias!», o «¡vaya calor que hace!». No se preguntará de antemano cómo será el próximo verano, si largo o si corto.

No, el lirio calla y espera; así es de sencillo, y se puede afirmar

que nunca quedó defraudado; esto solamente le puede acontecer a la prudencia sabihonda, pero no a la sencillez, que ni engaña ni es engañada. Y así llega el instante, y cuando llega el instante, el lirio callado comprende que ése es el instante, y lo aprovecha.

¡Oh, vosotros, profundos maestros de la sencillez!, decidnos: ¿no será también posible encontrar «el instante» *hablando*? De ninguna manera, sólo callando se encuentra el instante; mientras se habla, basta que se diga una sola palabra, se soslaya el instante; solamente en el silencio está el instante. Y por eso, porque no puede callarse, es muy raro el caso de que un hombre llegue a comprender debidamente la presencia del instante y que, en consecuencia, lo aproveche debidamente. No puede callarse ni esperar, y ésta es la razón que permite aclarar que el instante ni siquiera llegue para él; no puede callarse, y quizá esto explique que no lo note cuando le llega el instante. Ya que el instante, aunque preñado con su rica significación, no manda ningún mensajero por delante, anunciando su llegada; para eso viene demasiado aprisa al llegar, ni siquiera un momento antes; ni tampoco viene, por muy significativo que sea en sí mismo, acompañado de ruido y alboroto; no, el instante viene suavemente, con un paso más ligero que el de la criatura más rauda, pues viene con el ágil paso de lo repentino, viene a hurtadillas. Por eso hay que estar completamente callado si se quiere captar ese «ahí está ahora mismo»; y en el momento siguiente ya ha pasado, por eso hay que haber estado completamente callado para sacarle provecho. Y, sin embargo, todo depende del instante. Y de seguro que la desgracia de la inmensa mayoría de los hombres consiste en que en su vida jamás captaron el instante y que en ella lo eterno y lo temporal siempre anduvieron separados. Y ¿por qué? Porque no fueron capaces de callarse.

El pájaro *calla y sufre*. Por mucha que sea la congoja que le invade, siempre calla. Incluso sus lamentos sombríos en el desierto y en la soledad están callados. Gime tres veces, después se calla, y vuelve a suspirar otras tres veces; pero esencialmente está callado. Pues no dice lo que pasa, no se lamenta, no acusa a nadie, solamente suspira para terminar de nuevo callándose. Es como si el silencio estuviese a punto de hacerle reventar, por eso tiene que suspirar para poder callarse. El pájaro no está exento de los sufrimientos; pero el pájaro silencioso se libera de aquello que hace todavía más pesado el sufrimiento: la incomprensiva compasión de los demás; de aquello que hace más duradero el sufrimiento: el mucho hablar de él; de aquello que convierte el sufrimiento en una cosa peor que el mismo sufrimiento: el pecado de la impaciencia y de la melancolía. Porque no vayas a creer que se oculta la mínima falsedad en el hecho de que el

pájaro calle cuando sufre, como si en su interior profundo, por muy silencioso que aparezca ante los demás, no callase, y se lamentara de su destino acusando a Dios y a los hombres, y permitiendo que «el corazón pecara en la pena». No, el pájaro calla y sufre. ¡Ay, el hombre no hace esto! ¿De dónde dimana en fin de cuentas el que el humano sufrimiento, en comparación con el del pájaro, parezca tan pavoroso? ¿Acaso no proviene de la capacidad de hablar que el hombre posee? No, no proviene de eso, puesto que seguramente es una ventaja, sino que dimana de que el hombre no es capaz de callarse. En realidad no acontece como lo cree el impaciente o, de una manera mucho más violenta, el desesperado que —abusando del lenguaje y de la voz— exclama o grita: «¡Ojalá tuviese una voz como la de la tempestad para poder expresar todo mi sufrimiento como lo estoy experimentando!». Éste sería, desde luego, un recurso calamitoso que solamente contribuiría a que experimentase el sufrimiento con mayor vigor. No, no es éste el medio; si pudieras callarte, si lograses el silencio del ave, entonces sí que se te aliviarían los sufrimientos.

Y lo mismo que con el pájaro, acontece con el lirio, que se calla. Aunque esté sufriendo mientras se va marchitando, se calla. Esta criatura inocente no es capaz de fingir, ni tampoco se le exige que finja —y es una suerte para ella que no lo pueda hacer, pues de seguro que la habilidad del fingimiento se paga cara—; no puede fingir, porque cambia de color y basta mirar su palidez para ver que está sufriendo; pero, eso sí, se calla. Con gusto se mantendría enhiesto para ocultar lo que sufre, mas no tiene fuerzas ni dominio de sí mismo suficientes para ello, su cabeza se va inclinando rendida y lánguidamente, y el transeúnte —caso de que haya algún transeúnte tan compasivo que le regale su atención— comprende lo que esto significa con su muda elocuencia; pero se calla. Así es el lirio. ¿De dónde dimana al fin de cuentas el que el humano sufrimiento, comparado con el del lirio, parezca tan pavoroso? ¿Acaso no proviene de que éste no pueda hablar? Si el lirio pudiese hablar y en este caso —¡ay, como le acontece al hombre!— no hubiera aprendido el arte del silencio, ¿acaso no sería también su sufrimiento pavoroso? Pero el lirio se calla. Para el lirio sufrir es sufrir, ni más ni menos. Y precisamente cuando sufrir no es ni más ni menos que sufrir, entonces el sufrimiento se particulariza y se simplifica, y también se empequeñece todo lo que es posible. Menos no puede ser, ya que el sufrimiento está ahí y consiguientemente es lo que es. En cambio puede agrandarse ilimitadamente cuando no se le reduce exactamente a ser ni más ni menos de lo que es. Si el sufrimiento no es ni más ni menos, es decir, si sólo es lo que

concretamente es, entonces, aun tratándose del mayor sufrimiento, es el menor posible. Pero si no se concretiza la magnitud peculiar del sufrimiento, entonces se hace más grande; esa indeterminación aumenta el sufrimiento ilimitadamente. Y tal indeterminación surge cabalmente empujada por la ventaja equívoca que el hombre tiene de poder hablar. Por el contrario, la determinación del sufrimiento, que no sea ni más ni menos que lo que es, solamente es fruto del poder callar; y este silencio es el que tú puedes aprender del pájaro y del lirio.

Allá fuera, junto al lirio y al pájaro, reina el silencio. ¿Qué es lo que expresa este silencio? Expresa el respeto de Dios, que es Él quien dictamina, que sólo a Él competen la sabiduría y la inteligencia. Y cabalmente porque este silencio es respeto de Dios y, en cuanto puede serlo en la naturaleza, adoración, por eso es un silencio tan solemne. Y porque este silencio es tan solemne, por eso cabalmente se capta a Dios en la naturaleza. ¿Cómo iba a ser de otra manera, si todo está callado por respeto hacia Él? Aunque Dios no hable, ese callar de todo por respeto hacia Él nos hace el efecto de que nos está hablando.

En cambio, lo que ningún poeta puede ayudarte a aprender de ese silencio allá fuera junto al lirio y al pájaro, lo que solamente el Evangelio puede enseñarte, es que hay seriedad, que tiene que haberla, en la *exigencia* de que el pájaro y el lirio sean maestros, de que tú tienes que imitarlos, aprender de ellos con toda seriedad que tú tienes que hacerte silencioso como el lirio y el pájaro.

Y precisamente la seriedad consiste —si se entiende de una manera auténtica, no como el poeta soñador, o el poeta que deja que la naturaleza sueñe en su contorno— en esto: que tú allá fuera, junto al lirio y al pájaro, sientas *que estás delante de Dios*, cosa que frecuentemente se olvida por completo al hablar y dialogar con los demás hombres. Pues cuando meramente hablamos dos hombres juntos, y todavía peor si somos diez o más, se suele olvidar con la mayor facilidad que tú y yo, nosotros dos, o que nosotros diez estamos delante de Dios. Pero el lirio, que es maestro, está pensativo. Ni siquiera se entromete en lo tuyo, se calla, y callándose te quiere dar a entender que existes delante de Dios, que recuerdes que estás delante de Dios: que tú también con seriedad y de verdad debieras hacerte silencioso delante de Dios.

Y *debes* hacerte silencioso delante de Dios como el lirio y el pájaro. No tienes que decir: «¡bah!, al pájaro y al lirio les cuesta muy poco callarse, puesto que seguramente no pueden hablar»; no digas esto, en general no debes decir nada, no debes intentar lo más míni-

mo hacer imposible la enseñanza que se encierra en el silencio y, en lugar de ponerte seriamente a callar, dispararte loca y vanamente a estropear el silencio dentro de un discurso, quizá como tema de conversación, con lo que no queda del silencio sino sólo un gran discurso acerca de lo de estar callado. Delante de Dios no has de darte en absoluto mayor importancia que el lirio y el pájaro; cosa que se seguirá inmediatamente de suyo en el caso de que con seriedad y verdad estés delante de Dios. Y reconocerás al pájaro y al lirio como tus maestros, y no te darás aquella importancia aunque lo que pretendieras en el mundo fuese la hazaña más asombrosa de todas las hazañas. Y aunque tus planes no cupieran en el mundo entero, al ir a ejecutarlos aprenderás de aquellos maestros a reunirlos todos delante de Dios, con la mayor sencillez, en lo que ocupa menos lugar que un punto y en lo que hace menos ruido que la más insignificante bagatela: en el silencio. Y aunque hayas sufrido dolores tan terribles que la humanidad los desconocía hasta ahora, reconocerás al lirio y al pájaro como tus maestros y no te darás mayor importancia a ti mismo que la que ellos tengan para sí en sus pequeños dolores.

Esto pasa cuando el Evangelio exige seriamente que el pájaro y el lirio sean maestros. En cambio, muy distinto es lo que sucede con el poeta, o con el hombre que, precisamente porque le falta seriedad, en el silencio junto al lirio y el pájaro no se hace completamente silencioso —sino que se hace poeta—. En realidad el lenguaje poético es muy diferente del común modo de hablar de la gente, es casi como silencio, pero, no obstante, no es silencio. El poeta tampoco busca el silencio para llegar a callar, sino, al revés, para llegar a hablar: como habla un poeta. En aquel silencio de allá fuera el poeta se pone a soñar en la gran hazaña, que, sin embargo, no ejecutará nunca —ya que el poeta seguramente no es un héroe—; y entonces se hace elocuente —quizá se hace cabalmente elocuente porque él es el amante desdichado de la gran hazaña, en tanto que el héroe es el amante dichoso de la misma; y por eso la carencia de lo que echa de menos le hace elocuente, la carencia es la que hace propiamente al poeta, que se hace elocuente; esta elocuencia suya es poesía—. Allá fuera, en el silencio, traza grandes planes para transformar y henchir de alegría todo el mundo, grandes planes que jamás llegan a ser realidad; no, se hicieron poesía. Allá fuera, en el silencio, arropa sus dolores y hace que todo —sí, todo, incluso los maestros, el pájaro y el lirio, tienen que servirle, en vez de ser él quien aprendiera de ellos— rebote el eco de su dolor; y el eco de este dolor es poesía, pues un grito de ninguna manera es poesía, pero el infinito eco del grito es en sí mismo algo poético.

Por lo tanto, el poeta no se calla en el silencio que reina junto al lirio y al pájaro. Y ¿por qué? Precisamente porque invierte la relación, se hace a sí mismo lo más esencial en comparación con el lirio y el pájaro, se imagina que incluso ha de dársele mérito —esto es lo que suele afirmarse— por prestarle la palabra y el lenguaje al pájaro y al lirio; cuando, por el contrario, la tarea consistía en aprender uno mismo el silencio del lirio y del pájaro.

¡Ojalá, mi querido oyente, que, a pesar de todo, el Evangelio tenga éxito por medio del lirio y del pájaro en enseñarte —y también a mí— la seriedad, de suerte que te tornes completamente silencioso delante de Dios! ¡Que en el silencio llegases a olvidarte de ti mismo, de cómo te llamas, de tu propio nombre, del nombre famoso, o miserable, o insignificante, para pedirle a Dios en silencio: «Santificado sea tu nombre»! ¡Que en el silencio llegases a olvidarte de ti mismo, de tus planes, tan grandes, de tus planes que todo lo abarcan, o de los restringidos planes que se refieren a tu vida y a tu porvenir, para pedirle a Dios en silencio: «Venga a nosotros tu reino»! ¡Que en el silencio llegases a olvidar tu propia voluntad, tu capricho, para pedirle a Dios en silencio: «Hágase tu voluntad»! ¡Ah!, si aprendieras del lirio y del pájaro a hacerte completamente silencioso delante de Dios, ¿cuánto no podría ayudarte el Evangelio? Nada te iba a ser imposible. Mas ¿cuánto no te ha ayudado ya si por medio del lirio y del pájaro ha logrado enseñarte el silencio? Pues, como queda dicho, el temor de Dios es el comienzo de la sabiduría, y el silencio es el comienzo del temor de Dios. Salomón dice: Vete a la hormiga y hazte sabio; y el Evangelio afirma: vete al pájaro y al lirio y aprende silencio.

Buscad primero el reino de Dios y su justicia. Pero la expresión de que se busca primero el reino de Dios es cabalmente el silencio, un silencio como el del lirio y el del pájaro. Éstos buscan el reino de Dios, absolutamente ninguna otra cosa, todo lo demás se les da por añadidura. Mas si no buscan absolutamente ninguna otra cosa, ¿entonces, desde luego, no buscan lo primero el reino de Dios? En este caso, ¿a qué se debe el que el Evangelio diga: buscad *primeramente* el reino de Dios, como si diese a entender que después había otras cosas que buscar, cuando por otra parte es evidente que la opinión evangélica consiste en que el reino de Dios es lo único que hay que buscar? Ello se debe a que es innegable que el reino de Dios sólo puede buscarse haciéndolo en primer lugar; quien no busca lo primero el reino de Dios, no lo busca en absoluto. Además se debe a que la capacidad de buscar algo incluye en sí misma la posibilidad de buscar

otra cosa distinta, y por esta razón el Evangelio —que de seguro, hasta nueva orden, es algo extraño al hombre, y éste, en consecuencia, también puede buscar otra cosa— afirma: debes buscar primero el reino de Dios. Y finalmente, ello se debe a que el Evangelio condesciende suave y amablemente con el hombre, le habla como a un niño para entusiasmarle con lo bueno. Porque si el Evangelio le dijera al hombre sin circunloquios: debes buscar sola y exclusivamente el reino de Dios; esto le parecería al hombre exigir demasiado, y medio impaciente, medio angustiado y atemorizado, se echaría para atrás. Pero el Evangelio no hace eso, sino que se pone un poco a su altura. Ahí está el hombre con sus muchos asuntos delante, en plural búsqueda — entonces el Evangelio le dirige la palabra, diciéndole: «busca primero el reino de Dios». Y el hombre piensa: está bien, puesto que se me permite buscar otra cosa, empecemos por buscar el reino de Dios. Y el Evangelio sabe muy bien que si empieza tan de veras a buscar primeramente el reino de Dios, pronto el hombre se encontrará inevitablemente tan satisfecho y saciado con esta búsqueda, que olvidará por completo buscar otra cosa, que ni siquiera se le pasará por el deseo el buscarla; con lo que en definitiva será verdad: que sólo y exclusivamente busca el reino de Dios. Así se comporta el Evangelio, y así habla sin duda un adulto a un niño. Piensa ahora en un niño que tiene muchas ganas de comer; mientras la madre va poniendo la comida sobre la mesa y el niño no le quita ojo a lo que va apareciendo, éste casi está a punto de llorar de impaciencia y gritar: «¿de qué servirá todo esto poco?, cuando lo haya comido voy a tener tanta hambre como ahora»; quizá se impaciente tanto el niño, que ni siquiera se decida a empezar a comer, «porque todo esto poco apenas es para un diente». Mas la madre, que sabe muy bien lo equivocado que está el hijo, le dice: «sí, sí, hijito, cómete esto lo primero, siempre estamos a tiempo de traerte luego algo más». Con esto el niño se tranquiliza y se pone a comer. Y ¿qué sucede? Que en seguida está lleno, incluso sin haber comido la mitad. Si la madre hubiese empezado por reprenderle ásperamente, diciéndole: «¡Tienes que te sobra!», su conducta, aunque no le faltara razón, no sería un ejemplo de esa sabiduría propiamente educativa que mostró al obrar de la otra manera. Lo mismo acontece con el Evangelio. Lo más importante para el Evangelio no es hacer reproches y enemistar; lo que al Evangelio más le importa es conseguir que los hombres lo sigan. Por eso afirma: «*buscad primeramente*». Con ello, por así decirlo, tapa la boca a todas las objeciones del hombre, lo trae al silencio y consigue que realmente comience primero con esa búsqueda; y esa búsqueda sacia

al hombre de tal manera, que en definitiva es verdad que busca sólo y exclusivamente el reino de Dios.

Buscad primero el reino de Dios, es decir, sed como el lirio y el pájaro; es decir, permaneced completamente callados delante de Dios: así todo lo demás se os dará por añadidura.

II

NADIE PUEDE SERVIR A DOS SEÑORES

Nadie puede servir a dos señores, pues, o bien aborreciendo al uno amará al otro, o bien adhiriéndose al uno menospreciará al otro.

¡Querido oyente! Tú sabes que en el mundo se habla con frecuencia de una alternativa; y esta alternativa despierta entonces una gran sensación, trae ocupadas de la manera más varia a las diversas gentes: con esperanza, con temor, en la ajetreada actividad, en la tensa inactividad, etc. También has oído decir en ese mismo mundo que no hay ninguna alternativa, y esta sabiduría mundana ha despertado a su vez tanta sensación como la más importante de las alternativas. Pero aquí afuera, junto al lirio y al ave, ¿quién podría dudar de que se da una alternativa? O ¿quién podría poner en duda de qué alternativa se trata? O ¿quién dudaría que tal alternativa es en el sentido más profundo la única alternativa?

No, sobre ello no puede caber aquí ninguna duda, en este silencio solemne no solamente bajo el cielo de Dios, sino solemne delante de Dios. Hay una alternativa: o *Dios* o..., sí, todo lo restante es indiferente; por eso no importa qué cosas, por lo demás, elija un hombre; si no elige a Dios, ha fallado la alternativa, o se ha puesto en camino de la perdición con su alternativa. Por lo tanto: o Dios...; he aquí cómo no se acentúa completamente para nada todo lo restante, si no es para oponerlo a Dios, es decir, que todo el acento cae infinitamente sobre Dios, de suerte que es Dios mismo en cuanto objeto de la elección el que pone en tensión la decisión electiva, convirtiéndola verdaderamente en una alternativa. Si alguien opinara, superficial o melancólicamente, que donde Dios entra por medio como extremo, propiamente hay tres cosas entre qué elegir, ese tal está perdido, o

ha perdido a Dios, y por eso no se da para él en ello propiamente ninguna alternativa; puesto que al quitar a Dios, es decir, cuando la representación de Dios desaparece o se embrolla, también desaparece la alternativa. Sin embargo: ¿cómo podría esto sucederle a nadie en el silencio cabe el lirio y el ave?

Por lo tanto: o esto o lo otro. O Dios... —y como lo esclarece el Evangelio— o amar a Dios u odiarlo. Desde luego, cuando el alboroto te rodea, cuando estás metido en las distracciones, te parece que todo esto es casi una exageración, te parece que entre amar y odiar intercede una distancia demasiado considerable como para emparejarlos a la misma altura, en un solo respiro, en un único pensamiento, en solas dos palabras, sin ningún guión, ningún inciso, ninguna interpolación que pudiera separarlas lo más mínimo. Como un cuerpo en el espacio vacío cae con una rapidez vertiginosa, así también el silencio allá fuera, junto al lirio y al pájaro, el silencio solemne delante de Dios, hace que estos dos extremos, rechazándose, se pongan en el mismísimo instante en contacto mutuo, sí, se conviertan en el mismo instante en: o amar u odiar. Así como en el espacio vacío no hay un tercero que amortigüe la velocidad del cuerpo que cae, de la misma manera tampoco hay un tercero, en el silencio solemne delante de Dios, capaz de mantener el amar y el odiar en una retardada distancia mutua.

O Dios... —y según la aclaración del Evangelio— o adherirse a Dios o menospreciarlo. Desde luego, en sociedad con los hombres, en la vida agitada de los negocios, en el mucho alternar con la gente, parece que intercede una gran distancia entre adherirse a uno o despreciarlo. Entonces se suele decir: «Yo no alterno para nada con ese hombre, pero de esto no se sigue que lo desprecie, ni muchísimo menos». Y lo mismo ocurre respecto del mucho alternar con las gentes, a las que, dentro del círculo social vastísimo, se las trata sin ninguna esencial interioridad, con mayor o menor indiferencia. Pero cuanto menor se hace el número de los que se trata, cuanto menos difusas sean las relaciones sociales, tanto más interiores se harán y, en consecuencia, más se impondrá la alternativa como ley de las mismas. Por otra parte, el trato con Dios es absolutamente, y en el sentido más profundo de la palabra, asocial. Supongamos meramente a dos amantes, una relación que también es asocial, precisamente porque es tan interior; para ellos y su relación tiene razón de ser la alternativa: o entregarnos mutuamente o menospreciarnos. Y así, en el silencio delante de Dios, junto al lirio y al pájaro, donde obviamente no hay nadie presente, donde, consiguientemente, no existe para ti otro trato que el que mantengas con Dios, ahí, desde luego, entra en vigor

la alternativa: o adherirte a Él o menospreciarlo. Ahí no hay ninguna disculpa, ya que ningún otro está presente, y en todo caso nadie hay presente de tal manera que puedas adherirte a él sin despreciar a Dios; pues ahí cabalmente, en el silencio, es clarísimo cuán cerca está Dios de ti. Los dos amantes están tan cerca mutuamente, que el uno, mientras viva el otro, no puede, sin *despreciarlo*, adherirse a un tercero; aquí radica lo que de alternativa hay en esta relación. Ya que el que esta alternativa —o adherirse, o despreciar— exista, depende de lo muy cerca que ambos están entre sí. Pero Dios, que indudablemente es inmortal, está todavía más cercano a ti, infinitamente más cercano que lo están entre sí los dos amantes. ¡Él, tu creador y conservador; Él, en quien tú vives, te mueves y eres; Él, de cuya gracia todo lo recibes!; así que no hay ninguna exageración en esto: adherirse a Dios o despreciarlo. Esto no es como cuando un hombre, por una cosa de poca monta, establece una alternativa, un hombre de quien por eso mismo decimos con razón que es de cortas luces. No es esto lo que pasa aquí. De una parte, porque Dios es Dios; de la otra, porque Él no establece una alternativa respecto de una cosa de poca monta, por ejemplo, o una rosa o un tulipán. No, Él la establece respecto de sí mismo diciendo: o *yo*.., o te adhieres a mí y absolutamente en todo, o *tú*... me desprecias. Dios no podría hablar de sí mismo de otra manera; si Dios pudiese hablar de sí mismo como si no fuera absolutamente el *primero*, como si no fuera el único, absolutamente todo, sino meramente una cosa entre tantas, uno que también se hacía ilusiones de poder quizá llegar a ser tomado en cuenta..., si Dios pudiese hablar así, no cabría duda de que se había perdido a sí mismo, que no tenía ni idea de lo que era, es decir, que no era Dios.

Por lo tanto, en el silencio junto al lirio y al pájaro hay una alternativa, o Dios... — entendiéndolo así: o amar a Dios u odiarlo, o adherirse a Él o menospreciarlo.

¿Qué es, pues, lo que significa esta alternativa? ¿Qué es lo que exige Dios? Ya que toda alternativa es una exigencia, como en el caso de los amantes que se exigen amor, cuando el uno le dice al otro: O ... o. Mas Dios no se relaciona contigo como un amante, ni tampoco tú con Él. La relación es distinta: de la creatura al Creador. ¿Qué es, pues, lo que Él exige con esta alternativa? Exige obediencia, obediencia absoluta; si no le obedeces absolutamente en todo, entonces no le amas, y si no le amas, entonces le estás odiando; si no le obedeces absolutamente en todo, entonces no te entregas a Él, y si no te entregas a Él absolutamente en todo, entonces no te adhieres a Él, y si no te adhieres a Él, entonces le estás menospreciando.

Esta obediencia absoluta —que consiste en que si no amas a Dios,

lo estás odiando, que si no te entregas absolutamente a Él y en todo, lo estás menospreciando— la puedes aprender de los maestros a los que obviamente el Evangelio te refiere, del lirio y del pájaro. Suele decirse que obedecer es reinar, pero todavía es más sabia la siguiente afirmación: siendo uno obediente puede aleccionar en la obediencia. Esto es lo que acontece con el lirio y el pájaro. No tienen ningún poder de forzar al discípulo, no tienen más que la forzosidad que les confiere su propia obediencia. El lirio y el pájaro son «los maestros obedientes». ¿No es acaso extraño este modo de hablar? La palabra «obediente» suele emplearse en el caso del discípulo, se le exige constantemente que sea obediente; pero aquí ¡el maestro mismo es obediente! Y ¿qué cosa enseña? La obediencia. Y ¿qué método es el suyo? El de su obediencia. Si fueses capaz de obedecer como el lirio y el pájaro, con tu obediencia también podrías aleccionar en la obediencia. Mas puesto que ni tú ni yo somos tan obedientes, aprendamos, pues, del lirio y del pájaro:

OBEDIENCIA

Ya vimos que allá fuera, junto al lirio y al pájaro, reinaba el silencio. Mas este silencio, o lo que procurábamos aprender de él: hacerse callados, es la primera condición para poder de verdad obedecer. Cuando todo en tu contorno esté solemnemente calculado, como allá fuera, y cuando el silencio te habite interiormente, entonces captas con una fuerza infinita esta verdad: que tienes que amar al Señor tu Dios y servirle a Él solamente. Y captas que eres *tú*, tú quien tienes que amar a Dios de esa manera, tú solo en el mundo entero, tú que de seguro estás a solas en ese contorno del solemne silencio, tan a solas, que ni siquiera pueda caber una duda, una objeción, una disculpa, una escapatoria, una pregunta problemática; que ni siquiera, en una palabra, pueda rebotar ninguna voz extraña en tu atalaya interior, ninguna voz fuera de la divina, que en torno de ti y dentro de ti te está hablando en el silencio. Si nunca hubo tal silencio en torno y dentro de ti, tampoco aprendiste ni nunca aprenderás la obediencia. Pero si has aprendido a callar, no habrá mayor dificultad en que aprendas a obedecer.

Presta, pues, atención a la naturaleza que te rodea. En la naturaleza todo es obediencia, obediencia absoluta. Aquí «se hace la voluntad de Dios así en la tierra como en el cielo»; o si alguien prefiere citar las palabras sagradas de otra manera, igualmente acomodada: aquí, en la naturaleza, «la voluntad divina se hace en la tierra como ella es en el cielo». En la naturaleza todo es obediencia absoluta; aquí no aconte-

ce meramente —como también es el caso del mundo humano— que porque Dios es el Omnipotente, por eso mismo no se hace nada, ni lo más mínimo, sin su voluntad; no, aquí además es ello así porque todo es obediencia absoluta. Entre ambas cosas, desde luego, se da una enorme diferencia; puesto que seguramente una cosa es que la desobediencia humana más pusilánime o más terca, la desobediencia de un solo hombre o de toda la humanidad, no consiga lo más mínimo contra la voluntad de Dios, el Omnipotente, y otra cosa muy distinta que su voluntad se haga porque todo le obedece absolutamente, porque no hay ninguna otra voluntad fuera de la suya ni en el cielo ni en la tierra; y éste es el caso de la naturaleza. En la naturaleza vale lo que afirma la Escritura: «que ni siquiera un gorrión se cae al suelo sin la voluntad del Padre»; y esto no sucede simplemente porque Él es el Todopoderoso, sino porque todo es obediencia absoluta y su voluntad la única: no se oye ni la más mínima objeción, ni una palabra, ni un suspiro contenido; el gorrión absolutamente obediente cae al suelo con una obediencia absoluta, si ésa es la voluntad de Dios. En la naturaleza todo es obediencia absoluta. El silbido del viento, el eco del bosque, el murmullo del riachuelo, el zumbido del verano, el susurro de las hojas, el triscar de la hierba, cada sonido, cualquier sonido que percibas, todo es sumisión, obediencia absoluta, y así puedes oír a Dios en todo, de la misma manera que puedes oírlo en la música que forma el movimiento obediencial de los cuerpos siderales. Y el progresivo brío del tiempo, y la ligera flexibilidad de la nube, y la fluencia «gotiforme» del mar con toda su cohesión, y la celeridad de la luz, y la todavía mayor del sonido: todo es obediencia. Y la puntual salida del sol, y su puesta no menos puntual, y el cambio repentino de los vientos, y el flujo y reflujo de las mareas a las horas fijas, y la concordia de la rotación exacta de las estaciones: todo, todo junto es obediencia. Sí, si hubiera una estrella en el cielo, o un grano de polvo sobre la tierra, que se empeñasen en su propia voluntad, ambos quedarían aniquilados en el mismo momento y con la misma facilidad. Porque en la naturaleza todo es nada, entendiéndolo de la siguiente manera: todo es nada distinto de la absoluta voluntad divina, y ha cesado de existir en el mismo momento en que no sea incondicionalmente voluntad de Dios.

Así, contemplemos más de cerca y humanamente al lirio y al pájaro para aprender obediencia. El lirio y el pájaro son absolutamente obedientes a Dios. Ellos saben —como es propio de maestros— dar magistralmente con *lo absoluto*. ¡Ay!, la mayoría de los hombres lo soslayan o lo yerran. Pero una cosa no comprenden en absoluto el lirio y el pájaro, ¡ay!, una cosa que la mayoría de los hombres entien-

den de maravilla: las medianías. Ni en la cabeza ni en la voluntad del lirio y del pájaro podrá caber nunca que una pequeña desobediencia no tenga que ser una desobediencia absoluta. Ni tampoco que a la menor de todas las desobediencias tuviese que dársele otro nombre que no fuera desprecio de Dios. O que se podría servir, aparte de servir a Dios, a otra cosa u otra persona, sin que ello fuese además menospreciar a Dios. El lirio y el pájaro ni lo comprenderán ni querrán comprender todo este galimatías. ¡Qué maravillosa seguridad para encontrar y tener toda su vida en lo absoluto! Y ¿dónde, profundos maestros, podríamos encontrar seguridad fuera de lo absoluto? ¿No es sin duda todo lo relativo una inseguridad en sí mismo? En conformidad con esto, debería expresarme de manera distinta, no tendría que admirar la seguridad con que aquéllos encuentran lo absoluto, sino que más bien debería decir: cabalmente es lo absoluto lo que les da esa seguridad digna de admiración, que los hace maestros en la obediencia. Pues el lirio y el pájaro son absolutamente obedientes a Dios, son tan sencillos y tan sublimes en la obediencia, *que creen que todo lo que acontece es absolutamente la voluntad divina, y que ellos no tienen otra cosa que hacer en el mundo si no es la de cumplir absolutamente obedientes la voluntad de Dios, o absolutamente obedientes conformarse con la divina voluntad.*

Aunque el lugar que se le asignó al lirio sea en realidad el más inhospitalario de todos los lugares, de tal manera que es fácil de prever que estará completamente de sobra su vida entera, que no lo notará ni siquiera uno solo, que podría regocijarse viéndolo; aunque el lugar y el contorno sea —sí, también yo me he olvidado de que hablaba del lirio— tan «desesperadamente» inhospitalario que no sólo no se busca, sino que todos lo esquivan, sin embargo, el obediente lirio se conforma obediente con sus circunstancias y despliega toda su belleza. Nosotros los hombres, o un hombre en el lugar del lirio, diríamos: «cuando se es un lirio, y hermoso como el lirio, es una broma muy pesada, inaguantable, ésa de que se le asigne a uno sitio en semejante lugar, para tener que florecer en un contorno que no puede ser más desfavorable, como a la medida para hacer añicos la sensación de la propia hermosura; no, ¡eso es intolerable!, ¡eso es de seguro una contradicción de parte del Creador!». Así pensaría y se expresaría un hombre, o nosotros los hombres, si estuviésemos en lugar del lirio; y en seguida nos marchitaríamos de pesadumbre. Pero el lirio piensa de otra manera, piensa poco más o menos lo siguiente: «desde luego que no estuvo en mi poder el determinar el lugar y las circunstancias, éste no es ni con mucho un asunto mío; que esté donde estoy es la

voluntad de Dios». Así piensa el lirio; y basta mirarle para ver que la cosa es como él la piensa, que se trata de la voluntad de Dios; puesto que es bello, ni Salomón en toda su gloria se vistió de esa manera. Y si hubiese diferencias de belleza entre los lirios, éste de que estamos hablando se tendría que llevar el premio, pues posee una belleza más: ser bello en cuanto lirio no tiene realmente ningún mérito, pero ¡serlo en esas circunstancias, en semejante contorno que hace todo lo posible por impedirlo!, ser en semejante contorno plenamente sí mismo y defenderse íntimamente, burlándose de toda la influencia del contorno —no, el lirio no se burla, sino que está por completo descuidado en toda su hermosura—, ¡eso sí que tiene mérito! Pues el lirio es, a pesar del contorno, sí mismo, porque es incondicionalmente obediente a Dios; y porque es incondicionalmente obediente a Dios, por eso mismo está absolutamente despreocupado, como sólo puede estarlo, sobre todo en esas circunstancias, el obediente absoluto. Y porque él es —ambas cosas se corresponden directa e inversamente— total y plenamente sí mismo y absolutamente despreocupado: por eso es hermoso. Solamente con la obediencia absoluta se puede encontrar también con una exactitud absoluta «el sitio» donde uno ha de estar; y cuando se lo encuentra absolutamente, entonces se comprende que el sitio es indiferente en absoluto, aunque se tratara de un estercolero.

Y aunque el caso del lirio fuese el más desfavorable, que precisamente el momento en que iba a desplegarse no le fuese propicio en nada, de suerte que casi a ciencia cierta podía preverse que en el mismo momento quedaría tronchado, que su aparición coincidiría con su desaparición, como si sólo hubiese brotado y sido hermoso para sucumbir, el obediente lirio se conformaría obediente con ello y se desplegaría entero, sabiendo que ésa era la voluntad de Dios. ¡Si le hubieras visto en aquel momento! No había en él ni el menor indicio de que su floración era a la par su muerte, tan plenamente desplegado, tan rico y bello con sus hojas abiertas, tan rico y bello en su fuga —sí, ¡todo no era nada más que un momento!—, en su fuga incondicionalmente obediente al encuentro de su ruina. Un hombre o nosotros los hombres, en el lugar del lirio, nos hubiésemos sin duda desesperado al pensar que la existencia y la muerte eran una misma cosa, y luego la desesperación nos hubiera impedido hacernos lo que podríamos haber sido, aunque sólo por un momento. Con el lirio pasó otra cosa; era incondicionalmente obediente, por eso llegó a ser sí mismo en la belleza, encarnó realmente toda su posibilidad, imperturbado, absolutamente imperturbado por la idea de que el mismo momento era su muerte. Y si hubiese diferencias de belleza entre los

lirios, este de que estamos hablando se tendría que llevar el premio, ya que poseía una belleza más, la de ser tan hermoso a pesar de la certeza de su ruina en el mismo momento. Y verdaderamente sólo la obediencia absoluta es capaz de hacer que, a pesar de estar la ruina a la vista, se tengan ánimos y fe para desplegarse en toda su hermosura. A un hombre, como queda dicho, la certeza de su ocaso le paralizaría, de suerte que no encarnaría su posibilidad, que, sin embargo, le había sido ofrecida, aunque solamente fuera con la medida de la existencia más corta. El hombre se preguntaría sin cesar: ¿para qué?, ¿por qué?, o ¿qué aprovecha eso poco?; y así dejaría sin desarrollar toda su posibilidad, mereciendo sucumbir de antemano, derrengado y feo, a la fuerza del instante. Solamente la obediencia absoluta puede encontrar con absoluta exactitud el *instante*; solamente la obediencia absoluta es capaz de aprovechar el instante, absolutamente imperturbada por el momento siguiente.

Aunque el pájaro, cuando se presenta el instante en que tiene que emigrar, se encontrase a su parecer seguramente muy bien donde y como estaba, pudiendo pensar en consecuencia que levantar entonces el vuelo equivalía a abandonar lo cierto en búsqueda de lo incierto; sin embargo el pájaro obediente emprende instantáneamente el viaje y con toda sencillez, gracias a la obediencia absoluta, sólo entiende una cosa, pero la entiende de modo absoluto: que ése es absolutamente el instante. Y aun cuando le conmueva la inestabilidad de la vida, y sea zarandeado por las adversidades y los contratiempos, y cada mañana durante muchos días sucesivos encuentre su nido estropeado, el pájaro obediente vuelve a empezar desde el principio y cada mañana a trabajar con el mismo placer y el mismo esmero de la primera vez; sencillamente, gracias a la obediencia absoluta, sólo entiende una cosa, pero la entiende de manera absoluta: que ése es su trabajo, y que exclusivamente tiene que hacer lo suyo.

Y cuando el pájaro tiene que experimentar una y otra vez la maldad de este mundo, cuando el pajarillo que canta a la gloria de Dios tiene que aguantar que cualquier niño ineducado se distraiga parodiándole groseramente, destruyendo así en cuanto es posible la solemnidad de sus gorjeos; o cuando el pájaro solitario que ha hallado un contorno a su gusto, una rama querida en la que se posa con especial agrado —quizá una rama tan amada porque están ligados a ella sus más caros recuerdos—, tiene que aguantar la presencia de un hombre que se regocija arrojándole piedras, o procura echarlo de ahí por cualquier otro medio —¡ay, un hombre tan incansable en el mal como lo es el pájaro en volver, aunque se le espante y se le ahuyente, a su amor y a su antiguo lugar!—; sin embargo, el obediente

pájaro lo aguanta absolutamente todo y con toda sencillez, gracias a la obediencia absoluta, sólo entiende una cosa, pero la entiende de modo absoluto: que todo eso no le importa a él propia, sino impropiamente; o mejor dicho: que lo que propiamente le importa, y esto de manera absoluta, es conformarse con ello obedeciendo a Dios incondicionalmente.

Esto es lo que pasa con el lirio y el pájaro, de quienes tendríamos que aprender. Por eso no has de decir: «¡bah!, el lirio y el pájaro no tienen mayor dificultad en ser obedientes, no les queda más remedio, o no pueden obrar de otra manera; brillar como un ejemplo de obediencia de este modo no es otra cosa que hacer de la necesidad una virtud». Tú no tienes que decir semejante cosa, en general no tienes nada que decir, tienes que callarte y obedecer y, dado que fuese así, que el lirio y el pájaro hacían de la necesidad virtud, tú también has de procurar salir airoso en la misma empresa. También tú estás sometido a la necesidad; la voluntad de Dios acaece de todas las maneras, por tanto, empéñate, cumpliendo la voluntad divina con una obediencia sin condiciones, en hacer de la necesidad una virtud. La voluntad de Dios acontece seguramente de todos modos; por tanto, procura hacer de la necesidad virtud, conformándote incondicionalmente obediente con la voluntad divina, tan incondicionalmente obediente que de verdad puedas afirmar de ti mismo, en cuanto al cumplimiento y conformidad con la voluntad de Dios: no tengo más remedio, yo no puedo obrar de otra manera.

Éste tendría que ser tu empeño, y tendrías que meditar —fuesen cualesquiera las dificultades con que han de habérselas el lirio y el pájaro— si realmente le resulta más difícil a un hombre el ser incondicionalmente obediente, teniendo además en cuenta que el hombre, por su parte, se enfrenta con un peligro que, si puedo permitirme la expresión, debiera hacerle la obediencia más fácil; a saber, el peligro de dar al traste con la paciencia divina. ¿Acaso no has prestado nunca atención, con toda seriedad, a tu propia vida, o a la vida de los hombres, al mundo de los hombres que es tan distinto de la naturaleza, en la que todo es obediencia absoluta? Y si alguna vez te has propuesto esta atenta consideración, ¿no has barruntado entonces, conmovido por el pavor, con cuánta razón se le llama también a Dios: «el Dios de la paciencia»? ¿Este Dios que nos enfrenta con la alternativa, y entendiéndola de la siguiente forma: o amarme a mí u odiarme, o adherirse a mí o menospreciarme? ¿No has meditado nunca la paciencia que ha de tener para aguantarte a ti y a mí y a todos nosotros? ¿Qué pasaría si Dios fuese un hombre? Que ya haría muchísimo, muchísimo, muchísimo tiempo que se habría cansado —tengo que

expresarme en primera persona— y aburrido de *mí*, y de habérselas conmigo, y dicho lo que los padres humanos, aunque por motivos completamente diferentes, dicen: «este hijo es repugnante y achacoso, indócil y tonto de capirote, y si al menos hubiese algo de bondad en él, pero no hay más que mucha maldad y esto no hay hombre que lo resista». Desde luego, no hay ningún hombre capaz de tolerarlo, solamente lo puede el Dios de la paciencia.

¡Y ahora piensa en el número incontable de los hombres que viven! Los hombres solemos hablar del trabajo de paciencia que representa ser maestro de párvulos. ¿Qué representará para Dios ser maestro de escuela de ese incontable número? ¿Qué paciencia no tendrá? Y lo que todavía acrece infinitamente más la necesidad de la paciencia es el hecho de que allí donde Dios es el maestro escolar, allí todos los niños más o menos se hacen la idea de que son grandes hombres mayores; cosa que ni por lo más remoto se les pasa al lirio y al pájaro por las mientes, y por eso precisamente les resulta tan fácil dar con la obediencia absoluta. Un maestro humano de escuela diría: «¡No faltaba más que los niños se creyesen hombres mayores!, entonces habría que perder la paciencia y desesperarse; ningún hombre sería capaz de resistirlo». No, ningún hombre podría tolerarlo; solamente lo puede el Dios de la paciencia. He aquí que por esto Dios se llama a sí mismo Dios de la paciencia. Y sabe muy bien lo que se dice. No es en un arrebato cuando lo dice, no; Él no tiene arrebatos, pues éstos de seguro son impaciencia. Él sabe desde la eternidad, y lo sabe con la experiencia cotidiana de miles y miles de años, que mientras dure la temporalidad y el género humano en ella, tendrá que ser el Dios de la paciencia, pues de lo contrario no habría quien aguantase la desobediencia humana. Respecto del lirio y del pájaro Dios es el Creador paternal y que todo lo conserva, solamente respecto del hombre es el Dios de la paciencia. De verdad que es un consuelo, un consuelo altamente necesario e indescriptible, el que la Escritura también afirme de Dios, el Dios de la paciencia, que es «Dios de la consolación»; mas por eso no deja de ser una cosa seria, tremendamente seria, el que la desobediencia humana tenga la culpa de que Dios sea Dios de la paciencia. El hombre descubrió un atributo divino que el lirio y el pájaro, siempre absolutamente obedientes, desconocen; o mejor dicho: Dios fue tan amable con el hombre, que le reveló que Él poseía ese atributo, el de la paciencia. Pero también —¡oh terrible responsabilidad!— la desobediencia humana y la paciencia divina se corresponden en un cierto sentido. Hay consuelo, pero bajo una terrible responsabilidad. El hombre debe saber que, aunque todos los hombres le abandonaran, incluso aunque él mismo

estuviera a punto de abandonarse, debe saber con todo que Dios es Dios de la paciencia. Ésta es una riqueza inestimable. ¡Ah!, pero empléala debidamente, no olvides nunca que se trata de un dinero ahorrado; por Dios que está en los cielos, empléala debidamente, de lo contrario te abatirá en la más profunda miseria; convirtiéndose en lo opuesto, ya no será más la consolación, se trasmutará en la más tremenda de todas las acusaciones contra ti. Si te parecen palabras duras —aunque no más duras que la verdad que expresan— las de que el no adherirse incondicionalmente y en todo a Dios equivale *de repente* a menospreciarlo, ¡entonces no podrán ser demasiado duras las de que tomar en vano su paciencia es lo mismo que despreciar a Dios!

Procura, pues, con todas tus fuerzas, según la indicación evangélica, aprender obediencia del lirio y del pájaro. Mientras comparas tu vida con la lección de estos maestros, no te eches para atrás espantado, no te desesperes. No hay nada de que desesperarse, ya que lo que *tienes* es que aprender de ellos; y el Evangelio primeramente te consuela, diciéndote: que Dios es Dios de la paciencia, pero añadiendo a renglón seguido: has de aprender del lirio y del pájaro la lección de la obediencia absoluta que ellos manifiestan, la lección de no servir a dos señores; pues nadie puede servir a dos señores, sino que tendrá o bien..., o bien...

Y si te haces incondicionalmente obediente como el lirio y el pájaro, habrás aprendido lo que tenías que aprender y lo habrás aprendido del lirio y del pájaro —y si lo has aprendido plenamente, entonces te has hecho el más perfecto, y el lirio y el pájaro, de maestros, pasan a ser simple imagen—, habrás aprendido a servir a un solo Señor, a amarlo exclusivamente y a entregarte a Él absolutamente en todo. Entonces la plegaria, que no deja de cumplirse de todos modos, también se cumplirá en ti, haciendo verdad cuando rezas el «hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo»; ya que con la obediencia absoluta tu voluntad se identifica con la divina, de suerte que la voluntad de Dios se verifica en ti en la tierra como ella es en el cielo. Y entonces tu oración, cuando pides: «no nos dejes caer en la tentación», será atendida; ya que si le estás obediente a Dios sin condiciones, no habrá en ti ninguna ambigüedad, y si no hay ninguna ambigüedad en ti, entonces serás todo sencillez delante de Dios. Mas existe una cosa que ni todos los ardides de Satanás, ni todas las trampas de la tentación, pueden coger desprevenida o aprisionarla en sus cepos, esa cosa es la sencillez. Lo que Satanás acecha con ojo avizor —pero que jamás se encontró junto al lirio y al pájaro; lo que toda tentación anda buscando como presa suya— pero que

jamás se encontró cabe el lirio y el pájaro, es *la ambigüedad.* Donde hay ambigüedad, hay tentación, y ésta con demasiada facilidad es la más fuerte. Pero donde hay ambigüedad, hay también de una u otra forma desobediencia soterrada; precisamente por eso mismo no se da ninguna ambigüedad en el lirio y el pájaro, porque sus raíces más hondas y extendidas son las de la obediencia absoluta; y precisamente porque no se da ninguna ambigüedad en ellos, por eso es imposible hacerlos caer en la tentación. Satanás está desarmado donde no hay ambigüedad, y aquí la tentación es tan impotente como los cepos del cazador donde no hay pájaros. Pero basta que surja el más mínimo indicio de ambigüedad, para que Satanás se fortalezca y la tentación aprisione; y el diablo, el maligno, tiene un ojo avizor y sus cepos se llaman tentaciones, y el nombre de su presa es el alma de un hombre. De él no viene propiamente la tentación, pero nada, nada ambiguo puede encubrírsele; y en cuanto lo descubre, la tentación se asocia con él. Mas el hombre que con la obediencia incondicional se oculta en Dios, está absolutamente seguro; desde esa su ocultez segura está viendo al diablo, pero el diablo no lo puede ver a él. Desde esa su ocultez segura..., pues tan avizores como son los ojos diabólicos respecto de la ambigüedad, tan ciegos se quedan cuando miran hacia la sencillez, y entonces el mismo diablo se queda ciego o fulminado por la ceguera. Sin embargo, el obediente absoluto no puede contemplarlo sin pavor, esa mirada ciega es capaz también, sin duda alguna, de centellear como si fuese a perforar la tierra y el mar y los más escondidos pliegues del corazón. Pero cuando va a tender las trampas de la tentación, en cuanto alcanza su poder, lleva una venda en los ojos que no le permite ver a quien con obediencia absoluta está oculto en Dios. Es como si para ése no existiera ninguna tentación, puesto que «Dios no tienta a nadie». Así su oración es escuchada: «no nos dejes caer en la tentación», es decir, que nunca jamás me arriesgue por la desobediencia a salir de mi lugar oculto, y si fuese desobediente en algo, no me arrojes, ¡Dios mío!, inmediatamente de mi lugar oculto, porque fuera de él caería en el mismo instante en la tentación. Y a la par que permanece con la obediencia absoluta en su lugar oculto, queda también «librado del mal».

Nadie puede servir a dos señores, o tendrá que amar al uno y odiar al otro, o se adherirá al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas, a Dios y al mundo, al bien y al mal. Por lo tanto, hay dos poderes: Dios y el mundo, el bien y el mal; y la razón por la cual el hombre solamente puede servir a un solo señor no es otra que estos dos poderes, y por más que uno de ellos sea infinitamente el más fuerte, luchan entre sí a vida o muerte. En consecuen-

cia, el hombre, por el hecho de serlo, está abocado a un peligro tremendo, un peligro que el lirio y el pájaro soslayan totalmente con su obediencia absoluta, que es feliz inocencia; pues Dios y el mundo, el bien y el mal, no luchan en torno de ellos. Ese peligro tremendo consiste en que el *hombre* está instalado entre esos dos enormes poderes, teniendo en sus manos la elección. Ese peligro tremendo es el que hace que se tenga que amar u odiar, que no amar sea odiar; puesto que ambos poderes son tan enemigos, que la más mínima inclinación hacia un lado es, vista desde el otro, oposición absoluta. Este modo de hablar del Evangelio le tiene que parecer una exageración disparatada al hombre que eche en saco roto esa tremenda peligrosidad en la que está embarcado, ese peligro —notémoslo bien— tan peculiar que ningún medio adversario sirve de nada, que no hay manera de olvidarlo de veras; aunque el hombre se empeñe en echarlo en saco roto, opinando falsamente que no está en el peligro sino ante las pacíficas montañas azules, y sacando la consecuencia de que aquel modo de hablar evangélico es una disparatada exageración. ¡Ay!, pero todo esto, cabalmente, le ocurre porque está tan hundido en el peligro, tan perdido que ya no tiene ni idea del amor con que Dios le ama, ni tampoco de que precisamente es por amor por lo que Dios le exige una obediencia absoluta; no tiene ni idea de la fuerza y astucia del mal, como tampoco de su propia debilidad. Y el hombre es, desde el principio, demasiado infantil como para poder y querer comprender el Evangelio; el modo de hablar que éste tiene acerca de la alternativa le parece a aquél una exageración falsa. No le entra en la cabeza que la peligrosidad sea tan grande, que se necesite una obediencia absoluta; ni que la reclamación de la obediencia absoluta tenga que estar fundada precisamente en el amor.

¿Qué hace el Evangelio? El Evangelio, que es la sabiduría de la educación, no se enzarza con el hombre en una lucha ideológica o de palabras para *demostrarle* que eso es así; no, el Evangelio sabe muy bien que el proceso no consiste en que un hombre comprenda primeramente que eso es así, para luego decidirse a obedecer incondicionalmente, sino a la inversa, que sólo empezando por la obediencia incondicional llega el hombre a comprender que eso es como dice el Evangelio. Por eso éste emplea la autoridad y afirma: *tú debes*. Pero en el mismo momento se suaviza de tal manera que tendrían que conmoverse hasta las piedras; el Evangelio, como que te toma de la mano —no de modo distinto a como un padre cariñoso agarra a su propio hijo—y te dice: «¡anda!, vamos a dar una vuelta hasta el lirio y el pájaro». Y una vez allí, «contempla ahora al lirio y al pájaro, entrégate a este espectáculo, piérdete en él; ¿no te conmueve esta

visión?». Cuando, allá fuera, este silencio solemne en torno al lirio y al pájaro te ha conmovido profundamente, entonces el Evangelio sigue aclarando las cosas y pregunta: «¿Por qué es tan solemne este silencio? Porque expresa la obediencia absoluta con que se sirve a un solo Señor, porque se le palpa inclinado servicialmente ante un solo Señor, compacto en perfecta unidad, entregado con todas las fuerzas a un gran culto divino. Déjate, pues, dominar por este gran pensamiento —ya que todo es un solo pensamiento— y aprende del lirio y del pájaro». Mas no te olvides que tienes que aprender de ellos, que tienes que hacerte incondicionalmente obediente como el lirio y el pájaro. Piensa que fue el pecado del hombre el que —al no querer servir a un solo señor, o porque quería servir a otro señor, o a otros dos, o a muchos más señores— estropeó toda la belleza del mundo, que antes era enteramente muy bueno; piensa que fue su pecado el que hizo añicos la unidad en el mundo; y piensa que todo pecado es inobediencia, y que toda inobediencia es pecado.

III

MIRAD LAS AVES DEL CIELO

Mirad las aves del cielo; no siembran ni siegan, ni encierran en graneros... descuidadas del día de mañana. Mirad la hierba sobre el campo... que hoy es.

Haz esto y aprenderás:

ALEGRÍA

Contemplemos, pues, al lirio y al pájaro, que son los maestros alegres. Sí, «los maestros alegres», puesto que no dejarás de saber que la alegría es comunicativa; y por esta razón no hay nadie que aleccione mejor en la alegría que quien es alegre. El maestro en la alegría no tiene otra cosa que hacer fuera de la de estar alegre, o ser la misma alegría. Su enseñanza es deficiente, por mucho que se esfuerce por comunicar la alegría, si él mismo no está alegre. Y así tampoco hay nada más fácil que dar lecciones de alegría, ¡ah!, sólo se necesita estar siempre alegre de verdad. Pero ese «¡ah!» quiere indicar que en definitiva no es cosa fácil, que en realidad no es tan fácil estar siempre alegre. En cambio, si se está, nada hay más cierto que la facilidad de enseñar en la alegría.

Pero allá, fuera, junto al lirio y al pájaro, o allá fuera donde el lirio y el pájaro dan lecciones de alegría, allí siempre hay alegría. Y estos maestros nunca se encuentran en la perplejidad frecuente de un maestro humano, que lo que ha de enseñar lo tiene escrito en un papel o muerto de risa en los estantes de su biblioteca, en una palabra, en cualquier lugar y no siempre a mano; no, allí donde el lirio y el pájaro dan lecciones de alegría, allí siempre hay alegría: el lirio y el

pájaro la tienen en sí mismos. ¡Qué alegría cuando despunta el día y el pájaro se despierta temprano a la alegría mañanera! ¡Qué alegría, aunque de tono diferente, cuando se aproxima la noche y el pájaro gozoso se apresura a recogerse en su nido! Y ¡qué alegría todo el largo día del verano! Y cuando el pájaro —que no canta meramente al trabajar, como pueda hacerlo un alegre trabajador, sino que su esencial tarea es el canto— se pone gozosamente a cantar, ¡qué alegría! Y cuando también empieza a cantar el vecino de al lado, y luego el de enfrente, y luego todos los pájaros a coro, ¡qué alegría!, ¡qué nueva alegría! Y cuando al final todo parece como un mar sonoro que bate el bosque y el valle, el cielo y la tierra con sus ecos, un mar sonoro en medio del cual se sobresalta ahora de alegría el pájaro que dio el tono, ¡qué alegría!, ¡qué alegría! Y así es la vida entera del pájaro; siempre y en todo encuentra algo, o mejor dicho: bastante, de que alegrarse; no desperdicia ni un solo momento, y daría por perdidos todos los momentos en que no estuviera alegre.

¡Qué alegría cuando empieza a caer el rocío que conforta al lirio que, refrescado, se dispone a descansar! ¡Qué alegría cuando el lirio, bien bañado, se pone a secar lleno de placer a los primeros rayos del sol! Y ¡qué alegría todo el largo día del verano!

¡Contémplalos, no dejes de hacerlo; contempla al lirio, y contempla al pájaro; y contémplalos juntos! Cuando el pájaro se oculta junto al lirio, donde aquél tiene su nido y está a las mil maravillas, y a veces pasa el tiempo jugando y bromeando con el lirio, ¡qué alegría! Y cuando el pájaro elevado sobre las copas de los árboles, o todavía más alto que la nube, mira lleno de dicha hacia su nido y hacia el lirio, que le devuelve la mirada con una sonrisa en los ojos puestos en él, ¡qué alegría! ¡Feliz, dichosa existencia, tan rica en alegría! O ¿acaso es menor la alegría porque, entendiéndolo mezquinamente, es poca cosa la que los hace tan alegres? De ninguna manera, esa mezquina comprensión es una incomprensión, ¡ay!, una incomprensión altamente triste y lamentable; pues cabalmente porque es poca cosa la que los pone tan alegres, se demuestra que son ellos mismos la alegría y la alegría misma. ¿Acaso no es esto así? Desde luego; hasta tal punto que si aquello de que uno se alegra fuese absolutamente nada, ello demostraría de la manera mejor que uno mismo es la alegría y la alegría misma. Esto es lo que les acontece al lirio y al pájaro, los gozosos maestros de la alegría, que precisamente porque son *alegres sin condiciones,* son la alegría misma. Porque indudablemente no es la alegría misma aquel cuya alegría depende de ciertas condiciones, sino que su alegría es la de las condiciones y él, conforme a éstas, se alegra condicionadamente. Por el contrario, quien es la misma ale-

gría está absolutamente alegre; y al revés, quien está absolutamente alegre es la alegría misma. ¡Ay!, a nosotros los hombres las condiciones de poder alegrarnos nos ocasionan muchas fatigas y preocupaciones. Incluso reuniendo todas las condiciones, es probable que tampoco lográramos estar absolutamente alegres. ¿Y no es verdad, profundos maestros de la alegría, que eso tiene que ser inevitablemente así? Ya que, aun reunidas todas las condiciones, si se recurre a ellas, es imposible llegar a estar más alegre que lo que ellas suponen o alegrarse de una manera que no sea condicionada. Es evidente que las condiciones y lo condicionado se corresponden mutuamente. Por eso, absolutamente alegre sólo puede llegarlo a ser quien es la alegría misma, y sólo permaneciendo absolutamente alegre se torna uno la misma alegría.

Sin embargo, ¿no se podría indicar muy brevemente cómo la alegría es el contenido de esta enseñanza del lirio y del pájaro? O ¿no se podría indicar cuál es el contenido de esta enseñanza en la alegría? Es decir, ¿no se podrían indicar muy brevemente las categorías conceptuales de esta su enseñanza? Desde luego, no hay ninguna dificultad; puesto que el lirio y el pájaro, por muy sencillos que sean, tampoco están desprovistos de pensamiento. Por lo mismo, es fácil indicar aquellas categorías. No olvidemos de paso —lo que en este aspecto simplifica la cosa extraordinariamente— que el lirio y el pájaro son ellos mismos los que enseñan, expresan por sí mismos aquello en lo que aleccionan como maestros. Ésta es la originalidad adquirida, que es distinta de la originalidad inmediata y primera —y que consiste en que el lirio y el pájaro tengan de primera mano, en el sentido más estricto, aquello que enseñan—. Esta originalidad adquirida del pájaro y del lirio es, a su vez, sencillez; ya que un magisterio sencillo no depende tanto de que se empleen expresiones simples y cotidianas, o pomposas y eruditas, ni mucho menos; sino que la sencillez de la enseñanza radica en el hecho de que el maestro mismo sea aquello en lo que alecciona. Y éste es el caso del lirio y del pájaro. Su enseñanza en la alegría —que viene a su vez expresada por su vida— es, brevemente descrita, la siguiente: junto a ellos *hay un hoy*; *hay*, sí, tenemos que acentuar infinitamente este *hay*: allí hay un hoy, y no hay ninguna, absolutamente ninguna preocupación por el día de mañana, o por el otro día. Ésta no es una superficialidad del lirio y del pájaro, sino la alegría del silencio y de la obediencia. Pues cuando estás callado en el silencio solemne que reina en la naturaleza, entonces no existe el día de mañana; y cuando tú obedeces, como lo hacen todas las demás criaturas, entonces no existe el día de mañana, el desdichado día que inventaron la charlatanería y la desobediencia. Mas cuando de esta

manera el día de mañana deja de existir por motivo del silencio y de la obediencia, entonces en la obediencia y en el silencio es el día de hoy, él *es*, y así hay la alegría, como la que habita en el lirio y el pájaro.

¿Qué es la alegría? O ¿qué cosa es estar alegre? La alegría es ser de verdad *actual* a uno mismo; pero serse verdaderamente actual a uno mismo equivale a este *hoy*, a este *estar* al día, *ser* de verdad *al día*. Y en la misma medida que sea verdadero que tú eres al día, en la misma medida que tú vayas siéndote más completamente actual a ti mismo en el estar al día, en esa misma medida dejará de existir para ti el día de mañana, el día de la desgracia. La alegría es el tiempo presente, poniendo todo el acento en lo de *el tiempo presente*. Por esta razón es Dios dichoso. El que eternamente dice: hoy; el que eternamente e infinitamente se es actual a sí mismo en ese ser al día. Y por esta razón son la alegría el lirio y el pájaro, porque se son completamente actuales a sí mismos en ese estar al día gracias al silencio y a la obediencia absoluta.

«Pero —dirás— el lirio y el pájaro no tienen mayores dificultades en ser todo eso». Respuesta: no me vengas con ningún «pero», sino aprende del lirio y del pájaro a serte completamente actual a ti mismo en ese estar al día, con lo que tú también serás la alegría. Mas, bien entendido, ningún «pero»; se trata de una cosa seria, de que tú *debes* aprender alegría de ellos. Mucho menos todavía has de darte importancia explotando la sencillez del lirio y del pájaro con unos cuantos chistes —quizá para sentirte— a propósito de un día de mañana particular, como diciendo: ¡bah!, para el lirio y el pájaro no hay dificultades, pues realmente no tienen ningún mañana con que atormentarse, «pero el hombre, ¡el hombre que no sólo tiene la preocupación por el día de mañana, ¿qué comerá?, sino también por el día de ayer, con respecto a lo que comió... y todavía no está pagado!». No, déjate de chistes que groseramente malbaratan la enseñanza. Es mejor que aprendas, que al menos empieces a aprender la lección del lirio y del pájaro. No creo que nadie nos venga ahora a interrumpir, opinando seriamente que todo aquello de lo que se alegran el lirio y el pájaro no significa un comino para la alegría. ¿Acaso no será tampoco ningún motivo de alegría el que hayas nacido, que existas, que consigas «hoy» lo necesario para subsistir; que hayas nacido hombre; que veas —¡medítalo!—, que puedas ver, oír, oler, gustar, tocar? ¿Que el sol brille para ti, y que por ti, cuando el sol se cansa, aparezca la luna y se enciendan las estrellas? ¿Que llegue el invierno y toda la naturaleza se enmascare y extranjerice juguetonamente, divirtiéndote? ¿Que llegue la primavera y con ella los pájaros en bandadas innumerables,

para alegrarte; y que la hierba germine y el bosque crezca y haya bodas en él, y todo esto para alegrarte? ¿Que llegue el otoño y los pájaros emigren, no para hacerse encarecidos, de ninguna manera, sino para que tú no te aburras de ellos; y que el bosque oculte todos sus atavíos para la próxima vez, para poder alegrarte la próxima vez? ¿Acaso no es todo esto ningún motivo de alegría? ¡Cómo me gustaría replicar!, pero por respeto al lirio y al pájaro no me atrevo a hacerlo, y por eso en vez de afirmar que todo eso no es ningún motivo de alegría, prefiero decir: si todo eso es algo de que no hay que alegrarse, entonces no hay nada de qué alegrarse. Y ahora piensa que el lirio y el pájaro son la alegría misma, y, sin embargo —entendido de la mejor manera—, no tienen de seguro tanto como tú, ni muchísimo menos, de qué alegrarse; que por añadidura tienes al lirio y al pájaro para alegrarte. Por lo tanto, aprende del lirio y aprende del pájaro, que son maestros: existen, están al día, y son la alegría. ¿Acaso no eres capaz de alegrarte con el lirio y el pájaro que son la misma alegría? ¿No puedes alegrarte de verlos, de suerte que voluntarioso aprendas su lección? Si no eres capaz de esto, habrá que decir como el maestro del niño: «Aptitudes no le faltan, y aparte de eso la cosa es tan fácil que no es cuestión de falta de aptitudes; tiene que ser otra cosa, quizá una especie de indisposición que no hemos de juzgar de repente con demasiado rigor y tratarla como si fuera mala gana o incluso terquedad».

Así son el lirio y el pájaro maestros en la alegría. Y, con todo, no dejan de tener también sus cuidados, como toda la naturaleza los tiene. ¿Acaso no gimen todas las criaturas bajo la servidumbre de la corrupción a la que fueron sometidas contra su voluntad? ¡Todo está sometido a la corrupción! La estrella que está fija en el cielo, la que esté más firme de todas tendrá que cambiar su posición con la caída, y aunque jamás cambiara de posición, sin embargo, algún día ya no podrá sostenerla e irá cayendo en el abismo. Y el mundo entero, con todo lo que en él hay, tendrá que cambiar, como se cambia un vestido para arrinconarlo. ¡Todo es presa de la corrupción! Y el mismo lirio, aunque se haya librado de caer inmediatamente en el fuego, tendrá, no obstante, que llegar a marchitarse, después de haber sufrido lo suyo. Y el pájaro, aunque lograra haber alcanzado los años de la vejez, tendrá que separarse un día de su pareja amada, después de haber sufrido lo suyo. ¡Ay, todo es corrupción, y todo lo que es será algún día presa de la corrupción! ¡Corrupción, corrupción, éste es el *suspiro* que todo lo llena —pues estar sometido a la corrupción es ser lo que un suspiro significa: reclusión, ataduras, encarcelamiento—; y el contenido del suspiro es: corrupción, corrupción!

Y, sin embargo, el lirio y el pájaro están absolutamente alegres. Y en esto comprobarás la razón y la verdad de la afirmación evangélica: tú *debes* aprender alegría del lirio y el pájaro. Sin duda, que no puedes desear mejores maestros que los que, a pesar de estar sometidos a una pena infinitamente honda, son no obstante absolutamente alegres y la alegría misma.

Casi aparece como un milagro este comportamiento del pájaro y del lirio: estar, en el cuidado más hondo, absolutamente alegres. ¿Cómo es posible *ser*, es decir, estar absolutamente alegres hoy, habiendo por delante un tan pavoroso mañana? ¿Cómo puede uno zafarse? El lirio y el pájaro se zafan siempre con toda sencillez, y así mantienen alejado el mañana como si no existiese. Hay unas palabras del apóstol Pedro que el lirio y el pájaro tienen muy metidas en el corazón, y son tan sencillos que las toman completamente al pie de la letra — ¡ah!, este tomarlas por completo al pie de la letra es cabalmente lo que les ayuda; cuando no se las toma así al pie de la letra, se convierten más o menos en unas palabras inoperantes, hasta que al final no dicen nada. Sin embargo, hay que poseer una sencillez absoluta para tomarlas absolutamente al pie de la letra. Esas palabras son: «Arrojad *todos* vuestros cuidados *sobre Dios*». He aquí que el lirio y el pájaro hacen esto de un modo absoluto. Ellos arrojan lejos de sí todo su cuidado mediante el silencio absoluto y la obediencia incondicional, sí, lo arrojan lejos como la más potente catapulta, y con una pasión como la que se pone al lanzar lo que más se detesta. Y, al mismo tiempo, lo arrojan con la seguridad de un disparo de fusil, y con una fe y confianza como aquella con la que el tirador más avanzado acierta en el blanco: *sobre Dios*. Y en el mismo instante —un instante que es hoy desde el primer momento y con el que se es contemporáneo desde el primer momento—, en el mismo instante están absolutamente alegres. ¡Qué operación más maravillosa! ¡Poder así hacer un atadillo de todos sus cuidados y poderlo disparar tan felizmente hasta dar en el blanco seguro! Esto es lo que hacen el lirio y el pájaro, por eso están absolutamente alegres en el mismo instante. Y es una cosa completamente en orden; porque Dios, el Omnipotente, sostiene todo el mundo y porta todos los cuidados del mundo — incluidos los del lirio y el pájaro con infinita facilidad. ¡Qué alegría más indescriptible! La alegría que se goza de Dios Omnipotente.

Aprende, pues, del lirio y del pájaro, aprende esta operación de lo absoluto. Sin duda que es una magnífica obra maestra; mas, precisamente por eso, tienes que prestar mayor atención al lirio y al pájaro. Ésta es una magnífica obra maestra y, como «obra maestra de la mansedumbre», contiene una contradicción, o mejor dicho, es

una obra maestra que soluciona una contradicción. Porque la palabra «arrojar» hace pensar en seguida en un empleo de la fuerza, como si se tuvieran que conjuntar todas las fuerzas propias y con un tremendo esfuerzo de las mismas, «poderosamente», se arrojasen los cuidados lejos de sí; y, sin embargo, no es de ninguna manera el «poderío» precisamente lo que hay que emplear. Lo que hay que emplear, y esto de modo absoluto, es *la flojedad* que se abandona. ¡Y así hay que arrojar los cuidados lejos de uno, todos los cuidados! Si no se arrojan todos, si queda mucho, algo o poco cuidado, entonces no se alegra uno, y mucho menos se está absolutamente alegre. Y si no se los arroja absolutamente *sobre Dios*, sino en otro lugar cualquiera, entonces uno no se desentiende en absoluto de ellos, retornarán de nuevo de una u otra forma, las más de las veces con la figura de un cuidado todavía mayor y más amargo. Arrojar el cuidado lejos de uno mismo, pero no en Dios, es «diversión». Pero las diversiones son un recurso dudoso y ambiguo contra los cuidados. En cambio, el arrojar absolutamente todos los cuidados en Dios es *concentración de ánimo*, y, sin embargo —sí, ¡qué admirable es esta contradictoria obra maestra!—, es una *concentración* mediante la cual te *desembarazas* absolutamente de todo cuidado.

Aprende, pues, del lirio y del pájaro. ¡Arroja todo tu cuidado en Dios! Eso sí, lo que no tienes que arrojar de ti es la alegría, al revés, te tienes que aferrar a ella con todo tu poderío, con todas las fuerzas de la vida. Haciéndolo, se puede dar por descontado que siempre conservarás alguna alegría; pues, arrojando lejos todos tus cuidados, conservarás de seguro solamente lo que de alegría haya en ti. Sin embargo, esto todavía será insuficiente. Por lo cual tendrás que seguir aprendiendo del lirio y del pájaro. Es decir, arroja completa y absolutamente todos tus cuidados sobre Dios como lo hacen ellos, y así llegarás a estar absolutamente alegre como ellos lo están. Porque la alegría absoluta consiste en adorar la omnipotencia con que Dios todopoderoso porta todo tu cuidado con tanta facilidad como si fuese nada. Y la alegría absoluta también consiste en otra segunda cosa —que el mismo apóstol no deja de añadir—: adorando de esta manera, atreverse a creer «que Dios tiene providencia de ti». La alegría absoluta es cabalmente alegría en Dios, en quien y del cual tú siempre puedes alegrarte absolutamente. Si en esta relación con Dios no llegas a alcanzar la alegría absoluta, sin duda ninguna que la falta está en ti, en tu ineptitud para arrojar todo tu cuidado sobre Él, en tu mala gana correspondiente, en tu propio juicio y consejo, en una palabra, en que tú no eres como el lirio y el pájaro. Sólo hay un cuidado: el cuidado que entraña el pecado, respecto del cual no pue-

den ser maestros el lirio y el pájaro. Por eso aquí no hablamos para nada de este cuidado. Pero respecto de todos los demás cuidados, no cabe duda que solamente es culpa tuya si no llegas a alcanzar la alegría absoluta, y es tu culpa porque no quieres aprender del lirio y el pájaro a estar absolutamente alegre de Dios, mediante el silencio y la obediencia absolutos.

Todavía una cosa más. Quizá digas con «el poeta»: «¡Sí, quién pudiera hacer su casa y habitar junto al pájaro, escondido en la soledad nemorosa, allí donde el pájaro y su compañera son una pareja, pero donde no hay con todo una sociedad! O ¡quién pudiera vivir junto al lirio en la paz de la campiña, donde cada lirio se preocupa de sí mismo, y donde no hay ninguna sociedad! ¡Qué fácil sería así poder arrojar todo su cuidado en Dios y estar o llegar a ser absolutamente alegre! Mas la *sociedad*..., la sociedad cabalmente es la desgracia de que el hombre sea la única esencia que tiene que atormentarse a sí misma y a todos los demás hombres con la desdichada utopía social, del bienestar social; y tiene que atormentarse de manera más y más creciente en la medida que la sociedad, para perdición de él y de ella misma, sea mayor». Sin embargo, no debes hablar de este modo; de ninguna manera. Considera el asunto más de cerca y concede avergonzado que, a despecho del cuidado, el pájaro y su compañera constituyen una pareja enlazada por la amorosa alegría indescriptible; y que el lirio célibe, a despecho del cuidado, encuentra su alegría gozosa en el celibato. ¿No es propiamente esa alegría la que hace que la comunidad no les estorbe —ya que indudablemente entre ellos hay comunidad—? Considera el asunto más de cerca y concede avergonzado que en realidad son el silencio y la obediencia absolutos —con los que el lirio y el pájaro se alegran incondicionalmente de Dios— los que hacen propiamente que ellos estén igualmente alegres, igual y absolutamente alegres en la soledad que en la comunidad. Por lo tanto no desperdicies la lección del lirio y del pájaro.

Y si tú aprendieses la lección de hacerte completamente como el lirio y el pájaro, ¡ah!, si yo la aprendiera, entonces también sería verdad en ti y en mí la última súplica de la oración por antonomasia —que sirve de modelo a toda auténtica plegaria, porque ya sólo brota como una expresión alegre y más alegre y absolutamente alegre—, la súplica que al final ya no tiene en absoluto nada más que rogar ni que desear, sino que se cierra con un cántico de alabanza y adoración: «Tuyos son, Señor, la majestad y el poder y la gloria». Sí, la majestad es *suya*; y por eso has de estarte plenamente callado, sin perturbar lo más mínimo, sin que se note siquiera que existes, si no es para expresar con la solemnidad del silencio pleno que suya es la

majestad. Y el poder es *suyo*; y por eso has de obedecer incondicionalmente y con esta obediencia conformarte con todo, pues suyo es el poder. Y *suya* es la gloria; y por eso, en todo lo que hagas, y en todo lo que sufras, tienes absolutamente todavía una cosa más que hacer, la de darle gloria, pues la gloria es suya.

¡Oh alegría absoluta! Que son suyos la majestad y el poder y la gloria: por toda la eternidad. «Por toda la eternidad», he aquí el día, el día eterno, el día que jamás acaba. Por eso aférrate sola y absolutamente a esto, a que suyos son la majestad y el poder y la gloria por toda la eternidad. Ahí hay para ti un hoy que nunca termina, un hoy en el cual eternamente puedes hacerte actual a ti mismo. Que el firmamento se hunda, que las estrellas cambien de posición al trasmutarse todo, que los pájaros caigan muertos y los lirios marchitos: tu alegría está en la adoración, y, en tu alegría, a pesar de todo, sobrevivirás *hoy mismo* todos los ocasos. Medita —cosa que si no te concierne en cuanto hombre, sí en cuanto cristiano— que la misma peligrosidad de la muerte es para ti tan insignificante que se dice: «hoy mismo estarás en el Paraíso»; y, consiguientemente, el tránsito de la temporalidad a la eternidad —la distancia máxima— es tan rápido; aunque tuviera que verificarse a través del desmoronamiento del universo, es, sin embargo, tan rápido, que *hoy* mismo, de *permanecer* cristianamente en Dios, estarás en el Paraíso. Puesto que si permaneces en Dios, ya sea que vivas o mueras, ya sea que, mientras vives, te salgan bien las cosas o torcidas; ya sea que mueras en esta fecha o al cumplir los setenta años, ya sea que encuentres tu muerte en un naufragio, allí donde el mar es más profundo, o que saltes hecho trizas por los aires, sin embargo, no llegas a salirte de Dios, *permaneces*, y en Él también sigues presente a ti mismo, y por eso en el día de tu muerte, hoy mismo, estarás en el Paraíso. El pájaro y el lirio viven solamente un día, un día muy corto y, no obstante, son la alegría, porque —como ya explicamos— están verdaderamente *al día* y son actuales a sí mismos en ese hoy. Y tú, a quien se le ha concedido el día más largo de todos: vivir hoy, y hoy mismo estar en el Paraíso..., ¿no tendrías que estar absolutamente alegre? Incluso debieras atreverte, puesto que sin duda te es imposible, a sobrepasar al pájaro en la alegría. Ésta es la persuasión que crece en ti siempre que rezas aquella oración, y también lo verificas cada vez que íntimamente rezas al Señor aquella oración de la alegría: «Tuyos son la majestad y el poder y la gloria: por toda la eternidad, amén».

TABLA CRONOLÓGICA
DE LOS DISCURSOS RELIGIOSOS
DE KIERKEGAARD

La mayoría de los títulos son literalmente bíblicos. Entre paréntesis, y en números romanos, se referirá el tomo correspondiente en que se hallan en la segunda edición danesa de *Obras completas*, al cuidado de los profesores A. B. Drachmann, J. P. A. Heiberg y del bibliotecario H. O. Lange, Copenhague, 1920-1936.

1843 (III): *Dos discursos edificantes*

La esperanza de la fe.
Todo don bueno y perfecto viene de lo alto.

1843 (III): *Tres discursos edificantes*

La caridad cubre la muchedumbre de los pecados.
La caridad cubre la muchedumbre de los pecados.
El fortalecimiento en el hombre interior.

1843 (IV): *Cuatro discursos edificantes*

El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó. ¡Alabado sea su nombre!
Todo don bueno y perfecto viene de lo alto.
Todo don bueno y perfecto viene de lo alto.
Salvar el alma por la paciencia.

1844 (IV): *Dos discursos edificantes*

Defender el alma en la paciencia.
Paciencia en la espera.

1844 (IV): *Tres discursos edificantes*

En los días de la juventud acuérdate de tu Hacedor.

La esperanza de una felicidad eterna.
Preciso es que Él crezca y yo mengüe.

1844 (V): *Cuatro discursos edificantes*

Tener necesidad de Dios es la mayor perfección del hombre.
El aguijón de la carne.
Contra la pusilanimidad.
El que ora auténticamente lucha en la oración y cabalmente sale vencedor cuando es Dios quien vence.

1845 (V): *Tres discursos concretamente circunstanciales*

Con ocasión de una confesión.
Con ocasión de una boda.
Con ocasión de un enterramiento.

1847 (VIII): *Discursos edificantes diversos*

Primera parte: Un discurso circunstancial:
Con ocasión de una confesión.
Segunda parte: Tres discursos:
Lo que aprendemos de los lirios del campo y de las aves del cielo.
Tercera parte: Discursos cristianos: El Evangelio de los sufrimientos:
En qué consiste imitar a Cristo y la alegría contenida en la idea de su imitación.
¡Qué ligera puede ser la carga a pesar de que el sufrimiento sea pesado!
La alegría que hay en el hecho de que la escuela de los sufrimientos forme para la eternidad.
La alegría que hay en que un hombre en relación con Dios siempre sufra culpablemente.
La alegría que consiste en que no es el camino el atribulado, sino que la tribulación es el camino.
La alegría de que cuando el sufrimiento temporal más pesa, contiene, no obstante, el sobrepeso de la eterna dicha.
La alegría que hay en que la sinceridad capacite al que sufre para dejar desarmado al mundo y, en cambio, arme a aquél para que transforme el escarnio en honor y la ruina en victoria.

1847 (IX): *Las obras del amor — Meditaciones cristianas «en forma de discursos»*

Primera serie:
La vida secreta del amor y su reconocimiento por los frutos.
Tú *debes* amar. Tú debes amar al *prójimo*. *Tú* debes amar al prójimo.
El amor es el cumplimiento de la ley. El amor es cosa de conciencia.
Nuestro deber es amar a los hombres que vemos.
Nuestro deber es conservar una deuda de amor los unos con los otros.

Segunda serie:
El amor edifica.
El amor lo cree todo, sin ser, no obstante, jamás engañado.
El amor lo espera todo, y, sin embargo, jamás queda confundido.
El amor no es interesado.
El amor cubre la multitud de los pecados.
El amor permanece.
La misericordia es una obra de amor, incluso cuando éste no pueda dar nada, ni hacer nada.
La victoria del amor que perdona, conquistando al vencido.
La obra del amor que consiste en guardar memoria de los difuntos.
La obra del amor que consiste en elogiar al amor.

1848 (X): *Discursos cristianos*

Primera parte: *Las preocupaciones de los paganos**:
La preocupación de la pobreza.
La preocupación de la niñez.
La preocupación de la pequeñez.
La preocupación de la grandeza.
La preocupación de la temeridad.
La preocupación del atormentarse.
La preocupación de la indecisión, de la inconstancia y del desaliento.
Segunda parte: *Sentimientos en la lucha de los sufrimientos*:
La alegría de pensar que sólo se sufre una vez, pero se triunfa eternamente.
La alegría de que la tribulación no robe, sino que fomente la esperanza.
La alegría de pensar que cuanto más pobre te haces, más enriqueces a los demás.
La alegría de pensar que cuanto más débil seas, más fuerte se hará Dios en ti.
La alegría de pensar que cuanto pierdas temporalmente, lo ganas para la eternidad.
La alegría de pensar que cuando «lo gano todo», entonces tampoco pierdo absolutamente nada.
La alegría de que la adversidad sea prosperidad.
Tercera parte: *Pensamientos que hieren por la espalda*:
Defiende tus pies al entrar a la casa de Dios.
«Pues nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido, ¿qué tendremos?». Y nosotros, ¿qué tendremos?
Si amamos a Dios, todas las cosas contribuirán a nuestro bien.
La resurrección de los muertos está próxima, tanto la de los justos como la de los injustos.

* Forma parte del presente volumen, *supra* pp. 79-155

Nuestra salud está ahora más cercana que cuando creímos.
Dichoso quien sufre escarnios por una causa buena.
Él ha sido creído en el mundo.
Cuarta parte:
«Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer».
«Venid a mí todos los que estéis atribulados, que yo os aliviaré».
«Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen».
«El Señor Jesús, en la noche en que fue entregado».
«Si le negamos, también Él nos negará; si le fuéremos infieles, Él permanecerá fiel, que no puede negarse a sí mismo».
«Si nuestro corazón nos arguye, mejor que nuestro corazón es Dios».
«Y mientras los bendecía se alejaba de ellos».

1849 (XI): *Tres discursos piadosos*

«El lirio en el campo y el pájaro bajo el cielo»*:
Buscad primero el reino de Dios y su justicia.
[Nadie puede servir a dos señores].
[Mirad las aves del cielo].

1849 (XI): *Tres discursos a propósito de la comunión de los viernes*

El Sumo Sacerdote.
El publicano.
La pecadora.

1850 (XII): *Un discurso edificante*

La pecadora.

1851 (XII): *Dos discursos a propósito de la comunión de los viernes*

«Pero a quien poco se le perdona, poco ama».
«La caridad cubre la muchedumbre de los pecados».

1855 (XIV): *Un discurso*

La inmutabilidad de Dios**.

* Forman parte del presente volumen, *supra* pp. 157-197.
** Publicado en S. Kierkegaard, *El Instante*, trad. del danés y presentación de A. R. Albertsen *et al.*, Trotta, Madrid, 2006, pp. 141-153. [*N. del E.*]

CONTENIDO